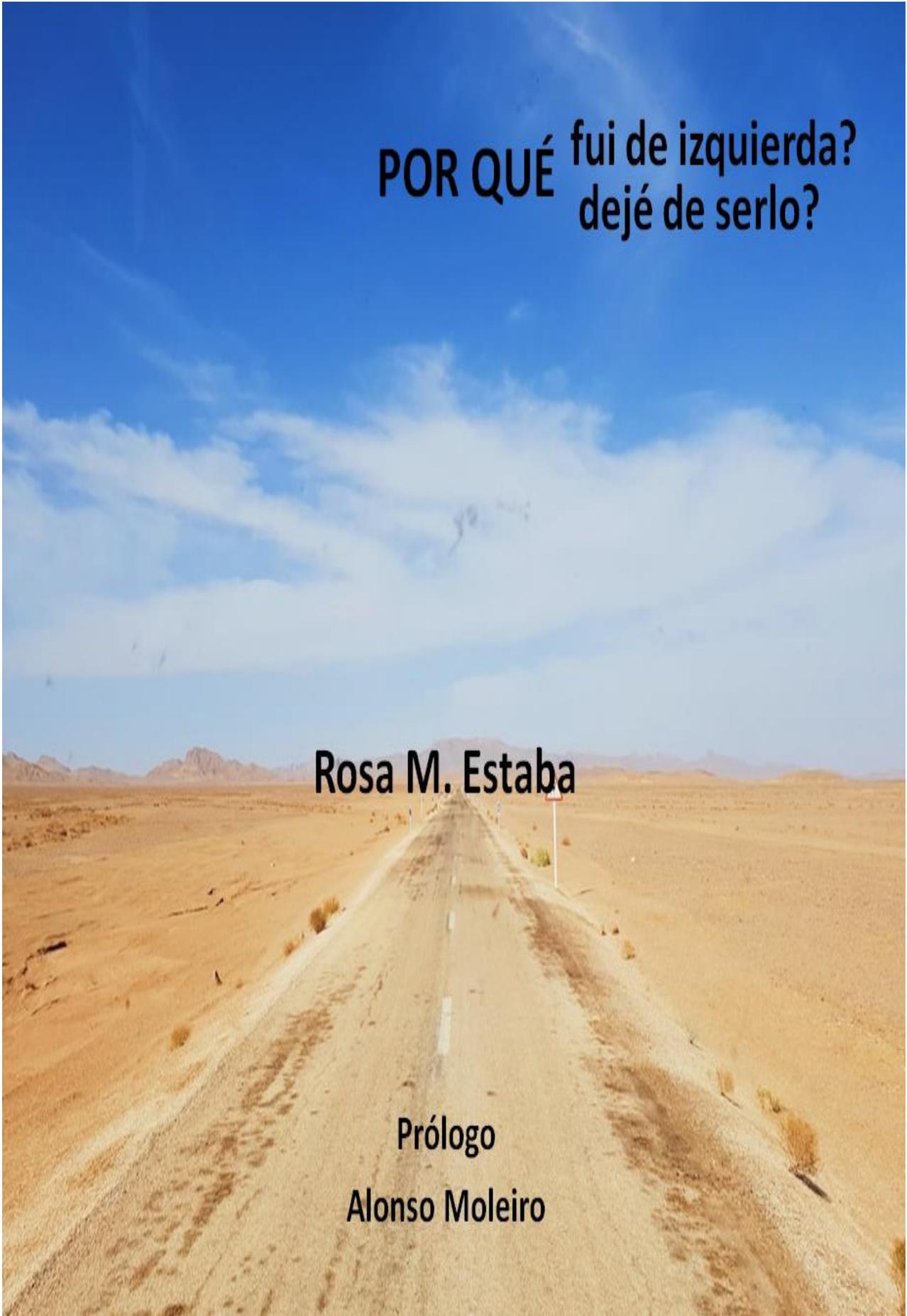


POR QUÉ fui de izquierda?
dejé de serlo?

Rosa M. Estaba

Prólogo

Alonso Moleiro



No pretendamos
que las cosas cambien,
si siempre hacemos lo mismo.”

Albert Einstein

Por qué fui de izquierda? Por qué dejé de serlo?

Autora: Rosa M. Estaba

La autora manifiesta su compromiso con los derechos establecidos en el marco legal vigente y las normativas internacionales sobre propiedad intelectual, por lo cual, para cualquier solicitud o sugerencia, pone a disposición su dirección de correo electrónico:

rosaestaba@gmail.com

©2023 Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier medio de impresión electrónico o tipográfico, sin la autorización por escrito de la autora.

Joaquín Sabina: “Ya no soy tan de izquierdas porque tengo ojos y oídos para ver lo que está pasando...la deriva de la izquierda latinoamericana me rompe el corazón...” (Madrid, 2022)

ÍNDICE DE CONTENIDO

DEDICATORIA. AGRADECIMIENTOS	5-6
PRÓLOGO DE ALONSO MOLEIRO: LA HISTORIA DE UN APRENDIZAJE COMPARTIDO	7
LLEGÓ EL MOMENTO DE RECORDAR POR ESCRITO	8-14
I. LA SOLIDARIDAD Y LA SENSIBILIDAD SOCIAL: UNA MARCA DE FÁBRICA.....	15-39
Érase una vez una muchachita	
La lucha por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia	
Se equivocaron: ¡no hay campo de concentración que pueda con nosotros!	
Mi mamá y yo ante el fraude electoral de 1952	
La visita a mi papá en la cárcel de Ciudad Bolívar	
De la incertidumbre a la “salvación”	
La Habana: el anhelado nido de felicidad, mis primeras nociones sobre el sentimiento izquierdoso	
De La Habana a Nueva York	
¡El sueño americano no era una quimera!	
Entre cuentos de hadas y de princesas y príncipes encantados y la lidia por la emancipación de Venezuela	
II. EL REGRESO A LA PATRIA.....	40-53
Una tremenda disyuntiva	
¡La democracia en tela de juicio!	
“Adiós papáito...Guasina terminó saliéndose con la suya”.	
III. DEL ABISMO DE LA ORFANDAD HACIA EL RENACER.....	54-70
El comienzo: los años de contagio revolucionario 1967 y 1968, tiempos sumamente movidos y decisivos	
La “gafa” Rosita	
“Estudiar y luchar”: la bandera revolucionaria	
IV. EL VUELCO HACIA ADELANTE: LOS AÑOS 70.....	71-87
“Qué alivio: ¡salvar a Venezuela” desde mi pensamiento de izquierda y sin recurrir a las armas!”	
Il mundo gira: una década de despertar revisionista y vuelco histórico	
La nada alentadora visita a Cuba	

...continuación ÍNDICE DE CONTENIDO

El extraño viaje a la anti-occidental República Árabe Libia

V. LA METAMORFOSIS DE LOS DECENIOS DE 1980 Y 1990: ¿DESCUBRIR EL FRAUDE DE LA IZQUIERDA, MÁS VALE TARDE QUE NUNCA!.....	88-123
Cuando uno cree saberlo todo	
Mis andanzas desde la plataforma de la UCV, en defensa de Caracas, mi ciudad ¿Pelar los ojos para mirar más allá de la punta de la nariz!	
Mi definitiva ruptura con la izquierda: la travesía de 1988 Cuba-Corea del Norte-Moscú-Cuba.	
La de 1990, una década milagrosa	
El pacífico y casi silencioso desplome de la Unión Soviética (URSS): el detalle que faltaba	
VI. LA REVOLUCIÓN EN CARNE PROPIA.....	124-191
La ruta a la debacle: colectivismo, estatismo y centralismo democrático versus liberalismo	
<i>El colectivismo fundado en el Poder Popular</i>	
<i>El estatismo o capitalismo de Estado en su concepción marxista</i>	
<i>El centralismo democrático leninista: desmedido centralismo o totalitarismo</i>	
El Estado Comunal en la Ley. La confusión entre igualdad territorial e igualdad social	
Antecedentes del Estado Comunal: “La Nueva Geometría del Poder”	
La infausta dualidad: Estado formal versus Estado Comunal	
El Estado Comunal: <i>hacia la igualdad territorial y social</i>	
Nicolás I: el delfín heredero del trono marxista-leninista-chavista...y su debacle	
La crisis presidencial: un peregrinaje digno de detallar	
VII. EL DILEMA: ECONOMÍA DE LIBRE MERCADO VERSUS LA CIUDAD COMUNAL.....	192-210
¿Hacia una economía de libre mercado?	
La Ciudad Comunal: el gran tropiezo	
VIII. DEL ESCEPTICISMO A LA ESPERANZA.....	211-229
El escepticismo	
La esperanza: ¿hacia una salida electoral? ¿ <i>La recuperación de la ruta del voto?</i>	
La esperanza: ¿hacia la reactivación económica? ¿ <i>La recuperación del mercado?</i>	
¿Soplan vientos de cambio?	
IX. “¿TE LO DIJE, MOISÉS!”.....	230-234
X. ¿ <i>NI DE IZQUIERDA, NI DE DERECHA! ¿SOY DE CENTRO!</i>	235-241
PRINCIPALES OBRAS CONSULTADAS.....	242

DEDICATORIA

A Luis José y Rosario Isabel (Charito) Santander Estaba,
mis hijos, mis compinches.

A la memoria
de Malila Estaba (Q.E.P.D.),
mi hermana casi gemela,
mi otro yo,

y

de Américo Martín (Q.E.P.D.),
mi hermano, mas que primo hermano
mi mentor de ayer, de siempre y de todos los días,

dos gendarmes que me ordenaron a concluir este recordar por escrito.

AGRADECIMIENTOS

A Germán Ahrensbrg Monch (Q.E.P.D.)

mi esposo,

por continuar siendo mi inspiración, mi inseparable compañero.

A Luis José Estaba Acuña (Q.E.P.D.)

y a María Eduvigis Briceño de Estaba, (Q.E.P.D.)

mi papá, mi mamá, mi origen, mi esencia,

por continuar siendo mis guías y guardianes.

A Elena y a Zoraida,

mis otras dos hermanas,

por estar siempre allí.

A Manuela y a Andrea,

mis nietas,

por tantas satisfacciones,

...y para que conozcan y den a conocer este recordar por escrito.

PRÓLOGO

LA HISTORIA DE UN APRENDIZAJE COMPARTIDO

Alonso Moleiro

El tránsito vital, visto como una aproximación totalizadora, con su ración de aprendizajes, tensiones, plenitud, decepciones y amargas, es una experiencia que no todo el mundo puede relatar, y que puede y debe ser compartida con los demás con el objeto de sentar jurisprudencia y orientar el camino de las generaciones que vienen detrás.

Independientemente de la interpretación que hagamos de la naturaleza de las cosas en ciertos tramos de nuestras vidas, y de cómo las calibramos en función de nuestra escala de valores, pocos elementos tienen un peso tan concluyente como el valor neto de la experiencia vivida, del saldo en carne propia, para poder extraer conclusiones y aprendizajes. En eso consiste el hechizo de los relatos biográficos.

Con “por qué fui de izquierda, por qué dejé de serlo”, Rosita Estaba nos ofrece un texto de sus experiencias personales que traen enfundados un aprendizaje compartido y una necesaria reflexión. Una línea vital que se expresa, por sí sola, en el título de esta obra. En este trabajo y sus reflexiones hay una respuesta personal a un dilema que todavía enfrenta a millones de personas en el mundo.

Desde la academia, desde el compromiso político, desde el activismo ciudadano, desde el amor a Venezuela, Rosita nos ofrece sus recuerdos y sus historias, que comprenden sus años iniciales, e incluyen su pasión revolucionaria juvenil, sus viajes, sus amores, sus hijos, su trabajo partidista y su proceso de revisión personal en el campo ideológico, luego de décadas de militancia en la izquierda revolucionaria.

En particular, su despertar del delirio del denominado socialismo real y los engaños del totalitarismo. Habiendo sido uno de los responsables fundamentales de la movilización de las masas en el siglo XX, al proclamar al obrero como sujeto de la historia, el comunismo fue un espejismo que se robó los corazones nobles de muchas personas sedientas de justicia, que terminaron entrampadas dentro de sus abstracciones y discutibles categorizaciones. El despertar se tomó unas cuantas décadas. El relato de la tierra prometida, expresado en la sociedad sin clases, hizo que muchas personas naturalizaran su carácter castrador y soslayaran los devastadores efectos de su naturaleza antieconómica, de su total disfuncionalidad.

Con Rosita Estaba me une un poderoso vínculo personal y emotivo, familiar, que tiene muchos años. Soy testigo de sus inquietudes, de su pasión por el estudio, de su sensibilidad, de su compromiso con el país y de su ética. La pasión que ha animado la vida de Rosita es construir y sumar para la causa venezolana. Nos hemos acompañado en esta evolución por perseguir y comprender el verdadero significado de la justicia. Pude ver y vivir, a la distancia, algunos episodios que relata en esta entrega, y me parece más que pertinente el interés por relatar su vida, contar sus anécdotas, por el ajuste de cuentas personal con algunos dogmas que dominaron la juventud de ella y otros muchos de su generación.

Creo que el lector tiene entre sus manos un libro refrescante, necesario, aleccionador, con un contenido y unas implicaciones que bien vale la pena recorrer y volver a vivir.

LLEGÓ EL MOMENTO DE RECORDAR POR ESCRITO

Mi devenir desde la más ferviente postura izquierdista hacia un más reposado y razonado compromiso con los destinos de Venezuela, lo acopio en una breve y sencilla narrativa, elaborada a partir de una cadena de anécdotas muy personales.

Por qué fui de izquierda? Por qué dejé de serlo? ¿Por qué no lleva el signo de interrogación doble como lo indica la Real Academia de la lengua (RAL)? Quizás sea por ingenuidad. Quizás sea por que fui de izquierda por las mismas razones humanitarias por las que dejé de serlo.

Son razones que intento trasmitir con la conmovedora escena que muestro a continuación, en la que se insinuan las irremisibles condiciones de hambre y desnutrición que hoy azotan a la mayoría de las familias de Venezuela. Me es imposible ser ajena al problema de las familias de un país que por más de dos décadas ha anidado el doloroso quiebre acaecido con la aplicación del modelo del *Socialismo del Siglo XXI* o de la *Revolución Bolivariana*, pregonado y activado por el teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías y por Nicolás Maduro, su sucesor.



Foto tomada de la Encuesta de Condiciones de Vida (ENCOVI) 2019-2020.

Me inicié en la izquierda durante mi juventud y en el momento histórico del auge y efervescente contagio de la salvadora Revolución Cubana de los años 60. Hoy, soy una venezolana desengañada del embaucador ensueño comunista del Siglo XX, que tanto mal ha hecho y sigue haciendo a la humanidad. Soy una venezolana que desde muy temprano reniega de la fórmula insurreccional y, mucho más convencida, al constatar la dramática multiplicación de problemas que castigan a Venezuela, mi patria grande, a partir de la aplicación del modelo del Socialismo del Siglo XXI, o de la Revolución Bolivariana, pregonada y activada por el Teniente Coronel Hugo Chávez Frías y su sucesor Nicolás Maduro.

Lo que aquí plasmo no es más que un modesto ejercicio con el que aspiro saldar una deuda varias veces postergada y que ha crecido y crece como una avalancha, a la par de las profundas huellas recolectadas en mi prolongado y aleccionador recorrido por la vida.

Escribo para aprender, conocerme y poder divulgar mi experiencia personal. Me esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas para expresar el torrente que fluye desde lo más profundo de mi sentir! Espero que este ejercicio le sea al lector de tanta utilidad como a mi.

Además de echar un vistazo a la estafa en la que resultó el comunismo o socialismo real experimentado en la Unión de Repúblicas Socialistas Sovéticas, conocida como la URSS o la Unión Soviética, y en China -las dos sociedades emblemáticas- me atrevo a deshilar mis andanzas como izquierdista, porque considero indispensable desnudar los escollos estructurales que caracterizan a una revolución de izquierda.

Considero indispensable echar el cuento bien contado, con profusos detalles, porque el desastre de la Revolución Bolivariana, de la mano de la también embaucadora Revolución Cubana, no debe quedarse encerrada en la sombría rutina de nuestra huérfana sociedad. Por el contrario, debe convertirse en el más gráfico ejemplo de lo que han de esquivar aquellos hermanos ávidos de cantos de sirena, tan seductores como engañosos.

No pocas veces me acecharon sobradas dudas nacidas de la contradicción percibida entre los principios cultivados en mi hogar y ciertas prácticas de la izquierda, por aquello de que *“no hay peor ciego que el que no quiere ver”*. No pocas veces guardé silencio, esgrimiendo argumentos tan banales como a los que apelé para defender la también ilusoria revolución de Fidel Castro: *“los platos sucios se lavan en casa”*, u otros menos banales como *“la culpa la tiene el enemigo externo”*.

Mi complicidad se iba desvaneciendo muy poquito a poco, y al paso de mi evolución y madurez personal e intelectual. Un proceso preñado de fructíferas contradicciones lixiviadas, decantadas y sedimentadas al paso del advenimiento y proliferación del plateado de las canas, vestigios del tiempo, signos de fogeos mezclados con marcas de senilidad y, a la vez, de renacimiento.

Las contradicciones de forma se fueron convirtiendo en dudas de fondo. Cada vez me alejaba más de la lucha en pro de los supuestos propósitos redentores, que se conseguirían tras el pronosticado derrumbe del satanizado capitalismo, también conocido como sistema capitalista o de economía de libre mercado. Me alejaba de la ruta revolucionaria conducente a romper con el sistema socio-económico basado en la propiedad privada y en el uso del capital como fuente de riqueza, y regido por la ley de oferta y demanda, la competitividad,

la productividad, la flexibilidad, la eficiencia, la rentabilidad y el lucro individual. Empezaba a cavilar en cuan absurda es aquella letanía que reza:

“...de cada cual, según sus capacidades, a cada cual, según sus necesidades”.

Empujada por la duda, intentaba ver con buenos ojos los modos de producción fundados en el sistema liberal y en los modelos clasistas de organización social. Me convencía de la inviabilidad de disminuir la diferencia entre pobres y ricos, impulsando una revolución social. Es decir, renunciaba a la ideología del comunismo sintetizada por Carlos Marx y Federico Engels en *El Manifiesto Comunista*; “la biblia de la religión marxista” en la que se afirma:

“...los comunistas pueden resumir su teoría en esta **fórmula única: abolición de la propiedad privada.**”¹

En fin, cuestionaba a la izquierda como método para afrontar la escandalosa y dolorosa realidad escondida detrás de un dato: un mínimo sector de la población adulta del planeta (¿0,6%?) detenta más de la tercera parte de la riqueza del mundo (¿39,3%?).

La experiencia atesorada me indujo a elegir la alternativa de “dar la pelea” en contra de las terribles calamidades inherentes a la desigualdad social, en las propias trincheras del capitalismo moderno. Decreté “dar la pelea” en el seno de un sistema sujeto al imperio regulador de un Estado de derecho que ensamble la economía de libre mercado con una democracia liberal representativa; es decir, una democracia, fundada en la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, y ejercida por intermedio de representantes electos por el voto libre, directo, universal y secreto.

Resolví “dar la pelea” y con absoluto compromiso, examinando opciones que permitan construir una sociedad de oportunidades, tales como cinco de corte reformista que surgen de manera autonómica, sin la intervención del Estado: la Responsabilidad Social Corporativa (RSC), el cooperativismo, el emprendimiento, el enfoque del capital social y el multicapitalismo.

La Responsabilidad Social Corporativa (RSC), o Responsabilidad Social Empresarial (RSE), no es más que la contribución activa y voluntaria que las tan renegadas organizaciones empresariales vienen asumiendo en cada una de las sociedades de las que forman parte, a los fines del mejoramiento social, económico y ambiental.

El cooperativismo es una iniciativa que se sustenta en la promoción y organización de cooperativas o sociedades autónomas de miembros de poco capital, que buscan satisfacer una necesidad en común, con base en el apoyo mutuo, la democracia directa en la toma de decisiones, la igualdad de derechos y obligaciones y la equidad en el reparto de los beneficios y excedentes.

El emprendimiento envuelve la actitud y la aptitud de un individuo para iniciar un nuevo proyecto a través de ideas y oportunidades. Es un término muy utilizado en el ámbito

¹Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto Comunista*, p, 51. El remarcado y el subrayado son míos.

empresarial, especialmente en el del pequeño y micro empresario, en virtud de su proceso de relacionamiento con la creación de empresas, nuevos productos o innovación de los mismos.

La perspectiva del capital social forma parte de “los nuevos enfoques de la pobreza”, surgidos a partir de las críticas a la conceptualización y medición de esta situación social centradas en el ingreso y el consumo. Tiene como premisa fundamental la existencia de un conjunto de dimensiones (relacionales, normativas, institucionales, cognitivas y territoriales) que no son fáciles de medir en términos cuantitativos y monetarios, y que influyen fuertemente en la condición de carencias.

El multicapitalismo, que abarca las opciones anteriores y cualquier otra que surja, es aquel capitalismo centrado en la ayuda para crear empleo, proteger el ambiente y frenar la desigualdad. Un capitalismo que armonice con las demandas sociales, que aprenda a medir el éxito de las empresas y los gobiernos ante las necesidades de la sociedad y, en especial, que comprenda la indispensable participación de las sociedades locales en los asuntos de gobierno. Un capitalismo formado por empresas que no pierdan de vista que la rentabilidad de sus inversiones se pone en peligro si no se sopesan las relaciones sociedad/naturaleza y sociedad/sociedad.

Decidí indagar y recorrer otros caminos porque vislumbré la profunda brecha existente entre el extraordinario modelo forjado y cimentado por la actual sociedad occidental (Europa Occidental y América) y el capitalismo salvaje y primitivo de mediados del siglo XIX, escenario de la justificada crítica del pensamiento de Marx y Engels. La crueldad de ese lejano capitalismo es crudamente denunciada en “*La situación de la clase obrera en Inglaterra*”, obra escrita por Federico Engels, entre 1842 y 1843.

El autor describe y analiza la situación de penuria en que vivían los trabajadores en las áreas industriales del país originario de la Revolución Industrial. Refería por extensión, a las dramáticas condiciones de existencia -o de sobrevivencia- de aquellos tiempos de la naciente conmoción social, todavía manifiestamente sellados por el ostensible predominio de inmensas mayorías que no tenían nada.

El rostro de ese cada vez más lejano capitalismo salvaje y primitivo puede entreverse en cualquiera de las situaciones de deplorable estrechez, desnudadas por Víctor Hugo en su novela *Los Miserables*, publicada en 1862. A manera de ejemplo, echo mano a uno de sus relatos, uno de los tantos referidos a la desdichada suerte de una muchacha:

“Fantina aprendió cómo se vive sin fuego en el invierno, como se ahorra la vela comiendo a la luz de la ventana de enfrente. Nadie conoce el partido que ciertos seres débiles que han envejecido en la miseria y en la honradez saben sacar de un cuarto.”

He sido testigo viviente del vertiginoso progreso del liberalismo acaecido en la sociedad occidental, durante la segunda mitad del siglo XX, y su inexorable y verificable deriva hacia un mundo mejor. Un mundo incitado por la esperanza de poder satisfacer el deseo de convivir sin explotación ni miseria. Un mundo distinguido por la paulatina superación de las desigualdades y los desafueros, desde la niñez y gracias a las indiscutibles conquistas logradas por personas de los bajos estratos sociales.

En síntesis, me tocó transitar por el mundo que ha visto el definitivo surgimiento y expansión de la clase media o clase social de posición socioeconómica intermedia, forjada al calor de la capacitación de los profesionales y técnicos que constituyen la savia motriz del desarrollo.

El momento de recordar por escrito se precipitó gracias a la exacerbación del *Socialismo del siglo XXI* o de la *Revolución Bolivariana*, el modelo comunista sin clases sociales que se ha intentado aplicar en Venezuela y que se ha pretendido vender a escala global como la fórmula liberadora de la humanidad.

Entré en pánico al sospechar que se trataba de imponer la doctrina que cuestiona el sistema capitalista y que propone la alternativa de la propiedad común de los medios de producción. La carga explosiva se me disparó con las primeras violaciones dirigidas a exterminar al sector empresarial aparecidas junto a la vertiginosa expansión del Estado y la aplicación de las probadamente tramposas y empobrecedoras medidas intervencionistas y controladoras.

La angustia se me había potenciado en lo más profundo de mi corazoncito de profesional de la Geografía, aquel aciago día en que Chávez, recién llegado al poder y, como buen militar, con un mapa de Venezuela en mano, declaró que recibía un país al revés. Su demoledora crítica al ya impostergable proceso de descentralización iniciado a finales de los años ochenta, la profería a voz en cuello: “*la palabra autonomía desaparecerá en este país*”.

Con tan desventurada sentencia anunciaba la nefasta estrategia anti gobiernos regionales (estadales) y locales (municipales), a ser aplicada por la revolución a los fines de revertir de manera autoritaria y arbitraria el modelo que calificaba como “capitalista o burgués de ocupación del territorio de Venezuela”. Para explicar lo que yo percibía como una amenaza devastadora de nuestras raíces históricas -y de nuestro futuro- nos mostraba en un mapa el “área concentradora de riqueza” del centro norte costero del país, así como sus contrapartes, los polos a desarrollar en los “espoliados territorios” del interior.

Lo alarmante es que, no obstante los fracasos acusados a lo largo de más de dos décadas -léase destrucción económica, social y territorial-, aún se insiste en tan aciaga estrategia, ahora concebida con las atosigantes propuestas dirigidas a crear unas artificiosas Comunas y Ciudades Comunales, sólo con la firme y absurda “iniciativa” del “Poder Popular” (¿el autócrático poder central asentado en Caracas?).

Las palmarias evidencias no me eran suficientes. Me costó muchísimo asimilar la mentira del pensamiento de izquierda. Y, más tarde, ya convencida, todavía no podía sospechar que, a la vuelta de unos pocos años, vería a mi Venezuela convertida en una triste realidad, una realidad que te reitera que no es una fantasía palpar día a día la ruina propia de un modelo subversivo del orden establecido.

A este recordar por escrito -casi que imposible de redondear sin el apoyo de la información pesquisada en uno que otro de mis libros de cabecera, de la Internet y, muy especialmente, de la noticia ofrecida día a día por los medios de comunicación- le agrego algunas célebres sentencias, a manera de abreboza.

Son irrefutables las palabras de Winston Churchill, el inmortalizado político, estadista, historiador y escritor británico del Siglo XX:

“El socialismo es la filosofía del fracaso, el credo a la ignorancia y la prédica de la envidia, su virtud inherente es la distribución igualitaria de la miseria.”

“El vicio inherente al capitalismo es el desigual reparto de bienes. La virtud inherente al socialismo es el reparto equitativo de la miseria.”

“Ningún sistema socialista puede ser establecido sin una policía política”.

“Cuanto más atrás puedas mirar mas adelante verás.”

También me resulta pertinente destacar una muy sabia y lapidaria frase de Margaret Thatcher, la “dama de hierro” que exhibió gran capacidad para derribar todas las barreras de su humilde clase social, y convertirse en la poderosa “Primer Ministro” (1979-1990) que logró la completa y bienvenida transformación liberal del Reino Unido:

“El peor enemigo del socialismo no es el capitalismo, es la realidad”.

Mucho más categórica fue -y sigue siendo- la sorpresiva afirmación manifestada, en 2010, por Fidel Castro, en una entrevista concedida al periodista Jeffrey Goldberg, merecedor del National Magazine Award for Reporting y editor en jefe de la revista The Atlantic.

En la conversación, reseñada por el Consejo Cubano del Exterior, la determinante figura del siglo XX se refirió a la situación de Cuba, luego de dialogar sobre Irán y Oriente Medio.

El líder de la Revolución en el mundo no dudó en pronunciarse a favor de Israel y en criticar la postura antisemita del presidente iraní, Mahmud Ahmadineyad, sexto presidente de Irán, después de la llegada de la revolución político-religiosa liderada por el Ayatollah Khomeini, el jefe supremo de ese país desde 1979 hasta su muerte en 1989.

Y, sin mediar reflexión alguna y de manera casual, habló sobre su experiencia revolucionaria, aplicada en su país por más de medio siglo y sustentada en un sistema en el que el estado juega un rol fundamental dentro del sector económico. El adalid de la fórmula cubana y de su exportación hacia el resto del continente y el mundo, dijo:

“...el modelo económico cubano ya no nos sirve ni a nosotros”.

Resaltadas las palabras de Churchill, Thatcher y Castro, me siento tentada a insistir en una célebre frase de El Quijote, en la que siempre me he visto retratada:

“Cambiar el mundo, amigo Sancho, no es ni locura ni utopía, es justicia. Aún entre los demonios hay algunos que lo son más que otros, y entre muchos hombres malos suele hallarse uno bueno.”

Me dispuse a recordar por escrito, porque me arriesgo a ensanchar la hermosa idea quijotesca. Me atrevo a especular: *“...los malos, malos, muy malos son pocos...en todo ser humano siempre hay un lado bueno... ¡y muy bueno!”*

Es más, resuelvo recordar por escrito porque la vida me ha regalado el privilegio de existir para aprender viviendo.

La experiencia acopiada en cada capa de mi piel me empujó a concluir que no soy de izquierda. Pero, tampoco soy de derecha. ¡Soy una reformista de centro y muy orgullosa de haber abrazado las promisorias banderas de la izquierda!

Superando la mala pasada que me jugó la historia y pragmáticamente colocada frente a la complejidad del cuerpo social, puedo mantener mis principios fundamentales referidos a la libertad del ser humano y en contra de la desigualdad. Desde este enfoque puedo, sin duda, ser más certera en mi terca batalla por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

Le he pedido a Alonso Moleiro engalanar con sus palabras este recordar por escrito. Antes que al reconocido y laureado periodista analítico y crítico, el encargo se lo he extendido a una persona de mi más estrecho círculo de amores fraternales, que llegó a mi existencia en un momento crucial de un recorrido marcado por la solidaridad y la sensibilidad social, tan dilatado que se remonta a mis tiempos de “érase una vez una muchachita...”

I. LA SOLIDARIDAD Y LA SENSIBILIDAD SOCIAL: UNA MARCA DE FÁBRICA

Érase una vez una muchachita...

Nací y crecí en la sencilla morada de los Estaba-Briceño, y en mi particular circunstancia de ser la primogénita de un príncipe azul, Luis José Estaba Acuña, y de su princesa amada, María Eduvigis Briceño de Estaba (Maruja), y la hermana de mis tres compinches: María Rosa (mi Malila, reciente y prematuramente fallecida), Elena y Zoraida. Era un “hogar dulce hogar” colmado de compañerismo, bajo el modelaje de “...*todo es de todas...*”, y fraguado entre la fantasía de los cuentos de hadas y de princesas y príncipes encantados, y la cruda realidad de una rutina cargada de gran complejidad y responsabilidad. El nuestro era un morada en la que el albedrío individual se amalgamaba con dos principios que se nos tatuaron como una marca de fábrica *-trademark* en inglés-: la solidaridad y la sensibilidad social.

Era una morada diligentemente constituida por un par de venezolanos tan inexpertos como sus cortas edades, y miembros de familias de apreciable relieve social y económico en sus respectivas ciudades de origen: él, de la libertaria ciudad costera de Cumaná, estado Sucre, y ella de la conservadora ciudad montañosa de Tovar, estado Mérida. No obstante, sus tan disímiles y hasta contradictorias tradiciones y costumbres regionales, coincidieron en la aspiración de levantar una morada forjada al calor de la energía inherente a diversos intereses.

Como es natural, privaba la preocupación por las muñecas y sus rudimentarias casas de madera, construidas en comandita bajo la dirección de la muy nuestra tía Mireya, la preciosa y jovencita hermana de mi mamá.

Más grandecitas invertíamos nuestro tiempo de ocio en la confección de piñatas y disfraces o en la improvisación de obras de teatro, que por una módica suma, les escenificábamos a nuestros amiguitos. Nos solazábamos con los patines, las bicicletas y, particularmente, con el montaje del “*gringuísimo*” *árbol de Navidad* y con los regalos obsequiados cada 25 de diciembre, por el *criollísimo* “*Niño Jesús*”. Muy importantes eran los domingueros paseos familiares al para la época un lejano sector del este de Caracas, nuestra ancestral capital de Venezuela. Íbamos a Altamira, la muy elegante y moderna urbanización (barrio o colonia), en pleno diseño y construcción, o al parque de diversiones conocido como el *Coney Island*, ubicado en la vecina e igualmente novedosa urbanización de Los Palos Grandes.

¡Cuántos bonitos recuedos! En automovil o a pie recorríamos las vías de aquella magnífica obra urbanística que enaltecería a mi ciudad natal, y con la vanidad de saber que en su cometido había jugado un papel decisivo un equipo familiar del cual formaba parte mi elogiado tío Luis Martín (Lucho). Además de guapísimo y encantador, tío Lucho era el escultor de la obra en piedra que decora sus avenidas y glorietas, incluyendo el emblemático obelisco que emperifolla a la también emblemática Plaza Francia Altamira!

El interés por los juegos infantiles se entretrejía con otras inclinaciones menos baladíes, como la de poner el foco en los estudios con metas de muy largo aliento y que despertaban nuestra preocupación por el prójimo. Había que estudiar, estudiar y estudiar, hasta lograr titularnos

como profesionales de la Ingeniería o de la Medicina. No importaba nuestra condición de discípulas del sexo femenino, en aquella época, socialmente obligadas a arrogarnos el rol de amas de casa.

El conocimiento adquirido con los estudios sistemáticos tenía como antecedente mis subrepticias revisiones de varios libros y revistas o magazines, colectados y meticulosamente escondidos en un armario de mi casa. En sus cuantiosas páginas se desplegaban las series de imágenes de los campos de exterminio de judíos, tardíamente expuestas ante los ojos de la humanidad, una vez finalizada la tan comentada *Segunda Guerra Mundial* (IIGM), que sacudió al mundo durante el interminable sexenio comprendido desde el 1 de septiembre de 1939 hasta el 2 de septiembre de 1945. Curioseando, me enteraba de los horrores sobre los que se encumbró el execrable nacionalsocialismo (nazi) de Adolfo Hitler.

Con la inocencia de una incauta de seis o siete años, pude percibir este conflicto bélico como uno de los hechos políticos y militares más sonados y de mayor impacto en la historia de la humanidad, no solo por la derrota del oprobioso gobierno nazi. A la postre supe que se trataba de una situación de grandísima resonancia por el número de países que participaron y se vieron afectado y, sobre todo, por el degradante saldo de víctimas, calculado en una cifra cercana al 2,5% de la población del planeta: ¿40, 50, más de 100 millones de personas?. Su envergadura la pude discernir fisgoneando en los encuentros sostenidos por mis padres con sus amigos, para discutir y evaluar su propagación, con un mapamundi en mano.

En paralelo al tema de la terrible conflagración mundial, nuestra distintiva marca de fábrica se nutría con los muy habituales comentarios sobre el futuro del país, y el despertar de las fuerzas liberadoras acaecida tras la extinción de la férrea dictadura del General Juan Vicente Gómez, que había castigado a Venezuela durante el primer tercio del siglo XX, desde 1908 hasta su muerte, el 17 de diciembre de 1936. Un totalitarismo tan despiadado como la aterradora cárcel de *La Rotunda*, ubicada en el caraqueño casco central y que había sido demolida en el mismo año 1936. El gobierno deseaba que se olvidara una de las épocas más tenebrosas de la historia de Venezuela.

Me visualizo de la mano de mi mamá en la plaza, expresamente bautizada con el nombre de *La Concordia*, explicándome la historia de su construcción en el mismo lugar que ocupó *La Rotunda*. Guardo en mis retentivas sus narraciones sobre ese recinto tristemente célebre por la aplicación de las más crueles y bárbaras torturas a los opositores del sistema dictatorial. Un buen número de incansables luchadores honrosamente representados por hombres de los más grandes y prolíficos del país, habían sido sometidos a tormentos con grilletes, o pesadas bolas de acero que les sujetaban a los tobillos hasta provocarles la muerte.

Todos estos obsequios de la vida se sumaban, pero sería el recuerdo de una escena lo que me serviría de introito a mi precoz intromisión en aquello del “suceder político”, asociado a la solidaridad y la sensibilidad social. Me refiero a la escena que, a mis exiguos cuatro años y medio de edad, presencié el 18 de octubre de 1945, el glorioso día de la *Revolución de Octubre*, consumada pocos días después de finiquitada la conflagración mundial.

Todavía me veo extasiada y satisfecha contemplando la despedida de mi papá y mi mamá. Él, mi príncipe azul elevado a la condición de protagonista de grandes hazañas. Ella, su

princesa amada convertida en una flamante y aguerrida combatiente. Todavía se me eriza la piel al evocar la vaga y lejana imagen de mi héroe susurrando un “*hasta luego*”.

Plantado en el jardín de la entrada de nuestra residencia y derrochando ademanes de valentía y de inquebrantable luchador por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia, blandía un arma que había retirado de un escondite especialmente previsto para el momento del llamado: ¿una pistola?, ¿un revolver?

Desde entonces, mis tiempos de muchachita, supe que tuve la buena estrella de pertenecer a un hogar en el que se aprendía viviendo.

La lucha por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia

La lucha por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia es, pues, un precepto fundado en los principios de solidaridad y sensibilidad social, que me acompañan desde mi más tierna candidez. En aquel “hogar dulce hogar”, cada mañana, antes de levantarnos y prepararnos para ir a la escuela, escuchaba las tempraneras conversaciones de quienes me trajeron al mundo. Por el tono y el secreteo suponía que hurgaban temas de los mayores vedados a los menores. Sospechaba que mi héroe se comprometía en algo delicado, con la connivencia de su decidida y copartícipe compañera.

En efecto, se había adherido a la osada lucha por la defensa de un derecho humano ineludible, a sabiendas de que ponía en riesgo la tranquilidad familiar y su extraordinario empleo en la Creole Petroleum Corporation in Venezuela, la sucursal venezolana de una de las más prestigiosas empresas petroleras norteamericanas.

Ya corrían mis nueve primaveras cuando descubrí que aquel 18 de octubre de 1945, mi protagonista solo tenía 26 añitos y era un *adeco* -militante activo de Acción Democrática (AD), el partido socialdemócrata de Venezuela- y que, como un ciudadano comprometido, había resuelto afrontar, “a cualquier precio”, el reto a lo que se venía fraguando en Venezuela: la instauración del sufragio libre, directo, universal y secreto. Lo intuí cinco años después, una mañana de noviembre de 1950, en el momento en que mi *pater famili* con rostro de honda preocupación irrumpió en nuestra escuela para devolvernos a la casa exclamando: “*asesinaron a Carlos Delgado Chalbaud*”.

En respuesta a nuestras estupefactas, inquisidoras e inocentes miradas, nos advirtió que Carlos Delgado Chalbaud presidía la Junta Militar que, en conjunto con Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, se hizo del poder de ocupación del territorio de Venezuela mediante el golpe de Estado consumado el 24 de noviembre de 1948 contra Rómulo Gallegos, el mandatario al que se había aliado como Ministro de la Defensa en ejercicio.

¡Dios Santo, el personaje asesinado había traicionado al primer presidente de Venezuela popularmente elegido por el voto! ¡Había traicionado la voluntad del pueblo expresada en los comicios extraordinariamente participativos realizados nueve meses antes! ¡Delgado Chalbaud había traicionado la gran conquista de la Revolución de Octubre, para retrotraernos a la lastimosa y originaria época de las nefastas dictaduras militares!

Esa misma mañana de noviembre de 1950, también descifré la noble razón por la que mi héroe había permanecido en cautiverio durante unos pocos meses del precedente año 1949. Todavía recuerdo la Penitenciaría General de Venezuela localizada en San Juan de los Morros, ciudad vecina de Caracas, a la que fui a visitarlo con un amigo de la casa, mi mamá y mis hermanas, en varias ocasiones y sin tristezas que ensombrecieran la desbordada alegría. La euforia se potenciaba con un tonificante baño en una de las aguas termales de más prestigio en el país.

Al intrépido perseverante se le acusaba de factor agitador en contra del régimen y que se amparaba en su condición de ciudadano doblemente privilegiado. Conjuntamente a empleado oficinista de la CREOLE, era vicepresidente de la Asociación Nacional de Empleados de Venezuela (ANDE), la pionera agremiación de trabajadores que había sido fundada el 3 de febrero de 1936, inmediatamente después de la muerte de Juan Vicente Gómez.

Más allá de aventajado contabilista de la transnacional corporación petrolera, en 1949, mi papá de solo 30 años, era ¡el vicepresidente de una agremiación de trabajadores bandera de Venezuela, en tiempos de una muy delicada y severa suspensión de garantías!

En efecto, soy la primera descendiente de un joven que no dudó en asumir un cargo de extrema exigencia en la asociación que, junto a la también pionera Confederación Sindical Obrera de Venezuela, había participado en la organización de un evento de trascendencia histórica. No escatimó esfuerzos para llevar a feliz término la realización del I Congreso de Trabajadores de Venezuela, en diciembre del mismo año. En este célebre evento se aprobó la creación de la Confederación Venezolana del Trabajo, la más tarde insigne y popular Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV).

También en 1949, ¡mi papá figuraba como secretario de Finanzas del Comité Ejecutivo e inclusive como Presidente de la naciente CTV, que para la fecha agrupaba 300.000 trabajadores! ¡300.000 trabajadores en un país con una población que apenas rondaba los 4,8 millones de habitantes!

Nunca pudieron demostrar su participación en las actividades subversivas que le atribuían. Había sido imputado como máximo líder de la conspiración adeco-comunista en la CREOLE, según consta en el expediente que le abrieron en la Dirección de Seguridad Nacional (DSN o, simplemente, SN), el antiguo organismo de inteligencia policial venezolano establecido durante el gobierno de Eleazar López Contreras-

Se le acusaba de ser el responsable de recibir y hacer circular, en el edificio sede del consorcio, pasquines sediciosos con todas las consignas de la oposición contra la oprobiosa Junta Militar. Se le incriminaba haber ido a Maracaibo para organizar la Huelga General y de ser quien envió los delegados para dirigirla.

El desmantelamiento del “hogar dulce hogar” ocurriría, más tarde, en octubre de 1951, ya sumados mis diez años.

Residíamos en una esplendorosa y acogedora casa recién fabricada por mi papá, quien por “sugerencia” del régimen y a disgusto de sus superiores, había sido despedido de la petrolera. En reconocimiento a sus varios años de méritos, la institución, dejando a un lado el

reconocimiento institucional a sus varios años de méritos. Con la jugosa indemnización que le concedieron - ¿por tan arbitraria decisión? -, se había comprado un camión de volteo y, gracias a su talento, sin ser un profesional de la ingeniería civil, se lanzó a trabajar -y exitosamente- en actividades de planificación, diseño, organización, cálculo, desarrollo y construcción de viviendas. No obstante el vertiginoso ascenso que lo convertiría en un portentoso empresario, mi héroe proseguía en su lucha, enfilada hacia la derrota de la dictadura militar y la consiguiente reinstauración de la democracia.

Resueltos a afrontar cualquier sacrificio, mis progenitores pusieron al servicio de la causa su patrimonio material... y “humano”, incluyendo nuestra casa, fundada sobre una loma de la apenas trazada urbanización Las Acacias. Señalada con un perfectamente diseñado letrero metálico que decía “*Las Rosas*”, en alusión al nombre de la abuelita paterna y al segundo de las cuatro hermanitas, era un amplio nido cómodamente adecuado a la más renovada convivencia de una familia de seis miembros y tres criados.

El cálido “hogar dulce hogar” pasó a erigirse en el centro operativo de la conspiración del golpe de Estado preparado para el 12 de octubre de 1951, a los fines de derrocar al absolutismo castrense que había depuesto al gobierno democrático de Rómulo Gallegos. Habíamos dejado atrás la casa de la urbanización Los Rosales, que mi papà le había vendido a los familiares de mi contemporànea, la hoy muy prestigiosa Dra. Marianella Castès, quien con mucho orgullo me cuenta sus recuerdos de la audacia de sus padres y abuelos cuando, en cada una de las reiteradas visitas de la SN, en un gesto de complicidad, se negaban a dar noticias sobre el destino de mi papà.

El plan fue descubierto. ¿Quién lo traicionó? ¡La incógnita! En la víspera de la media noche, alguien compareció a avisar sobre la gestación de un allanamiento de los cuerpos de seguridad del régimen. En la casa sólo nos encontrábamos mi mamá, que no llegaba a los 29, y sus cuatro niñitas de 10 para abajo, que, impresionadas, percibían la puesta en práctica de una operación de perfecta precisión. Habían logrado escapar los numerosos conspiradores participantes de aquella reunión de muy alta política.

Cumpliendo instrucciones recibidas -y re-aflorada su valentía de 1945-, mi mamá corrió al patio trasero de la casa y, en calidad de santo y seña, encendió la luz de un poste que podía ser divisado desde muy lejos por los compañeros comprometidos. De seguidas, procedió a levantar unas baldosas muy grandes y cubiertas de una capa fresca de césped, que servían de tapas de un foso del que sacó con gran rapidez no sé cuantas armas y municiones. Cargó un “arsenal” y, con la “santa paciencia que Dios le dio”, lo fue lanzando por encima del muro que cercaba la casa, para caer en el vecino solar baldío, donde había brotado un generoso gamelotal.

Envuelta en el halo de terror/serenidad que me iba paralizando empecé a ver la enojosa irrupción de los temibles esbirros de la SN, para mi ya funestamente conocida por las atrocidades que se le adjudicaban: desapariciones, asesinatos y los más crueles hechos de tortura y de masacres. Desde mediados del mismo año de 1951 operaba al mando de Pedro Estrada, a quien se le encargó la organización de un trabajo de inteligencia, represión y desmantelamiento de los tres partidos políticos opositores: el socialdemócrata Acción

Democrática (AD), el Partido Comunista de Venezuela (PCV), que terminaron ilegalizados, y el socialcristiano COPEI, que se mantuvo bajo una discreta legalidad.

Asustadas y vencidas por el cansancio y el sueño, nos acurrucamos sobre su cama matrimonial, cual pollitos bajo las alas de mamá gallina. En la mañanita, con los primeros rayos de sol, observé con desasosiego el final de un insólito y temerario pugilato librado por mi madre con los intrusos gendarmes que habían descubierto la contraseña del encendido de la luz de un farol del patio trasero.

Antes de ser advertida, me desplacé sigilosamente al vestíbulo de la entrada principal de la casa: una especie de pequeño balcón desde donde podía divisar todos los movimientos ocurridos en aquella urbanización todavía casi inhabitada. Allí arrancó el peregrinaje que, para bien más que para mal, me ha escoltado a lo largo de mi vida.

Apagada la luz por los esbirros y, con ella, el aviso de la presencia policial, se inició el patético desfile de muchos de los activistas que habían logrado escapar. No olvido cuán fuerte latía mi infantil corazón. No olvido mi repaso acucioso y con el que, a la vez, simulaba distracción y tranquilidad. Tampoco olvido mi pueril angustia ante la panorámica que abarcaba la trampa tendida a tantos amigos queridos de mi papá -y de nosotras-.

Por las dos calles que cursaban la cuesta conducente a la de nuestra casa, muchos de los conspiradores, que esperaban el apagado de la luz para regresar a la reunión, caminaban lentamente y caían uno a uno como presas cazadas por unas bestias al acecho y sagazmente escondidas en los gamelotales que cercaban las aceras. Un intenso pavor acompañado de respiración acelerada y sudoración, se me instaló al presenciar la humillante caída de mis adorados tíos Federico y Gerardo Estaba Acuña e, inmeditamente después, el asomo de la camioneta *pick up* amarilla de mi papá.

Por mi curruña sobrina/prima segunda, Rosa de Lourdes Arria Estaba (apodada Rosita, como yo) supe, con el correr del tiempo, que toda la operación se descalabraba a pesar del apoyo de su papá, el Capitán de la Marina Gerardo Arría, radioaficionado colaborador de la resistencia, y de su mamá, nuestra tempranamente fallecida, también curruña prima hermana María de Lourdes Estaba (Maruja).

No sé cómo pude sobrevivir la desgarradora rendición de mi papá y Salóm Mesa Espinoza., su correligionario y prominente dirigente de la resistencia. Saliendo del automóvil en el que fue detenido, con la intrepidez que lo caracterizaba, logró convencer a sus captores de que le permitieran una despedida íntima de sus cinco féminas. Nos abrazamos entre los llantos y gritos de cuatro chiquillas destrozadas y las compungidas lágrimas de la combatiente que lidiaba contra su otro yo, el de una princesa amada.

Sin soslayar el conmovedor momento y la osadía que ello involucraba y sin disminuir su halo de príncipe azul, mi papá le entregó a mi mamá un papel con una comprometedor lista con los nombres de los conspiradores implicados en el golpe, para que lo destruyera a la brevedad posible. Así lo hizo y a mi lado. Luego de guardársela en el pecho, discretamente y pedacito a pedacito la fue lanzando por el inodoro.

Después del traslado de mi papá y su compañero al presidio, en un vehículo de la policía - un momento más desgarrador aún-, estuvimos casi un mes secuestradas en nuestra casa. ¿Balance?

Detectaron el “arsenal” que mi mamá había lanzado al terreno baldío vecino, se cargaron a los criados para someterlos a unos insólitos e inútiles interrogatorios y pudieron apresar a varios miembros de AD. ¿Cuántos? No sé, ni sé como constatarlo o si, exaltada con mis remembranzas, magnífico el número: ¿33? ¿66?

Corroboré lo que sospechábamos. La nuestra había sido calificada como la casa-cuartel dispuesta para el movimiento insurreccional del 12 de octubre de 1951, y se daba por sentada la existencia de una estrecha relación de mi papá y sus dos hermanos con los más altos dirigentes del partido.

Además, como supusieron que, no obstante la niñez, manejábamos alguna información, pretendieron sonsacarnos por todos los medios. Ni siquiera lo consiguieron con Zoraida, mi hermanita menor, quien, con sus cuatro años y medio, tenía sobrada conciencia de nuestra particularidad de ser miembros integrantes de un equipo involucrado en una proeza secreta.

Vaciada de esbirros, mi mamá pudo salir de la casa con todos los enseres que albergaba. ¡No la podía sustentar! Para dar continuidad a su exitoso emprendimiento, el príncipe azul había recurrido a la hipoteca para construir unas cuantas casas y plantar su pionera y próspera Fábrica de Mosaicos Iris.

De niñitas mimadas y sobreprotegidas, aunque muy avispadas, en un abrir y cerrar de ojos, pasamos a residir en el garaje de la casa de una vecina, quién muy fraternal y cariñosamente nos acogió. Al poco tiempo nos mudamos donde mi tía Mireya, la misma maestra de obra constructora de nuestras casas de muñecas, hasta el crítico momento en que mi mamá se vio precisada a encomendar sus dos retoños mayores a sus cuñados Estaba Acuña: mis tan aquilatados como bondadosos tíos Rosario, Lola, Fernando y Víctor.

Inauguraba, así, mi procesión de desencuentros y reencuentros con mi familia medular.

Pude sortear el sentimiento de abandono, gracias al amor tallado por ellos y por mi abuela y madrina Mamá Rosa, mis tías políticas Carmela, Carmen Elena y Dolores y mis primos hermanos Milagros y Francisco Alarcón Estaba, Balboa Damas Estaba, Américo y José Martín Estaba, Luis Enrique y Carmelina Estaba Martín y Álvaro Estaba Papaterra.

Agradecida y esperanzada logré que no se me desdibujara la estampa de aquel joven galán de 32 años que posponía el llamado de la fortuna para atender la demanda a gritos por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

Se equivocaron:

¡no hay campo de concentración que pueda con nosotros!

Seis meses retuvieron a los tres Estaba Acuña en la Cárcel Modelo de Caracas. Tío Federico (mi padrino), por su rango de abogado de la República, fue reubicado en la cárcel de San Juan de los Morros -la misma donde había estado detenido mi papá-. Luis José y Tío Gerardo corrían con peor desventura. Según nos anunció mi mamá, el 16 de abril de 1952, habían sido trasladados a una lejana cárcel llamada Guasina. Todavía me encojo al revivir mi

frustración y desasosiego cuando supe que habían sido enviados al infierno. ¡Mi príncipe azul no regresaría al hogar, tal y como cínicamente se lo había prometido a mi mamá Ulises Ortega, un jefe de la SN, su “amigo” de los tiempos de juventud!

Me colma la congoja al repasar los relatos que atinaba escuchar de los adultos. A bordo de un vapor de cabotaje, hacinados y durmiendo sobre el piso del fondo y de las bodegas, hicieron la lúgubre travesía de ocho días que zarpó de La Guaira, el puerto que sirve a la capital republicana.

Bordeando las costas caribeñas del oriente del país, el vapor tocó los puertos de Puerto La Cruz, Guanta y Cumaná para alcanzar la inmensidad del océano Atlántico, entrar por una de las agitadas bocas de la desembocadura deltaica del caudaloso río Orinoco y arribar a la inhóspita isla de Guasina, donde fueron literalmente arrojados como despojos humanos.

Mientras en la aventajada vitrina de la capital nacional se construían grandes obras modernas, a los prisioneros de la tiranía se les condenaba a vegetar en ¡un campo de concentración semejante a los del nazista Hitler! Una carcel que había sido instalada en 1939, durante el mandato del general Eleazar López Contreras, para enviar indocumentados migrados de Europa.



Bañada por los caños Boca Grande, al norte, y con Sacupana del Remanso, al sur, enclavada en medio de un paisaje de selva y levantada a muy pocos metros sobre el nivel del río Orinoco, a unos 100 kilómetros de Ciudad Guayana, la isla de Guasina es quizás uno de los lugares de la Tierra más hostiles a la vida humana.

Es un paraje insalubre azotado con una inclemente temperatura que oscila entre los 38 y 40 grados a la sombra, y amenazado por las condiciones de insalubridad mortal, por las constantes lluvias e inundaciones y por las invasiones de plagas y de especies peligrosas como culebras de agua venenosas, caimanes, pirañas, arañas mortíferas y otras como el chipo, causante del mal de chagas o los mosquitos transmisores del paludismo. Desprovista en absoluto de las necesarias barricadas, la isla se anegaba casi completamente por las recurrentes crecidas del río. Con la vuelta de las aguas a su cauce casi toda se convertía en una gigantesca ciénaga o pantano y en un colosal criadero de larvas.

Bajo el yugo de un régimen carcelario **excepcionalmente** despiadado, los presos sufrían cualquier desmán o suplicio, no disponían de alimentos ni de agua apta para tomar, y mucho menos de atención médica o sanitaria. Eran objeto de permanentes maltratos, castigos, vejámenes y martirios. Tenían que abrir los caminos desde el desembarcadero hasta las barracas donde acampaban, atravesando lodazales y gamelotales de más de dos metros de altura. Lo más dramático: eran conminados a realizar inútiles trabajos forzados, como el de sacar piedras del terreno para cargarlas en carretillas, transportarlas y descargarlas, ordenados sin propósito alguno en filas en forma de cadenas humanas, bajo chaparrones de golpes de peinilla, según lo alguna vez mencionado por mi papá, y lo relatado por José Vicente Abreu en su muy cruel y, a la vez, excelso libro titulado Guasina.

“...esta inútil tarea era una constante tal, que los hombres se percibían como partes integrantes de las carretillas, percibían a los manubrios como una prolongación de los brazos. Con la carretilla llena, el movimiento es duro y apretado, y de resorte los músculos, los labios y los carrillos. Si va vacía el temblor es flojo, de gelatina y bofe, de trapo y viento y con cosquilla en la nariz y los párpados.”²

“*Se equivocaron: no hay campo de concentración que pueda con nosotros*, se decía que vociferaban los OCHOCIENTOS VEINTIDOS (822) VENEZOLANOS, envalentonados demócratas y de ostentada solidaridad y confianza entre sí, acusados de ser militantes de AD o del PCV. Uno de ellos era mi papá, quien resistía, sin dejar de añorar la ausencia de sus cuatro niñitas. Aparte de los diarios trabajos forzados y de las peinillas descargadas hasta el sangramiento, la resistencia pasaba por aguantar el calor, las lluvias, las inundaciones a la intemperie, las alimañas, los focos de infección y la falta de agua, alimentos y medicinas. La resistencia pasaba por cohabitar con la abundancia de heridas infestadas, muchas de ellas hasta alcanzar niveles críticos, así como con la inminencia de padecer enfermedades como la desnutrición, la anemia y la disentería, o de contagiarse con paludismo o mal de chagas.



En diciembre de 1952, mi papá y tío Gerardo salieron de Guasina. El Gobierno se había visto forzado a clausurar el penal. Sus instalaciones habían sido devastadas por un gran

² José Vicente Abreu, 1969, Pp. 64 y 65.

desbordamiento del “río madre de Venezuela”- el Orinoco-, el tercero más caudaloso del mundo.

Salvados de los rigores del campo de concentración, gracias al espíritu de ayuda mutua y unión, el grueso de los presos pudo volver a reunirse en la Cárcel Modelo de Ciudad Bolívar, donde fueron ejemplo de que el campo de concentración no había podido con ellos.

Antes de arribar a su nuevo destino, mi papá había sido transferido en grave estado de salud al dispensario de Sacupana, la pequeña aldea de la isla vecina de Guasina. Víctima de unos nueve meses bajo las más atroces condiciones de sobrevivencia, padecía de desnutrición y de una anemia perniciosa que, apenas a sus 33 primaveras, le ocasionaron una pielosistitis aguda con la consecuente e irreparable pérdida de la función de sus riñones.

En Ciudad Bolívar no solo fue remitido en varias oportunidades a un hospital sino que, de acuerdo al inquietante diagnóstico médico, se recomendaba su urgente hospitalización. El Jefe del Cuerpo de la SN nunca la autorizó.

Mi mamá y yo ante el fraude electoral de 1952

La usurpadora Junta de Gobierno, sin importarle el pesado ambiente de tensión, decide convocar los comicios llevados a cabo el 30 de noviembre de 1952, alrededor de la misma fecha del traslado de mi papá y tío Gerardo de Guasina a Ciudad Bolívar y a poco más de un mes del 21 de octubre, día del aterrador asesinato de Leonardo Ruiz Pineda, perpetrado por la SN. Me retumban en los oídos los rumores sobre las protestas que, soterradamente, conmovieron el país y se esparcieron a la estatura de aquel hombre con trascendencia en el tiempo. ¡Habían asesinado al dirigente y Secretario General de AD en la clandestinidad, al compañero y amigo de mi papá! - “y de nosotras”-.

El objetivo de la convocatoria era elegir una Asamblea Nacional Constituyente que se encargara de redactar una nueva Carta Magna y designar un presidente provisional. Los partidarios de la Junta de Militar se organizaron en el Frente Electoral Independiente (FEI). Los opositores lo hicieron en torno al partido Unión Republicana Democrática (URD) y, a COPEI, en mucha menor proporción. AD y el PCV se encontraban ilegalizados y, por supuesto, con prohibición de participar en la contienda.

Contrariando la orden de abstención proveniente de la más alta dirección de AD en el exilio, el partido logró instituirse todos los rincones del territorio nacional y llamó a votar con la tarjeta de URD. Salvaguardo dos imágenes de mi mamá, resucitada como la atrevida muchacha de 1945 y 1951.

Una imágebnes su triunfal llegada de regreso del gran mitin en el Nuevo Circo de Caracas, realizado el día 27 de noviembre y presidido por Jóvito Villalba, el líder de URD que se adjudicaba la participación unida de los diversos opositores del Gobierno.

La otra es la cara de entusiasmo y expectación que traía después de haber ejercido el acto de votar y cuando exclamaba: ¡la asistencia opositora fue masiva, no obstante el grosero ventajismo del Gobierno y la represión con la que buscaba la abstención!

AD, no obstante su situación de tolda ilegalizada por el régimen, se hizo de un músculo para el llamado a votar porque nunca abandonó el trabajo clandestino dirigido a organizar y

mantener la vida del partido. Cual hormigas, creaban y reproducían células estudiantiles, obreras y comunitarias, a todos los niveles y en todo el territorio nacional, en las que se discutía el futuro de la organización, así como del país y las políticas a seguir.

Como se auguraba, la victoria opositora fue apoteósica. Esa misma noche, supimos que la prensa nacional e internacional transmitía la información de la emergencia de URD como el partido vencedor. De allí mi desconcierto al enterarme que la Junta Militar, contra viento y marea, había decidido no aceptar los resultados y convocar una reunión del Alto Mando Militar. El 2 de diciembre, la Junta renuncia en pleno y entrega el poder a las Fuerzas Armadas, la institución que resuelve designar como Presidente Provisional de Venezuela a Marcos Pérez Jiménez, el dictador que, en abril de 1953, sería ilegítimamente nombrado Presidente “constitucional” por la espuria Asamblea Nacional Constituyente.

La frustración ante la estafa electoral pellizcó mi pellejo de niña de 11 añitos. Había pasado toda la noche, junto a mi mamita, pegada a un gigante equipo de radiodifusión por el que, eufóricas, escuchábamos minuto a minuto los cómputos obtenidos en mesas electorales desparramadas por todo el país.

Pese a la estafa, con el transcurrir del tiempo y, sobre todo, al constatar el pronto derrocamiento de la dictadura -apenas cerca de seis años después-, me convencía de una máxima que nunca olvidé:

¡SIEMPRE HAY QUE VOTAR!

¡HAY QUE INCORPORARSE AL PROCESO ELECTORAL Y LUCHAR POR EL DERECHO AL VOTO!

Le sigo dando vueltas al argumento de que la abstención es desmovilizadora y desintegradora, mientras que batallar por el derecho al voto allana el camino para organizar adhesiones, “vender” un proyecto político e, inclusive, para ser escuchados ante un fraude.

La visita a mi papá en la cárcel de Ciudad Bolívar

Gracias a un permiso que había conseguido mi mamá, en abril de 1953 fuimos a visitar a mi papá en la cárcel de Ciudad Bolívar. El regocijo nos embelesó desde los preparativos hasta la misma llegada al penal. Por primera vez viajábamos en avión, altura de la que muy perpleja pude saborear la majestuosidad del río Orinoco. No menos fantástica nos resultó la casa pensión donde nos alojamos. Ubicada frente al impactante malecón del Paseo del Orinoco, era el lugar perfecto para, en un ambiente tan caluroso, cargarse de energía y optimismo. Era el lugar perfecto para, al fragor de una brisa melodiosa y placentera, saborear la espera hasta el día siguiente.

Me es imposible controlar el temblor brotado al recordar nuestra entrada al presidio. Distráidas y en busca del camino, arribamos al edificio compuesto de dos alas separadas por una amplia franja cubierta de grama. No habíamos arrancado a andar adosadas al ala destinada a las oficinas administrativas, cuando recibimos la gran sorpresa. Mientras a lo lejos divisábamos la entrada triunfal de mi héroe junto a su hermano, tío Gerardo, nos llamó poderosamente la atención una algarabía que, rompiendo el ruido de un silencio absoluto, provenía de la otra ala.

En la medida en que se encogía la distancia entre nosotras y nuestros anfitriones, con las manos sobre nuestras bocas, evidenciábamos la inmensa pared interrumpida con huecos cerrados con barrotes, tras los que se apiñaban muchos presos que, al percatarse de nuestra aparición, en un derroche de alborozo exclamaban nuestros nombres, uno a uno. ¡Eran los amigos de mi papá -y de nosotras-! Eran aquellos que frecuentaban la que había sido calificada como casa-cuartel para el movimiento del 12 de octubre de 1951.

Desconcertadas, no atinábamos si detenernos a observar aquella manifestación de cariño o correr al encuentro con mi papá y su hermano. Al final no hubo contradicción. Envueltas en el envidiable jolgorio, volvíamos a abrazar y besuquear a quien tanto añorábamos; al que, no obstante las vicisitudes, conservaba su aire de joven galán. No encuentro palabras para relatar uno de los momentos más dichosos de mi existencia.

Con los brazos alargados y liados en mimos muy apretados, nos quisimos con tío incluido. Envueltos en una de “todos a la vez”, tratábamos de aprovechar cada instante e impedir que el tiempo se nos escapara por cualquier hendidura de entrada de luz. Me resultan indescriptibles las radiantes expresiones de mi príncipe azul y su princesa amada. Amalgamados a modo de escultura renacentista, pétreo y emblemático de un paso victorioso en la lucha librada y por librar, entablaron la dolorosa-deliciosa-placentera conversación que tenían pendiente. Mientras tanto, sus cuatro niñitas acudían al encuentro de los compañeros de su papá y su tío Gerardo.

La dicha se agigantaba a medida que nos acercamos a la reja de entrada que interrumpía la inmensa pared del presidio. Concurríamos al lugar donde nos esperaba una miríada de rostros ¿desconcertados?, ¿desencajados?, ¿alegres?, ¿amorosos?, ¿retribuidos? Aparte de responder atropellada y cándidamente a cualquier cantidad de preguntas relativas a la vida en libertad, complacimos peticiones formuladas por los más conocidos. Tratando de reproducir nuestras representaciones a los amigos en el “hogar dulce hogar”, cantamos, bailamos, les armamos varios de nuestros “profesionales” actos culturales.

Luego de un día de ensueño, retornábamos a Caracas. El despertar fue tan duro que me impide reconstruir la despedida. ¡Regresaba a mi sombría verdad!

Sin resentimiento alguno y alentada por la fuerza que me daba el percibirme como la primogénita de un “héroe de la Patria”, asimilaba los inconvenientes que atormentaban a mi ya aporreada mamá. Con la ingenuidad de la niñez, el miedo del desconocimiento y el amor de hijitas, mis hermanitas y yo la socorriamos con amor y besos, cada vez que era víctima de las reiteradas pérdidas de conocimiento, que nosotras llamábamos *el mal*.

Entre tantos desaguizados, la diaria asistencia a nuestro elitesco Colegio Teresiano se me tornaba paulatinamente más incómoda. Me atemorizaba el momento de escuchar el reclamo de las monjas por la mora o falta de pago de la mensualidad. Me sentía disminuida ante el disimulado y generalizado rechazo a los presos políticos.

Para completar el infortunio, cada sábado se nos imponía la asistencia a un acto de entrega de sendas bandas de honor, en conducta y aplicación, a las tres párvulas estudiantes que gozaban de la prerrogativa de ser las sucesoras del “trono del César” Marcos Pérez Jiménez: ¡el desalmado dictador que estaba maltratando a mi papá! Peor aún fue la mudanza de colegio de mis dos hermanas menores por solicitud de las monjas. En el aula de preescolar

donde compartían pupitres, Zoraida, ya de cinco años, había “enfrentado a golpes” a la hija menor del dictador que le gritaba: “¡tu papá está preso!”.

De la incertidumbre a la “salvación”

En 1953, cuando todavía tenía muy viva la estampa de aquel galán de 32 años, aparecieron aires alentadores.

¡Salimos del colegio de monjas! Nos inscribieron en otro laico, mixto y ¡de propiedad de unos compañeros *adecos*! ¡Conseguimos establecernos en un apartamento de un edificio ubicado en la misma urbanización donde se encontraba la nueva escuela! Mi mamá, librada de “*el mal*”, había logrado trabajar como secretaria ejecutiva de un empresario constructor, un señor de avanzada edad que había sido su jefe antes de casarse con mi papá.

En nuestra nueva residencia hicimos muchos amigos, todos en plena metamorfosis hacia la adolescencia. Estudiábamos con excelentes resultados y, cada fin de semana, Malila de 12 y yo de 13, figurábamos en las fiestas bailables montadas por los muchachos vecinos en diferentes casas de familia. Mi celosa mamá nos acicalaba con hermosos vestidos hechos a la medida y, cumpliendo a cabalidad con la conseja de mi papá, nos acompañaba hasta el final, sentada en una silla, soñolienta y soportando en sus piernas el peso de sus dos más chiquitas, que dormían apaciblemente.

Desfilaron dos años de mejoras en nuestra subsistencia, aunque acechada por la incertidumbre, más que por las sobradas estrecheces. Me hacía mujer y sin tener noticias de la suerte de mi papá, de su precaria situación de salud, de su cada día, de su porvenir.

Una tarde de finales de 1954 me enteré de la inesperada -¿ansiosamente esperada?- noticia: ¡mi héroe saldría expulsado de Venezuela! El 30 de noviembre, mi mamá le había remitido un telegrama a Pedro Estrada en el que le recordaba su promesa de darle la libertad. El 15 de diciembre el mismo Pedro Estrada ordenaba su extradición. El 25 de diciembre era conducido, junto a tío Gerardo, al aeropuerto internacional de Maiquetía que le sirve a Caracas, donde abordaron el vuelo que al otro día los llevó a La Habana, Cuba.

Fuimos a su encuentro en una oficina del aeropuerto, otra vez con los brazos alargados y liados en mimos muy apretados, volvimos a besuquearnos, a querernos, también con tío incluido; en esta ocasión para superar la incertidumbre y entregarnos a la “salvación”. Bajo el cobijo de mi príncipe azul, estábamos a salvo de cualquier calamidad.

Partieron mi papá y tío Gerardo. Unos días más tarde lo hizo mi mamá con Elena y Zoraida, sus dos retoños. Malila y yo nos quedamos casa de dos de los tíos. ¡Debíamos salvar el año escolar!

Me correspondió estudiar tercer año de bachillerato en el Colegio La Consolación, otra institución elitista dirigida por monjas. Si bien me volví a sentir ahogada en un ambiente perejimenista y relegada por ser la hija de un preso político, allí hice a mi más antigua íntima amiga, miembro de una familia que no era enemiga del régimen, no se si pro-gobierno. Allí me hice compinche de Aura Marina Camacho (la Nena Camacho), quien muchos años más tarde sería mi comadre, madrina de mi bebida, junto a su marido, otro amigo-hermano de esos años, mi compadre Tinedo Alejandro Guía (El Flaco), el hoy reconocido locutor, moderador y célebre luchador Presidente del Colegio Nacional de Periodistas de Venezuela.

Como fiel heredera de mi mamá y mi papá, me fastidiaba la postura pacata de las monjas. Un día, por ejemplo, el profesor de literatura sin entrar en aclaratorias nos dijo que, por instrucciones de la Madre Superiora, iba a omitir el estudio de *La Celestina* de Fernando de Rojas. Si bien era un clásico de las letras españolas contemplado en el programa de estudios del Ministerio de Educación, supuse que no creían conveniente tentarnos con la lectura de una obra en la que, según indagué, cobran especial protagonismo la sensualidad y el amor, auspiciados por una vieja prostituta y alcahueta profesional.

“Más rápido que inmediatamente” me colé en la biblioteca de Américo, mi muy respetado hermano más que primo hermano que, a sus 17 años, ya era un intelectual incorporado a las trincheras de la lucha clandestina para derrotar a la dictadura. Tal y como lo supuse, allí me aguardaba un ejemplar del misterioso libro.

Sumamente desilusionada por tan ingenuo simplismo de finales de la Edad Media, eché mano de *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio, un libro que reposaba en el estante, de similar valor literario, pero más decepcionante aún. Debido a mi crasa ignorancia, me resultó igualmente muy aburrida la lectura de una obra conformada por cien cuentos, discretamente relatados y argumentados con erotismo, drama, tragedia y bromas, por un grupo de jóvenes del Medioevo que se encuentran casualmente.

Mi espíritu rebelde y de constante indagación, me tenía volando mucho más alto. Le encontraba más sentido a la lectura secreta de un *Pepín* o un *Chamaco*, dos publicaciones mexicanas de figuras animadas en color sepia que me habían prohibido. Me hipnotizaban las detalladas historietas de amor, que invariablemente culminaban con un paisaje a media luz y un seductor pie de página que decía ¡al fin solos!

En agosto de 1956, Malila y yo abordábamos el vuelo rumbo a La Habana, entonces advertidas por nosotras como la popularísima capital de Cuba.

**La Habana: el anhelado nido de felicidad,
mis primeras nociones sobre el sentimiento izquierdoso**

Aterrizar en La Habana, divisar desde la escotilla del avión a mis padres y hermanas y a nuestro acaparado tío Gerardo, correr hacia ellos y palpar el abrigo de sus trémulas humanidades, podrían ser actos de una obra de teatro que se me ocurre rotularía: “*El día que Dios me devolvió la paz*”. Después de los interminables años transcurridos desde aquel aciago 12 de octubre de 1951, retornábamos a la coexistencia hogareña. ¡Se hacía palpable el anhelado nido de felicidad!

Y...me tenían EL GRAN REGALO. Me sorprendieron con una fotografía de mi ídolo, rubricada con la siguiente dedicatoria:

“*Para Rosa María Estaba,
hija de mi amigo Luis José Estaba.
Con cariño, Alfredo Sadel*”.

Con esa fotografía en la mano, más tarde me enteré de que el mundialmente ovacionado tenor venezolano, además de amigo de mi papá, era un compañero que también exponía sus

especialísimas prerrogativas. ¡Como correo de la disidencia, formaba parte de la activa resistencia contra la dictadura!

No lo podía creer. ¡Alfredo Sadel... el apuestísimo intérprete del repertorio de canciones románticas con las que mimaba mis ensueños de niñita rumbo a la adolescencia! ¡El propio que, ese mismo año de 1956, retó las garras de una dictadura en pleno apogeo! Se atrevió a lanzar para el mundo “*Escríbeme*”, el bolero de la autoría del compositor y pianista Guillermo Castillo Bustamante, que, súbitamente, ¡se universalizaría y se erigiría en el himno enarbolado por los presos políticos como signo de rebeldía y angustia! En sus estrofas, que le dieron la vuelta al mundo y que todos memorizamos, se esconde la desesperación de un preso que se siente olvidado:

*“Son tus cartas mi esperanza,
mis temores, mi alegría,
y aunque sean tonterías,
escríbeme, escríbeme.
Me hacen más falta tus cartas, que la misma vida mía.
Lo mejor morir sería, si algún día me olvidaras...”*

El bolero, entonado por mi ídolo en el Show de las Doce, el inolvidable programa meridiano de televisión animado por el también valiente Víctor Saume, había sido escrito en la cárcel de Ciudad Bolívar por un guasinerero compañero de mi papá, quien se la dedicaba a su hija Inés, más tarde la esposa de Simón Sáez Mérida; el reconocido secretario general de AD en la clandestinidad y años más tarde mi dilecto amigo y respetado camarada del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido político que afloraría después de la caída la dictadura.

Durante el inaugural paseo por la capital de la república insular de Cuba, no salía de mi estupefacción. Pese a la inapreciable capacidad de observación de una quinceañera, me fue muy fácil advertir el contraste entre el esplendor de la majestuosa urbe que nos recibía, y la perejimenista capital de Venezuela que dejábamos atrás: Caracas se me disminuía como un prospecto de ciudad en proceso de modernización, patentizado con la aparición de las primeras autopistas urbanas.

Emplazada frente al Mar Caribe, en la costa norte del territorio nacional, La Habana se me descubría como una ciudad muy limpia, ordenada y alegre. Diseñada con avenidas amplias y surcadas por islas con plantas y estatuas, y dotada de cuantiosos parques, plazas y abiertos y ostentosos barrios residenciales de clase media o de clase alta, podía reconocerse por la muy bulliciosa, dinámica y bien vestida gente que pululaba en sus calles. Un testimonio de su grandeza y prosperidad era su célebre Country Club, el más grande, importante y exclusivo de América Latina y verdadera joya arquitectónica e histórica de espléndidas mansiones separadas entre sí por los campos de golf tan verdes como amplios y meticulosamente atendidos.

Me sobrecogió el malecón habanero, el interminable muro de ocho kilómetros que protege la costa de la urbe y contra el que rompen enormes olas que lo rebasan hasta bañar su adosada avenida de varios carriles. No menos sobrecogedor me resultó el imponente Paseo del Prado, obra de arquitectura paisajista que, en su trayecto norte-sur, une al malecón con la calle

Neptuno de La Habana Vieja, la más antigua zona del casco central, donde los restos de murallas coloniales salpican la mezcla de estilos arquitectónicos que dan testimonio de sus distintos períodos históricos.

En comandita con otros de los tantos exilados abandonados a su suerte, residíamos en un holgado apartamento de un edificio de comienzos del siglo XX, distinguido por las ventanas de romanilla, por su original diseño y por su emplazamiento de Marina a Vapor en la avenida del malecón. La vista panorámica sobre el mar, hasta el divisado castillo Del Morro (Los Tres Reyes Del Morro), quedaría pintado en varios lienzos por Malila, de nosotras la artista plástica y poetisa.

En las repetidas tertulias vespertinas escuchaba decir que Carlos Prío Socarras, Presidente constitucional de Cuba y sucesor de Ramón Grau San Martín, también elegido en las urnas, había sido depuesto en 1952 por un golpe militar liderado por el general Fulgencio Batista. Se comentaba: ¿cómo era posible que el régimen de la recién instaurada dictadura militar, minada de flagelos como la corrupción, la discriminación y la prostitución, actuara sin descuidar lo construido? Se subrayaba como era posible que, pese a la dictadura, Cuba se exhibía no sólo como el país con la más alta tasa de alfabetismo de América Latina (76% de la población), sino como el que, en el hemisferio norte, ostentaba el quinto lugar en ingresos per cápita y el tercero en esperanza de vida al nacer o en la cantidad de años que podría vivir un recién nacido. Los datos de desempleo se acercaban a los arrojados por países desarrollados, de la estatura de Alemania, Dinamarca o Estados Unidos. Las elogiosas observaciones no dejaban de lado el examen de las profundas brechas existentes entre la ciudad en desarrollo y el campo sumido en el atraso.

Entre los episodios de especial influencia en apenas bosquejada formación política, destacan las constantes y substanciales discusiones libradas entre mi papá y José Marcano, uno de los exiliados con quienes compartíamos nuestra nueva morada. No se me desvanecen los crudos y encendidos encontronazos sostenidos, desde la confianza sembrada entre dos amigos, compadres y compañeros de lucha, de cárcel y de exilio, pero ideológicamente opuestos. ¡José Marcano, aquel joven que había ejercido la Presidencia de la directiva de ANDE, cuando mi papá lo hacía en +la Vicepresidencia, era un *adeco* tan consustanciado con la extremista ala de izquierda de AD, que por mucho tiempo pensé que era comunista!

No fueron nada positivas mis primeras nociones sobre el sentimiento izquierdoso. Exhibiendo una claridad meridiana y desde la postura de un demócrata, mi héroe le rebatía a Marcano todo aquello relacionado con la Revolución Bolchevique sucedida en Rusia, al calor de la dirigencia de Vladímir Ilich Uliánov, el político revolucionario, filósofo y líder comunista conocido como Lenin. Con argumentos de un individuo entendido en el asunto, le refutaba elementos del marxismo-leninismo, como, por ejemplo, la aniquilación del derecho del individuo o de las organizaciones a la posesión, el control y la disposición de un bien.

Ofuscado, le reprochaba la radicalización de las tendencias autoritarias de Iósif Stalin, el sanguinario dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y tiránico gobernante del la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) o Unión Soviética,

durante los 24 años comprendidos entre 1929 y su fallecimiento en 1953, dos años antes del inicio del destierro de mi papá.

Entre muchos otros peros, censuraba al régimen más totalitario que haya existido jamás, así como el ferreo sometimiento de todo el sistema político y productivo a la estricta disciplina del gobierno.

Condenaba el estalinismo y con especial énfasis la anulación de todo albedrío y la negación del más mínimo pluralismo. Condenaba la instauración del pavoroso régimen policial que arremetió contra cualquier discrepante o sospechoso hasta culminar con las famosas “purgas” que diezmaron a sus compañeros del partido, arrasaron con la plana superior de los bolcheviques e implicaron 2,6 millones de detenciones y 800.000 personas fusiladas.

No sé si el conocimiento crítico de mi joven y confinado padre abarcaba otros principios del comunismo. De este primer y fugaz acercamiento con el pensamiento de izquierda, vagamente recuerdo aquello del carácter de motor de la historia otorgada a la lucha de clases entre la explotadora burguesía propietaria de los instrumentos y medios de producción y los explotados obreros proletarios; o lo referente al modelo de organización del partido revolucionario y de la sociedad que, bajo una estricta disciplina, combina el liderazgo central con la inventiva local.

No sé si habría podido ahondar en la idea de la creación de un Estado unipartidista y con control total sobre la economía; es decir, un Estado guiado por el objetivo del marxismo-leninismo de lograr el Estado obrero o comunista mediante la aplicación de la tesis de la “dictadura del proletariado”, la “dictadura” que ejercería la clase obrera sobre la históricamente dominante burguesía, una vez tomado el poder y liberada de las injusticias de la sociedad capitalista.

Dos afables imágenes se mezclan en mis recuerdos.

Una me remonta a la saludable y placentera brisa de aroma marino que bañaba a las cuatro hermanitas Estaba-Briceño en la enorme terraza integrante del perfecto apartamento donde nos alojamos. La imagen la recreo con la lectura del pie de la foto que sigue: *“Recibiendo la brisa del malecón de nuestra casa en La Habana.”*



Recibiendo la brisa del malecón en el balcón de nuestra casa en La Habana!!!

Con la otra imagen recreo los innovadores programas de televisión, transmitidos por los dos canales existentes, ambos comerciales y fundados desde 1950-1951. Además de su enraizado donaire, Cuba era la pionera de las transmisiones televisadas en Latinoamérica. Solo precedida por Alemania, Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Brasil y México, ¡sobresalía como uno de los primeros países del mundo en incorporar una de las tecnologías de punta de la época!

De gran ayuda para mi reconciliación con el mundo de las monjas fue la cotidianidad en el colegio de la Inmaculada Concepción, la institución Iglesia-Convento-Escuela a cargo de la congregación católica de las "*Hijas de la Caridad*", donde reanudé mis estudios de bachillerato.

Me deje llevar por la natural y provechosa fluidez reinante en el aula. De inmediato, hice amigas que me incorporaron a la vibrante vida de La Habana, y con las que, como Ester Ares Areses, pude mantener una bonita relación epistolar durante más de dos años. Para mi asombro y formación, me enteré de la existencia de la identidad cultural que le da personalidad a cada pueblo. A partir del candor absoluto, se me hizo evidente, no sólo en la diferencia de los nombres de los objetos, como, por ejemplo: papaya en lugar de lechosa, fruta bomba en vez de patilla, guagua por *autobús* o malanga por verdura. ¡En Cuba bailaban muy distinto a nosotras, cuatro “expertas” bailarinas de música caribeña (¿cubana?)! Fue mucho el trabajo que pasé evitando pisar o ser pisada mientras intentaba “pescar” el ritmo de los pasos marcados por cualquiera de mis parejas o compañeros de baile.

En plena sumatorias de entusiasmo por La Habana, nuestro *pater famili* anuncia su propósito de viajar a Estados Unidos para establecernos, nada más y nada menos que en Nueva York. En diciembre, con apenas cuatro meses de dicha redentora, mis padres habían resuelto rehacer el anhelado nido de felicidad en un lugar que le ofreciera oportunidades para trabajar y para bien educar a su prole. El júbilo sobrevenido se empañó al enterarnos que en la aventura no nos acompañarían tío Gerardo y Zenaida Vizcaíno, la agraciada muchacha cubana con la que había contraído matrimonio y se erigía en la inseparable amiga de mi papá y mi mamá y, también de cada una de nosotras cuatro.

En la víspera de la partida ocurrió uno de los episodios que ciertamente sembrarían mi prematuro y embrionario sentimiento izquierdoso, que se levantaba con base en mi marcada solidaridad y la sensibilidad social. No olvido las exclamaciones de admiración de mi papá, su hermano y otros de los exilados, al ponerse al corriente del liberador e inspirador desembarco del yate Granma.

El 2 de diciembre de 1956; Fidel Castro con unos compañeros miembros del Movimiento 26 de julio, había invadido a Cuba por el Oriente con el glorioso objetivo de derrotar a la dictadura militar.

Era para admirar un hecho histórico originado desde el 26 de julio de 1953, con el asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba, y que, como lo olfatearon, adquiriría dimensión internacional y gran impacto en una América Latina sometida a nocivos mandos castrenses. Lo que nadie sabía es que detrás de la hazaña se escondía el pensamiento de izquierda radical tan cuestionado por mi papá.

De La Habana a Nueva York

Nunca me enteré de cuál fue la razón por la que, en vez de viajar en ferry, tomamos un avión que nos llevó a Miami, la cercana ciudad-puerto del Estado de Florida, emplazado en la península del sureste norteamericano.

Extrañados constatábamos que la famosa Miami, lejos de tratarse de una gran urbe, era un sencillo poblado que resplandecía por su silencio, tranquilidad y porte campero.

Nos alojamos en una posada muy acogedora y hogareña de Miami Beach, una réplica en miniatura de una de las sureñas mansiones exhibidas en las películas de Hollywood.

Fue una fabulosa estadía de dos escasos días dedicados a pasear y a ir por primera vez a un restaurante. Y, ¡no era cualquier restaurante! Comimos sobre alfombras. Degustamos platillos exóticos como, por ejemplo, unos apetitosos *escargots*, preparados en mantequilla sazónada con ajo y otras hierbas y especias, y servidos en bandejas con hendiduras y acompañadas de las pinzas y los tenedores especiales requeridos para comerlos con elegancia. ¡La correcta etiqueta no estaba reñida con mi levemente incubado ¿sarampión izquierdista?!

Sin haber terminado de degustar la ciudad, partimos a Nueva York en un lujoso y desahogado ómnibus de la reconocida Greyhound Lines, Inc. Bajo el símbolo del galgo a todo galope, sinónimo de transporte a largas distancias, iniciamos un recorrido de alrededor de 29 horas, interrumpido con súbitas escalas en una que otra localidad. Recuerdo nuestra curiosidad por el predominio de la población negra en las ciudades de la costa atlántica de los estados de Georgia y Carolina del Sur. En un arrebatado de erudición, mi papá nos explicó que, a diferencia de los Estados del Norte de Estados Unidos, en estos del Sur la economía se había fundado sobre la producción agrícola de plantación, la utilización del trabajo de esclavos negros y la exportación.

Abundó sobre la controversia histórica entre el esclavismo y el más avanzado desarrollo industrial norteamericano. No escatimó en entrar en pormenores relacionados con la crisis derivada de la oposición entre los exportadores del Sur y los proteccionistas del Norte. Nos ilustraba sobre la crisis que desató la Guerra de Secesión librada desde 1861 hasta 1865, así como sobre el colapso de la Confederación creada por los sureños estados esclavistas y la abolición de la esclavitud.

A la altura de Charleston, ciudad de Carolina del Sur, una joven negra, bella, esbelta y en avanzado estado de gravidez, abordó el ómnibus y tomó asiento detrás de los ocupados por nosotros. No recuerdo en que otra localidad un joven rubio ascendió al vehículo y, a pesar de que iba prácticamente vacío, corrió a sentarse en la última fila. De inmediato y ante nuestra estupefacción e impotencia, la muy barrigona se levanta para continuar su largo viaje en el pasillo, de pie y dando tumbos. De nuevo apelamos a la sabiduría de mi papá en un intento por entender aquella conmovedora situación.

Entre bromas, nuestro maestro nos apuntaba: ¿será que nosotros también debemos viajar de pie? No somos negros, pero si “café con leche”. Las más amenazadas, según nos explicaba, pudieron ser Elena y Zoraida, más café que leche como mi papá. Malila y yo salimos más leche que café como mi mamá.

Ante la exigencia de más datos, nos advirtió que tan odioso hecho no era más que una provocación a la usanza de un miembro del *Ku Klux Klan*, la espeluznante agrupación de varias organizaciones norteamericanas de derecha extrema y muy reaccionaria, creadas inmediatamente después de la Guerra de Secesión y promotoras, esencialmente, de la violencia para imponer la supremacía de la raza blanca y el racismo.

Avanzada la noche arribamos a la solemne Washington. No comprendí que aquella inhumana discriminación racial existiese en el país más importante del mundo, en la potencia que exhibía como capital a una ciudad tan meticulosamente diseñada. En la travesía por una de sus espléndidas avenidas, parecía que nos adentrábamos en la postal de una ciudad de variedad y contraste. Nos impactaban sus imponentes monumentos encajados en prolongados parques verdes y sus magníficos edificios, entre los que sobresalían los icónicos que albergan las tres ramas del gobierno federal: la Casa Blanca, el Capitolio y la Corte Suprema, sedes respectivas de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

¡El sueño americano no era una quimera!

Al día siguiente de la partida, arribamos al corazón de la tan extravagante como seductora metrópoli de Nueva York. La estación terminal del autobús se hallaba en medio de construcciones con tantos pisos que se nos perdían en la inmensidad de las nubes.

La acertadamente apodada ciudad de los rascacielos invitaba a emprender la aventura del sueño americano. Mi papá, apuntalado con la fortaleza de mi mamá, confiaba en la factibilidad de encontrar la ruta para prosperar, obtener algún éxito y ascender en la escala social. Confiaba en los ideales que fundamentan a la sociedad estadounidense: el derecho a la justicia o derechos civiles, la libertad y la democracia, los tres ideales de sus banderas, que en Estados Unidos se pueden garantizar respetando la igualdad de oportunidades, según la habilidad y logro de cada individuo.

¡El sueño americano no era una quimera! ¡Se nos comenzaría a materializar desde el mismo decembrino día de nuestra llegada! ¡Los caminos de oportunidades se abrían! Nos alojamos en el amplio y confortable ático de la hermosa casa del neoyorquino distrito de Queens, propiedad de Ana Esther Gouverneur, una guapísima señora compatriota amiga de la resistencia venezolana, a quien, cariñosamente llamábamos Mamá Esther.

Antes de arrancar en rigor con la nueva vida, la providencia nos prodigó con algo que las cuatro hermanitas anhelábamos desde mucho tiempo atrás. Enrolladas bajo cobijas y al calor de la calefacción que nos protegía del todavía moderadamente asomado frío invernal, se hacía realidad la ilusión bienhechora de ver nevar, palpar la nieve, jugar con nieve y saber cómo se sentía una nevada y su ambiente de absoluto silencio.

Apostadas en las ventanillas del ático, nos deleitábamos con la profusa y oblicua descarga de grandes copos que, atravesando las líneas de árboles desnudos, caían hasta cubrir los carros, los jardines, la calle y las aceras. En pleno éxtasis, nos sentimos invitadas a salir al encuentro del espectáculo. Muy abrigadas, sobre el suelo blanco y bajo la magia de un crepuscular anochecer y de las difractadas luces de los faros, nos enredamos en una desenfrenada guerra de bolas de nieve. No faltó el que, en un intento por emular lo que habíamos visto en películas, nos concentráramos en la ardua tarea de armar el tradicional muñeco con nariz de zanahoria.

Otra experiencia memorable fue la vivida una tarde después de terminada la nevada, cuando me encontraba sola en la casa: la familia que nos hospedaba y la mía habían salido. De repente y en medio de la calma, repica el timbre de llamado de un visitante. Al abrir la puerta, me topé con un señor que buscaba a mi papá.

Decidió esperarlo y, atendiendo a mi solicitud, entró y se sentó. No conservo idea alguna sobre lo que hablamos a lo largo de aquella tarde. Indeterminadamente evoco el momento cuando mi papá entra, lo ve y exclama: “*Jóvito, que gusto recibirte*”.

Mucho más fresca retengo, su sorpresiva respuesta:

“me alegra verte, Luis José, tengo rato esperándote, pero muy distraído con la larga y amena conversación que sostuve con tu hija. Te felicito. Que-inteligente es y como sabe de política venezolana”.

Me pregunté: ¿Jóvito? ¿Quién será? No puedo definir mi asombro-admiración al descubrir que se trataba de ¡Jóvito Villalba, el señor a quien la dictadura le había robado la elección de 1952!

Una vez establecidos, mi papá se apresuró a buscar dónde trabajar, dónde vivir y dónde educar a sus crías.

Como resultado de tenaces diligencias, consiguió incorporarse como caletero o despachador de bultos en el puerto de Nueva York. Aquel dirigente de la política, aquel emprendedor que se había convertido en un portentoso empresario, no dudó en trabajar cargando y descargando equipajes para una importante firma comercial. En oposición a los estériles trabajos forzosos de Guasina, esta vez la ruda rutina tenía un honroso propósito.

Con la asesoría de Evelyn Trujillo, la incansable profesional primogénita de Mamá Esther, pudo encontrar y alquilar el nuevo nido de los Estaba-Briceño: el pequeño apartamento del todavía añorado y lujoso edificio de clase media, marcado con el número 4040, de la 79th street de Elmhurst, una calle de las inmediaciones de la casa donde habíamos sido recibidos. El edificio lucía una entrada ataviada con una alfombra caminera que la cruzaba y con un confortable juego de sofá y butacas, dispuesto para atender a los visitantes en espera del permiso para ingresar que otorgaba el conserje/vigilante.

También consiguió inscribirnos en los colegios públicos que nos correspondían, de acuerdo con la normativa establecida. Mis hermanas ingresaron a instituciones ubicadas dentro del perímetro del vecindario: Zoraida, ya con 9 años, a una escuela primaria muy cercana y, a un liceo más distante, Elena y Malila, de 11 y 13 respectivamente. Yo, con mis quince y con tercer año de bachillerato aprobado en Venezuela, fui recibida en el *Junior Grade* de otro liceo de superior nivel, retirado de la casa a “dos estaciones” del *subway* (metro).

Una vez repartidas en sus respectivas aulas de clases, mi papá me acompañó a mi centro educativo con el propósito de entrenarme para que, por mis propios medios, pudiera salir de aquella odisea incólume y con éxito. Bajo indicaciones a memorizar, tomamos el *subway*, desembarcamos en la estación prevista, caminamos hacia el edificio, ingresamos por una entrada protegida por dos grandes portones y anduvimos hasta otear el aula que le habían indicado.

Ya frente a la profesora, me remachó la cadena de indicaciones. Transcurrido el día de clases y de incomprensibles comentarios en inglés, con almuerzo/lunch incluido, llegó la hora del “hasta mañana”. Tal y como estaba previsto, caminé hacia la salida por la que creía había entrado en la mañana. Una vez afuera, y desconcertada con la negritud que envolvía el frío ambiente invernal de las 4:00 de la tarde, me alarmé al advertir que me había equivocado de portón, porque todos eran iguales, que la calle no era la que había recorrido con mi papá y que no había manera de bordear el edificio porque era tan enorme como la manzana de cerca de una hectárea donde se emplazaba.

Convencida de mi imposibilidad de rectificar, discretamente y muy atemorizada, caminé buscando la boca de entrada al subterráneo. Al llegar a un negocio ubicado en una esquina, venciendo mi timidez, le dije al dependiente: “*Please, Sir:...subway*”. Como no deducía su sugerencia, a la tercera vez, decidí caminar a la deriva. No sé cómo ni cuántas vueltas había dado cuando logré divisar las rejas que insinuaban la escalera que bajaba al andén. Tampoco sé cuánto tiempo invertí en la interminable espera del tren, el apretujado y sofocante recorrido de las dos estaciones y la carrera que emprendí hasta arribar al apartamento, donde suponía iba a encontrar a los míos en una angustiada expectativa.

Ese día me inicié en el mundo de los grandes. En mi hogar no se encontraba un alma con quien llorar y desahogar mi desamparo. Había transcurrido la eternidad de una hora desde el momento cuando, presa de una pesada sensación de enanismo, comencé a dar traspies, extraviada en Nueva York, uno de los gigantes urbanos del mundo, donde nadie entendía mi lengua ni mis señas.

Como “no hay mal que por bien no venga”, ese día le perdí miedo al infortunio y me sentí preparada para superar cualquier obstáculo y reto. Ese día me transformé en la heredera de mi mamá, la flamante y aguerrida combatiente, inclusive dispuesta a participar en la lidia por la emancipación de Venezuela.

Entre cuentos de hadas y de princesas y príncipes encantados y la lidia por la emancipación de Venezuela

Ya en proceso de entrenamiento/adaptación, aprendíamos a descubrir los tesoros escondidos en cada rincón de la colosal capital financiera del mundo. Nos lanzábamos a descubrir el mundo, una vez acuarteladas en la red del espléndido sistema de transporte subterráneo con el que, de inmediato, nos familiarizamos.

Guiadas por la instintiva postura de avanzada que absorbíamos desde que éramos niñas, salíamos, generalmente, solas. “Dueñas del patio”, íbamos a patinar en la pista de hielo del *Central Park* emplazado en el vecino distrito de Manhattan, o a deambular por los rincones de la perfecta megalópolis vertical, con las miradas alzadas y perplejas ante las interminables series de colosos de acero y concreto, alineados cual jirafas haladas desde los cielos invernales, particularmente azules y radiantes.

Merodeábamos por las entradas de los cines de la a Broadway Avenue, Times Square y la *42th Street* hasta topar o no con una película de nuestro interés. Nos deleitábamos con las actividades de las céntricas instalaciones del *Rokefeller Center*, ya fueran las de los bares y cafés de su Plaza o una de las prestigiosísimas revistas puestas en escena en el *Radio City Music Hall*. No pocas veces concurríamos al *Empire State Building* para, solas o sirviendo de

guía a algún visitante de Venezuela, vacilarnos la espectacular panorámica que se divisa desde su piso 102.

Al paso de las sucesivas estaciones del año, aprendíamos a manejar la ciudad de palmo a palmo y a abrir nuestra gama de opciones a destinos más lejanos, desde la visita al zoológico del nortño distrito Bronx hasta las recurrentes excursiones a la titánica Estatua de la Libertad, en la isla de la Libertad, alineada al sur de la de Manhattan.

Se nos hizo inevitable repetir, una y otra vez, días enteros en el parque de diversiones del Coney Island, emplazado en una gigantesca área del meridional distrito Brooklyn. En ese oasis de entretenimiento, que nos desdibujaba el de Caracas, agotamos unos cuantos rollos de tickets especialmente comprados para desafiar la famosa montaña rusa llamada *Cyclone* y el salto del paracaídas de 250 pies de altura (76,2 metros). No menos extasiados nos resultaban los artistas callejeros, los marineros groseramente tatuados o el circo de payasos, trapecistas y domadores de perros y leones.

Nuestra existencia de inmigrantes mejoraba poco a poco. Mi papá, de 37 años cumplidos, ya no era caletero. Disponía de recursos para “financiarnos” cualquier sencilla aventura. El judío dueño y jefe de la empresa (¿el Sr. *Snyder?*), al olfatear su talento y sus destrezas, rápidamente, lo ascendió para dirigir la importante oficina encargada de la administración de todo tipo de actividades comerciales.

Desde entonces, el día a día discurría entre la asistencia a clases, las diversiones, y una muy grata y alegre convivencia hogareña.

La diaria concurrencia a clases se me tornaba muy interesante. A medida que corrían las tenidas, el inglés se me iba haciendo armonioso al oído y fácil de hablar. Hacía amigos y amigas, en su mayoría gringos, algunos inmigrantes. Con frecuencia me viene a la memoria, por ejemplo, el momento cuando una compañera de clases de deportes se valía de piruetas para explicarme cómo utilizar la ducha para darme el baño posterior a la gimnasia o dónde sentarme a la hora del lunch. También guardo entre mis más bonitos recuerdos a una condiscípula portorriqueña, en especial, una tarde cuando visitamos la Estatua de la Libertad.

Muy trascendental en nuestra redentora incursión, es la camada de relacionados que hicimos en el vecindario, casi todos de origen colombiano. Con ellos programábamos excursiones a lugares más lejanos: a la playa *Jones Beach State Park*, en Long Island, una extensa isla del sureste, o a un parque de montaña emplazado en la más meridional y contigua ciudad de New Jersey.

En la cotidianidad de la familia siguen siendo famosas las fiestas bailables de contribución que, bajo mi coordinación y con la necesaria anuencia de mis padres, organizábamos en nuestro apartamento, o en el de “Las Cosme”, unas muy queridas amigas del vecinrulario.

La vida de cuentos de fantasías volvía a abrigarnos, sobre todo en la rutina del hogar donde, animados con la juerga y la ocurrencia que caracterizaba a mi papá, le sacábamos provecho a cualquier instante, a cualquier comentario. Mi progenitor era tan generoso que no quiso perturbar nuestro ensueño con su espantosa, por inhumana, historia de presidiario. ¡Jamás tocó el tema!

Los estudios, las diversiones y las actividades diarias transcurrían en armonía, aunque bajo el sempiterno halo de la lidia por la emancipación de Venezuela. Eran habituales en mi casa, con los que compartíamos ratos de alegría y las vicisitudes del exilio y de Venezuela, tres particularmente queridos amigos, contemporáneos de mi papá, que serían prominentes figuras de los gobiernos de la democracia que derrotaría a la dictadura militar.

Junto a Jaime Lusinchi, médico y Presidente de Venezuela durante el quinquenio 1989-1993, otro consuetudinario contertulio era Simón Alberto Consalvi, el escritor, historiador y periodista que destacaría como embajador, como Canciller de la República durante los períodos presidenciales 1977-1979 y 1985-1988 y como Ministro de la Secretaría entre 1984 y 1985. Nunca faltaba el muy de nosotras Edilberto Moreno, ulterior gobernador del Estado Mérida, luego de haber sido el secretario privado de Rómulo Betancourt, en los tiempos previos a su gestión como primer presidente de la democracia instaurada durante los últimos 40 años del siglo XX.

Otro asiduo visitante era nuestro inolvidable Ulises Merchán, penosamente fallecido unas décadas después. Además de cuñado de Leonardo Ruiz Pineda, el insigne mártir de la resistencia, Ulises era un apuesto y rubio joven que regresaba a América como veterano de la Guerra de Corea. Malila y yo nos jactábamos al sabernos “dueñas” del cariño solidario de un soldado sobreviviente del conflicto bélico acaecido de 1950 a 1953, entre Corea del Norte y Corea del Sur. Además de su alborozada lozanía y su gallardía, nos encantaba con su halo de experimentado en los secretos asuntos de una guerra entre las dos Corea: la del Norte respaldada por la República Popular China y la Unión Soviética y la del sur por las fuerzas armadas de varios países bajo el comando de Estados Unidos.

En mi perdurablemente reverenciada Nueva York, también tuve la oportunidad de conocer a mis muy admirados Renée Hartmann y Rómulo Betancourt, compañeros adecos que todavía no avizoraban su posterior unión matrimonial.

Si bien continuaba siendo una fisgona, la vida me seguía premiando con una colosal experiencia de iniciación, sobre todo, porque ¡no se me escapaba ni un solo detalle!

¡El 31 de diciembre de 1957-1º de enero de 1958, llegó la hora triunfal! Bailábamos, Malila y yo, en la fiesta de fin de año ofrecida casa de unos amigos, cuando irrumpe mi papá, repentinamente y muy exaltado, para avisarnos sobre el alzamiento militar que se estaba desarrollando en contra de la dictadura. A partir de ese momento, todo comenzó a cambiar. Ante la contingencia del derrumbe de Pérez Jiménez, no escuché más comentarios sobre una eventual invasión a Venezuela, tan intrépida como la liderada por el Movimiento 26 de julio. Tampoco se volvió a bromear con una supuesta participación de Malila y mía como ayudantes de enfermería.

A los pocos días, el 23 de enero, triunfó el golpe de Estado que puso fin al oscuro régimen de la ignominia y le abriría paso a la larga y fructífera etapa democrática de Venezuela. Llovían las buenas noticias. Después de la intentona del día de año nuevo, se decía que a la desprestigiada dictadura le fue cuesta arriba frenar varias sublevaciones de las fuerzas armadas, el vigoroso ascenso de la protesta popular y la incorporación activa de importantes representantes de la sociedad civil. Supimos que, al fragor del incansable sonido de las cornetas de los automóviles y del doblar de las campanas de las iglesias, las calles se llenaban

de manifestaciones y motines y se multiplicaban las protestas del movimiento estudiantil y las proclamas contra el régimen, suscritas por grupos de intelectuales, médicos, abogados, profesores, ingenieros, etc. También supimos que el 21 de enero reventó la exitosa huelga general convocada por la Junta Patriótica, una coalición amplia formada por los partidos políticos opositores, inclusive el PCV, y que la respuesta fue inmediata: erosionado todo el apoyo militar, se producía la huida del dictador a Santo Domingo, prestamente celebrada con un desbordamiento popular adornado con un gran júbilo.

A los pocos días, mi papá retornó a la Patria a enrolarse en la política y a desempolvar su “Fábrica de Mosaicos Iris”, empresa que muy pronto volvería a escalar su triunfante camino. Mi mamá permaneció en Nueva York para resolver todo lo concerniente al desmantelamiento de la casa y el viaje del resto de la familia.

En el ínterin, concurrí a una fiesta casa de la hija del General Néstor Prato, quién había sido -nada más y nada menos que gobernador perejimenista del Estado Zulia. Desprendida de cualquier prejuicio o animadversión, gracias a lo inculcado en mi hogar, disfruté de una muy divertida velada con compatriotas, entre los que se hallaba Martín Santander, el galán con quien me uniría en matrimonio para ser el buen padre de mis dos hijos, Luis José Santander y Rosario Isabel Santander (Charito).

Entre los halagos propios de un conquistador rompecorazones, mi estrenado pretendiente de 21 años, cual un príncipe azul esperado por cualquier soñadora de 17, me invitó a bailar en el hotel Waldorf Astoria con Xavier Cugat y su chihuahua, el famosísimo catalán difusor de la música afrocubana.

Con el correr del tiempo supe que tuve la distinción de zambullirme en una mágica noche de encantamiento, trajeada con un vaporoso vestido de tules salpicado de canutillos y lentejuelas, en el mismo hotel donde, el año anterior, 1957, Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba se habían reunido para acordar los puntos del trascendental “Pacto de Punto Fijo”, firmado en Caracas en 1958, con el objetivo de garantizar la sostenibilidad de la llamada *democracia puntofijista* de Venezuela que perduraría hasta la entrada del siglo XXI.

Cómodamente montada sobre tan mullido colchón de ilusiones emprendí el regreso a mi amada Patria.

II. EL REGRESO A LA PATRIA

Una tremenda disyuntiva

El tan sublimado regreso a la Patria se me convirtió en una tremenda disyuntiva. Añoraba las aventuras y desventuras de mi niñez y mi pubertad, los verdes de los paisajes, mi ciudad natal con su incomparable clima primaveral y las luminosas y cálidas playas caribeñas. Pero, ya había echado raíces en Nueva York, la ya minuciosamente pateada megaciudad que se “empeñaba” en corroborarme que el sueño americano no era una quimera.

La disyuntiva, ya de por sí preocupante, se me agudizó con la inevitable separación de mi nuevo príncipe azul, quién cumplía con los preparatorios exigidos para su ingreso en una universidad del Estado de Colorado. ¿Solución?

El 26 de julio de 1958 nos unimos en matrimonio, en Caracas, con una elegante fiesta en la que reeditamos la glamorosa noche de cuento de hadas del Hotel Waldorf Astoria de Nueva York. El novio y nuestros papás se ataviaron de frac. Las mamás, la madrina y las damas de honor lucieron trajes de luces en sintonía con la formal ocasión y yo, la novia, exhibí el blanco atuendo de mis ilusiones. Confeccionado con cascadas de tiras bordadas y encajes españoles que bajaban hasta el piso, el traje se prolongaba en una cola de tres metros y se coronaba con un espeso velo a la medida de la cola y ruchado a una tiara de flores.

¿Los invitados? A más de los familiares, los parientes y los amigos de siempre, asistieron destacados miembros de la dirigencia política que asumía las riendas de la incipiente nación democrática y, por supuesto, todos de la cofradía de mi papá y mi mamá en La Habana y en Nueva York. No olvido las fotografías donde luzco con mi vaporoso atuendo de novia, envuelta en los paternales brazos de Jaime Lusinchi.

Recibimos un obsequio acompañado de una afectuosa misiva de Rómulo Betancourt y su dulce esposa, Carmen Valverde, a quienes les había ido a llevar, con mi papá, la tarjeta de invitación a su casa ubicada en la carretera vieja de Baruta. De puño y letra, el “Padre de la Democracia” lamentaba y explicaba su inasistencia, por encontrarse ocupado en los intrínquilis de rechazo al golpe militar intentado por el general perejimenita Jesús María Castro León.

El 30 de julio, ya desposados, regresábamos a Nueva York. En septiembre tomábamos un vuelo para cruzar el continente norteamericano, de este a oeste, a lo largo de unos 2.600 km. del impecablemente ordenado territorio de los Estados Unidos. Vivimos en la apacible ciudad universitaria de Fort Collins, Colorado, hasta mediados de 1960, año cuando resolvemos emprender el definitivo regreso a la Patria. Regresábamos con nuestro recién nacido vástago, felizmente designado con el nombre de Luis José, en honor a mi héroe de la Patria, el tenaz luchador por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

Aún me regodeo, y con sonrisas de oreja a oreja, con las muchas e insospechadas andanzas que abonaban mi repertorio de cuentos de hechizados.

Entre las aventuras y desventuras con nuestros inseparables Carlos (Carlitos) Montiel, compañero de estudios de Martín, Omaira, su esposa y Tulita, su hijita, es digna de recordar una bonita vivencia que corrobora la esencia de la próspera sociedad americana. Me refiero

al aporte de los venezolanos a la fiesta de bienvenida ofrecida por la *Colorado State University* a los nuevos estudiantes.

Me explico. Aparte del “joropo” que Carlitos y Omaira, Martín y yo bailamos, folklóricamente ataviados y en un escenario ¿digno de los “mejores teatros”?, yo con sólo 17 añitos tuve la irresponsable audacia de preparar una excelente paella para 400 comensales. Era imposible no ser temeraria. Contaba con el soporte material del comedor y la cocina de la universidad, y con la entusiasta colaboración de unos cuantos estudiantes: venezolanos, peruanos, portorriqueños, entre otros latinoamericanos.

Igualmente, ennoblecen mis recuerdos tres exóticos y muy cercanos afectos, dos de ellos también condiscípulos de Martín. El primero, un persa primo hermano de Farah Diba, la esposa de Muhammad Reza Pahleví, Sha de Persia, quién nos abrió la mente a realidades muy extrañas; cuando comparaba su aplaudida sociedad occidental con la musulmana, que el mismo calificaba como oscurantista y retrógrada. Los otros dos, una pareja de jordanos, igualmente occidentalizados,-que se se conocieron el día que ella llegó a Fort Collins, luego de haberse casado por poder a conveniencia de sus padres.

Nuestras andanzas se alimentaban con experiencias provenientes de una pródiga información sobre el agitado universo de la política. Estuvimos muy pendientes de las segundas elecciones libres para la Presidencia de Venezuela, formalizadas el 7 de diciembre de 1958, en un ambiente de armonía y respeto. A pesar de mi enojo por no haber podido ejercer mi primera oportunidad para votar -y también de Martín- me sentí muy afortunada por el triunfo de Rómulo Betancourt, el candidato de AD, el glorioso “*partido del pueblo*”, sobre Wolfgang Larrazábal, el candidato de URD, y Rafael Caldera, el de COPEI.

Justo un año después del intento de golpe militar a la dictadura de Pérez Jiménez, el 1º de enero de 1959, nos enteramos de uno de los acontecimientos que más me han lacrado. Nosotros y el mundo nos estremecíamos ante la victoriosa entrada a La Habana de los barbudos revolucionarios comandados por Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara. ¡Había triunfado la Revolución Cubana iniciada con el desembarco del 2 de diciembre de 1956, tan elogiado por mi papá y el mundo!

A reventar de euforia, veía en uno y otro canal de la televisión estadounidense, las noticias transmitidas con imágenes en vivo que jamás disipé de mi entrecejo. Los dos comandantes desfilaban con el resto de los guerrilleros, a bordo de un tanque, acompañados por unos 1.000 luchadores y encabezando la multitudinaria Marcha de la Victoria o Caravana de la Libertad, que gritaba: ¡*Viva Fidel!* El “Imperio” y el mundo aplaudían la derrota de una dictadura por la vía de las armas.

De Ester Ares Areses, mi amiguita habanera, recibí una carta en la que muy engreída me decía: “*Rosita, no te había podido decir que soy una militante del Movimiento 26 de Julio, en el que he participado clandestinamente, casi desde tu partida*”. ¡Nunca más supe de ella! ¡Nunca más respondió mis cartas!

Nueve meses después, en septiembre, con la misma estupefacción y también frente al televisor paseándonos por uno y otro canal, curioseamos la visita a Estados Unidos de Nikita Khrushchev, el Presidente de los soviéticos.

Era, sin duda alguna, un gran suceso -y, por supuesto, de resonancia mundial- la estadía en el Imperio del dirigente comunista de más alta estatura y colaborador y heredero del despiadado Stalin. Una estadía que durò dos semanas, en plena Guerra Fría, el tenso enfrentamiento político, económico, militar e informativo librado entre el bloque occidental-capitalista-liberal liderado por Estados Unidos y el oriental-comunista-totalitario liderado por los soviéticos.

Había escuchado generalidades sobre la Guerra Fría y su relación con el comunismo. Desempolvo, por ejemplo, el sorprendente gesto de aversión de un niño norteamericano de 10 años, hijo de unos vecinos, al pasar las páginas de sellos de los países soviéticos, insertas en el magnífico álbum de filatelia de su papá.

En realidad, aún no sabía con exactitud que el meollo del asunto era la controversia entre dos bloques irreconciliables. Aún no estaba al corriente con exactitud de que el socialismo marxista leninista que regía en el mundo soviético, era un sistema absolutista fundado en la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y su control en manos del Estado.

No obstante mi analfabetismo político, mis exiguos conocimientos bastaron para disparar mi asombro. ¡El entonces comunista más famoso del mundo -y posterior responsable de una amenaza de ataque nuclear-, resultó ser un gordito, histriónico, imprevisible y, a veces, gruñón!

¡El peligroso enemigo de la libertad y el progreso era recibido -y con derochada cordialidad- por el Presidente Dwight Eisenhower, por empresarios de Hollywood y por el curioso pueblo norteamericano, silenciosamente esparcido a lo largo de las avenidas y carreteras por donde se desplazaba con la columna de automóviles escoltas!

Con la misma nitidez, se me vienen a la mente algunas imágenes de la reñida campaña electoral que le daría el triunfo al joven, apuesto y carismático John F. Kennedy, nuestro preferido candidato del Partido Demócrata. Le ganaba la contienda a Richard Nixon, el republicano que había dado lugar a intensos rumores sobre unos hipotéticos negocios ilícitos.

¡La democracia en tela de juicio!

Retornada a lo cotidiano -y plenteramente enterada de la existencia de militares demócratas-, yo de 19 y Martín de 23, despegamos con la mirada puesta en lontananza y suponiendo que en Venezuela ya reinaba la concordia y se abrían caminos hacia la prosperidad, una similar o parecida a la experimentada por nosotros con el sueño americano hecho realidad. Poco tiempo duró el entusiasmo. La tan bregada democracia se encontraba en tela de juicio.

El primer desaliento fue saber la situación de tensión en que se hallaban las relaciones entre los gobiernos de Venezuela y Cuba. El impasse inicial había ocurrido el 25 de enero durante la visita al país de mi admirado Fidel Castro. Mí igualmente admirado Rómulo Betancourt le había respondido con un rotundo no a su solicitud. Demandaba respaldo político a la Revolución Cubana y la firma de un acuerdo para el suministro estable de petróleo, tan necesario a un proceso de desarrollo impedido por las dificultades sembradas durante la dictadura de Fulgencio Batista.

Si bien ambos líderes, desde los años cuarenta, habían coincidido en el propósito de producir un cambio drástico en una América Latina poblada de dictaduras militares, Rómulo, como lo bautizamos los venezolanos, pregonaba dos ideas capitales que chocaban con los propósitos revolucionarios de Fidel, como lo bautizaron los cubanos.

La primera, era la no injerencia de alguna potencia, en particular de la URSS, con la que había establecido relaciones diplomáticas, saltándose los tácitos términos de la Guerra Fría, que frenaban la factibilidad de una escalada entre el bloque occidental capitalista y el bloque del este comunista.

En la segunda, le puso como condición la previa realización de unas elecciones democráticas, mediante las cuales el pueblo cubano escogiera a su jefe de Estado, es decir, adoptar una forma de gobierno bajo un régimen liberal de democracia representativa, esencial a la economía de mercado.

A la luz de los años, pude comprender otras razones de Betancourt, el merecidamente erigido como *“Padre de la Democracia”*. Aparte de sospechar el rumbo hacia el totalitarismo comunista de Cuba, el primer Presidente de la rudimentaria república democrática venezolana condenaba la orgía de fusilamientos masivos, arbitrarios y sin juicio previo, ejecutados en la Fortaleza de La Cabaña y, según relatos de testigos, hasta por el mismo “Che” Guevara. Al frente de la Comisión Depuradora, había lanzado un feroz operativo contra varios cientos de militares y adeptos del régimen depuesto. Le darían la vuelta al mundo las descarnadas palabras que voceó el 11 de diciembre de 1964, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas (ONU): *“...seguiremos fusilando mientras sea necesario. Nuestra lucha es una lucha a muerte.”*

De acuerdo con un testimonio de Juanita Castro, la decepcionada rebelde del *Movimiento 26 de Julio*, hermana de Fidel y Raúl:

“Fidel, tú tienes que saber que están sucediendo muchas cosas malas en nombre de la Revolución. (...) están metiendo presas y fusilando a muchas más y hay innumerables casos donde señalan al Che por lo que pasa en La Cabaña. Me dicen que suceden infinidad de atropellos. No se trata de traidores, chivatos o esbirros de la policía secreta batistiana. Se trata de gente inocente (...)

No te preocupes, Juanita, que las cosas van a calmarse poco a poco. Cuando hay un proceso tan grande como esta revolución extraordinaria, suceden cosas, pero ten la seguridad de que eso pronto ya no va a existir (...)

Como todos, creí en lo que me decía...”⁽³⁾

Un acontecimiento de ostensible resonancia nacional e internacional, por su génesis desestabilizadora, fue la primera división sufrida en el seno de AD. El ala de izquierda del partido, fundamentalmente integrado por su juventud, había decidido hacer tienda aparte para formar el MIR, la parcialidad de los “cabecalientes” defensores de los principios nacionalistas, revolucionarios y antiimperialistas del partido, después, autocalificada como marxista-leninista.

⁽³⁾ María Antonieta Collins, 2009, p. 205.

Nació una organización política que no solo comulgaba con la tesis que le otorga el carácter de motor de la historia a la lucha de clases librada entre la explotadora burguesía y los explotados proletarios. También sostenía la tesis complementaria que invita a luchar contra la ingerencia política y económica de Estados Unidos -o del Imperio Yanqui- sobre naciones menos desarrolladas.

Fundado el 8 de abril de 1960 -un día antes de la fecha en que mi hijo vino al mundo-, en una postura muy radical de reclamo de un viraje hacia lo social, en contraposición al reformismo socialdemócrata del gobierno, terminaron escogiendo una opción revolucionaria como la abrazada por la Revolución Cubana. Siguieron las filas de la nueva agrupación activistas como Américo Martín, mi admirado hermano más que primo hermano, o como José Marcano y Salóm Mesa Espinosa, dos de los antiguos amigos adecos de mi papá que se habían cuadrado con la izquierda.

Me repito, una y otra vez, cuanto me incomodaban las reiteradas críticas al Gobierno, abiertamente ventiladas por televisión a lo largo de 1960, sobre todo las proferidas por la dirigencia estudiantil y por el liderazgo de la izquierda. ¿Tendrá que ver con una curiosidad ajena a cualquier superstición que deseo compartir?. Siempre, desde aquél remoto tiempo, me ha intrigado una doble circunstancia que la asocio a mi sino político: yo nací en 1941, con AD, y mi legatario en 1960, con el MIR.

Para colmar el clima desestabilizador, la democracia también era puesta en tela de juicio por el militarismo de derecha de América Latina, afiliado en el extremo opuesto a la izquierda. El 24 de junio, de ese mismo año, a mitad de mañana y sin terminar de abrir las maletas, nos sacude el suceso que me retrotrajo al “*esbirranato*” sobrevenido el día del frustrado golpe del 12 de octubre de 1951. Sentí miedo por Venezuela, miedo ante la eventualidad de volver a vivir situaciones tan infaustas como angustiantes. Miedo a reeditar escenas como la de la trampa tendida por los esbirros a los conspiradores, para verlos caer como presas cazadas por unas bestias al acecho y sagazmente escondidas en los gamelotales.

Anegada en lágrimas y hundida en la zozobra, escuchaba por radio lo que por teléfono me había relatado mi papá. Poco después de las 9 de la mañana, camino a los actos militares previstos para celebrar el Día del Ejército, en el Paseo Los Próceres, el recién estrenado Presidente Betancourt había sido objeto de un frustrado atentado con una carga de explosivos que le quitó la vida a un transeúnte y a Ramón Armas Pérez, jefe de la casa militar.

Al otro día y en medio de la incertidumbre reinante, vimos por televisión y con desbordada admiración al valiente, corajudo y adolorido Presidente, dirigirse a la nación con quemaduras en ambas manos y en el rostro. Primero, acusó como sospechoso al General Rafael Leonidas Trujillo: el sempiterno tirano dictador de República Dominicana -Chapita, como me lo había enseñado mi mamá-. Luego, llamó a tener confianza plena en la estabilidad requerida para vencer a los enemigos de la democracia y el desarrollo: “gobernar para todos los venezolanos y marchar hacia el logro de su destino final”

En paralelo a la retrógrada arremetida militarista, en el espinoso tránsito hacia la democracia, Rómulo tuvo que resistir y enfrentar la irrupción de una cadena de ataques, protestas, huelgas generales y brotes de violencia callejera, suscitada desde la izquierda. La muy deficitaria

situación fiscal que le había endosado la dictadura, sumada a la fuga de capitales, lo había obligado a tomar cuatro medidas impopulares.

Conjuntamente con el control de cambio y la devaluación del bolívar -la moneda nacional en curso desde 1879-, el gobierno tuvo que disminuir el 10% de los sueldos y salarios públicos y suspender el asistencialista Plan de Emergencia, creado por el Gobierno interino de Wolfgang Larrazábal, a los fines de palear el problema del desempleo irresuelto por Pérez Jiménez, y propiciar la consolidación del sistema democrático en gestación.

El cuadro político se complicaba día a día. El semanario *Izquierda*, publicación oficial del MIR, en su editorial del 14 de octubre de 1960, titulado “*Hacia un cambio de gobierno*”, hace un llamado a la insurrección armada “...*que no llegó a serlo pero si a parecerlo*”, según lo atestigua Américo Martín, entonces uno de los principales dirigentes del MIR, en su obra “*La terrible década de los 60*”.

El MIR, junto al PCV, inicia la respectiva difusión de documentos clandestinos y volantes en los que se invitaba a asumir la desatinada tesis foquista de la revolución, proclamada por el “Che” Guevara y, más tarde, teorizada por Régis Debray, filósofo y escritor francés. La tesis a la postre derrotada, postula que no es necesario esperar a que se den todas las condiciones para la revolución. Como ocurrió en Cuba, con un pequeño foco que inicie las acciones típicas de la guerra de guerrillas se podría lograr, con relativa rapidez, el levantamiento de las masas, la extensión de la revolución y el derrocamiento del régimen. En 1962, unidos en el Frente de Liberación Nacional, crean su brazo armado las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Aunque medianamente informada, estaba al corriente de la ola insurreccional de la guerrilla rural y urbana, que se prolongaría durante toda la década de los 60. Como ofensiva bélica declarada a la novel democracia tuvo como respuesta la progresiva represión militar que finalmente culminaría con el pacto de pacificación acordado en 1969-1970 con el gobierno de Rafael Caldera. Con este pacto, la guerrilla concluiría su ciclo como instrumento para la toma del poder, que había sido inaugurado en 1960-1961.

El 30 de enero 1962, en San Cristóbal, la ciudad arrinconada en el extremo suroccidental de Venezuela, estalló la huelga de transporte que en pocos días se propagó por Caracas para convertirse en la espiral de violencia foquista que llevó al Gobierno a señalar al MIR y al PCV. Se les acusaba de organizar una rebelión destinada a derribar el sistema democrático e instaurar en Venezuela un gobierno como el de Cuba. Cabe una duda que, desde entonces, me ha revoloteado:

“¿Por qué si es una huelga de los propios transportistas, se tienen que preparar células encargadas de esparcir en las calles tachuelas “pincha cauchos” que los obligaran a parar los vehículos?”

El ambiente tiende a caldearse más aún, con la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), declarada el 31 de enero 1962. Se le culpaba de dar la espalda al sistema panamericano, por su manifiesta adhesión al marxismo-leninismo y a la crítica del capitalismo como responsable de la desigualdad e injusticia social. La efervescencia se agudizaría en octubre, en respuesta al embargo comercial, económico y financiero -o bloqueo- impuesto a Cuba por Estados Unidos.

La desestabilización insurreccional también fue intentada vía los cuerpos militares, en particular, la marina. Recuerdo con zozobra las noticias sobre “El Carupanazo”, “El Porteñazo” y “El Barcelonazo”, los abortados alzamientos militares revolucionarios de mayo-junio de 1962 que reventaron respectivamente en las bases navales de Carúpano, Puerto Cabello y Barcelona. Fueron rebeliones sangrientas preparadas en confabulación con el MIR y el PCV, aunque empañadas por una gran confusión de ideas.

Crecían los rumores sobre la insurgencia, organizada desde inicios de la década de 1960, en focos de pequeños grupos de guerrilleros apostados en la montaña del Turimiquire en el nororiente del país y en otras de los occidentales estados Lara, Portuguesa, Falcón, Yaracuy y Mérida. Según las noticias, que llovían por los incesantes corrillos telefónicos -y no por experiencia en la calle-, mientras se intentaba revolucionar al campo, varias ciudades comenzaban a ser escenario de operaciones foquistas de guerrillas urbanas ejecutadas por las *Unidades Tácticas de Combate* (UTC) de las FALN -muchas de inspiración terrorista que yo condenaba por inexcusables bajo cualquier ángulo-.

Con cierta frecuencia se sacaban a colación sucesos que, como las quemas de autobuses y otros vehículos y las protestas y manifestaciones callejeras, terminaban en enfrentamientos con la fuerza pública y con recurrentes saldos de muertos, heridos y detenidos.

No faltaban las noticias sobre las incursiones ejecutadas por las violentas UTC. Eran de conocimiento público episodios como los atracos de sucursales bancarias o los asaltos a sedes de instituciones militares, policiales o culturales para el robo de armamento o de famosas obras de arte. También sonaban las acciones efectistas, entre otras operaciones guerrilleras muy debatidas por la opinión pública y en nuestras conversas privadas.

Entre las acciones efectistas que ocuparon las primeras páginas de los diarios, tengo presente y sin orden cronológico, noticias referidas a los ataques con explosivos a oleoductos de las filiales norteamericanas, o a la toma del barco Anzoátegui para desde allí transmitir denuncias sobre la represión del Gobierno y la existencia de centros de detención. No menos efectistas para ganar audiencia fueron las que describían el incendio a la sede de la Misión Militar de Estados Unidos y el secuestro del jugador del Real Madrid, Alfredo Di Stefano, dirigido a llamar la atención del mundo sobre la lucha guerrillera en Venezuela.

Todavía me erizo al repasar las informaciones sobre los secuestros y las ejecuciones de policías, militares y civiles y, en particular, las que relataban tres dramáticas operaciones guerrilleras.

La primera nos remite al fallecimiento de Livia Gouverneur, la veinteañera estudiante universitaria, militante del PCV. Cayó accidentalmente abatida por la policía en noviembre de 1961, durante la frustrada operación que tenía como propósito volar una residencia ubicada en el este de Caracas, donde se reunían los cubanos contrarrevolucionarios (¿gusanos?).

No menos escalofriante me resultó el ataque de septiembre de 1963 al tren turístico de El Encanto, en las afueras de Caracas. En la búsqueda de armas, quince guerrilleros se enfrentaron a la Guardia Nacional, con un saldo de varios muertos: ocho efectivos militares, dos niños y ocho mujeres.

La tercera operación guerrillera, también escandalosamente perturbadora de la tranquilidad pública y mía, fue el ominoso caso del Dr. Julio Iribarren Borges, sonado médico, entonces presidente del Seguro Social, quien, en marzo de 1967, fue vilmente torturado y asesinado por el “DELITO” de “SER HERMANO DE” Ignacio Iribarren Borges, el entonces Canciller de la República.

La única vez que sentí, y muy de cerca, la subversión armada fue en 1964 cuando, sobrecogida y desde mi hogar en el este de Caracas, escuché la arremetida con ráfagas de ametralladora a la fachada de la casa de Luis Vera Gómez, adeco quien había sido gobernador del Estado Zulia de 1961 a 1964.

Mientras el MIR y el PCV abrazaban la guerra de guerrillas como la vía para la toma del poder por asalto, AD ya había sufrido su segunda división. De manera inexplicable para la opinión pública se materializó el 12 de enero de 1962, cuando el llamado Grupo ARS, el ala intermedia entre la “Vieja Guardia” y la fracción de izquierda, oficializa el Partido Revolucionario de Integración Nacionalista (PRIN). Animados por su dominante mayoría de los puestos del *Comité Ejecutivo Nacional* (CEN), los *arsistas* terminaron separándose del partido, luego de la lucha que tuvieron que librar por el dominio de las Convenciones Regionales. Más que algún cuestionamiento a los principios ideológicos o doctrinarios, y no obstante su auto calificación como partido revolucionario, su demanda era la de corregir la gestión del Gobierno y del partido.

A semejanza de lo que ocurría en el seno del MIR, había un reclamo por la parsimonia como se estaba llevando a cabo la Reforma Agraria y sus efectos sobre una masa campesina a la espera de reivindicaciones básicas postuladas en el programa del partido. Cómo lo justificara el mismo Betancourt, diametralmente opuesta a la confiscadora ejecutada en Cuba, la de Venezuela tenía que ser conducida en el marco de la ley, es decir, enfrentar el latifundio de forma pacífica, mediante la compra de las tierras para repartir gratuitamente a los campesinos.

Añadidas a este reclamo, se exigían otras cuestiones como las de restringir la participación de la “alta burguesía” en los organismos de política, revisar la coalición con COPEI y darle al CEN el derecho a discutir la cuestión militar que, por razones de seguridad, le era reservada a Betancourt.

El punto más álgido fue la modificación estatutaria, aprobada en un Comité Directivo Nacional (CDN) de AD, celebrado entre el 30 de enero y el 1 de febrero de 1960. Ante la alarma de un desborde popular y la pérdida del control del partido, se estableció un régimen de ocupación de cargos partidistas sobre la base del tiempo de militancia, que dejaba de lado a un grueso número de dirigentes populares que habían ingresado después de la caída de Pérez Jiménez en 1958.

Eran los aciagos días en los que el “partido del pueblo”, desde entonces ¿ascendido? a “partido de gobierno”, vivía un delicado proceso de división, en un país donde crecían los focos de desestabilización insurreccional y la efervescencia popular.

Mi percepción era, sin embargo, la de dos países que corrían en líneas paralelas. La Venezuela del clima de revueltas y su contraparte, la que necesitaba salir adelante. Una Venezuela que ansiaba la paz política y social.

Mientras la bandera de Livia, la joven revolucionaria, se ondeaba como el rostro de las luchas insurgentes de América Latina, a un año de su muerte, en diciembre de 1961, Venezuela pasaba a ser escenario de una muy aclamada visita del Presidente de los Estados Unidos.

Apostada a un costado de la amplia y prolongada Avenida Miranda de Caracas, se me presentó la providencial oportunidad de ver pasar la caravana encabezada por la limusina descapotada desde la que saludaban Rómulo Betancourt y John F. Kennedy, con sus respectivas esposas: Carmen Valverde y la sofisticada, elegante y noticiosa Jacqueline Bouvier. En sumo asombrada, me repetía:

“...los sonoros aplausos y entusiasmados vítores de las multitudes me demuestran cuan errados están aquellos que fantasean con los sentimientos antinorteamericanos de las masas”.

Con esta remembranza, me asaltan las improvisadas palabras ofrecidas en español por la Primera Dama de Estados Unidos, en un acto enmarcado en la política de la Reforma Agraria: la inaugural entrega de tierras y títulos de propiedad en el asentamiento campesino La Morita, del Estado Aragua.

Palabras más, palabras menos, nos manifestó:

“...me alegro de haber podido acompañar a mi esposo (...) Trabajaremos para que los habitantes de todos nuestros pueblos tengan la oportunidad de acceder a trabajos bien remunerados y de recibir enseñanza, cosas que deberían estar al alcance de todos y no limitarse a unos pocos privilegiados...”

La **excepcionalmente** publicitada visita de los Kennedy -muy reprochada por la izquierda-formaba parte de la política norteamericana de la Alianza para el Progreso, el programa de ayuda económica política y social adelantado para América Latina, con un doble objetivo: mejorar las condiciones de vida de los habitantes y, por extensión, contrarrestar la influencia de la Revolución Cubana.

Con esta remembranza, también me surge el relato del escarmiento de Ramón Peña, amigo de entonces y de hoy. Cuenta Ramón que, cuando con extremo entusiasmo, se armaba de valor para participar en una operación de sabotaje a la caravana presidencial, organizada por la juventud del PCV, se topó con los mismos estruendosos aplausos y entusiasmados vítores de las multitudes. En la estampida para escapar de la policía entró por la primera puerta que pudo. ¡Susto! Era una de las casas de AD, en la que consiguió mimetizarse con partidarios del gobierno que también disfrutaban de la fiesta.

La Venezuela que ansiaba la paz política y social, tampoco era prisionera de algún sentimiento a favor o en contra de la dictadura de Pérez Jiménez. Cuenta mi hermana Elena que, una mañana de 1959, de paseo con mi papá por el casco central de Caracas, se tropezaron con un individuo a quién nuestro héroe saludó con deferencia.

A la pregunta de quién era, le dijo. “*¿Ese, señor? Ese es uno de los esbirros de Guasina.*” Sorprendida, Elena lo precisó: “*y, ¿por qué tanta deferencia? No entiendo.*” Con la sabiduría que lo caracterizaba, le replicó: “*Hija, ese es un pobre diablo que pasó tanto trabajo como uno. A un chivo importante no lo hubiesen mandado al infierno de Guasina.*”

Con el recordar de esta airosa postura de mi titán, se me levanta la imagen de Mamà Flor”, mi suegra, la abuela/mamá de Martín. Me amaba y respetaba -según sus propias expresiones- porque jamás le replique a sus provocaciones. Como buena esposa del General Julio Anselmo Santander -el siempre Jefe de la Casa Militar del dictador Juan Vicente Gómez- me manifestaba con airoso desdén cuan gomecista y perejimenista era y, por ende, antiadeca. Yo, solo sumaba 19 añitos...pero...me tocò la suerte de ser hija de mi papà y mi mamà.

Tremendamente ilustrativas me resultaban las confrontaciones políticas entre mi papà y Américo Martín, en su posición de dilecto sobrino y de conspicuo dirigente del MIR. En el transcurrir de la vida, siempre nos han coreado las remembranzas de algunas de las tenidas entre estos dos personajes, tan suyos y especialmente queridos y valorados por las hermanitas Estaba Briceño.

Abriendo con una crítica al Gobierno, de lleno compartida por dos ciudadanos envueltos en la tormenta política, Américo insistía en seducir a mi papà para que se adhiriera a las filas del MIR. Luego de profundas discusiones ideológicas y programáticas, mi papà le replicaba:

“...pero, ¡espera, Américo!, ¿de verdad crees que uno debe regalar su patrimonio? ¿Cómo pretendes que sea del MIR, si yo soy un burgués? Además, ¿no te has dado cuenta de que, lejos de ser un empresario que explota a sus obreros, yo los hago mis amigos?”

Con estas tan aparentemente ingenuas como lapidarias interrogantes, y con la misma claridad meridiana con la que, seis años atrás, discutía en La Habana con José Marcano, le objetaba dos letanías del comunismo: la abolición de la propiedad privada y el carácter de motor de la historia otorgada a la lucha de clases entre burgueses explotadores y los proletarios explotados.

En 1962, Venezuela se coinvertía en un hervidero político. Era también el año de la crisis de los misiles nucleares soviéticos apostados en Cuba, generada en plena Guerra Fría y a consecuencia del terrible descubrimiento realizado por Estados Unidos: ¡la presencia en territorio cubano de bases de proyectiles autopropulsados de alcance medio!

Nos sentíamos inmersos en la amenaza nuclear comandada por Nikita Khrushchev, el mismo que habíamos seguido en su visita al Imperio Gringo. Sufríamos el inminente peligro que nos tuvo en vilo, en la casa, en el país y en el mundo, hasta el 28 de octubre, cuando es anunciado su desmantelamiento y traslado de vuelta a la Unión Soviética. La retirada se logró gracias al compromiso de Washington de no invadir Cuba. ¡Nunca se había estado más cerca de una guerra atómica!

En el convulsionado 1962 se preparaban las elecciones generales a celebrarse en diciembre de 1963.

“Adiós papaíto...Guasina terminó saliéndose con la suya”.

Saciados de mangos y de playa caribeña y ya acostumbrados a la rutina de Caracas, enrumbábamos nuestros caminos: mientras yo cuidaba de mi hogar y de mi bebé y me regocijaba con mi familia y amigos, Martín trabajaba para llevar el pan a la casa y reanudaba, en simultáneo, sus estudios universitarios.

Mi papá, jefe del “hogar dulce hogar” de los Estaba Briceño, antes que interesarse por ejercer los cargos públicos que le proponían, prefirió ponerse al frente de su fábrica de mosaicos, garantizándola la pulcritud exigida en cualquier contrato con el Gobierno. Me parece escuchar con nitidez sus conversaciones sostenidas por teléfono para rechazar dos ofertas: la gobernación del Estado Sucre y, después, la del territorio Federal Delta Amacuro.

Revivo y con jactancia, sus vociferadas críticas en contra del tráfico de influencias y de los dineros sospechosamente malhabidos. También recuerdo, por ejemplo, sus duras palabras a un amigo muy próximo, dirigente sindical adeco, a quien acusaba de ladrón por haberse apropiado del automóvil de Pedro Estrada, durante los disturbios del 23 de enero de 1958. “*¡Ese carro no es tuyo! Es de la Nación!*”, le enrostraba.

Es difícil no tener presente su descarnada y sentida protesta por la falta de justo reconocimiento a los compañeros que, por su valiente responsabilidad contra la implacable dictadura, sufrieron los rigores de Guasina. No concebía la razón por la que, por ejemplo, compañeros como mis tíos Federico y Gerardo no habían sido seleccionados para sumarse a la lista de candidatos a diputados del Congreso Nacional, en las elecciones de 1963. Nunca entendió que en AD, como en cualquier institución humana, había que “caerse a cuchillo” para abrirse paso. No es fácil asimilar sabios y amistosos consejos como el que, muchos años después, en sus tiempos de dirigentes juveniles de COPEI, le diera Luis Herrera Campins - quien, en 1984, llegaría a la Presidencia de Venezuela- a Germán Ahrensburg Monch -mi siempre añorado y presente esposo, hoy fallecido (QEPD):

“Germán: tus enemigos políticos están dentro del partido. Nunca los busques fuera de él.”

Por todos estos motivos y con inocultable dolor decide renunciar a su militancia en AD, la casa donde había nacido y crecido como venezolano desprendido y entrañablemente consustanciado con la búsqueda y garantía del bienestar de sus compatriotas; -o de sus conciudadanos, como desde un concepto moderno, nos había distinguido Rómulo-

Opta por irse al PRIN, de la mano de sus hermanos. El peso de sus motivos lo empujaron a dar tan espinoso salto, a pesar de la solicitud del mismísimo Rómulo Betancourt quien, en una entrevista le pidió recapacitar y desistir de su propósito. No pudo atender al llamado del Presidente, luego de largas y angustiosas reflexiones que, como en el pasado, compartía con mi mamá a toda hora y hasta en sus tempranas conversaciones.

Como ejemplar líder nato y fresco, inmediatamente después de sumarse al PRIN, comenzó la procesión de notables dirigentes ex-adecos, por su pequeña finca campestre ubicada en Guatire, poblado de las proximidades de Caracas. En los frecuentes encuentros de compañeros, conocí a personalidades de la talla de Raúl Ramos Jiménez, el más prestigioso de los aristas, Héctor Vargas Acosta, Marcial Mendoza Estrella y Ramón Quijada.

A diferencia de la actitud de ruptura radical del MIR, Ramos Jiménez se planteaba tomar el control del partido *acciodemocratista* desde la dirección nacional. Luego de introducir un reclamo en el Consejo Nacional Electoral por la posesión de la legalidad del partido, a mediados de 1962 y bajo la consigna de AD-Oposición, se lanza como candidato para dirimir al sucesor de Rómulo Betancourt.

Guardo vivas las imágenes del despliegue de afiches de AD-Oposición invitando a votar por mis tíos Gerardo y Federico para la Cámara de Diputados del Congreso Nacional y por mi tío Víctor para la del Senado.

Incorporado a la campaña, mi papá se suma a una gira del candidato por el nororiente del país. Para cerrar un exitoso recorrido, en Cumaná, su ciudad natal y capital del Estado Sucre, los integrantes de la gira aceptan una invitación a degustar un sustancioso *corbullón de mero*, típico manjar sucrense, de origen corso-francés, que les había preparado el gobernador, Aníbal Alarcón. En esa Venezuela profunda, amiguera y llana, la gente de AD-Oposición era recibida por un importante dirigente del “AD en el gobierno”, hermano de Pedro Alarcón, esposo de mi tía Rosario Estaba Acuña, y quién había sido designado para su cargo ejecutivo por sugerencia de mi papá.

Al día siguiente, los entusiasmados comensales decidieron desayunar con los restos del provocativo manjar. La ingesta de un alimento tan delicado y que había sido preparado con muchas horas de antelación, les produjo una intoxicación tolerable que, en el caso de mi papá se tornó severa.

Sufrieron el desasosiego causado por las náuseas y los vómitos durante el largo recorrido hasta Caracas. Todos se recuperaron sin necesidad de atención médica.

Mi papá, por el contrario, llegó a su casa muy afligido a causa de un insoportable dolor de cabeza y de su incapacidad para ver, entender, hablar y caminar. Había sido víctima de una drástica alza de la presión arterial que derivó en un accidente cerebro-vascular. A pesar de los esmerados tratamientos médicos, no pudo superar los daños ocasionados por la *pielosistitis* aguda y la consecuente e irreparable pérdida de la función de sus riñones con la que salió del campo de concentración.

Fue hospitalizado bajo el cuidado de tío Víctor, su hermano médico, y por supuesto de los mejores especialistas. Tres días más tarde, el 6 de agosto de 1963, ocurre lo que sería un inenarrable punto de inflexión en mi vida: ¡la sorpresiva muerte de mi héroe, mi paradigma, mi aún joven príncipe azul, de escasos 45 años! ¡Guasina había terminado saliéndose con la suya! En 1952, once años atrás, el campo de concentración lo había sentenciado de muerte.

El universo se nos derrumbaba y se nos desempolvaba el difícil pasado que nos había tocado vivir. A pesar de mis plegarias y oraciones, Dios nos arrebató el tesoro de la familia. Ya no contaríamos con nuestro mercader de ilusiones y de proyectos de futuro. Lo que calificaba como una injusta pérdida para nosotras y para mi país, me llevó a renegar de toda creencia religiosa inculcada desde mi niñez.

Mi mamá, con el rostro petrificado, atendía los asuntos correspondientes a una viuda, bella, joven y lacerada en lo más hondo. Nosotras, sus cuatro hijas, tratábamos de escapar del abismo de la orfandad. Por respeto a mi mismo papá, hacíamos esfuerzos para no desahogarnos cual plañideras a quienes les pagan por llorar en el ritual funerario. Logré simular que era poseedora de fuerza suficiente para sofocar mi aflicción, pero no pude controlar la ansiedad que me provocó un prematuro proceso de contracciones y dilatación del cuello uterino. Gracias a la inmediata intervención médica, pude salvar a mi hija Rosario Isabel (Charito) Santander Estaba, a quien resguardaba en lo más esencial de mi vientre, desde abril de 1963.

La partida de mi padre ocasionó una conmoción en su inusitado entorno. Su velatorio y entierro fueron todo un acontecimiento, no sólo por su resonancia y la muy nutrida asistencia, sino por las consternadas manifestaciones de afecto de varios de sus amigos. Si bien deploramos la comprensible inasistencia de Rómulo y de Lusinchi, apreciamos las sentidas condolencias de Eleazar López Contreras y de una muy nutrida y distinguida representación de la dirigencia política del país.

No retengo el número de cuadras lentamente recorridas por sus más allegados con el féretro en hombros. Tampoco puedo estimar cuanto tiempo conservamos las cintas que identificaban las 300 coronas de flores que engalanaron su cortejo. Durante muchos años nos regodeamos escuchando, una y otra vez, el disco sencillo donde nos registraron las muy sentidas palabras que recitó, al pie de su tumba, el joven dirigente arista Manuel Alfredo Rodríguez.

Luis José Santander Estaba, su nieto de 3 años y cuatro meses, su tocayo, mi hijo, el hijo varón que no tuvo, nunca lo olvidó. Nunca olvidó cuan inseparable y amalgamado estuvo a su abuelo. Tampoco olvidó el amor incondicional, virtuoso y colmado de felicidad que los unía.

El ungido descendiente de su grandeza siempre ha añorado gratos recuerdos que preserva con recelo. Con la misma nitidez y frescura como relata una buena cantidad de remembranzas, suele aludir al crítico momento cuando “ayudó” a los camilleros y pretendió subir a la ambulancia que lo trasladó a la clínica.

María Gabriela Correa Estaba, hija de Malila y de su párvulo esposo, Víctor Hugo Correa, todavía era una bebida con la que mi papá se deleitaba tendiéndola a lo largo de su antebrazo izquierdo. El resto de su prole -nietos y biznietos-, siempre han lamentado no haberlo conocido.

Tíos Gerardo y Federico, sus apesadumbrados compañeros de lucha, evidenciaban rostros de desolación. Tío Víctor anduvo por el resto de sus días expresando su profundo desconsuelo por no haber podido salvarlo.

Una vez dicho el “*adiós papáito*” y aún con los ojos húmedos de congoja, decidimos honrarlo con nuestra participación en las elecciones celebradas cuatro meses más tarde, depositando nuestro voto con las dos tarjetas del brioso caballito del triunfo. El PRIN no había logrado que el Consejo Supremo Electoral le otorgara la tarjeta blanca de AD, pero los adecos tampoco.

Con el grito de “*Por la blanca vota negro*” o “*Para recuperar la blanca vota por la negra*”, Raúl Leoni gana la elección presidencial. Luego de las dos lesivas divisiones de 1960 y 1961, el candidato de la Vieja Guardia de AD obtiene el 32,8% de los votos (957.574), frente a Rafael Caldera (20,18%) y Jóvito Villalba (18,89%). No obstante el notable liderazgo de la dirigencia de la generación intermedia de AD y de su terminante presencia en la dirección nacional del partido, a Raúl Ramos Jiménez y su brioso caballito, con exiguos 66.880 (2,29%), le faltaron demasiados votos para alcanzar la meta. Más amplia fue la distancia perdedora de los sufragios obtenidos por mis tíos aspirantes a bancadas del Congreso.

La participación del 76,13% de los inscritos en el registro electoral es una demostración irrefutable de que el llamado a la abstención de la izquierda también tuvo oídos sordos. Resultó ser poco efectiva la operación abstencionista ejecutada en 1962, mediante panfletos lanzados desde un avión de la línea AVENSA, que había sido secuestrado para sobrevolar Caracas.

A mi papá -como me ocurrió a mí- le hubiese resultado muy desgarrador constatar la desbandada que relegaría a estos movimientos -el MIR y el PRIN- a una orilla de la historia.

Mi papá se fue a la tumba muy desilusionado, pero se llevó un galardón que le regaló la vida. En julio, Elena, su tercera hija, se había graduado de Bachiller de la República, con tantas pompas que fue premiada con una fiesta, tan sencilla como concurrida, que contó con asistentes muy variopintos, incluyendo a amigos que se habían ido a las filas del MIR: Rómulo Henríquez, Moisés Moleiro y Héctor Pérez Marcano (El Macho).

En aquellos tempranos tiempos, me era impensable imaginar que años más tarde tendría la ¿feliz? oportunidad de abrazar la gesta revolucionaria, al lado de dos almas que marcarían mi existencia personal e intelectual: Moleiro, convertido en mi compinche/hermano de todos los días, y Pérez Marcano, mi gran compañero/segundo marido.

Todavía alumbra nuestros frecuentes coloquios la foto de Elena con su diploma en la mano, seguida de mi mamá y mi papá, ceremoniosamente, caminando por el pasillo central del recinto donde se celebró el acto de graduación.

Se fue a la tumba muy desilusionado, pero habiéndonos dotado de suficientes herramientas para poder salir del abismo de la orfandad hacia el renacer.

III. DEL ABISMO DE LA ORFANDAD HACIA EL RENACER

El comienzo: los años de contagio revolucionario

Luis José Estaba Acuña, quien me seguirá alumbrando hasta el final de mi vida, se nos fue bajo el sobrentendido acuerdo de acometer una ardua tarea: escapar del abismo de la orfandad y armarnos de ímpetu para remar hacia el renacer. Una tarea que involucraba no solamente a su viuda y sus cuatro hijas, sino a Martín y a Víctor Hugo, los yernos con los que había construido diáfanos lazos de varones cómplices.

Se nos fue y, con él, nuestro soporte emocional, material e intelectual. Se nos fue el mago creador de una fantástica cesta colmada de amor, afecto, ilusiones y recuerdos. Se nos fue con todo y botín, pero nos legó su enaltecido apellido, la emblemática fe en aquello de aprender viviendo y el compromiso de pelear por la democracia.

El testamentario sentido de clan familiar -al cual ya se había sumado Charito desde su nacimiento el 17 de enero de 1964-, nos indujo a cambiamos en comandita a una linda y espaciosa casa donde cabíamos holgadamente. Mi mamá y sus dos hijas solteras, Elena y Zoraida, disponían de sendas y bien dotadas habitaciones. Malila y yo, con nuestros maridos e hijos, nos repartimos dos áreas lo suficientemente amplias y acondicionadas para la convivencia en confianza.

Allí supimos como recordar a mi papá y, desafiando su ejemplo, como refugiarnos, poco a poco, bajo su aureola de optimismo.

Además de la responsabilidad a toda prueba, asumíamos su espíritu libertario, popular y aficionado a la alegría, la música, el baile y al bromear, divertir y hacer reír. La casa, henchida de juventud, rápidamente se convirtió en un centro de encuentro de amigos de cada uno de nosotros. Emulando a mi papá, lejos de guardar el tradicional luto de negro cerrado, inventamos organizar actividades de grupo como la parranda navideña que paseamos de casa en casa o las tenidas de juegos caseros: sillas musicales, mímica, contar chistes, etc.

Mi tan jovencita como bella mamá de 41 mayos, nos apuntalaba las tenidas y nos ayudaba a velar por sus cuatro nietos: mis dos hijos y los dos de Malila, quien ya había traído al mundo a Víctor Hugo Correa Estaba, el nuevo integrante de la pandilla.

Tampoco nos fue difícil calcar la sensibilidad social del *pater famili*, su interés simbiótico en el acontecer político nacional, esta vez desde una reflexión de mi nociones sobre el pensamiento izquierdoso.

Américo seguía colmando el indiscutible lugar de referencia. Elena y Martín sin proponérselo se adjudicaron el rol de nuestro vínculo con la ola insurreccional de la foquista guerrilla rural y urbana que minò las noticias de la década de los 60. Estudiaban en la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela (UCV), entonces, abiertamente combativa y reconocida como la vanguardia del revolucionario pensamiento de izquierda que, a semejanza de lo que propugnaba la juventud del grueso de los países del mundo, reclamaba un profundo viraje hacia lo social, indispensable a los fines de apuntalar la lucha por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

El grado de compromiso de Martín -y de nosotras- era tal que, un buen día, Rafael Enrique Carabaño (“Paique”) -el muy querido primo hermano suyo y mío-, sin mucha reserva, nos buscó para pedirnos un apoyo sumamente peligroso: “enconchar” a Paúl del Río, alias Máximo Canales, el joven venezolano hijo de españoles que ya era una leyenda de la insurgencia. En la lista de sus valientes operaciones guerrilleras, netamente propagandistas, destacan acciones de la trascendencia del antes mencionado secuestro de Alfredo Di Stefano, en 1963.

Pudimos comprobar su talante de gente virtuosa con la opinión ofrecida a los medios por el mismo Di Stefano, quien con una sorprendente sonrisa declaraba que había sido detenido, amablemente tratado y liberado sin pedir nada a cambio. En efecto, además de excelente pintor y escultor, Paúl resultó ser el gran amigo, calurosamente acogido en nuestra casa y a salvo de la persecución policial por algo más de un año. Conservamos los hermosos dibujos que nos regaló, así como la imperecedera hermandad de Olga Dugarte, la izquierdista amiga y compañera de estudios de bachillerato de Malila, que se instaló con nosotros a curucutear en la novelesca vida de Máximo Canales y a compartir la política día a día.

Con el ilimitado apoyo de mi mamá -nuestro solidario ángel de la guarda- reanudé mis estudios de bachillerato en un liceo privado donde cursaba mi hermanita Zoraida.

¡Por fin pude dar los primeros pasos para honrar la deuda contraída con mi papá un mes antes de su partida! Siempre me atosigó la escena cuando, en la fiesta de grado de Bachiller de Elena, me sentó en sus piernas y, sin perder de vista mi preñez de tres meses, me dijo:

“Elena continuará con sus estudios hasta coronarse como una profesional universitaria. En cambio tú, la primogénita en quien cifre mis mayores esperanzas, no quieres servir para nada.”

¡Gracias, papaíto por haber existido!

En septiembre de 1964, yo, la juiciosa madre de un angelito de 4 años y una recién llegada angelita de 8 meses, ya estaba de colegiala uniformada sentada en un pupitre del cual me levante dos años después, con las mejores notas y mi diploma de “Bachiller de la República”. Malila, que no se podía quedar atrás, también se reincorporó y culminó la secundaria.

¡Gracias mamáita por tu apoyo!

Definitivamente, ¡a nosotras no nos importaba el “qué dirán”, pero si, y mucho, la opinión de mi papá!

En 1966, cuando yo iniciaba mis estudios superiores, Martín se licenciaba en sociología. ¡Una coincidencia celestial que trajo consigo el sosiego pecuniario al hogar!

No sé si fue por una motivación atávica que opté por ingresar en la Escuela de Geografía de la UCV. Digo atávica porque, aún sin una idea acabada de lo que se trataba, me dispuse a cursar la extraordinaria profesión que requiere del mapa cartográfico a diferentes escalas, como la herramienta de investigación de su objeto de estudio: el espacio geográfico o la epidermis de La Tierra, el planeta hogar que nos acoge. Y yo guardaba alguna noción de lo que era un mapa, desde mis tempranos fisgoneos en los encuentros sostenidos por mis padres

con sus amigos, para, con un mapamundi en mano, discutir y evaluar la forma como se había propagado la IIGM.

En el correr de esos días, Malila y Elena se afiliaron a unos grupos de apoyo a la guerrilla. Malila, la de más prolongado y serio tesón, colaboraba conduciendo su automóvil para llevar alimentos y medicinas a un puesto al pie de El Bachiller, un cerro desplegado en una densa zona montañosa, a unos 160 kilómetros al este de la capital venezolana, donde operaba el Frente Guerrillero Ezequiel Zamora. Elena auxiliaba con el transporte de propaganda, apoyo que rompió abruptamente cuando supo de la ejecución, en una esquina cerca de su residencia, de un joven abogado que, en 1967, fue vilmente acribillado por una unidad terrorista que lo había censurado por ser vocal del Tribunal Supremo de Justicia.

De vuelta de uno de sus viajes secretos, Malila comete el tan inexperto como imperdonable error de entrar a descansar en el apartamento de su jefe, Jesús Márquez Finol, “El Motilón”, precisamente en el momento en que se iniciaba un allanamiento de agentes de la Dirección General de Policía (DIGEPOL). Al enterarnos de que se encontraba en la cárcel, nos comunicamos con tío Gerardo y este a, su vez, con Reinaldo Leandro Mora, Ministro del Interior del gobierno de Raúl Leoni, quien ordenó su inmediata liberación y posterior salida al exilio en París, donde se vió obligada a vivir durante no más de tres años.

Relataba tío Gerardo -y con un sonriente gesto de complicidad y satisfacción-, que cuando Leandro Mora conoció la situación, muy presto, exclamó

“¿Hija de Luis José? ¡Con razón!, ¡hija de gato caza ratones!

Las palabras de este aquilatado adeco, hombre político favorable a la conversación y el diálogo plural, son una muestra fehaciente de la salud de una sociedad inmersa en una delicada crisis política. Esa fue, precisamente, mi escuela. Tratando de vencer las dudas, me repetía a mi misma:

“una cosa es la necesidad de librar una guerra en pro de un mundo mejor y otra el terrorismo.”

Años más tarde, en los 70, se comentó que “El Motilón” había sido “liquidado” una mañana en una calle de Caracas, por las fuerzas de seguridad e inteligencia del Estado. Se decía que había sido culpado de ser jefe de la célula terroista *Nguyen Van Troy*, creada en tributo al joven vietnamita cruelmente ajusticiado por los americanos en plena guerra. También se le endilgaba el haber participado en varios inexcusables secuestros de personas inocentes que eran torturadas y asesinadas, a semejanza del también cruelmente ejecutado Dr. Julio Iribarren Borges.

Mientras transcurrían los años de contagio revolucionario, Martín y yo nos descuidábamos con el asunto del bautizo de los niños.

En vista de tal error, un buen y bendecido día la Nena Camacho y El Flaco irrumpieron para comunicarnos que iban a cristianar a Charito. Mis entrañables compadres, que ya formaban parte de la cofradía que se había montado en torno a las hermanitas Estaba, con la elevación de mi bebida a la vida espiritual, ¡la salvaban de las garras del diablo!

1967 y 1968, dos años sumamente movidos y decisivos

1967, pasando del primero al segundo año de los estudios universitarios, fue para mí, sumamente movido. Fue el año en el que, por primera vez, “caía en las redes” del MIR. Muy emocionada y comprometida me incorporaba a luchar por la salida no pacífica hacia el socialismo, es decir, luchar por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

Eso sí, luchar coreando con Irma Gallegos, compañera de pupitre de mi hermana Elena en la Escuela de Sociología, e hija de Eduardo Gallegos Mancera, el impoluto dirigente del PCV y de la lucha armada:

“*¡La correcta etiqueta no está reñida con nuestra condición de revolucionarias!*”.

Repaso con gusto los esfuerzos empeñados por mi siempre recordado Celestino Peraza, ingeniero profesor de la Escuela de Economía, a los fines de incorporarme en las filas de las células estudiantiles de mi UCV. También recuerdo mi culpa vergonzante cuando recibí de mi profesor de Cartografía, Teodoro Díaz Zavala, un libro de regalo en reconocimiento a mi calidad de excelente alumna. La hermosa dedicatoria me la rubricaba un activo del ejército nacional que estaba al frente del combate a la guerrilla, y que hoy exhibo entre mis más ponderados amigos.

El 7 de febrero, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Guillermo García Ponce, otros tres icónicos dirigentes de PCV, lograban su espectacular fuga del Cuartel San Carlos, por un túnel construido de afuera hacia adentro del presidium. En abril, anuncian la decisión del repliegue del PCV y su posterior y categórico abandono de la lucha armada.

El 6 de marzo, en declaraciones concedidas al diario cubano Granma, Elías Manuit Camero, también militante del PCV y presidente de la Comandancia Nacional del FLN-FALN de Venezuela, el brazo armado de la revolución, admitía con el mayor desenfado la autoría del asesinato del Dr. Julio Iribarren Borges. Más tarde, otros de los guerrilleros participantes de esa atrocidad fueron abatidos en enfrentamientos surgidos en barrios de Caracas.

El 23 marzo, José María (Chema) Saher, jovencito hijo de quien ejercía como gobernador del Estado Falcón y miembro del Frente Guerrillero Ezequiel Zamora era ejecutado por efectivos del ejército. ¡Lo admirábamos mucho! Había elegido mantenerse firme en la lucha revolucionaria, rechazando el indulto y la oferta que en 1964 le había concedido el Presidente Rómulo Betancourt para viajar con sus padres a Estados Unidos.

El 2 de junio, mi paradigmático Américo Martín, quién venía de desempeñarse como comandante del mismo frente, era capturado a bordo del buque Satrústegui en el puerto de La Güaira que sirve a Caracas, y trasladado al mismo Cuartel San Carlos para, posteriormente, ser sentenciado a algo más de 27 años de prisión. Con un pasaporte falso, viajaba desde Colombia a Cuba, vía Europa, luego de haber sido bajado del frente guerrillero por encontrarse severamente afectado con *leshmaniasis*, una enfermedad causada por un parásito transmitido por la picadura de un insecto. Es difícil olvidar la huella de la purulenta llaga que le abarcó gran parte de uno de sus antebrazos.

El 8 de mayo, casi que en simultáneo con la salida de Américo de El Bachiller, había ocurrido el sonadísimo “*desembarco de Machurucuto*”, una operación dirigida a reforzar a los guerrilleros de El Bachiller y que había sido planeada en Cuba, con el auspicio y apoyo

directo de Fidel Castro, quien se había pronunciado con una dura crítica contra el repliegue del PCV.

La expedición había zarpado de Santiago de Cuba en un barco de guerra, seis días antes, el 2 de mayo. Su jerarquía era de tal envergadura que el propio líder de la revolución cubana asistió para dar las últimas instrucciones, revisar todos los materiales y despedir a los ocho guerrilleros que se habían entrenado durante más de un año: los venezolanos Moisés Moleiro, Héctor Pérez Marcano, Eduardo Ortiz Bucaram y Américo Silva, más Raúl Menéndez Tomassevich y otros tres cubanos.

Una vez en aguas territoriales venezolanas, del barco salieron dos botes, uno de apoyo con unos 12 hombres a bordo, y otro con los ocho guerrilleros cargados con mochilas y fusiles AK47 que, en la madrugada, lograron bajar a la playa y ascender la montaña.

Contraviniendo las instrucciones recibidas de regresar al barco, los tres hombres ocupantes de una de las lanchas decidieron desembarcar para también incorporarse a la guerrilla. Antes de llegar a la orilla, la lancha se volteó. Uno de ellos murió ahogado, los otros dos fueron capturados por el ejército venezolano que, avisados por los vecinos del lugar, ya se había movilizadado hacia la costa.

A la brevedad, el Gobierno de Venezuela ofrece una rueda de prensa condenando la invasión guerrillera y mostrando a los dos cubanos, Manuel Gil Castellanos y Pedro Cabrera Torres. Acusada, inclusive ante la OEA y la ONU, Cuba no reconoció su acción. Sin embargo, el Congreso de la República acuerda establecerle un bloqueo, y el gobierno procede a interrumpir las relaciones entre los dos países, situación que se extendería por casi diez años.

Desde la caída de Américo fui su asidua visitante en el Cuartel San Carlos. En esa edificación colonial, en compañía de la gran Adícea, su primera esposa y especialmente querida y admirada por mi y por el resto de la familia, no sólo disfruté de la sapiencia de mi líder y de otros presos políticos, que calificaban al recinto penitenciario como un hotel donde podían cultivar amigos, hacer reuniones y leer a sus anchas. ¡así era la democracia puntofijista! Allí conocí y frecuenté a Manuel Gil Castellanos. El otro cubano héroe de Machurucuto, se había suicidado en el calabozo donde lo recluían.

En 29 de julio, padecimos el sacudón del terremoto que azotó a Caracas severamente y con características de desastre en los sectores del Este, donde vivíamos.

Todavía confundidos con el indescriptible susto y la turbación de haber sobrevivido un movimiento telúrico muy fuerte y manifiesto, comenzaron a llegar las noticias: alrededor de 300 muertos y de 2.000 heridos, 80.000 personas sin vivienda, etc.

En octubre, voló el estruendoso rumor de la muerte del “Che” Guevara. El abanderado de la propagación de la foquista lucha armada en América Latina y todo el tercer mundo, había sido capturado y ejecutado por el ejército de Bolivia en colaboración con la CIA, las siglas en inglés de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Olvidé cómo llegó a mis manos *“El diario del Ché en Bolivia”*, publicado en España, Francia, Italia y México, bajo la anuencia del gobierno cubano y prologado por Fidel Castro. Un libro minuciosamente plasmado en menos de 40 páginas, que me ingerí de un solo tirón.

Con los sentimientos encontrados de admiración al héroe luchador a toda prueba y de recriminación al ejecutor de los fusilamientos de Cuba, lo abordé desde sus primeras líneas, fechadas el 7 de noviembre de 1966:

“Hoy comienza una nueva etapa. Por la noche llegamos a la finca. El viaje fue bastante bueno. Luego de entrar, convenientemente disfrazados, por Cochabamba, Pachungo y yo hicimos los contactos y viajamos en jeep, en dos días y dos vehículos.”

Llegue al final con la lectura de su testimonio del 22 de enero de 1967:

“Se hizo hoy la prueba de la tuberculina. Se casaron dos pavos; un animalito cayó en la trampa, pero esta le cercenó la pata y pudo escapar.”

Ese día percibí la tesis de que había muerto un hombre y nacía, a la vez, un símbolo: el revolucionario que, raudamente, le dio la vuelta al mundo para transmutarse en el legendario mito que vimos aparecer.

Al poco tiempo, ya en 1968 y venciendo cualquier aprensión, nos residenciamos en un apartamento de renta muy accesible por su ubicación en Los Palos Grandes, la emblemática urbanización convertida en el epicentro de la ruina, las víctimas y las muertes acarreadas por el sismo. Martín ya era un muy bien remunerado profesional empleado de la CREOLE, la petrolera norteamericana donde había trabajado mi papá.

Una mañana recibimos una especial visita de nuestro entrañable amigo y miembro de la dirección del MIR, Rómulo Henríquez. En esta ocasión y de modo similar a aquel imborrable momento cuando nos solicitaron “concha” para Máximo Canales, nos pidió refugio para Moisés Moleiro y Héctor Pérez Marcano, “nada más y nada menos” que dos de los guerrilleros que unos pocos meses antes habían llegado desde Cuba a la montaña de El Bachiller, Venezuela, en la operación del “desembarco de Machurucuto”. Martín aceptó, sin mediar preguntas o poner condiciones.

¡Pasaron muchos días! Montones de horas de prodigioso baño de “respuestas” a las dudas relacionadas con la revolución. Por supuesto que allí estaba Olga, la mera que nos asistió durante el resguardo de Paúl del Río.

Al calor de las discusiones, entre otras “tareas”, Martín se preparó para ganar y ejercer la primera presidencia del Colegio de Sociólogos.

Detrás de lo encubierto, sólo atinábamos a observar que las salidas de los misteriosos huéspedes se producían en la más estricta clandestinidad y para acudir a sucesivas y urgentes reuniones con líderes de la dirección del MIR, entre quienes se hallaban mis queridos Marcos Gómez, Julio Escalona y David Nieves. Al final, entendimos por qué los hombres de la operación de Machurucuto no podrían durar mucho más tiempo alzados en armas.

Convencidos de que la anhelada insurgencia estaba condenada al fracaso, Moleiro y Pérez Marcano resolvieron abrir el debate y emprender una cruzada para motorizar el retiro de los dos frentes guerrilleros que operaban bajo el mando del MIR: además del Ezequiel Zamora, en la nororiental montaña del Turimiquire, sobrevivía el Antonio José de Sucre, bajo la dirección de Carlos Betancourt y Gabriel Puerta Aponte, primer y segundo comandantes. Entre los argumentos esgrimidos, relataban la frustración sufrida durante los cien días de

calamidades transcurridos desde el 8 de mayo, día del desembarco. Aparte de que el ejército los había sacado de la zona, los ya muy pocos campesinos eran acosados constantemente por el cuerpo de cazadores y ametrallados desde los helicópteros.

Más aún, tal y como le respondí a una estudiante de la Escuela de Historia de la UCV, en un foro realizado en 2017, al que me invitaron para debatir sobre las causas del abandono de la lucha armada:

“Bachiller: primero, este era y es un país netamente urbano y, por tanto, vaciado de posibles adhesiones en un campo cada vez más despoblado. Segundo, la guerrilla se enfrentaba a un Gobierno electo masiva y democráticamente por un pueblo satisfecho con los absolutamente ostensibles avances en el desarrollo del país y en las oportunidades para propiciar el rápido y constante ascenso social o movilidad social vertical.”

La “gafa” Rosita

Luego de la despedida de nuestros admirados huéspedes, Martín y yo nos enredamos en la crisis matrimonial que derivó en nuestra dolorosa separación y divorcio. Como suele ocurrir, no tuvimos la suficiente madurez para superar los problemas tras los que suele esconderse un mar de fondo.

En medio de la turbulencia, decidí “saltar el charco” para conocer Europa, tal y como lo había pensado un buen tiempo atrás. Me fui dos meses a Madrid y a París en compañía de Olga, mi inseparable curruña, y de su hermana Sonia, amiga muy querida recientemente fallecida. En Madrid contamos con la animosa hospitalidad de mi cuñada Julieta Santander y su marido, estrechamente amistados con varios venezolanos de izquierda, con los que derrochamos diversión y compartimos sueños.

En París, fuimos al encuentro de dos de mis hermanas; Malila y Elena. Malila seguía en su exilio, mientras que Elena con nuestro carísimo José F. Silvio, compañero de estudios de Martín, ya eran dos sociólogos recién casados y aspirantes a post-graduarse. A merced de mis dos hermanas y sus entornos izquierdistas, tuve la dicha de caminar al lado de mi imperecedero amigo Iván Urbina, y de conocer a Alfonso Quintero, otro adlátere de ayer y de hoy.

¡Fue una visita muy aleccionadora! ¡Me hallaba en la tierra de Simon de Beauvoir y de Jean Paul Sartre, prominentes figuras de las letras y la filosofía! ¡Pisaba el suelo que acogió al pintor malagueño Pablo Picasso! ¡Me percibía como una privilegiada visitante del hogar de izquierdistas emblemáticos de las luchas por los derechos humanos!

Adicionalmente a la prodigiosa experiencia de nutrirme recorriendo muchos de los enigmáticos recovecos de la Ciudad de la Luz, me tocó saborear momentos estelares, tales como encuentros con intelectuales de la talla de Julio Cortázar, en casa de una amiga de Sonia (María Teresa Hernández), o dos obras a las que asistí con sendas entradas que me regaló Carlos Enrique Nones, compatriota funcionario de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y La Cultura (UNESCO), también amigo de Sonia. Todavía me emociono al recordar la puesta en escena de El Lago de los Cisnes, en el Teatro de la Ópera, y un espectáculo de Yves Montand, en el Teatro Olympia, donde

estremecida por la impresión me atreví a “corearlo” junto al público en algunas estrofas de la revolucionaria canción *Bella Ciao*. Ejemplo:

“Una mattina mi sono avegliato. O bella ciao, O bella ciao, O bella ciao, ciao, ciao...”

El más estelar de todos los momentos fue el ocurrido en septiembre, durante los coletazos de *El Mayo Francés*, como denominaron a las protestas estudiantiles que sacudieron a Francia, en particular las llevadas a cabo en las calles adyacentes a los edificios de la Universidad de La Sorbona del Barrio Latino, de la capital del país galo. En sumo excitadas con la efervescencia revolucionaria que se derramaba y colmaba el ambiente, Olga, Sonia y yo nos arrimamos y muy de cerca a la manifestación de jóvenes que en actitud retadora enfrentaban a la policía montada. Tremendo sobresalto el que nos atrapó cuando irrumpieron unos cuantos jinetes adosados a gigantescos caballos, que se enredaban hasta perder el equilibrio, con las lanzadas en cadena de canicas que corrían por el pavimento.

Mucho sarampión revolucionario europeísta, pero no se me pasó una contundente cavilación:

“Europa podrá ser muy primer mundo y Venezuela muy del tercer mundo, pero lo que yo vi fue un contraste entre lo anquilosado en el pasado contra la prosperidad de nuestra sociedad fresca que corre a pasos agigantados hacia lo moderno, hacia lo nuevo. Una muestra: mientras en una avenida de la franquista Madrid presencié la distribución y venta de leche empipada en un bidón de metal llevado en una carreta halada por caballos, en Caracas, como en Estados Unidos, la tomábamos pasteurizada y envasada en recipientes de cartón encerado.”

De regreso a mi hogar y sin despegarme de mi par de niños, mi razón de ser, me incorporé de lleno a la militancia del MIR. Divorciada y “super-pela bolas”, renuncié a un trabajo muy bien remunerado para combatir con ahinco por un mundo mejor, en mi condición de miembro de una vanguardia revolucionaria.

Con Olga pasé a formar parte de una célula de apoyo a la guerrilla, bajo la jefatura de Jorge Rodríguez (padre), mi compañero-amigo y representante estudiantil ante el Consejo Universitario de la UCV que, si bien era “fastidiosamente dogmático, tenaz y sectario”, tenía don de gente: además de honesto y muy estudioso era esencialmente dulce y amable.

Todavía me acosan los tediosos documentos que nos “sugería” leer, en torno a la tesis de someterse a la crítica y la autocrítica para progresar con éxito, entre otros papeles que sustentaban la revolución marxista-leninista. Me lucía como un culposo precepto bíblico el método que plantea descubrir y superar los errores para avanzar. Para ese entonces, ya había escuchado algo sobre el daño que le hacía a la sociedad soviética la aplicación de la “crítica verdadera” extendida al sistema educativo. Además, me parecía menos bochornoso y más acorde con la condición humana, redimir los pecados en un acto de confesión ante un sacerdote.

¡Obvio! ¡Trataba de cubrirse las espaldas! El debate interno se avivaba.

Para la satisfacción de Jorge, nuestra célula trabajaba y con mucho éxito en la búsqueda de ropa, medicinas y alimentos. Una labor como esa, no nos resultaba muy complicada en aquella Venezuela de la democracia que, además de genuina, se mantenía muy lozana. Aún

me parece un sueño la cordialidad que encontramos en personas contrarias a cualquier revolución, pero amigos nuestros o de nuestros amigos. Para reforzarme la nada común experiencia, me pincho y repaso el comentario del Ministro Reinaldo Leandro Mora y el sonriente gesto de satisfacción de tío Gerardo al asumir el problema de la caída de Malila y su salida al exilio.

Entre tantos momentos indicadores de la inusitada huida de la realidad en la que se encontraba el partido -y yo-, me apabulla el cerebro el escarmiento del día del reñido sufragio presidencial de diciembre de 1968.

Ese tan esperado día, Jorge, sin aviso previo se presentó en mi apartamento donde se instaló con un fusil. Había que estar alerta y preparado. En respuesta al llamado de abstención, ¡el pueblo venezolano se iba a lanzar a la calle para definitivamente derrotar al puntofijista régimen democrático-burgués! ¡Cuando la izquierda se trasnocha no mira hacia los lados! Me relata mi amigo y exalumno Wilfredo Acosta su experiencia vivida con el llamado a abstenerse en las elecciones de 1978, que hizo el Partido de la Revolución Venezolana (PRV). El llamado lo hacía la organización que, por mantenerse en la línea de la guerra, en 1966, se separa del Partido Comunista de Venezuela (PCV), tola que, en 1967, realizaría el VIII pleno del Comité Central del PCV, en él se decidió abandonar las armas, retomar el camino de masas y estudiar lo relativo al proceso electoral de 1968.

Participé en el acto de votación siguiendo las instrucciones al pie de la letra. Una vez en el centro tuve que esperar mi turno en una muy larga cola de entusiastas electores. Frente a la urna, del sobre que me entregaron extraje las tarjetas por partido e introduje una sustituta de protesta que había elaborado el MIR.

Regresé y, como era demasiado obvio, no sucedió ni un atisbo de revuelta. Por el contrario, aparte de que el llamado a la abstención de la izquierda una vez más tuvo oídos sordos, llegaban noticias que le dieron la vuelta al mundo. En un país de antigua tradición golpista y militarista -y en el que se sentenciaba a todo viento que “*gobierno no pierde elecciones*”-, se celebra y en sana paz una contienda presidencial, sumamente participativa, reñida y que, en definitiva, le dio el triunfo al partido opositor. En efecto, con la afluencia del 82% de los electores, Rafael Caldera le ganaba a Gonzalo Barrios, respectivamente postulados por COPEI y AD, por una mínima diferencia del 0,89% de los votos (29,13% contra 28,24%). Venezuela demostraba su incondicional respeto y defensa de la democracia, y su dirigencia exhibió un grado de madurez y altura republicana, que derrumbaba cualquier asomo de intervención contra ella. Más noticioso fue el acto solemne del traspaso de la banda presidencial de un adeco, Raúl Leoni, a su sucesor no adeco.

El repliegue táctico (¿derrota?) respecto de la toma del poder por asalto estaba cantado. En el marco de su política de la paz democrática, y cobijado bajo el movimiento Unidos para Avanzar (UPA), el PC llamó a votar por Luis Beltrán Prieto Figueroa, el candidato del MEP, un nuevo partido nacido sin pena ni gloria de la tercera escisión de AD.

Entre las tareas asignadas por Jorge Rodríguez hicimos rifas para recoger fondos. Una de ellas fue la del reloj de guerra marca Omega, resistente al agua y a prueba de golpes, que Fidel le había asignado al comandante cubano Raúl Menéndez Tomassevich. Valga subrayar que este amigo de la revolución venezolana, persuadido del fracaso, solicitó su retorno a

Cuba y salió con pasaporte falso cual turista libre de todo pecado o sospecha, en un vuelo desde Maiquetía, el aeropuerto capitalino.

En el ínterin, nos enteramos del destino de Moleiro y Marcano. Se hallaban en el Frente Antonio José de Sucre, en un intento frustrado y severamente reprochado, de convencer de la necesidad del repliegue.

Una madrugada de mediados de 1969, me levanté y corrí para atender al llamado del timbre en la puerta de mi apartamento. Como eran los tiempos en los que no se requería de dispositivos de seguridad, abrí sin ninguna reserva. ¡Me quedé estupefacta!: ante mis espabilados ojos se desplegaba Moisés Moleiro, desgarbado cual palmera retorcida y recostado del marco, con rostro de fatiga, descalzo y con los zapatos en la mano. Ese amanecer nació la “gafa” Rosita.

Moisés quien, desde ese inolvidable incidente, se alzó como uno de mis más reverenciados afectos masculinos, a lo largo de la vida, repetidamente narraba:

“Después del extenuante viaje desde el Oriente de Venezuela y de numerosas vueltas por Caracas sin posibilidades de conseguir una “concha” para un perseguido por todos los cuerpos de seguridad de Estado, me abrazó, muy emocionada y me pasó adelante. La “gafa” Rosita, ¿cómo que creía que yo regresaba de unas vacaciones en Nueva York?”

Al poco tiempo apareció Pérez Marcano y, con él, el suplicio de escarbar para dar con arriesgadas personas dispuestas a hacerse cargo de su clandestinidad. Los días transcurrían en compañía de Olga. Para relajar la tensión paranoide, de vez en cuando nos dábamos el lujo de atemperar la vida con unos traguitos y hasta de compartir la histórica llegada del hombre a la luna, el 21 de julio de 1969.

Sentados frente al televisor y comentando que en similar postura estaría todo el planeta, aplaudíamos eufóricos el despegue y alunizaje del Apolo, y con más emoción, la caminata de los astronautas Armstrong y Aldrin sobre la superficie del satélite que cada noche nos alumbraba. ¡Celebrábamos el éxito de la misión espacial estadounidense! ¡Celebrábamos la extraordinaria hazaña de la historia de la humanidad y la tecnología lograda por el Imperio!

Olga y yo habíamos logrado conseguir a algunas personas que, sin estar comprometidas con la guerrilla, los recibieron demostrando mucha admiración, pero por “raticos”. Ante la delicada situación busqué el apoyo de Jorge Rodríguez. Necesitaba el hombro del amigo, más que el del conmutante. Ya se sabía que la división del MIR era un hecho irreversible y que mi jefe, junto a otros compañeros, haría tienda aparte, por no compartir la tesis de abandono de la guerrilla.

Ante mi afligida súplica, Jorge me convocó a un expuesto lugar de la Ciudad Universitaria. Cumpliendo lo que habíamos acordado, acudí a la cita a las 4:30 de la tarde en compañía de Charito, mi hijita pegada del suelo a solo cuatro corticos años. A las 6:30, después de dos interminables horas, la gafa Rosita se retiró envuelta en la bruma del anochecer, muy asustada y en una carrera de la manito de su bebé. ¡Nunca supe más de él! ¡Ni una llamada, ni un mensaje! Todavía me duele el ininteligible comportamiento.

Me abruman las sombras que me acechan desde que me enteré de la terrible historia de Nicolás Beltrán, el compañero del MIR, que en 1966 y al más brutal estilo de las ejecuciones del “Ché” en la Fortaleza de La Cabaña, había sido acusado de disidente por la dirigencia del frente Antonio José de Sucre de la que formaba parte. Para añadido, me puse al corriente de la situación límite que rompió con todos mis parámetros. Moisés y Héctor iban a correr con la misma suerte y lograron escapar, gracias a la decidida ayuda de unos compañeros que no aceptaron la sentencia de Carlos Betancourt y de Gabriel Puerta Aponte, el mismo que hoy, a la luz de las vueltas que da la vida, es el demócrata jefe de Bandera Roja, uno de los partidos enfrentados a la Revolución de Chávez.

En esos tiempos de dudas e incertidumbre, por solicitud de ellos, organicé un encuentro entre mis tres respetados -y amados- excomandantes guerrilleros: Moisés, Héctor y Américo que, sobreseído de su penalidad, acababa de ser puesto en libertad. En una suite que alquilé en un edificio del este de Caracas, pasé una noche sombría.

Durante horas interminables, asistí al inquisidor interrogatorio al que fue sometido, bajo la angustiante sospecha de si su caída en el puerto de La Guaira había sido o no un ardid para abandonar la lucha armada. Yo no entendía nada. Sabía que todos coincidían en la decisión de abandono de la lucha armada. Era más un problema de sospechas sobre un amigo-hermano que de su condición de revolucionario.

De la intimidad compartida y secreta, nacieron dos felices relaciones que trascendieron la inseparable amistad y la camaradería cómplice. Olga y Moisés y Héctor y yo nos unimos en parejas muy compinches, que se legalizarían en matrimonios de prolongadas vidas. A inicios de los 70, Olga y Moisés trajeron al mundo a Alonso y Federico Moleiro, quienes desde entonces pasaron a ser mis hijos putativos, y hermanos putativos de mis hijos. Hoy son dos figuras -periodista uno, actor el otro-, a los que mantenemos, y con excelso orgullo, hendidos en nuestros corazones.

A nuestro lado, siempre estaba Américo, casado con Mónica Venegas, su compañera de presidium en el cuartel San Carlos. Yo sucumbía rendida a los pies de Héctor, desde el momento en que me obsequió el poemario “*Los versos del capitán*” de Pablo Neruda, aquel legendario revolucionario chileno y universal a quien años antes había disfrutado a viva voz en un delicioso y apasionante recital en el Aula Magna de mi UCV.

Todo ello ocurría mientras el Presidente Rafael Caldera, en ejercicio del tercer gobierno de la democracia, le daba continuidad a la política de pacificación iniciada por su antecesor, Raúl Leoni, y gestionada por el Cardenal José Humberto Quintero. En una postura pública de definitivo reconocimiento de la derrota de la lucha armada, se sucedieron las entrevistas y diálogos que concluyeron en la legalización del MIR y de sus militantes. Todavía saboreo mi rebasada dicha cada vez que regresábamos de las entrevistas a las que los acompañaba en carácter de “chofer” del vehículo en el que los transportaba.

“Estudiar y luchar”: la bandera revolucionaria

No obstante los deberes asumidos desde tiempo atrás, mi efectiva militancia en el MIR arranca en 1969, cuando me incorporé en la lucha por la renovación académica universitaria. “Oficialicé” mi militancia en un partido forjado por hombres y mujeres nobles y comprometidos con el destino de Venezuela, pero destruido y severamente lesionado por

dos escisiones: Jorge Rodríguez y Julio Escalona, dirigentes de la Juventud, habían creado la Organización de Revolucionarios con su brazo político, la Liga Socialista, mientras que Américo Silva y Gabriel Puerta Aponte, apostados en el frente de Oriente, al partido Bandera Roja.

Decidí seguir adelante con mis convicciones, librando el colapso y unas escisiones tan radicales y severas que tocaron las relaciones personales y dieron lugar a deserciones y traiciones. Si bien me afecté mucho al descubrir que era una “traidora revisionista” porque no me integré al bando guerrillero de Jorge y Julio, la vida me había resarcido en los férreos tiempos previos a la pacificación, una mañana cuando transitaba por una avenida de Caracas.

Distraída a la espera del cambio de la luz del semáforo, me asusté al observar que, en el asiento de atrás de un automóvil que rodaba a lado del que yo conducía, iban apostados, y exhibiendo sendas armas largas, *El gordito Bolívar* y *Zárate*, dos amigos/compañeros de lucha que, como se comentaba, habían abandonado la causa para convertirse en unos de los más importantes tráfugas-chivatos del Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA). ¡Sorpresa! No vinieron por mí. Tras la evasión del cruce de miradas y en indiscutible actitud apocada, los dos personajes se deslizaron hacia el piso. ¿Sentimiento fraternal? O, ¿sencillamente, humano?

Sin menoscabo de la prioritaria responsabilidad académica, nos planteamos el doble objetivo de “estudiar y luchar”. De un lado, luchar por la democratización de las estructuras de dirección institucional, mediante la figura del cogobierno o gobierno compartido con la representación estudiantil. Del otro, buscar la vinculación de la institución y los *pensa* de estudios con los problemas de un desarrollo independiente del país.

El movimiento de renovación académica universitaria, toda una revolución educativa que cuestionaba el rol de las universidades en los planes de desarrollo del país, germinaba en el marco de la política de pacificación y después de cerca de seis años de amenazas guerrilleras celebradas por buena parte de las comunidades universitarias. Como era de esperar, trascendió los objetivos netamente académicos, teniendo como referente los movimientos sociales que habían marcado el año 1968.

No perdíamos oportunidad para evocar las protestas estudiantiles del Mayo Francés contrarias a la guerra de Vietnam, a la sociedad de consumo privativa del capitalismo, al autoritarismo y al dominio imperial norteamericano o yanqui, puesto de manifiesto a través de un conjunto de prácticas que implican la extensión de autoridad y control sobre los pueblos pobres del mundo.

También evocábamos las luchas antirracistas que confluyeron en el vil asesinato de Martin Luther King, cuestión de reivindicativa importancia para mí, sobre todo al recordar el incidente del vejamen a la preciosa negra “barrigona” que había presenciado en el viaje Miami-Nueva York. Mucho enarbolamos la actuación del norte americano militante del Partido los Panteras Negras, una organización nacionalista negra, socialista y revolucionaria, en especial a sus dirigentes Angela Davis y Stokely Carmichel, quien contrajo matrimonio con Miriam Makeba, sudafricana activista de los derechos humanos y cantante que se hizo muy famosa con su canción *Pata Pata*.

¡Era algo así como una moda, una moda revolucionaria que recorría el planeta Tierra! Una moda en la que me involucré de la mano de Luis José y, sobre todo, de Charito, mi zarcillo hasta para guindármela a un costado durante las muchas ocasiones en las que salíamos a hacer pintas de contenido político.

Eran tiempos animados con los emancipadores temas de Violeta Parra, celestialmente interpretados por Mercedes Sosa, la *Voz de América Latina*: Alfonsina y el Mar, Todo cambia y Gracias a la vida, entre otros. Una moda que disfruté con compañeros extra-universitarios, como fue el caso de Teresita Aranguren. Con esta amiguísima desde mucho antes, madre de María Marcela y María Esmeralda Dubuc, dos retoños que crecieron a la par de los míos y de los de Olga y Moisés, todavía me siento a repasar nuestras exitosas salidas nocturnas a restaurantes donde vendíamos afiches de los Panteras Negras o de cualquier otro revolucionario, y, sobre todo, las increíbles manifestaciones de felicitación y de interrogantes de la gente (¿a-políticos? ¿adecos? ¿copeyanos?).

El quiebre se produce cuando el Gobierno logra introducir una reforma a la Ley de Universidades que resentía el ¿revolucionario? principio de autonomía universitaria. Jesús María Bianco, magnífico rector electo por segunda vez y redactor de la autonómica Ley, es destituido al negarse a asistir al recién nombrado Consejo Nacional de Universidades Provisorio.

Tras la designación “a dedo” del Dr. Oswaldo De Sola, “*el rector impuesto*”, y de los decanos y los directores de escuelas e institutos, se desató la ola de protestas en las que participé como dirigente, y que culminó con la toma estudiantil de las diversas escuelas, facultades y del mismo rectorado y, como era de esperar, con la obligada intervención de la UCV. Por órdenes de Rafael Caldera, el mismo Presidente de la República promotor de la pacificación, el 31 de octubre de 1969, era allanado el campus universitario por un importante contingente militar y policial, con un significativo saldo de muertos, heridos y presos políticos, y decretada la suspensión de clases que se prolongó durante dos años.

Este desdichado desenlace se me tornó en un auténtico drama personal. Me vi forzada a abandonar la universidad y violentar la estabilidad hogareña que Héctor, mis hijos y yo, estábamos cultivando en el apartamento del este de Caracas, adquirido en propiedad, gracias al dinero heredado de mi papá. Con un grupo de dirigentes estudiantiles temerosos de una expulsión, en 1971 me fuí a Mérida a continuar los estudios en la Escuela de Geografía de la Universidad de Los Andes (ULA) donde, finalmente, me gradué de Geógrafo. Como destacados luchadores por la autonomía universitaria, fuimos recibidos con la entusiasta bienvenida de las autoridades, desde el rector Pedro Rincón Gutiérrez hasta Oswaldo Cabello, mi imborrable director de la Escuela.

¡Mérida! No puedo abordar el tema de la enigmática ciudad encerrada en los más empinados páramos andinos sin antes evocar los hermosos y profundos comentarios balbuceados por dos párvulos de 7 añitos, durante nuestro ascenso a través de la serpenteante carretera. El primero refiere a la artística exclamación de mi sobrinito Víctor Hugo al momento de descubrir las filas pobladas de frailejones: “¡*Miren, estrellas que cayeron del cielo*”! El otro es la pregunta con la que, en un precoz arrebató de curiosidad erudita, me sorprendió Charito, mi hijita:

“¿por qué aquí en la montaña los terrenos cercados son muy chiquitos, mientras que en el llano son muy grandotes?”

Si bien Mérida fue un refugio combinado de sapiencia, calor humano y derroche de naturaleza embriagante, su húmedo clima me obligó a tomar la dolorosa y traumatizante medida de separarme de Luis José, mi hijo alérgico, a quien tuve que atender desde una titánica distancia. Durante los dos años y medio de mi estadía en la espectacular ciudad de “Las Cinco Águilas Blancas” me concentré en mis estudios. En paralelo, le dediqué buen tiempo y energía a la militancia en el MIR, “apostolado” que, en la más fiel y armónica fraternidad, compartí con mis inseparables Ivonne Alvarado y Delfina Trinca, condiscípulas que, como yo, habían asumido las secuelas de nuestro liderazgo en la convulsionada renovación académica de la UCV.

Bajo la coordinación de Carlos Boves, estudiante de Historia, y junto a destacados compañeros-como Macario González, “EL Tiburón” Julio Tagliaferro, Etanislao González, Lubín Maldonado o Adelis León Guevara, me correspondió poner en práctica y con extrema dedicación, aquello de “*estudiar y luchar*”. A más de concentrarnos en sacarle el máximo provecho a nuestro desafiante proceso de aprendizaje, asumimos con cierto éxito la muy cuesta arriba tarea de levantar y reconstruir a un partido hundido en el ocaso de su división, aunque animado por el vago espejismo de sus tiempos de incontestable poder estudiantil.

A la rutina del día a día por la defensa de los derechos estudiantiles y de los trabajadores, se sumaron eventos extraordinarios y aleccionadores. El más relevante se relaciona con nuestra comprometida incorporación a la campaña electoral de 1973, en apoyo a la candidatura de José Vicente Rangel a la Presidencia de la República.

Sin que me enturbiara el entusiasmo, me asombraba la inesperada y desmedida “pelea por el liderazgo” entre los miembros de las dos toldas que lo apoyaban: el MIR y el Movimiento al Socialismo (MAS), el partido de ideología socialista democrática, también disidente del PCV y fundado en 1971 por dos reconocidos líderes venezolanos muy amigos del MIR: Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez.

Me costó mucho entender y dar crédito a la subrepticia disputa por acaparar al Candidato en las actividades programadas. Nunca sospeché que José Vicente Rangel, el amable caballero al que trasladé para asistir al brindis que le ofrecimos con una muy nutrida participación de simpatizantes, se estaba escapando de una actividad paralela organizada por el MAS. ¿Para qué relatar pormenores o las bochornosas batallas por el liderazgo en los actos públicos, a través del hondeo de las banderas rojinegras del MIR y naranjas del MAS? Siempre recordamos (y con autoburlas), una de las veces que cumplí a cabalidad instrucciones del partido: en medio de la avenida y cerca de la tarima donde se llevó a cabo un mitin presidido por el Candidato, atravesé mi carro y en el techo aposté a Charito y a mis pequeños sobrinos María Gabriela y Víctor Hugo. El incesante y “revolucionario” ondeo de las banderas del MIR por poco estropean el acto.

El segundo evento me retrotrae a la inolvidable participación-despedida de Adán Chávez Frías, quien décadas después resultó ser el hermano mayor de Hugo Chávez Frías, el revolucionario izquierdista que conseguiría presidir la República Bolivariana de Venezuela desde 1999 hasta 2013.

Adán, estudiante de Física en la ULA, formó parte de nuestro grupo de activistas hasta que se nos comunicó la decisión del MIR de intervenir en la contienda electoral. Ese día, en una muy reservada reunión del Partido, luego de manifestar su desacuerdo y censurar la nueva línea política, nos informó que abandonaba las filas del MIR para sumarse al PRV, el guerrerista partido de Douglas Bravo.

En virtud de la importancia que tenía nuestra organización en Mérida, por aquellas remotas montañas desfilaban dirigentes de los más célebres. Además de Héctor, que me visitaba con bastante frecuencia, entre otros convocados para actividades proselitistas o de debate interno, fui anfitriona de miembros de la dirección nacional como Américo Martín, Julio Estévez y Carlos Raúl Hernández, ¡Todos ellos son obsequios, con lazos y demás adornos, que le agradezco a mi existencia! Carlos Raúl era un destacado líder estudiantil de la UCV, y de por vida mi entrañable amigo, al igual que Yeni Méndez, su novia de entonces.

Mérida fue, sin duda, una tribuna. Allí me enriquecí lidiando con mi jefe Carlos Boves, otro muy, pero muy, querido compañero-amigo, tan “fastidiosamente dogmático, tenaz y sectario” como Jorge Rodríguez (padre). Bajo su coordinación, trabajé duro en un sinnúmero de tareas.

Hoy, departiendo en una grata y fraternal compañía, recordamos la atípica asiduidad con la que nos veíamos. Debatíamos, planeábamos y hacíamos balances de actividades, con gran devoción y afecto revolucionario y personal, siempre en un ambiente de cordial altercado por evadir su régimen ¿policial? Más de una vez le reproché su desmedida crítica cuando me veía exigida a priorizar ciertos asuntos personales por encima de cualquier tarea o compromiso “revolucionario” adquirido.

Años más tarde, me llegó la primicia de que, una vez licenciado en Historia, Boves -el más camarada de todos los camaradas- se había trasladado a Maracaibo donde logró competir y ganar una diputación en la Asamblea Legislativa del Estado Zulia, en una alianza de la izquierda con AD, el partido de gobierno.

En Mérida, mientras me engrandecía al lado de Boves, quien hoy me califica como la excelente militante revolucionaria con la que logró reconstruir un partido desmantelado, se me activó una de las inquietudes que más me desconcertaron respecto a nuestro discurso de izquierda.

Con la lectura de *El maoísmo y la Revolución Cultural China*, célebre obra de Isaak Deutscher, me enteré de los espeluznantes tiempos de conmoción que desde 1966 vivió la sociedad china. Pasando de una página a otra, iba descubriendo la historia de los años de terror, destrucción y muerte protagonizados por la revuelta de millones de jóvenes agrupados como “guardias rojos” y bajo la consigna de derribar todo lo viejo. Atónita descubrí que ese acontecimiento, uno de los más prolongados y crueles de la humanidad, había sido promovido por Mao Zedong, también denominado Mao Tse Tung o, simplemente, Mao.

Mao promovía la Revolución Cultural como un aliciente para movilizar a la población, luego de la crisis de hambruna y mortandad masivas, derivada del rotundo fracaso de *El Gran Salto Hacia Adelante*, el Plan autoritariamente impuesto desde 1958, con el que pretendió industrializar al país hasta lograr alcanzar al Reino Unido.

Fue el Plan de colectivización forzosa que obligó a sustituir la producción individual por la social. Se vendía la promesa de que podían llegar a multiplicar por 2,5 la producción agraria y por 6 la industrial con base en un “voluntariado” organizado en comunidades agrícolas y en pequeñas e inútiles fundiciones familiares, creadas con la intención de montar una industria pesada del acero.

Detrás del derrotero de semejante despropósito, se escondía el fracaso de un Plan socialista fundado en la prohibición de la agricultura privada y el impulso de proyectos intensivos de mano de obra. Desnudado con la inédita crisis humanitaria, fracasaba la Comuna, la forma de organización social de carácter local, concebida y propuesta por Marx e instrumentada por Lenin (*soviets*), como la plataforma de la fase inicial de un Estado o sociedad socialista liberada del capitalismo.

En 1975, logré acariciar el diploma de mi tan ansiado y bregado título universitario de Geógrafo. Solemnemente engalanada con toga y birrete y con la vehemente compañía de Luis José y Charito, mis hijos, Héctor, mi esposo, y de Ivonne y Delfina, mis inseparables adláteres, me envolví en la presuntuosa percepción de haber tenido el privilegio de formar parte de las dos escuelas de Geografía patrimoniales de Venezuela. Luego de acelerar la carrera por llegar a la meta, tuve el honor de lucir al laureado profesor y maestro Luis Fernando Chaves, como padrino de mi promoción y como tutor de la elogiada tesis de grado que, con ahínco y fervor, labré junto a Ceres Isabel Boada, extraordinaria profesional y sin duda un pedacito de mi corazón.

Con mi pergamino en mano y colmada de sentimientos contrarios -tristeza porque dejaba atrás hermosas vivencias y amistades, y entusiasmo porque me reuniría con todos los míos-, de inmediato, retorné a mi nido de Caracas, donde echaría raíces durante tres espléndidas y productivas décadas.

Antes de emprender el vuelo hacia mi crecimiento, viajé a México del brazo de Héctor, mi marido, y gracias al “regalo de grado” obsequiado por mi generosa y mecenas mamá. ¡Extremadamente deseosa de empaparme de conocimiento, me sumergí en la nutritiva visita al exuberante país azteca!

Mi más nítida e incitante remembranza es la tan breve como **excepcional** “amistad” con Aurora Reyes, desde muy jovencita militante del Partido Comunista Mexicano (PCM), poetisa, artista plástica y primera exponente femenina del muralismo mexicano, que figuró con los notables como Diego Rivera o Frida Kalho. Sigo ponderando como un lujo el haber ostentado de la compañía de “la” entrañable aliada de Frida. Es realmente una ofrenda de Dios el haber podido intimar, a mis 34 años de nacida, con esta risueña, extrovertida y, sobre todo, preciosa y jovial intelectual de izquierda de 65.

Era tan grandiosa y “*echada pa'lante*” que, como le reiteraba, parecía haber vivido en la ciudad de Nueva York, desprendida de los prejuicios de nuestras pacatas sociedades mexicana o venezolana. Todavía guardo como preciados inspiradores de vida sus relatos de impugnadora del oscurantismo retrógrado y de luchadora por la igualdad social.

En compañía de la incomparable Aurora, más de una vez, fui a visitar la casa de Frida, hoy exhibida como un museo muy demandado a escala mundial. En ese “baúl de las maravillas”,

ubicado en Coyoacán a cuatro cuadras de la suya, me confió cualquier cantidad de “secretillos” de sus compartidas andanzas de chicas contestatarias.

Era imperioso pasear por la Plaza de la Tres Culturas, alegórica a las tres grandes etapas históricas de México: la mesoamericana, la española y la moderna. Más que por su intrínseco valor científico y arquitectónico, nos empeñamos en caminar sobre las huellas de la *Masacre de Tlatelolco*, ocurrida el 2 de octubre de 1968, 10 días antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos y cinco años antes de nuestra visita.

Incitados con el testimonio de la amiga que nos había dado posada, casi que palpábamos y escuchábamos la tormentosa algarabía provocada por la represión de que fueron víctimas caudales de manifestantes contrarios al status quo. Por órdenes del Presidente Gustavo Díaz Ordáz y de Luis Echeverría, Secretario de Gobernación de su gabinete, los cuerpos de militares y de policías arremetieron para disolver las manifestaciones de estudiantes, trabajadores y menesterosos urbanos y civiles que, en un desplante de revolución no violenta, manifestaban en las calles, plazas y edificios, en desafío al régimen del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Desbordada de efervescencia revolucionaria, también tuve la dichosa ocasión de conocer a Antonio Paiva y a su linda esposa Rafaela Bimbo, hoy amigo y destacado economista que, arrancando los sesenta, había figurado como un líder antisistema. Héctor me presentó, nada más y nada menos que a uno de los valientes integrantes de *Los Aguiluchos*, el grupo de cinco estudiantes que, en 1961, secuestraron a la tipulación de una nave aérea a la que obligaron a sobrevolar sobre Caracas para lanzar volantes de denuncia del “asesinato” de Livia Gouverneur.

La emoción revolucionaria la condimentamos con las instrucciones que nos dieron mi hermanita Zoraida y su marido Leandro, “*el hermano varón que no tuve*”. A más de incursionar en la degustación de la inusitada gastronomía mexicana, emprendimos un rápido pero estupendo *tour* por la ciudad y sus inmediaciones.

Apoyados en un improvisado y olvidadizo guía que reiniciaba sus parlamentos explicativos con un “*vuelvo a repetir...*”, visitamos icónicos monumentos como la Basílica de la Virgen de Guadalupe, la Catedral y otros regados por los alrededores de El Zócalo. Coronamos con el deleite de un recital de Chavela Vargas, en una taberna tan exquisitamente mexicana y folklórica como sus canciones rancheras.

Recorrimos pueblecitos pintorescos, polvorientos y muy pobres, en autobuses atiborrados de aromas de granja y de campesinos con gallinas, pavos y huevos. En Cholula, Puebla, visitamos la Iglesia de Santa María de Tonantzintla, exuberante joya de decoración policromada del Barroco popular mexicano, construida entre finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, por los irreverentes nativos que, en vez de ángeles como les exigían los sacerdotes cristianos, adornaron la cúpula de la capilla con frutas tropicales (plátanos, cocos, maíz) y con caritas de indígenas en el cielo de Tlaloc, el dios de la lluvia.

Graduada y empapada de novedosas vivencias, inicié el salto hacia adelante. Comencé a darme cuenta de que ¡para “salvar a Venezuela”, no era necesario recurrir a las armas! Me percataba de que *Il mondo gira*, sobre todo con dos aleccionadoras experiencias: la nada alentadora visita a Cuba y el extraño viaje a la anti-occidental República Árabe Libia.

IV. EL VUELCO HACIA ADELANTE: LOS AÑOS 70

“Qué alivio: ¡salvar a Venezuela desde mi pensamiento de izquierda y sin recurrir a las armas!”

¡Qué afortunada soy! ¡En 1975, la huella de mi papá no sólo se perpetuaba en mi tragar! ¡Fallecido desde 1963, seguía siendo mi acicate y referente!

Saliendo de las aulas, todavía con las alas húmedas, sentí que se me abría el reino celestial cuando fui contratada a nivel de Planificador II en la Oficina de Coordinación y Planificación Nacional (CORDIPLAN), institución del gobierno central, coloquialmente conocida como Ministerio de Planificación.

Gracias a una muy especial recomendación dirigida por mi maestro Luis Fernando Cháves a Samuel Benchimol, Director General de Planificación Espacial y Regional, fui investida para participar, y precisamente en el campo para el que estaba preparada. Sentí que se me habría el reino celestial cuando tomé conciencia de que formaría parte del magno equipo encargado de elaborar y formular el V Plan de la Nación (1974-1978), después popularizado como “La Gran Venezuela” impulsada durante el primer gobierno del acciodemocrata Carlos Andrés Pérez (CAP). Sentí que se me abría el reino celestial, luego de haber tenido que desear una beca para cursar estudios de post grado en una universidad del Reino Unido, otra extraordinaria proposición del profesor Cháves que me obligaba a separarme de nuevo de mi hijo.

Mi ingreso a CORDIPLAN fue toda una revelación. Me reiteraba:

“¡qué alivio, para “salvar a Venezuela”, no era necesario abandonar mi pensamiento de izquierda ni recurrir a las armas”!

Se me ofrecía un resquicio por el que podía contribuir en un proceso de transformación, desde una democracia constructiva, planificada y coordinada a cargo de una institución de la administración pública. Bastante que había arengado a mis relacionados contestatarios del régimen:

“¡además de que cada quien debe contribuir con lo que pueda ofrecer en beneficio del país, esas instituciones públicas no son propiedad de quienes están en el Gobierno, son de los venezolanos, mías y de mis hijos!” Y, ¡tenía razón!

CORDIPLAN no sólo era una institución que estaba a cargo de dos de las más prominentes figuras que, en 1960, dirigieron la escisión de AD de la que nació el MIR: el Ministro Gumersindo Rodríguez, economista egresado de la Universidad de Manchester, jefe de gabinete económico de CAP e ideólogo del exitosísimo plan de becas Gran Mariscal de Ayacucho, y su insigne colaborador, el vice-ministro Jesús Ramón Carmona.

Muy trascendental me resultó el poder soñar con la transformación de mi país, a partir de la consideración de la tesis centro-periférica contemplada en la revolucionaria teoría de la dependencia. Podía echar mano de una letanía conocida en el mundo intelectual como explicativa de las causas del subdesarrollo, que estudiábamos en las aulas universitarias y en los talleres de debate del MIR.

Enarbolada y defendida por pensadores de la izquierda internacional de reconocido prestigio, como Theotonio Dos Santos, Andre Gunder Frank, Rui Mauro Marini, Samir Amín y Milton Santos, la teoría aborda, desde una perspectiva territorial, el problema de la pobreza generalizada versus la riqueza en pocas manos, y de las desigualdades sociales en general. ¡Era mi gran oportunidad para hacer valer mis conocimientos como una izquierdista profesional de la Geografía!

La tesis centro-periférica, que nos llevó a confundir igualdad territorial con igualdad social, se fundamenta en la existencia de una relación de dominación-dependencia entre ciertos tipos de territorios: los centrales y los periféricos.

A nivel internacional, los territorios centrales son los *países dominantes o desarrollados*, que captan riqueza y progresan a expensas de las reservas para el desarrollo existentes en los territorios periféricos o *periferia dependiente* integrada por *países periféricos, subdesarrollados o deprimidos*.

La relación de dominación-dependencia, según la misma teoría, se reproduce a escala nacional. De modo que, en cada país subdesarrollado se puede reconocer una región o centro dominante, avanzado y dinámico, donde se enraiza la burguesía explotadora y donde se atrae riqueza y se logra progresar, a expensas de las reservas para el desarrollo existentes en las regiones periféricas subdesarrolladas o deprimidas de la periferia dominada o dependiente.

Esbozados en estos términos, nos propusimos afrontar los problemas de las desigualdades sociales en Venezuela de manera voluntarista y centralista de arriba hacia abajo. Pretendíamos potenciar las “rezagadas” o deprimidas regiones del extendido territorio nacional, creando estímulos capaces de revertir el “injusto” modelo territorial, mediante el cual se privilegia al territorio más avanzado y dinámico. Entiéndase la aventajada región de Caracas o de la capital republicana, o región del centro norte costero, liderada por el eje urbano industrial La Guaira-Caracas-Maracay-Valencia-Puerto Cabello.

Con el apoyo de la bonanza fiscal obtenida gracias al “*boom petrolero*” de 1974-1975 y a los recursos provenientes de un abultado endeudamiento público, el plan en su versión territorial planteó llevar a cabo un vasto programa de inversiones públicas dirigido a hacer realidad “La Gran Venezuela”. Con su ejecución, se consiguió “sembrar el petróleo” y cumplir con objetivos de la democracia que, por insuficiencia de recursos, seguían pendientes: la ejecución de grandes proyectos industriales y la hazaña de completar y garantizar las necesidades de infraestructuras (redes viales, de acueductos, de electricidad, etc.) y de equipamientos (salud, educación, etc.).

A los fines de la instrumentación territorial de dicho programa, el país se dividió en cuatro grandes áreas de planificación, con las que se buscaba torcer el injusto modelo territorial desigual. Con tal desiderátum se buscaba reorientar la natural distribución territorial de las inversiones públicas y privadas en la región del centro norte costero, de acuerdo a los objetivos de desconcentración territorial y el desarrollo de la periferia.

La “explotadora” región donde se asienta Caracas, -en su carácter de centro dominante y concentrador del flujo de trabajo, capital, materias primas y bienes intermedios- se dividió en dos áreas, en las que se debía limitar la libertad para la inversión: la “A”, que abarcaba la Gran Caracas, quedaba sujeta a la prohibición casi absoluta de nuevas inversiones, y la “B”,

que comprendía la sección del eje urbano industrial Maracay-Valencia-Puerto Cabello, se supeditó a un régimen menos restrictivo.

Para la “expoliada” periferia dominada se acordaron regímenes de incentivos a las nuevas inversiones (subsidios, exenciones impositivas, facilidades de crédito, dotación de parques industriales, etc.), con muchas más facilidades en el área “D”, integrada por los centros poblados más atrasados, que las previstas para los centros regionales de superior dinamismo, catalogados como área “C”.

El día que, por fin, culminamos tan ardua y compleja propuesta de desarrollo para el país, asistimos al Palacio Presidencial de Miraflores donde fuimos objeto de muchas felicitaciones. Recuerdo con una sonrisa el caluroso abrazo que me dispensó Jaime Lusinchi, para entonces diputado del Congreso Nacional. No puedo sonreír al recordar el embarazoso momento cuando me correspondió presentar la propuesta ante altos dirigentes representantes de la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción (FEDECÁMARAS), la máxima organización de gremios empresariales de Venezuela.

Nuestros invitados escucharon con acucioso interés la exposición cuidadosamente presentada con apoyo del correspondiente despliegue de mapas explicativos. Me esmeré en comentar los referidos a la concentración geográfica de la población, el empleo, la industria, entre otros indicadores.

Mucho más me esmeré en la justificación de lo contenido en el mapa donde sintetizábamos la tan intervencionista como absurda proposición territorial que dividía al país en las áreas “A”, “B”, “C” y “D”, diferenciadas a los fines de la aplicación de la política orientadora de las inversiones del Estado. La respuesta cargada de asombro y estupefacción no se hizo esperar. Palabras más, palabras menos:

“Pero, ¿Uds. están locos?, ¿quieren llevar a la quiebra al empresariado?, ¿quieren arruinar a Venezuela? ¿Cómo van a prohibir las inversiones de capital en el área de mayor incentivos, productividad y rentabilidad del país? ¿Cómo van a pretender que los negocios acudan a lugares carentes de de los más elementales atractivos?”

Ese día recibí mi primer escarmiento, mi primera lección como “¿científica?” sumida en un laboratorio, engeguada y de espalda a la realidad. Ese día comprendí que no bastaba con soñar y echar mano de un voluntarismo paternalista y asistencialista, que suele conducir a la instrumentación de medidas insuficientes o equivocadas con el consiguiente derroche de esfuerzos y recursos financieros, tal y como me lo demostró el después. Un buen ejemplo me resultó el cementerio de parques industriales constuidos en una cuantas ciudades para atraer inversionistas que jamás llegaron.

Ese día comencé a tomar conciencia de un principio fundamental de la disciplina geográfica en la que me formé: el territorio, nuestro objeto de estudio, no es solo un soporte del acontecer humano. Por el contrario, es un ámbito donde coexisten, a manera de estructuras y sistemas, entes humanos y naturales en constante pugna entre dos tipos de factores o fuerzas de localización: por un lado, las de concentración que se contraponen a las de dispersión territorial y, por otro, las de cambio inversas a las de inercia o de resistencia a la velocidad de los cambios.

Asumí la lección y, rápidamente, resolví andar por los senderos de la academia, en paralelo y como acicate complementario a mi injerencia en la gestión de la administración pública.

Necesito colar una tan pequeña como gigante anécdota que, desde otra trinchera, ilustra la situación en la que se encontraba la izquierda en el quehacer político de mi tan singular, como hermosa Venezuela. Un día, mi esposo, Héctor, me sugiere:

“Acompáñame a visitar a Octavio Lepage, el Ministro del Interior y amigo de juventud, desde mis tiempos en Madrid, donde me enroló como militante de Acción Democrática en la clandestinidad”.

En medio de una amistosa y muy animada conversación entre dos antagonistas, precedida de un efusivo recibimiento, e inmerso en una sincera inquietud que desbordaba el respetable oficina, Lepage exclama, palabras más, palabras menos:

“Héctor: ¿sabes que me preocupa? Soy el Ministro, y agradezco la responsabilidad que Carlos Andrés depositó en mí, pero me preocupa mi falta de control sobre la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP). Un día de estos me podrían sorprender con la aparición de uno o más muertos.”

Al año siguiente, el 25 de julio de 1976, la prensa escandalizaba con la noticia de la muerte de Jorge Rodríguez, quien se encontraba detenido en la DISIP. Se le acusaba del monstruoso rapto de William Niehouse, el estadounidense directivo de la empresa Owens Illinois, ocurrido en febrero del mismo año, hasta su rescate con vida tres años y cuatro meses después, en un hato de las inmediaciones de Ciudad Bolívar. la sureña ciudad de las riberas del río Orinoco.

“Boca de Chaure”, diría la premonitora de mi mamá. Si bien la causa de muerte oficial fue un infarto, no se aclaró que este fue provocado por las torturas que le infringieron sus captores urgidos por dar con el paradero de Niehous. Lepage lamentó públicamente el suceso y anunció el inicio de investigaciones exhaustivas. Es de suponer que un suceso calificado como un vil asesinato del régimen, entraba en franca contradicción con la nueva política de apertura que caracterizaría al gobierno de “La Gran Venezuela”. Muy alejada de disculpar a la policía por los delitos que cometen, en esta ocasión me atrevo a echar mano de la famosa frase acuñada por el novelista francés Honoré de Balsac: *“los gobiernos pasan, la policía queda”*.

Mucho se rumoró sobre el destino de los 20 millones de dólares que pagó la Owens Illinois por su rescate. Deseo exteriorizar que la muerte de Jorge, de apenas 34 años, me conmovió y me sigue conmoviendo hasta el llanto. Aunque no pongo las manos sobre la candela por nadie, me atrevo conjeturar la honestidad de un joven que, animado por una concepción errada y de abominable inspiración terrorista, demostró, desde sus 16, su entrega por una causa totalmente desprendida, en cuerpo y alma y hasta el sacrificio.

Durante esos mismos tiempos renovadores, ingresé a la UCV. Cumpliendo con todo el rigor de las exigencias de la normativa, pasé a formar parte del cuerpo del personal docente y de investigación de *“La casa que vence las sombras”*. Allí me reencontré y estreché vínculos afectivos y de amistad con una comunidad académica cordialmente integrada por quienes me adversaron, así como por quienes me acompañaron durante el conflictivo proceso de

renovación académica. Allí capacité a numerosos colegas, hoy mis añorados discípulos. Allí cursé la maestría “Teoría y Metodología Geográficas”, donde tuve el honor de absorber conocimiento de pensadores izquierdistas de talla universal como los extranjeros Milton Santos (brasileño), Horacio Capel (español) y Pedro Cunill G. (chileno), o los venezolanos Armando Córdova, Orlando Venturini e Isbelia Sequera, la promotora y coordinadora del postgrado.

Con el trabajo de tesis que títule “*Efectos espaciales de la empresa transnacional en Venezuela*”, me distinguieron al hacerme merecedora del honroso *Premio a la Investigación en el Área de Ciencias Sociales, Año 1979*, otorgado por la Asociación de Profesores de la UCV. Aparte del diploma que conservo junto a mis más íntimas querencias, recibí una nada desestimable suma de dinero, que utilicé para “tapar y rellenar muchos huecos” en mi hogar.

Es meritorio rescatar el comentario de Temístocles Rojas, amigo querido y colega de los más selectos y admirados, quien me acompañó como tutor de una investigación con la que, desde la perspectiva científica de la Geografía, me atrevía a incursionar en el mundo de la crítica al “tenebroso capital transnacional”. No olvido la sincera y cómplice sonrisa con la que me alegó: “*Rosa, me encantó ser tu tutor, sobre todo porque yo no sabía nada de eso*”.

Si rectificar es de sabios, errar es de genios. No es posible llegar a la cima sin antes caer y aprender de las caídas. Ese saber proverbial se lo machaco a mis nietas. Eso me digo al releer una absolutamente desatinada y provocadora interrogante desde la tesis de la dependencia, con la que abro la disertación en torno a los males del capitalismo y las transnacionales:

*¿Qué relación hay entre los problemas de orden territorial y el hecho histórico social de que la penetración y dominio del modo de producción capitalista en la formación social venezolana signifique su transformación en una sociedad cada vez más dependiente, deformada y, por tanto, más subdesarrollada, particularmente en las dos últimas décadas?*⁴

En mis soliloquios reflexivos me acechan preguntas y repreguntas, como las que siguen. ¿Dónde tenía puestas mis neuronas? ¿Dónde tenían las suyas los prestigiosos académicos que decidieron y aplaudieron ese desiderátum? Mi angustia se amaina al traer a la memoria que, para esos años, así pensaban las mayorías en una gran parte del mundo.

En esa casa de estudios, de enmarañados pasillos, aulas y oficinas en los que he pasado sobradas horas de mi vida, celebré el triunfo logrado por el MIR en las elecciones estudiantiles de 1979. Aún gozo al reconstruir la algarabía de nuestras marchas por todo el campus universitario, vitoreando al nuevo Presidente de la Federación de Centros Universitarios (FCU): Eduardo Semtei, otro amigo con el que he contado por siempre.

Una vez presentado oficialmente el V Plan de la Nación, pude continuar en mi gesta de “salvar a Venezuela” desde mi pensamiento de izquierda y en otra trincheras de la administración pública. En 1977, ingresé al Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables (MARNR), el organismo que se encargaría de los problemas del

⁴ Rosa M. Estaba, 1979, p. 1.

ambiente, pionero en el mundo y, en especial, en América Latina. ¡Otra vez bendecida por Dios y bajo el pródigo acicate de mi papá!

En el MARNR me curté actuando en las más diversas tareas, de la mano de Yeni Méndez, con quien terminé de anudar un hermético e imperecedero afecto, y con muchos imborrables compañeros. Entre estos, dos cofrades me empañan la mente.

Uno es Ángel Tarazona, condiscípulo-amigo de sucesivas madrugadas preparatorias de tareas y exámenes, radiante estrella en el cielo de las ideas, dolorosamente fallecido unos años más tarde, en un accidente automotriz. El otro es el arriba evocado Temístocles, mi tutor, no sólo en las batallas libradas en la academia, sino en el delicado pensar de lo ambiental y su abordaje, quien nos abandonó en estos días, a causa de la endemoniada peste del Covid19.

En la naciente institución nos entregamos a la reflexión compartida sobre la precisión de los objetivos específicos del gran objetivo ¿revolucionario? de la conservación, defensa y mejoramiento del ambiente, y la consiguiente organización administrativa de la institución. Algunos lustros después tuve la satisfacción de decirle a Arnoldo José Gabaldón, el genio progenitor y hacedor de esta precursora inventiva:

“Mientras desde tu investidura de Ministro, tú eras el visionario líder conductor de la nave, yo era un soldado como tantos otros enamorados del embrionario proyecto del MARNR.”

Muy conscientes de la envergadura del problema, el gobierno de CAP y el Congreso de la República, terminaron por incorporar la elaboración prioritaria de los estudios requeridos, bajo la Ley Paraguas de Endeudamiento Especial, que se discutía en el Congreso Nacional para atender temas críticos. La prioridad saltó las fronteras nacionales para convertir el proyecto ambiental de Venezuela en un modelo pionero del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA).

Aparte de poner a prueba mi calidad profesional, en el MARNR pude constatar la importancia de la planificación y la ordenación del territorio, y su impacto en el curso de la vida de mi país, a partir del estudio *“Sistemas Ambientales de Venezuela”*. Tengo el honor de haber participado en un megaproyecto que ejecutamos en conjunto con el PNUMA y con el propósito de sentar las bases para la posterior confección de los planes de ordenación ambiental y territorial, a escala nacional y estatal.

Más que un estudio, este portentoso proyecto de la democracia, orquestado por Julio Estévez, mi compañero del MIR y todavía gran amigo y consejero intelectual, es una joya en la que estuve activa en coordinación con los más prominentes especialistas asesores nacionales e internacionales, desde su concepción hasta su elaboración y publicación.

Es una verdadera presea el diagnóstico que levantamos a escala regional y de detalle sobre la problemática ambiental de Venezuela, es decir, la problemática que aqueja a Venezuela y a los venezolanos-. A mí se me asignó la coordinación del estudio correspondiente a la antes referida región del centro norte costero, ordenada en torno al eje urbano industrial capitalino -La Guaira-Caracas-Maracay-Valencia-Puerto Cabello-; en otras palabras, la misma que en CODIPLAN habíamos “inventado” que, por obra y gracia de un desiderátum de escritorio,

podíamos “desacelerar” en favor de la Provincia. En ese laberinto pude, de verdad, confrontar la realidad y los actores objetos y sujetos del diario quehacer; a los fines de acertar en la toma de decisiones y en las acciones a impulsar para lograr cambios. Entonces, juzgué que ¡si es posible “dar la pelea” en contra de los terribles males de la desigualdad social en el propio terreno del capitalismo!

Sirviéndome de este proyecto podía aportar ideas para el buen destino del país y del MIR, sobre todo porque Héctor, convertido en mi aliado, era diputado del Congreso Nacional y, para nuestra fortuna, uno de los integrantes de la Comisión de Ordenación del Territorio. Héctor se implicó en la defensa de la política ambiental, no solo ofreciendo artículos de prensa sobre temas de actualidad, como el que tituló: “*La ordenación del territorio, un problema político.*” De su mano y junto a Antonio José Herrera -abogado amigo mío y del MIR y quien tendría pronunciada figuración en el escenario político y deportivo del país- participé en la elaboración y puesta en marcha de la demanda de nulidad al permiso otorgado para una explotación carbonífera en el noroccidente del país.

Otra presea en la que tuve la prerrogativa de aportar fue el programa de manejo de nuestras áreas naturales protegidas, a cargo del Instituto Nacional de Parques (INPARQUES), adscrito al MARNR, y bajo el auspicio del Banco Mundial. Deud Dumith, su presidente, me encomendó actualizar el diagnóstico y el pronóstico de cada uno de los 43 parques nacionales y los 36 monumentos naturales de Venezuela, con el apoyo del equipo de la Dirección de Parques Nacionales, a cargo de Mario Gabaldón, Yeni Méndez y Deud Dumith, el Director de Instituto.

¡Yeni Méndez, más hermana que nunca! ¡Mario Gabaldón y Deud Dumith, otros grandes afectos!, que se sumaron a la lista de los más secretos de mi espíritu y mi intelecto desde mucho antes de su prematura partida al cielo.

En CORDIPLAN, el MARNR e INPAQUES emprendí el vuelo hacia el despegue que me dotó de valiosos instrumentos para servir a Venezuela y, sobre todo, a mis alumnos de la Escuela de Geografía, entre otras de mis muy apreciadas audiencias.

Sería imperdonable omitir mi aleccionadora experiencia con César Guevara, el profesor que en varios semestres me acompañó en las clases del Taller I de Geografía de Venezuela. Conservo, como una impronta indeleble los refrescantes y enriquecedores debates librados con los alumnos en el aula, sobre todo cuando esgrimía incuestionables y lapidarios argumentos para refutarme ciertas posturas (¿revolucionarias?). Afincado en su formación como Geógrafo empleado en un prestigioso consorcio, blandía pruebas como por ejemplo:

“Profesora, pero eso que ud. está interpretando no es lo que yo constato en mis viajes por Venezuela. Mi quehacer en el “campo” me muestra lo contrario...”

Aún no tenía mucha idea de que la realidad que se me revelaba se inscribía en los nuevos tiempos que comenzaban a soplar, desde inicios de los años 70 y dando la vuelta a lo largo de los 360° del planeta. Como “NO HAY PEOR CIEGO QUE EL QUE NO QUIERE VER”, no tenía mucha idea de que asistíamos a una década de despertar revisionista y vuelco histórico.

Sería también imperdonable no rendir homenaje a la imborrable Ludmila Gallegos, jovencita amiga-hermana que tampoco está con nosotros. Con ella tuve el privilegio de compartir durante muchos años, y bajo la rémora izquierdista, el noble y enriquecedor ejercicio de la docencia en el mismo Taller I de la Escuela. Rindo homenaje a quien fue mi gran compañera dentro y fuera del aula, con quién debatí hasta el agotamiento cualquier concepto, pensamiento o interpretación, con quién crecí en la lucha por encontrar el camino certero. ¡Gracias, Ludmila! ¡Gracias por haber sido quien fuiste y por haber estado a mi lado! Si el destino no nos hubiera separado, aquí estarías muy cerca de mí, desojando la margarita, dando una y mil vueltas para engrandecer este recordar por escrito.

Pecaría por exceso sobre el por qué de mi paulatino distanciamiento de la izquierda.

Il mondo gira:

una década de despertar revisionista y vuelco histórico

Mis reflexiones en torno a mi proceder no eran ajenas al despertar revisionista y vuelco histórico que comenzaba a desenvolverse durante la década de los 70, en el mundo y, por ende, en el izquierdismo de Venezuela.

A inicios de la década, ocurre el trascendental y sorpresivo encuentro que cambió el mundo y sentó las bases para la posterior configuración de la globalización -y para mi reflexión antiizquierdista o anticomunista-. Aprovechando la más política que ideológica ruptura chino-soviética de 1960-1962, en julio de 1971, Henry Kissinger, en su carácter de Secretario de Estado, asiste secretamente a Pequín para preparar las bases de la visita de Richard Nixon, el derechista republicano Presidente de Estados Unidos. El encuentro se realiza el 28 de febrero de 1972, teniendo como cumbre la cristalización de las reuniones de carácter operativo con el mismo Mao y con Zhou Enlai, Primer Ministro de China. Además de formalizar y normalizar las relaciones diplomáticas entre ambas naciones, Washington, buscaba un acercamiento con una macroeconomía que después de 22 años de hostilidades no podía seguir siendo marginada.

Con el impulso de este viraje radical y despojado de cualquier escrúpulo apolítico, a finales de la década de 1970 se inicia la política reformista y aperturista de lo que se ha dado en llamar el "modelo chino" o "socialismo con características chinas". Centrada en las zonas económicas especiales de China (ZEE) o zonas económicas con características liberales únicas, el gobierno se empeñó en afrontar el fracaso de las políticas económicas anteriores, mediante el flujo masivo de inversiones transnacionales que estimuló el desarrollo de la nación más populosa del planeta.

Nacía el famoso modelo dirigido por un brutal sistema político unipartidario y dictatorial, pero propulsor del mercado, el enriquecimiento personal, la empresa privada y el individualismo económico. Con tasas anuales de crecimiento económico que oscilaron entre 8 y 12%, China se convertía, velozmente, en el principal productor y el máximo exportador mundial. Del hambre del comunismo depredador, China pasaba al capitalismo salvaje y primitivo. Un capitalismo motor del progresivo crecimiento y empoderamiento de una clase media urbana, que se viste con las más avanzadas modas occidentales y contrasta con el cuasi feudalismo y la explotación de la mano de obra infantil y femenina que, a la entrada del siglo XXI, perdura en la mayor parte de sus regiones.

Aparecía un capitalismo salvaje y primitivo marcado por una serie de nefastos efectos, como el abrupto y masivo proceso de migración rural/concentración de la población, la falta de servicios públicos y las fuertes desigualdades económicas, además del desempleo y la corrupción administrativa, entre otras de las que suelen citarse. En la década de los noventa eran comidilla los comentarios sobre la violación de los derechos de los trabajadores en las empresas, incluidas diversas formas de sobreexplotación, como la de menores de edad, a pesar de las leyes promulgadas por el gobierno, como la Ley del Trabajo de 1995, un intento por promover la convención colectiva.

Es cierto que China ha sido escenario de un proceso de modernización gracias a la rápida innovación de los programas de las ZEE y a la transferencia de muchas de las obtenidas a otros lugares del país. Sin embargo, todavía hoy entrado el siglo XXI y luego de medio siglo, China sigue peleando con el flagelo de la pobreza extrema heredada del gigantesco fracaso del plan “*El Gran Salto Hacia Adelante*” impuesto por Mao. Todavía, en marzo de 2021, su dirigencia confiesa haber ganado la batalla contra la pobreza absoluta de 100 millones de ciudadanos, aplicando la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas (ONU), en la que se resalta el rol de la educación en la formación de los ciudadanos.

Mediante un programa instrumentado por el gobierno, en alianza con el sector privado, se llevaron adelante iniciativas que muy bien podrían calificarse de responsabilidad social empresarial. Se aplicó un paquete de medidas encaminadas no solo a ayudar con el desarrollo de industrias a personas con capacidad de trabajar y dotadas de habilidades productivas, a ofrecer asistencia a aquellos que requerían ser transferidos a lugares donde pudieran encontrar empleo y a relocalizar a quienes lo solicitan. Las medidas incluyeron a toda la población empobrecida en el sistema de dietas, así como la erradicación de la pobreza mediante la garantía de la seguridad social.

La transformación capitalista había sido intensamente violenta. Durante una primera fase se procedió a la descolectivización de la agricultura, la apertura del país a la inversión extranjera y el permiso a emprendedores para iniciar empresas. La segunda fase, emprendida desde finales de los años 1980 y en los 1990, involucró la privatización y la contratación del grueso de la industria estatizada, así como el levantamiento del control de precios, de las políticas proteccionistas y de las regulaciones. En 2001, propulsada por la acometida del poderoso capital transnacional que se había sembrado en cualquiera de los ramos productivos, China se uniría a la Organización Mundial del Comercio (OMC). En 2010, ascendía al puesto 140 entre los 179 países en el Ranking Mundial del Índice de Libertad Económica.

En 1975, finaliza la cruenta Guerra de Vietnam. Tras la caída de Phnom Penh y de Saigón en manos de las guerrillas comunistas conocidas como los *Khmers Rouge* (camisas rojas, similares a los maoístas guardias rojos), las tropas de los Estados Unidos tuvieron que retirarse, dejando el terreno bajo la reunificación de todo el país comandada por el régimen impuesto por Vietnam del Norte. La historia registraría el brutal tratamiento de la sociedad civil por parte de los soldados norteamericanos y, peor aún, el proporcionado por el bandidaje de los guerrilleros, no solo en Vietnam. El irrespeto a la dignidad humana fue un rumor que se regó como pólvora a la par de las noticias del avance de las fuerzas revolucionaria y el derrocamiento de los gobiernos de Camboya y Laos, los países que junto

a Vietnam habían formado la antigua Indochina, la entidad que, antes de la intervención de Estados Unidos, se había levantado contra el régimen colonial francés.

Mientras China se abría al capitalismo salvaje, por ejemplo, en Cambodia (Kampuchea Democrática) de 1975 a 1978 gobernaba Pol Pot, el nombre con el que se dio a conocer a Saloth Sar, el dictador que sustituyó al depuesto rey Norodom Sihanouk, aupado por China y Corea del Norte y que pasó a la historia por su condición de genocida “sin tapujos para anteponer los intereses de la revolución por encima de los personales”.

Pol Pot, a semejanza del “Ché” Guevara, fue artífice de una abominable orgía de fusilamientos masivos, arbitrarios y sin juicio previo. En este caso, la orgía era ejecutada por bandas de seguidores que acusaron de traidores a todo ciudadano que se opusiera a cumplir con la absurda y bárbara política de ruralización, mediante la que se obligó a la población a abandonar sus viviendas y actividades en las populosas ciudades y reubicarse en el campo para producir los alimentos que consumían.

En 1977, cuando ya transitaba con una importante carga de decepción y de revisión de ideas a mis espaldas, el MIR decide apostar por la candidatura de Américo Martín a la presidencia de la República en la contienda de 1978, compitiendo en la izquierda con José Vicente Rangel, candidato del MAS, y Héctor Mujica, del PCV. Una vez más el bipartidismo cautivó al 90% de los electores: Luis Herrera Campins, el copeyano ganador, un 46,7%, y Luis Piñerúa Ordáz, el adeco, un 43,3%. El trío de candidatos de la izquierda no logró sumar el 8% de los votos, de los cuales el 5,18% lo capturó el candidato del MAS.

Américo contaba con el apoyo de un programa de gobierno reformista -no revolucionario- insertado en la línea de la democracia fundada en el principio de gobernantes electos -hasta entonces tildada por la izquierda como “burguesa”-, en cuya elaboración no tuve la distinción de ser invitada para aportar mis “novedosos” conocimientos. La campaña, organizada en torno a la consigna “*manos limpias al poder*, antes que ofrecer soluciones radicales, se centró en la denuncia de la corrupción que tanto daño le hacía a nuestra todavía joven e inexperta democracia.

En su discurso programático, insistía en que se puede hablar de desarrollo y abordar la problemática social pero que de ninguna manera se pisaría tierra si no se respondía a la cuestión de qué tipo de Estado sería el que cargaría con tales operaciones. Desde una postura cuestionadora, subrayaba la necesidad de reformar el Estado para que pudiera ser el centro del desarrollo autosostenido con capacidad para poner fin a la dependencia, rescatar la soberanía económica, desmonopolizar la vida nacional y liberarlo de la influencia de las minorías económicas.

La consigna “*manos limpias al poder*” encontraba asidero en la controversial situación por la que atravesaba el país. Si bien, el gobierno de CAP había resplandecido con la inocultable “siembra del petróleo” realizada mediante la estrategia de “*La Gran Venezuela*”, tan espectacular danza y manejo de recursos financieros en manos del Estado no pudo escapar de las desmedidas apetencias de la corrupción.

Tres obras de izquierdistas llenas de escandalosas denuncias retumbaron en la opinión pública: “*Los doce apóstoles*”, “*Los peces gordos*” y “*Las máscaras de la democracia*”. La primera es de la autoría de Pedro Duno. Las otras dos son de Américo Martín y Moisés

Moleiro, respectivamente. En todas se ponen sobre el tapete político el orden corrupto del puntofijismo y los nombres de destacados hombres del sector privado que usufructuaron de jugosos contratos relacionados con la construcción de las grandes obras públicas. Entre otros, sonaron nombres como los de Enrique Delfino, Gustavo Cisneros, Concepción Quijada, Julio Pocaterra, Pedro Tinoco y Carmelo Lauría.

Vale acotar dos momentos singulares de la campaña proselitista de Américo, tan novedosa y emocionante como, en cierto modo, ajena al lugar común de los venezolanos. Uno, muy recordado por mi sobrina María Gabriela que con sus 15 años no se perdía los célebres recorridos por los barrios de Caracas. Refiere a las exclamaciones de unas mujeres humildes: “¿votar por ese, pa’ que me lo quite todo?”

El otro momento me rememora la muy concurrida y lucida verbena proselitista y pro-fondos que hicimos en el Parque Los Caobos de Caracas. Entre las variedades ofrecidas, a algún compañero se le ocurrió instalar un juego “tiro al blanco” con pelotas que se le disparaban a una figura representativa del nefasto dictador chileno, el General Augusto Pinochet.

Mientras los compañeros del MIR aplaudían la ocurrencia, mi hijo, Luis José, que apenas pisaba los 18 años, me comentaba: “! ...qué feo y macabro ese juego. ¡Uno no ve nada de eso en las festivas verbenas de AD!”. En esos tiempos, el joven aspirante a culminar sus estudios de secundaria ironizaba el trasfondo de la letra de una canción revolucionaria que escuchaba en mi casa:

*“¿Qué culpa tiene el tomate,
¿que está tranquilo en la mata?*

*Y viene un hijo de puta,
y lo mete en una lata
y lo manda pa’ Caracas*

Con la candidatura de Américo, no solo le comenzaba a decir hasta nunca a la “izquierda trasnochada”; a esa izquierda que seguía siendo anacrónica, aun habiendo condenado a los nefastos regímenes del estalinismo en la Unión Soviética y del maoísmo en China. Iniciaba mi despedida de los mitos del marxismo y del imperialismo, fase superior del capitalismo. Una despedida de las ideologías de la revolución que tenía como antecedentes a dos emblemáticos viajes que realicé: a Cuba en 1975 y a Libia en 1977.

La nada alentadora visita a Cuba

En 1974, seis años después del “*desembarco de Machurucuto*”, el gobierno del mismo Carlos Andrés Pérez (CAP) decide restablecer de manera tentativa las relaciones diplomáticas con Cuba. Fidel Castro había renunciado a la actividad exportadora de la revolución y Venezuela se trepaba en la onda del vuelco histórico que recorría el mundo.

En 1975, es creado el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), que incluyó a Cuba, pese al bloqueo impuesto por Estados Unidos. La novedosa institución surge como una propuesta de CAP y Luis Echeverría, Presidente de México desde 1970 -el mismo que desde la Secretaría de Gobernación había sido corresponsable de la *Masacre de Tlatelolco* ocurrida en 1968-. Pérez y Echeverría se plantaban como los dos artífices de la puesta en práctica de la nueva política de Cooperación Sur Sur -léase sin “el Imperio gringo”-

, basada en relaciones directas y horizontales entre países que enfrentan problemas comunes y que tienen como propósito superar los desafíos del desarrollo, a partir de esfuerzos conjuntos.

En ese mismo año de 1975, Moisés Moleiro y Héctor Pérez Marcano, en compañía de sus inseparables consortes -Olga y yo-, viajaron a Cuba atendiendo a una invitación del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC).

Mi primera impresión al arribar a La Habana fue desoladora, no sólo al comparar el paisaje con el de Caracas, una urbe en franca posición de avanzada, sino al contrastarlo con mis memorias. 16 años de gestión del modelo revolucionario inspirado en el pensamiento de Marx y de Lenin habían sido suficientes para imponer la soledad, el silencio, la apatía y la tristeza que sustituían a la callejera, bulliciosa, dinámica y alegre ciudad de los tiempos del usurpador régimen del general Fulgencio Batista.

Aquella capital que conocí, dos décadas atrás, en 1956, parecía haber sido víctima de bombardeos como los mostrados en las películas de las guerras mundiales. Mi sensación era la de estar retrocediendo por el túnel del tiempo hacia épocas muy pretéritas. Las amplias avenidas ahora exhibían estatuas derribadas y macetas desprovistas de plantas. La arena se había devorado el césped de los parques y plazas y de los magníficos barrios de clase media o de clase alta. El célebre Country Club, ahora, se me presentaba como un irónico ícono de la ruina y la postración reinantes.

Nos alojaron en dos suntuosas suites del hotel Riviera, una muestra arquitectónica con derroche de boato, modernísimo y obras de arte, que había sido inaugurada en 1957 (en vísperas de la Revolución), frente al malecón a la altura del patrimonial barrio residencial de El Vedado. En el curioso y acústico arreglo esférico, adosado al edificio principal de 20 pisos, disfrutamos espléndidas veladas para degustar unra bien comer o libar un buen trago amenizado con un recital de piano, a la altura de cualquiera de los inolvidables interpretados por el legendario Bola de Nieve. Entre las exquisiteces de los platillos del buffet había langosta y ancas de rana, preparadas de diversas maneras y supuestamente accesibles al paladar del pueblo cubano.

Me resultaba difícil superar mi estupor. *¿Cómo era eso de tanto lujo y derroche en medio de tanta desolación?* Asediada por las dudas, la “gafa Rosita en ejercicio” cavilaba: *“¿hasta cuándo el sufrimiento de un pueblo ocasionado por el bloqueo imperialista de Estados Unidos?”*. En vez de entender que eran muestras de un sistema social que no funciona, me aliviaba recurriendo a aquella máxima de la izquierda que dice: *“la culpa la tiene el enemigo externo.”*

Consumados los efusivos saludos y abrazos propios de camaradas que se reencuentran, Moisés y Héctor se sentaron cara a cara con Manuel Piñeiro y con Alfredo Arana, uno de sus más importantes asistentes. Piñeiro, más conocido como el Comandante Barba Roja y garante de la construcción de los aparatos de seguridad cubanos, era la autoridad designada por Fidel para la expansión de los grupos radicales de izquierda en América Latina y, por tanto, para canalizar las relaciones con el MIR.

No consideré prudente indagar mucho sobre el propósito de esta cita. Pero, como testigo presencial de algunas de un ciclo de reuniones que no atino a enumerar, deduje que les urgía

intercambiar opiniones sobre problemas, ideas y fórmulas concernientes a la conducción y destino político de Venezuela y de América Latina. Aparte de las álgidas discusiones sobre la pertinencia o el fracaso de la lucha armada, recuerdo dos temas a los que les dieron prioridad. Uno apuntaba a la esperanza puesta por el régimen de Cuba en la reapertura de las relaciones con Venezuela y las probabilidades de reanudar las entregas de petróleo.

El otro tema giraba en torno a la controversial idea de convocar a grandes capitales extranjeros a los fines de impulsar un desarrollo turístico de lujo para una selecta demanda internacional que le aportara divisas al erario nacional y, por ende, para dar alimento al pueblo. El debate ponía sobre la mesa sobradas dudas sobre qué hacer para evitar la “contaminación del espíritu mercantil” pequeño-burgués en una sociedad socialista encaminada hacia el comunismo. La respuesta era aprovechar a los turistas más acaudalados y, al mismo tiempo, impedir a los nacionales contagiarse prohibiendo el acceso a la red hotelera a desplegar por las ciudades y los mejores balnearios de la isla más atractiva del insustituible mar Caribe.

A la luz del tiempo entendí que tal concepción discriminatoria se inscribía en la falacia de una sociedad orgánica, sin mecanismos de mediación social, homogénea y sin conflictos de intereses, porque suponía que al ser abolida la propiedad privada sería abolido el individualismo para dar paso y de manera espontánea el interés colectivo único.

Entre las actividades programadas, es bueno destacar dos.

La primera es la imborrable revista a uno de los campamentos del movimiento de pioneros creados por la Revolución. Concurrimos a un hermoso lugar plenamente acondicionado para dar acogida a una demostrativa cantidad de niños y adolescentes agrupados en organizaciones que trabajan en pro del desarrollo de actividades deportivas, culturales y recreativas, con énfasis en la preocupación por el estudio y la responsabilidad social.

El bullicio de alegría fresca que me traje a Venezuela se me desvaneció cuando en un pasillo de mi Facultad de Humanidades de la UCV, el sabiondo de Carlos Raúl Hernández, cuando apenas contaba con unos 24 añitos, en un tono mezclado de increpante disgusto y asombro me dijo:

“Rosita, no seas tan ingenua, esos campamentos son centros de adoctrinamiento de niños y jóvenes donde, independientemente de los valores y decisiones de cada familia, se imparte la enseñanza de los principios del comunismo, desde la primaria hasta la adolescencia, cuando ya pueden ingresar a militar en la juventud del partido.”

Ante tan certero reproche, corrí a releer “*El manifiesto comunista*”:

¿Querer abolir la familia! ¿Sobre qué base descansa la familia burguesa de nuestra época? Sobre el capital, el provecho individual. En su plenitud la familia no existe sino para la burguesía, que encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado (...) ¿Nos reprochan el querer abolir la explotación de los niños por sus familias? La solución es sustituir la educación de la familia por la educación de la sociedad.⁵

⁵ Federico Engels y Carlos Marx. *Ibidem*. pág. 58. El subrayado es mío.

La otra actividad a acentuar es el recorrido por Santiago de Cuba, la ciudad desde donde partió la operación del “*desembarco de Machurucuto*”.

Nuestro anfitrión fue Raúl Menéndez Tomassevich, titán de la Revolución y uno de los proverbiales cubanos amigos del movimiento venezolano. Nos recibía el intrépido que en 1967 acompañó a Moisés y Héctor en la proeza de llegar por mar al frente guerrillero de El Bachiller, y que un año después salió para Cuba sin ningún inconveniente en un vuelo que despegó del aeropuerto que sirve a Caracas.

Tomassevich, como afectuosamente lo llamaban sus entusiasmados compañeros de lucha, había sido ascendido a Comandante Jefe del Ejército Oriental, uno de los cargos de más relieve de la cúspide de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) de Cuba, originadas en el glorioso Ejército Rebelde que derrocó a las comandadas por el régimen de Batista. Con sus pares del Ejército Central y el Ejército Occidental, integraba el trío de jefaturas territoriales a las cuales se subordinan todas las unidades militares enclavadas en sus respectivos ámbitos: Ejército, Marina de Guerra, Defensa Antiaérea y Fuerza Aérea Revolucionaria, Ejército Juvenil del Trabajo, Milicias de Tropas Territoriales y Brigadas de Producción y Defensa.

¡Compartimos una larga tenida con un excepcional héroe de la Revolución! Un héroe al que se le había encomendado comandar al llamado “el Señor Ejército”, al que le correspondía la defensa del territorio comprendido desde la provincia de Camagüey hasta Guantánamo, incluyendo la línea fronteriza con la Base Naval de Guantánamo, ocupada por EEUU. El trato primordial era la visita al sitio desde donde habían zarpado para Venezuela.

¡Sorpresa! Nos condujeron a una espectacular casa de playa que le habían expropiado a la familia Bacardí. Luego de dar vueltas por los distintos pisos adosados a una pendiente, llegamos al embarcadero donde, según recordaban, despidieron con efusivos abrazos a Fidel y salieron en las lanchas que los trasladaron al barco de guerra que les esperaba anclado aguas afuera.

Aparte de cualquier tipo de atenciones, me resulta imborrable la noche cuando nos agasajaron con un paseo a pie por las calles del histórico centro colonial de la hermosa ciudad de Santiago de Cuba. ¡Una sorpresa más! Caminamos por un largo trecho colmado de gente que aplaudía y saludaba, más que en actitud de apoyo solidario -a mi modo de ver in situ-, en postura reverencial de subordinación incondicional. Inmediatamente, comparé el nada agradable y desalentador espectáculo con el hidalgo comportamiento “de tu a tu” de las multitudes que han acompañado en las campañas electorales a cualquier candidato de AD, COPEI, el MAS o el MIR.

Otra desilusión me la llevé en una caminata a lo largo del interminable malecón de La Habana con otros dos camaradas: Manuel Gil Castellanos y Armando Torres, apodado El Francés. Manuel, a quien no veía desde su presidio en la cárcel del cuartel San Carlos, me impactó con su reiterado comentario: “*Espero que me salga algo. Aquí en Cuba ya todo está hecho*”.

El Francés, en actitud algo paranoide, muy cerca de Moisés y de Héctor, les susurraba al oído, aprovechando el ruido de las ciclópeas olas para evadir cualquier micrófono espía y poder “chismear” con libertad, sobre asuntos de interés de la Revolución.

El extraño viaje a la anti-occidental República Árabe Libia

En 1977, Héctor Pérez Marcano y yo, Segundo Meléndez y Elda Laguado, su esposa, viajamos a la República Árabe Libia, país exportador de petróleo socialista, anti-imperialista y anti-occidental. Viajábamos a un país musulmán que objetaba el modo de vida de las democracias liberales imperantes en Europa Occidental, es decir, en mis cada vez más admiradas Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y España.

Se conmemoraba el día de la revolución, sobrevenida con el golpe de Estado que, el 1 de septiembre de 1969, llevó al poder a Muamar el Gadafi, el gobernante izquierdista que nacionalizó toda la empresa privada. Para ese entonces todavía profesábamos la “religión de la utopía”, con la misma devoción que en 2012 -35 años más tarde-, confesaría mi amigo de toda la vida, Segundo Meléndez, en su hermoso y fundamental libro para la historia titulado “Siempre en la Utopía. Crónicas de medio siglo y una historia del MIR”.

¿Objetivo del viaje? Buscar apoyo financiero para la candidatura de Américo. El funcionario del alto gobierno encargado de la oferta nos sometió a una larguísima espera de algo que jamás apareció.

Como Geógrafo y como ciudadana del mundo, siempre celebro cualquier hendidura por la que me pueda colar para conocer otras tierras, y más aun si son lejanas y pertenecientes al cosmos árabe del Sahara.

Las diferencias culturales se agrandaban a medida que dejábamos atrás las fronteras de la occidental órbita de Europa y América. El primer impacto fue en el aeropuerto. A más de acudir con un apreciable retraso y en horas de la madrugada, el protocolar comité de bienvenida vestía con trajes tradicionales confeccionados con telas envejecidas y calzaba chanclas de caucho o goma. Un panorama mucho más lastimoso que el que había percibido en la casa del revolucionario embajador de Libia en Venezuela, para mi pasmo, arrendada en el exclusivo Country Club de Caracas.

Más incomprensible fue el arribo a Trípoli, sobre todo porque traíamos como referencia muy fresca el majestuoso paisaje de Roma, la exquisita metrópoli occidental, cargada con unos 2.500 años de historia, cuidadosamente abierta al mundo del turismo y ubicada a apenas unos 1.700 km., al otro lado del Mediterráneo.

La ciudad capitalina emplazada en el extremo noroccidental de la costa mediterránea de Libia y de espaldas a un desierto de arenas extendidas hasta el horizonte, no ofrecía atractivo alguno y mucho menos el “prestigioso” hotel donde nos alojaron. Para completar, coincidimos con el restrictivo mes de *El Ramadam*, la sagrada festividad religiosa del islam practicada por los musulmanes. Toda la población se hallaba paralizada en cumplimiento con los rituales de ayuno diario hasta el anochecer que, según su fe y su creencia, les permite acercarse más a Alá, guardar el equilibrio y distinguir entre lo que se necesita y lo que se quiere.

El desfile cívico-militar conmemorativo de la asonada tuvimos que verlo con dificultad frente a una pantalla de televisión gigante ubicada en una sala del hotel. Nos impresionó el imponente despliegue de brigadas, en particular, las representantes de numerosos países

africanos. No menos deslumbrante fue la muy pintoresca y multitudinaria participación de beduinos a caballo o camello, y de mujeres con su tan elocuente grito árabe.

No arribamos a tiempo para asistir al desfile, pero sí al encuentro con el Presidente Libio. Siempre he relatado el parsimonioso momento cuando lo saludé dándole la mano y presentándome como miembro de la delegación de Venezuela. Siempre he recordado la estampa de aquel hombre de ojos grandes, mirada penetrante y tan apuesto como espigado y esbelto.

Apenas 11 años más tarde, en 1988, me estremecería hasta sentir frío en el corazón con la noticia de que ese mismo Gadafi era acusado de ser el culpable del pavoroso ataque terrorista a un vuelo que cubría el trayecto entre Londres y Nueva York: el 103 de Pan American Airways (Pan Am), la aerolínea bandera de Estados Unidos. ¡Había ordenado una siniestra operación que mató a 259 inocentes!

La repercusión de tal perversidad fue tan mayúscula que, a finales de los 90, Manuela Walfenzao, mi nietecita de 9 años lo repudiaba. En ocasión de un reclamo para que me devolviera un mantón de seda con hilos dorados que me había obsequiado el líder de la revolución libia, horrorizada me gritó:

“¿Quééé? ¡Abuela!: ¿cómo es posible que conserves un regalo de ese asesino?”

No obstante las restricciones y la enrarecida espera de lo prometido, los anfitriones nos halagaron con un programa de interesantes actividades.

Nos premiaron con un extraordinario regalo de vida. Durante más de una mañana estuvimos recorriendo un sector del litoral mediterráneo, cerca de Trípoli, donde escudriñamos las ruinas descollantess y en casi perfecto estado de conservación, de *Leptis Magna*, o *Lepcis Magna*, ciudad de la República de Cartago, fundada en el siglo IX antes de Cristo y, después, sometida bajo la égida del Imperio Romano.

Nos mostraron un elegante y muy moderno conjunto de edificios de apartamentos revestidos en mármol que el asistencialista y opulento Estado petrolero había construido para otorgarles viviendas a los humildes. Todos se mantenían deshabitados porque, de acuerdo con las explicaciones del guía, preferían vivir en sus atávicas tiendas beduinas.

Asistimos a un espectáculo al aire libre de los grupos de baile folklórico de Libia y de Burundi, país de la costa centro occidental africana. En ambos casos, las especialmente lucidas danzas se ensombrecían con la rudimentaria vestimenta y, sobre todo, con las visibles lesiones en los ojos de varios de los artistas, ocasionadas por la enfermedad de *Oncocercosis* producida por la picadura de una mosca negra.

Muy sugestiva fue la visita a Bengasi, la otra ciudad de Libia, también sembrada en la costa, pero en el extremo nororiental. A diferencia del resto del país, en su paisaje urbano se perciben manifestaciones de la ocupación italiana de comienzos del siglo XX, tales como la antigua Catedral de Bengasi, una portentosa obra de arquitectura neoclásica.

Debidamente preparados con atuendos livianos para sobrellevar el sofocante calor, deambulamos hasta altas horas de la noche por el mercado principal de Bengasi, el patrimonial bazar moro, tan deslumbrante por sus dimensiones y coloridos como por la

diversidad y cantidad de productos árabes típicos y atípicos, en su mayoría importados. Distráidos con tanto que ver y admirar, de repente advertimos que algunos curiosos nos rodeaban con una desagradable actitud avasallante.

Elda y yo sentíamos que traspasaban nuestros vaporosos y descotados vestidos, con miradas tan lascivas como las que Héctor y yo pillamos una noche mientras dormíamos en el hotel de Trípoli. Apostado detrás del vidrio de la puerta que daba al balcón, ¡un intruso con ojos furtivos intentaba fisgonear nuestra intimidad!

Cerramos el extraño viaje con una lastimera despedida. Además de las angustiantes dudas surgidas con relación a las reservaciones en el vuelo, el aeropuerto era un caos. Las instalaciones, extraordinariamente lujosas y en plena construcción, se habían inundado a causa de la rotura de unas cuantas tuberías.

Inmersa en el torbellino de la azarosa despedida, grité una y otra vez y casi que entre dientes:

¡Viva Jesucristo que nos redimió!

¡Viva Cristóbal Colón que nos descubrió!

*¡Viva el Imperialismo Yanqui que nos tiene pisados,
pero, que nos salva de esta vaina tan ajena!*

Me despedía del extraño viaje a la anti-occidental República Árabe Libia, forrada de escamas para dar paso a la honda y definitiva metamorfosis que me depararían los decenios de los años 80 y 90: ¡descubrir el fraude de la izquierda, más vale tarde que nunca!

V. LA METAMORFOSIS DE LOS DECENIOS DE 1980 Y 1990: ¡DESCUBRIR EL FRAUDE DE LA IZQUIERDA, MÁS VALE TARDE QUE NUNCA!

Cuando uno cree saberlo todo

A comienzos del decenio iniciado en 1980, en Venezuela estalla la crisis fiscal popularizada como el *Viernes Negro de 1983*. Ese día, muy recordado por todos, nos sorprendieron con dos perturbadoras noticias: la abrupta devaluación del Bolívar, nuestra histórica y fuerte moneda de curso legal, y el obligado control de cambio que la acompañó. Ese día los venezolanos sentimos mucho miedo, intuíamos que se revelaba un problema profundo, de todo orden y que, si bien no la conocíamos, nos afectaría en lo personal.

En un intento dirigido a afrontar las dificultades, en 1984, Jaime Lusinchi, recién posesionado de la primera magistratura del país, crea la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (COPRE), ilustre cuerpo asesor en el que, además de la diversidad de partidos políticos -de derecha, de izquierda y de centro-, estaban representados los gremios y los sindicatos, sectores críticos del sistema, universidades, actores regionales, vecinales, etc. Este organismo eminentemente concertador, desde 1989, firmemente apoyado por el Presidente Pérez (CAP), el sucesor de Lusinchi, se abocó hasta 1993, a la gigante tarea de poner en blanco y negro los problemas que aquejaban a Venezuela. Se buscaba indagar no solo las causas de la crisis de una sociedad que no terminaba de superar el rentismo o la malsana dependencia respecto a la renta petrolera, sino las respuestas para salir adelante.

Con el acertado nacimiento de la COPRE -cuerpo encargado de proponer la reforma del Estado que en 1978 había vislumbrado Américo en su campaña electoral-, la vida me brindó otra oportunidad para sentirme parte activa en el proceso de transformación de mi país, sobre todo, porque me sumaba a un esfuerzo que compartí con destacadas figuras de la vida nacional.

Además de trabajar con mi hermana Elena y con nuestro gran Trino Márquez, me reencontré con Edgar Paredes Pisani, compinche del MIR y el siempre hermano dilecto de las “hermanitas Estaba”. En la práctica de la retadora asesoría a la que me invitaron y, sobre todo, al calor de los debates y las resoluciones, esta vez pude repetirme una y otra vez y con mucho mayor convencimiento:

*“Qué alivio, ¡salvar a Venezuela desde mi pensamiento de izquierda!
Qué alivio, ¡salvar a Venezuela desde mi pensamiento de izquierda!
Qué alivio, ¡salvar a Venezuela desde mi pensamiento de izquierda!”*

Para afrontar los problemas que aquejaban a Venezuela, se crearon comisiones especializadas en salud, educación, ambiente, partidos políticos, entre otras. Cada comisión, encabezada por el o los comisionados responsables, se entregaba de lleno a estudiar el problema o los problemas de su competencia. En todos se contó con el imprescindible apoyo de los sectores de la sociedad civil interesados o expertos en el tema en cuestión y en las instituciones públicas involucradas, tanto escala del gobierno nacional como en las regiones y las localidades.

De la investigación de cada comisión surgía la formulación sectorial de las propuestas para la Reforma del Estado que, como una medida indispensable a contemplar, reiteradamente, incluían la descentralización o redistribución de funciones del Poder Público Nacional al Estadal y al Municipal. Luego de una detallada evaluación de este denominador común, la revolucionaria descentralización pasaría a erigirse en el eje de la Reforma del Estado consagrado en la Carta Magna de 1961 y, por consiguiente, la comisión encargada del estudio de cómo abordar la forma cupular de funcionamiento del aparato administrativo del Estado venezolano.

Del seno de esa comisión de descentralización -en la que yo prestaba mis servicios de asesoría- salieron las respectivas líneas estratégicas que cristalizarían en cuatro instrumentos jurídicos fundamentales aprobados en 1989. Por una parte, las leyes redactadas a los fines de regir la creación de las autonómicas figuras del gobernador y el alcalde a elegir mediante el voto popular directo. Complementarias a éstas, se aprobaron otras dos leyes: la de descentralización, que estableció las pautas de cómo llevar el necesario proceso de delimitación y transferencia de competencias desde el nivel nacional al regional, y la ley de régimen municipal, que precisó las correpopndientes a la figura del alcalde.

Desde entonces, el Presidente de la República perdería la potestad de designar a dedo a los jefes del poder ejecutivo de cada entidad federal. En el caso del Municipio, el alcalde sustituyó al presidente del Concejo Municipal que, tradicionalmente, era seleccionado por el mismo cuerpo entre sus concejales miembros.

Desde finales de los años 80, se comenzó a aplicar el edificio de leyes descentralizadoras que se había armado para conducir el proceso de forma ordenada. Con su instrumentación se desencadenó el demandado proceso de reconstrucción de la democracia, en un país que adolecía de los males de estar bajo el mando de un sistema altamente concentrado y, por tanto, obeso e ineficiente.

A medida que se fueran traspasando competencias del poder nacional a los regionales, el presidente de la República dejaría de ser un rey, emperador o caudillo para abrirle salida a la genuina organización de gobiernos democráticos y eficientes en las entidades regionales, históricamente constituídas y apropiadas por sus constructores, originarios y herederos. A medida que las entidades de aguas abajo asumieran las competencias establecidas por la ley, el poder se acercaría al ciudadano y se lograría la participación requerida para el ejercicio de un buen gobierno.

Por una parte, se intentaba restringir las competencias del ente nacional a la defensa y seguridad de la nación, los tratados internacionales, el diseño y rectoría de las grandes políticas macro. Como contrapartida, los estados comenzaron a competir para atraer inversiones y pudieron establecer una relación mucho más fluída y vigorosa con sus pares y con sus gobernados, empresarios y ciudadanos.

La COPRE, órgano por el que circuló lo más granado del pensamiento político, económico y social de Venezuela, se convirtió en una tribuna donde se escuchaban las voces de Caracas, de la Provincia e inclusive de otros países del planeta. En 1989, por ejemplo, se llevó a cabo el Foro para la Reforma del Estado, un encuentro para la reflexión al que concurrieron personalidades de gran estatura. Rememoro, por ejemplo, la disertación sobre la necesidad

de aplicar las modificaciones liberales en boca de un miembro del gabinete ejecutivo de Margaret Thatcher, la dama que brillaba en el ejercicio del cargo de Primer Ministro del Reino Unido. También amerita recordar el momento cuando le estreché la mano a Lech Walesa, sindicalista líder y artífice del proceso político que derribó al régimen comunista de Polonia y del posterior proceso de democratización. Mucho más memorable es mi revelación con respecto a la naturaleza del ex-Presidente Luis Echeverría, quien me fue asignado para asistirlo como “sponsor” durante su estadía en Venezuela.

¡Las vueltas que da la vida! Por varios días estuve a las órdenes del aquel personaje severamente cuestionado por su responsabilidad en la *Masacre de Tlatelolco*, desde ese momento transmutado en un adalid de la democracia y el progreso. Sin entrar en profundidades ni en juicios de valor, a la luz del vuelco histórico iniciado en los 70, pude advertir la existencia de razones de Estado que obligan a los gobernantes a asumir acciones cuestionables, y hasta cuestionadas por ellos mismos.

¡Descubrí que el señor Echeverría era un caballero innovador! En nuestros intercambios de opiniones sobre el qué hacer con mi país, terminó entusiasmado con el enfoque geográfico de mis propuestas y la coincidencia con lo que él me mencionó como “*la niña bonita de mi gobierno*”. Tanto así que me hizo traer mapas de México que aún conservo y me invitó a conocer esa parte de su obra, a los fines de promover algo similar en Venezuela.

En 1991, abordaba el vuelo que me trasladó a la ciudad de México, donde el Dr. Echeverría me recibió, en compañía de su esposa, con un acogedor y sencillo almuerzo en su casa de la colonia San Jerónimo.

Siguiendo sus instrucciones, su ayudante y secretario particular me detalló el programa previsto y me alojó en un buen hotel de la capital metropolitana, esta vez, redescubierta por mí como un baluarte repleto de arte y cultura. A los pocos días, me trasladó a Aguascalientes, ciudad emplazada a 517 Km al noroeste de la ciudad de México y sede central del Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (INEGI), organismo con competencias autonómicas, diseminado a lo largo y ancho del territorio nacional.

El INEGI era, en efecto, una perfecta “niña bonita”. Me sorprendieron con la visita a una institución dotada de todo el moderno instrumental tecnológico requerido para cumplir a cabalidad con sus delicadas funciones. Además, fui recibida con todo el formalismo requerido por Luis Echeverría y, en virtud de mi conocimiento como geógrafo, con la informalidad distintiva de un encuentro entre profesionales tan afines que parecíamos camaradas de antiguo y afable trato.

La institución era el consorcio público resultado de la fusión de todas aquellas otras que se repartían las funciones de normar y coordinar el desarrollo del sistema nacional de información estadística y geográfica, es decir, levantar y procesar los censos de población y económicos y la información geográfica, ambiental y sobre el ordenamiento territorial y el urbanismo, a los fines de observar tendencias y dar a conocer resultados. El gran agregado de esta idea de avanzada, tomada en los tiempos en que apenas comenzaban a instaurarse las técnicas de la información y la comunicación (TIC’s) nacidas con la globalización, es que cualquier usuario, ya fuese estudiante o profesional, funcionario privado o público,

utilizando un dispositivo de computación, podía tener a la mano cualquier información desagregada en mapas a la escala deseada.

Mi entusiasmo y el del ex-Presidente de México- por emular la experiencia de su país en el mío fue tal que, al poco tiempo de mi regreso a Venezuela, recibí una gentil comunicación personal de Ernesto Zedillo Ponce de León, entonces Secretario de Gobernación del Presidente Carlos Salinas de Gortari y avistado como futuro Primer Magistrado de México. El Dr. Zedillo me proponía adelantar los buenos oficios para que se designara una misión oficial del alto gobierno de Venezuela con el preciso objetivo de darles a conocer la experiencia de la reforma estructural que se concretó en el INEGI. Unos meses más tarde, Carlos Blanco, Ministro-Presidente de la COPRE, Joaquín Marta Sosa, su asesor, y yo partíamos para México vía Guatemala, donde hicimos un toque a los fines de dar a conocer a las autoridades gubernamentales las bondades de la descentralización y del respectivo fortalecimiento de la Entidades Federales y Municipales, así como los logros alcanzados por la COPRE.

Cumplido el objetivo, el cordial Secretario de Gobernación nos brindó un agasajo de despedida en los jardines del elegante y de categoría restaurante San Ángel Inn, espléndidamente instalado en un histórico edificio colonial y especializado en la más exquisita e internacionalizada cocina mexicana.

De regreso a Venezuela, procedí a preparar un informe con un proposición desagregada hasta incluir los pasos concretos a dar para lograr lo que se me podía transformar en un proyecto de vida.

Aparte del estudio y evaluación de los posibles organismos a fusionar en Venezuela, me sirvió de apoyo una serie de documentos que me habían facilitado en el INEGI, no solo los relativos a su estructura administrativa, sino al modo como se llevó a cabo el delicado proceso de integración institucional.

Mi propuesta, por la que abogaba con tanta ilusión, se quedó en el papel y en el beneplácito de mis superiores. Al igual que la COPRE, el Pacto para la Reforma, firmado en 1989 por los principales partidos políticos, organizaciones y personalidades -y hasta la misma democracia- se fue al traste, tras la conmoción generada por tres hitos que se desencadenaron a pocos días de iniciada la segunda gestión de CAP, y que terminarían por torcer la historia democrática de Venezuela.

El primero es “*El Caracazo*” del 27 de febrero de 1989, como popularmente se conoció a la cadena de fuertes protestas y disturbios ocurridos en la ciudad capital, inicialmente de manera espontánea y, a las horas, con infiltrados por grupos de la izquierda insurreccional.

Desencadenados durante tres días, se habían prolongado en momentos en los que se anunciaba la instrumentación del paquete de medidas económicas liberales, contenidas en el Plan de la Nación que, como lo indica su nombre “El Gran Viraje”, trazaba una estrategia restrictiva para afrontar la crisis del país y que era contraria a la manirrota que la había generado. No había manera de evitar la política de “arroparse hasta donde llega la cobija”, contraria a la imperante durante “La Gran Venezuela” del primer mandato de CAP, que se apoyó en el ingreso fiscal proveniente del “boom petrolero” de 1974”, originado en la Guerra del Yom Kipur y el consecuente aumento de los precios del crudo.

Era muy cuesta arriba explicar que debíamos dejar atrás políticas populistas tan nefastas como la de pleno empleo y que ya habíamos logrado saldar la deuda acumulada de “sembrar el petróleo”. Ya teníamos que frenar la exhuberante política de aplicación y culminación del gran programa de construcción de obras públicas contemplado en el V Plan de la Nación.

El segundo hito ocurrió tres años después. El 4 de febrero de 1992, nos madrugaron con el fallido golpe militar liderado por Hugo Chávez Frías, quien sería recluido en la cárcel de San Francisco de Yare hasta 1994, cuando Rafael Caldera, el entonces Jefe Máximo de la República, decide sobreseerle la causa por el delito de rebelión.

Al año siguiente, en mayo de 1993, nos vuelven a importunar con un tercer hito. El Congreso Nacional decide despojar a CAP de su investidura de Presidente de Venezuela y separarlo del cargo (no destituirlo), a causa de la tan aciaga como injusta acusación de malversación de fondos públicos y fraude a la nación. Haciendo caso omiso a lo establecido en la legislación vigente, se dejaba de lado el carácter discrecional y de estricta confidencial y secreto del uso de la partida secreta del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se cometía un desafuero al imputarle el haber desviado 250 millones de bolívares (alrededor de 3 millones de dólares), a los fines de reforzar la seguridad de Violeta Chamorro, la gobernante de Nicaragua, democráticamente electa y sujeta a las amenazas de derrocamiento provenientes de las fuerzas revolucionarias del sandinismo.

El derrocamiento de CAP, que contó hasta con la fatídica aquiescencia de la fracción parlamentaria de su partido AD, era el resultado de una “conjura” ensamblada por “Los Notables”, un grupo de prestigiosos intelectuales contestatarios del gobierno y “su crisis”. Este grupo, sin reflexionar sobre los logros de la COPRE, se había organizado desde el 10 de agosto de 1990, con la participación de personalidades de la talla de Arturo Uslar Pietri, su principal exponente, Alfredo Boulton, Alfonzo Ravad, Ramón Escobar Salom, Arnoldo Gabaldón, Pedro A. Palma y Rafael Pizani.

Su puesta en escena estuvo precedida de “*La Gran Marcha de los Pendejos*” convocada por Uslar Pietri, masiva manifestación contra la corrupción, que en junio de 1989 llenó calles de Caracas y a la que asistí como espectadora. Ese mismo día, con mucho recelo comprendí que la institucionalidad democrática estaba en peligro.

En el marco del ambiente desestabilizador alimentado por “Los Notables”, los militares se animan a asestar los escalofriantes golpes de 1992 que, para fortuna de Venezuela, no consiguieron el éxito.

Un momento que me ha devenido como una impronta sumamente angustiante es la intempestiva llamada telefónica recibida en la madrugada del 4 de febrero para alertar sobre dos de los sangrientos eventos: el asalto al palacio presidencial con Hugo Chávez Frías a la cabeza, y la toma de La Casona, la casa residencial de la familia presidencial donde se encontraba la Primera Dama, doña Blanca Rodríguez de Pérez, y sus hijas y nietos.

No habíamos recobrado el aire de sosiego democrático que todavía imperaba en Venezuela, cuando el 27 de noviembre a escasos 9 meses de la primera intentona de golpe, nos rematan con los estremecedores vuelos de aviones de guerra lanzando cohetes sobre objetivos de Caracas, y con la transmisión por el canal del Estado de una incomprensible grabación de un pronunciamiento convocando a la rebelión.

En el panorama que me dibujé subsiste el desolador recorrido que, violentando las más mínimas normas de seguridad, desplegué con mi hijo Luis José por la autopista Francisco Fajardo y sus adyacencias, incluyendo los alrededores de La Casona.

Con el correr de los años tuve una penosa noticia que da cuenta de la historia de nuestra aún nonata e inmadura democracia. En el cuerpo castrense, buscando retomar los 150 años del pasado militarista de la República, nunca faltaron logias conspiradoras en contra de cualquiera de los gobiernos implantados en el transcurso de los cuarenta años del régimen democrático-representativo nacido el 23 de enero de 1958. Una manifestación de este retrógrado proceder golpista, y que retengo nebulosamente, fue el evento acaecido la noche del 26 de octubre de 1988, cinco años antes del ocurrido en 1992 y durante la magistratura de Jaime Lusinchi, quien se encontraba en misión oficial en Uruguay. Esa misma noche fue descubierta la movilización de tanques Dragón 300 que se dirigía a secuestrar a Simón Alberto Consalvi, el antiguo amigo de mi casa quien para esos días, suplía su ausencia como Presidente encargado de la República.

Un buen sostén testimonial de las actividades impulsadas por esas logias conspiradoras en contra de la democracia, lo encontramos en una investigación efectuada por un grupo de profesores del Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), que se presenta resumida en un artículo de la revista Argos de la Universidad Simón Bolívar de Caracas. Es impactante tomar conciencia del *continuum* de su accionar, así como del tono y el carácter del mensaje crítico contra los pecados del régimen. Más pasmoso aún resulta corroborar el contenido de izquierda radical del mensaje dirigido por Hugo Chávez y William Izarra a sus con-militares. No menos impresionante es tener noticias sobre la poca o casi nula receptividad del mensaje revolucionario en el medio castrense.

Desandando el calvario que nos agravia, todavía recuerdo con nitidez y suma congoja, mis reclamos a quienes ingenuamente celebraban la caída de Pérez:

“!No se engañen! ¡Es un infundado juicio político! ¡Es una conjura contra la democracia!

Todavía me silban en los tímpanos mis vociferados reproches cada vez que se desencadenaban los cacerolazos en contra de la figura presidencial o las protestas en diversos sectores de Caracas, puestas en evidencia con las sucesivas oleadas de encendidos y apagados de luces, que divisaba noche tras noche desde el balcón de mi apartamento. Y eso que todavía no estaba lo suficientemente enterada de la ramplona ideología marxista-leninista que había detrás del liderazgo del movimiento golpista.

Por mi condición de demócrata conversa proveniente de la izquierda revolucionaria, me había negado, y muy disgustada, a complacer una solicitud de Moisés Moleiro y Alí Rodríguez. Me negué a prestarles mi hogar para realizar una reunión clandestina a favor de los insurrectos. Me negué y sin saber todavía que Hugo Chávez Frías, el personaje que vimos en televisión, era hermano de Adán Chávez. Tampoco sabía que el ex compañero del MIR, consecuente con lo que nos anunció en 1973, continuaba militando en las filas del partido de Douglas Bravo, el dirigente revolucionario que sostenía la tesis de penetrar el cuerpo de las Fuerzas Armadas con cuadros capaces de conspirar a los fines de la toma del poder por asalto.

¡Qué calamidad! Pareciera que ya era muy tarde para atender el reclamado nacimiento de la COPRE a objeto de desafiar la crisis estallada en 1983. No obstante, tan trascendental esfuerzo me demostraba que si es posible salvar a Venezuela mediante un quehacer eminentemente concertador de ideas y puntos de vista con miras a las negociaciones y los pactos. No tengo duda alguna de que un esfuerzo de tal índole y alcance subyace en la memoria histórica del liderazgo venezolano y que, de alguna manera directa o indirecta, servirá de guía y de referencia para marcar el rumbo el día en que el país pueda retomar la senda de la libertad y el desarrollo. Todo lo propuesto quedó minuciosamente registrado en unos cuantos volúmenes que aún conservo.

Mis andanzas desde la plataforma de la UCV, en defensa de Caracas, mi ciudad

Como vine al mundo para nunca quedarme cruzada de brazos ante las vicisitudes de mi país, en 1987, en la víspera de todo este acontecer, tomé la osada decisión de embarcarme en la realización de un macroproyecto que conjugara las fuerzas inherentes a la academia *ucevista* con las de la sociedad civil organizada, a objeto de aportar y debatir ideas, detectar conflictos que aquejaran a la ciudadanía de Caracas y ofrecer soluciones.

Luego de un minucioso peregrinaje mediante el que logré convencer, de abajo hacia arriba, a profesores y, especialmente, a los decanos de las nueve facultades que hacen vida en la Ciudad Universitaria de Caracas, el 3 de octubre de 1987, me encontraba en el Aula Magna presentando los lineamientos del II Foro en Defensa de la Ciudad de Caracas, a un lado del Rector Edmundo Chirinos, mi aliado y su firme promotor, y ante una audiencia a sala llena. Conmigo como Secretaria Ejecutiva y Coordinadora, el Foro terminó siendo un proyecto asumido por el Consejo Universitario de la UCV, al cual le rendía periódicas cuentas, y que logró sus aspiraciones gracias a que su organización descansó en un trabajo en conjunto con la Federación de Asociaciones de Comunidades Urbanas (FACUR) y la Escuela de Vecinos de Venezuela.

El recinto universitario abrió sus puertas a los ciudadanos durante largos meses. Cumplimos a cabalidad con los foros preparatorios por áreas temáticas que reunieron a profesores y vecinos interesados para discutir, apasionadamente y con papel en mano, numerosas investigaciones académicas realizadas o en proceso de realización.

El ambiente innovador y con visión de futuro, más el insustituible refuerzo de María Elena Herrera -amiga y representante ante el foro del Centro de Estudios para el Desarrollo (CENDES)- facilitó la participación de Illan Chester, Yordano y Frank Quintero, tres de los artistas de la canción de más popularidad de la época. Antes o después de la respectiva presentación de cada uno de ellos en un Aula Magna atiborrada de jóvenes y no tan jóvenes, me manifestaron sentirse honrados por haberles dado la oportunidad de presentarse en la majestuosa sala de la UCV y, sobre todo, de colaborar con un evento tan prometedor como el Foro de Caracas. Ponderaban, desbordando emoción, el poder entonar sus temas en una de las cinco salas con mejor acústica del mundo.

Sin importar los frutos germinados durante un inimaginable y meritorio esfuerzo, el gran acto del día de la clausura fue suspendido. Se interrumpía el ambiente innovador y con visión de futuro que, más allá de los participantes, envolvió hasta a deportistas de la misma

universidad y a jóvenes amigos de fuera de ella para velar por la seguridad de los participantes.

Mis palabras no fueron suficientes para convencer a los grupos de estudiantes que, una vez más, se apostaron para protestar en los sitios de entrada del campus universitario, con inclusión de las nefastas quemas de autos. No les valieron mis explicaciones de que ese día se iban a confrontar las conclusiones de los trabajos de investigación que habían sido debatidos en los foros preparatorios para ofrecer propuestas específicas en una diversidad de materias: transporte público masivo, densificación y segregación en el ámbito urbano, prevención de terremotos, dotación de servicios públicos y destino del caraqueño aeropuerto de La Carlota, entre otros.

La realización del Foro fue una actividad enmarcada en la labor que venía desempeñando como Coordinadora de Extensión de la Facultad de Humanidades y Educación, bajo el decanato de José María Cadenas, queridísimo aliado, recientemente fallecido. Movida por mi concepción de la necesidad de sacar fuera de sus muros el conocimiento conseguido en la Universidad, previamente había promovido un encuentro inter-escuelas para someter a revisión la política de extensión de la UCV. En esta actividad, y en otras de la Coordinación de Extensión de la Facultad, a la que llegué gracias a la feliz recomendación del Prof. Pedro Cunill Grau, conté con el valioso apoyo de cuatro ucevistas compañeros del MIR: Helena Salcedo, Héctor Acosta, Germán Yépez y el antes recordado Edgar Paredes Pisani, quien para esa oportunidad se desempeñaba en el cargo de Director de Planeamiento de la UCV.

En medio de mis andanzas por cualquiera de los recovecos de mi UCV y sus actividades, asistí a una fiesta que le ofreció Alfredo Coronill Hartman, en su casa de campo, al Decano Cadenas y a su equipo de gobierno académico. Allí tuve el emotivo reencuentro con Renée Hartman, la lucida mamá del anfitrión y viuda de Rómulo Betancourt. Renée, tan emocionada como yo, me atrapó y me condujo al estudio-biblioteca de la casa. Nos ausentamos de una concurrida y provechosa fiesta, pero más placentera me resultaba nuestra conversación.

Encerradas, sostuvimos la alborozada tenida que me trasportó a mi circunstancia de la primogénita de mi príncipe azul, Luis José Estaba Acuña, y de su princesa amada, María Eduvigis Briceño de Estaba (Maruja). Encerradas en el estudio y en una conversación tan cercana y nutritiva que no puedo dejar pasar, Renée, tan cariñosa y bella como siempre, se regodeaba con los recuerdos de los días compartidos en el exilio de Nueva York.

Con una expresión cuajada de exuberante alegría y reiterando su admiración y afecto por mi papá y mi mamá, reconstruía la imagen de la envidiable pareja, por su juventud entregada a la causa y por sus pegajosas ganas de vivir. Colecciono como uno de mis más preciados pensamientos su figura repasando a mi papá en un derroche de baile flamenco, con inclusión de los obligados movimientos de manos y palmadas. En 1991, se nos fue una gran venezolana, sin haber conseguido concertar el prometido encuentro con mi mamá.

¡Pelar los ojos para mirar más allá de la punta de la nariz!

La de 1980 era la década de mi verdadera y esencial metamorfosis personal.

En 1984, coincidiendo con la crisis del *Viernes Negro* de 1983 y después de 15 años de convivencia feliz y cómplice, Héctor Pérez Marcano y yo nos habíamos separado. El paulatino desvanecimiento de los sueños compartidos y de la utopía revolucionaria había percolado nuestra intimidad a tal extremo que, como me ocurrió con mi primera experiencia matrimonial, nos vimos envueltos en una crisis que por falta de madurez no supimos superar.

Tal y como en los días de hoy repara el mismo Héctor, con nuestra separación dejaba atrás *“la epopeya de una generación que cambió la política en Venezuela”*. Si bien el MiR había cometido el error de emular la experiencia cubana, luego de rectificar y proceder a su reconstrucción a los fines de la lucha por un futuro mejor, logramos su ejemplarizante masificación y conquistar posiciones sindicales en el emporio de las industrias básicas de Ciudad Guayana, en el movimiento estudiantil y en la sociedad en general.

La escalada de nuestro respetado partido contestatario fue tal que nos hicimos de una importante bancada parlamentaria, con diputados de la talla de Américo Martín, Héctor Pérez Marcano y Moisés Moleiro, cuyas rigurosas críticas de los errores estructurales que corroían el sistema democrático traspasaban el hemiciclo, hasta conseguir el reconocimiento de muchos de sus irreconciliables adversarios. Recuerdo que se comentaba que la cámara se llenaba cuando uno de ellos, en especial Moisés, se anotaba en el derecho de palabra.

Además de los sueños compartidos y de la utopía revolucionaria, dejaba atrás las habituales tenidas y las legendarias, por maravillosas, “fiestas bailables”, entre tantas otras vivencias lacradas en la atmósfera de mi célebre apartamento del Edificio Pedalgre del Boulevard Raúl Leoni (El Cafetal) de Caracas. En esa residencia, donde anidé durante muchos años, se hicieron adultos mis hijos y crecieron los de Olga y Moisés, con el incontestable apoyo de la gran Aleja Tarazona, mi paño de lágrimas. Todavía añoro su compañía, sobre todo la especial alegría del día de nacimiento de Domingo Infante, su bebé, nuestro bebé, hoy un tremendo profesional especialista en la gerencia y administración bancaria.

En ese nido, los pares Héctor-Rosita y Moisés-Olga, disfrutábamos una envidiable camaradería que compartíamos con los compañeros del MIR y del Ministerio del Ambiente y con muchos otros amigos y muy amigos, entre los cuales se me asoman, por las hendidias que labra el tiempo, personas muy cercanas que ya no están con nosotros: Rigoberto Lanz, Alfredo Caraballo, Hector Silva Michelena, Edmundo Chirinos y Orlando Venturini.

A la postre, ese mismo apartamento se había transformado en escenario depositario de los debates y discusiones del MIR. Allí sufrimos los lamentos y avatares de la segunda división de nuestra entidad política. Por razones que aún no tengo ni tendré claras, en 1982 irrumpe un enfrentamiento entre Américo y Moisés. ¿Por el liderazgo? ¿Liderazgo ideológico, político, personal? Nunca comprendí el por qué de la desgracia de la pérdida de nuestra razón de ser... sólo fui presa de una profunda conmoción.

No comprendí -ni comprendo- las razones por las cuales Américo y Moisés, -nuestros dos “genios” hermanados en la lucha por una Venezuela sin hambre, casi desde su niñez- se enfrentaron en torno al problema de la candidatura por la Presidencia de la República; librado en la campaña de 1983. ¡Ambos ya tanteaban la ruta hacia la democracia!

Mi primo, mi líder originario, mi mentor de ayer, de siempre y de todos los días, se abrió para crear el Partido Nueva Alternativa que acompañó a José Vicente Rangel. Yo me quedé

en las filas del MIR, la tendencia mayoritaria encabezada por Moisés, mi cómplice y también mi maestro, y por Héctor, mi compañero-marido. Un MIR que terminaría desvaneciéndose al fusionarse con el MAS y apoyar la candidatura de Teodoro Petkoff a la Presidencia de la República en con la tarjeta naranja esta vez marcada con las siglas MAS-MIR.

Los resultados electorales mostraron, una vez más, a una izquierda que quedaba a la zaga de un proceso acaparado por el bipartidismo del *establishment*. De nada le valió la histórica ruptura de nuestro querido Teodoro con el comunismo.

El entusiasta electorado, mayormente socialdemócrata y socialcristiano, no tenía idea de la crítica que le había hecho al antidemocrático régimen stalinista soviético su precursor libro publicado en 1968, luego de la invasión de los tanques soviéticos a Checoslovaquia, con el título: “Checoslovaquia: el socialismo como problema”. El electorado ignoraba que las críticas de Petkoff contra el comunismo soviético venían estropeándole el dogmatismo a los marxistas-leninistas de la época.

En mi proceso transformador conté con la solidaria, oportuna y reconfortante compañía de Mirtilla Illas, otra inseparable amiga con quien compartí -y comparto-sinsabores y mortificaciones, pero, sobre todo, optimismo y regocijo. Mirtilla, la amiga de la izquierda y por un “tilín” hermana de sangre del recientemente difunto-Alí Rodríguez Araque, amigo relacionado con las luchas “revolucionarias” libradas en los años 1960.

Casada desde los 17, a los 43 intentaba enterarme, por rutina propia y en connivencia con mi nueva compinche, lo que era vivir en condición de soltera-divorciada. Muy duro, pero un eleccionador adiestramiento.

En mi metamorfosis jugó gran rol la decisión que tomó mi hijo Luis José, quien, ya graduado de bachiller, optó por estudiar arte dramático. Con el apoyo de una beca del excepcional programa del Estado Venezolano, conocido como Gran Mariscal de Ayacucho, ingresó en la Universidad de Bridgeport de Estados Unidos. Por consejo de Salvador Garmendia, connotado escritor-novelisto venezolano, amigo intelectual y personal de mi hermana Malila y de todos en la casa, resolvió regresar a Caracas, para hacer carrera en su país. Le argumentaba,

“...es menos difícil comenzar en tu patio que en otro tan gigante como ese de Estados Unidos...”

Diplomado como Actor Profesional por la Escuela Superior de Arte Escénico Juana Sujo, comenzó a incursionar en las tablas del teatro, el cine y la televisión en Venezuela, hasta erigirse en un acreditado galán protagonista de telenovelas, género televisivo también conocido como teleserie o telecomedia. La demanda por sus servicios iba en aumento con tan meteórica rapidez que un día me imploró ayuda con el manejo de su imagen y trabajo. Desde entonces, asumí el espinoso cometido de ser manager o representante artístico y de sumergirme en el mundo de la farándula. El éxito de mi representado ha sido tal que, hoy, me pregunto: ¿hasta dónde más habría escalado de haber probado el inicio de su carrera en Norteamérica?

En el mundo de la farándula descubrí algo concluyente en mi formación: ¡la empresa televisiva no era el alienante monstruo que pregonaba la izquierda! Dispuesta a explorar la

sorprendente magia de la producción y de los productores, tuve la ocasión de relacionarme con astros de la actuación, la animación, la música, el canto y el baile, no solo de la televisión, sino del cine y del teatro.

Me atrapaba la magia de la telenovela con sus tramas melodramáticas, sobre todo porque entusiasmaban a jóvenes y viejos, a mujeres y hombres. Así ocurrió con “*Niña Bonita*”, la romántica comedia transmitida en 1988 por Venevisión (un canal venezolano de televisión), con la que César Miguel Rondón, su escritor y productor, lanzó al estrellato a Luis José Santander, el joven que se lució con un derroche de talento y galanura en encomiable sintonía con Rudy Rodríguez, su espectacular parejita protagónica.

Además de especialmente querido, y respetado como “padre de la criatura” y como dueño de la prestigiosa pluma de dramas de gran triunfo y sintonía en América Latina, César, el perspicaz periodista, terminó siendo afecto al MAS y, por tanto, un inigualable interlocutor en las discusiones sobre problemas de trabajo que alternábamos con temas políticos de actualidad.

Cada proyecto en el que participaba mi representado -y que yo tenía que vigilar sin desmayo- era un espiral de mega-problemas a remediar, desde los relacionados con la selección del elenco hasta los más mínimos pormenores, pasando por la producción misma hasta la etapa de edición. Son célebres los tiempos de grabación, tanto por el trabajo de dirección y de actuación, como por los innumerables ratos compartidos, en los estudios, en las locaciones exteriores o en los camerinos, con los numerosos artistas colegas de Luis José a quienes conservo entre mis afectos nutridos de admiración.

Tantos nombres no caben en estas líneas, pero si debo alinear este recordar con la figura de Arquímedes Rivero (QEPD), el legendario “*Martín Valiente*”, productor y protagonista de las radionovelas que en los años 50 entusiasmaban a mi mamá y sus amigas. Al frente de la jefatura de producción de la empresa televisiva, Arquímedes era mi aliado y, a la vez, el gerente con quien tuve que comportarme como una rigurosa esgrimista en las situaciones de discusión de los contratos y, sobre todo, por cualquier discrepancia relacionada con el desarrollo de las producciones. Siempre me han revoloteado las imágenes de las discusiones y respuestas favorables a las solicitudes de ayuda que me veía obligada a elevar ante directivos de mayor jerarquía en la empresa, como Manuel Fraiz Grijalba, Vicepresidente de Producciones. También me resulta muy grato regocijarme con las amables, receptivas y provechosas entrevistas que sostuve con Sergio Gómez y Luis Villanueva, otros dos encumbrados gerentes de la misma organización.

Igualmente, recurría a Joaquín Riviera (QEPD), el brujo de la televisión y de la producción de espectáculos por excelencia, que invitaba a Luis José a intervenir en las apoteósicas exhibiciones que creaba y exhibía en el Poliedro de Caracas, ante unas 15.000 personas desbordadas de júbilo. Cada año, por ejemplo, tuve la ventura de ser espectadora -en compañía de María Gabriela, mi amada y secuaz sobrina- del Miss Venezuela, el concurso de belleza femenina con masivo seguimiento en todo el país, en el que se exhibían artistas con la más reconocida fama mundial.

El entusiasmo por la telenovela lo potenciaba con el deleite de “*Sábado Sensacional*”, extraordinario programa de variedades y entretenimiento que cada sábado desde 1972

rebosaba las pantallas de los más humildes hogares para deleitarlos con artistas de notoriedad nacional e internacional, que sólo podían disfrutar los públicos más selectos.

En los pasillos de los entretelones pude departir con cantantes de primera línea como los excepcionalmente afables Ricardo Montaner, Oscar de León, Ricky Martin y Wilfrido Vargas, o como Lila Morillo, Karina, Rocío Durcal o Libertad Lamarque, tan suntuosas y glamorosas como sencillas y próximas.

A la gran Libertad Lamarque, la actriz y cantante, endiosada por mi mamá y mi papá desde mi más tierna infancia, la recuerdo con el corazón oprimido. Me es indisoluble el momento en que, saliéndolo de los estudios donde se presentaba el magno espectáculo sabatino, se acerca a saludar a Luis José, quien apenas comenzaba a protagonizar. Todavía me parece un alucinación el momento cuando, ante nuestros atónitos rostros y miradas, la “Novia de América” le dijo

“Santander, te felicito, eres muy buen actor”

Nunca comprendí de donde brotaron energías para agradecer el gesto con una sonrisa recogida y sin perder la gentil postura.

Entre muchos otros destacados intérpretes de la canción, Guillermo Dávila y Kiara ocupan un lugar singular. El cariño por Guillermo nació desde los tiempos de su papel de galán principal de la primera telenovela en la que se destacó Luis José. Con Kiara estrechamos bonitos lazos de amistad, al calor de su recio trabajo compartido como protagonista femenina.

Fue para nosotros de sumo significado la gran revelación como nos resultó el programa de Sábado Sensacional presentado en un estadio de la ciudad de Panamá, en 1989, afortunada ocasión en la que Luis José concurrió invitado como actor especial. De manera recurrente, me colma la imaginación el perfil de Gilberto Correa, nuestro destacado periodista, locutor y presentador, ante el eufórico estruendo del público, en particular, el instante en el que, con la humildad típica de un venezolano, me dijo:

“Rosa, en aquellos tiempos de mis andanzas juveniles por las calles de mi barrio en Maracaibo, ¿qué me iba a imaginar yo hasta dónde iba a llegar?”

El ambiente de euforia alcanzó a distinguidas personalidades del mundo de la política y de la sociedad panameñas. Cual estrellas del firmamento, invitaron a los artistas y sus acompañantes, una y otra vez, a fiestas de celebración en las que no faltaban las discusiones sobre el tema de la inconveniencia del gobierno dictatorial del General Manuel Noriega. Sobraban los clamores de personas que con argumentos irrefutables justificaban la imperiosa necesidad de una invasión gringa a los fines de deponer al “*sanguinario y narcotraficante que ejercía el poder desde 1984*”.

La ovación del pueblo al sabatino programa había sido tan excepcional que, en 1990, fue requerido de nuevo. En esta segunda fecha, nos recibió en el Palacio de Las Garzas y con los debidos protocolos, Guillermo Endara, el Presidente de la República sucesor de Noriega, luego de su captura durante la invasión militar de norteamericana del 20 de diciembre de 1989.

Como se nos informaba, ¡la esperada intervención había dejado miles de muertos civiles y militares en importantes sectores de las ciudades de Panamá y Colón!

En mis memorias colecciono como una señal de alerta, el cambio de ánimo percibido en el ambiente de las últimas fiestas de celebración. Los clamores por una invasión gringa habían sucumbido para dar paso a la queja encolerizada de personas que nunca sospecharon lo inevitablemente creyente que es una intervención armada; inclusive, en casos más quirúrgicos que invasivos como el que tenía como objetivo único la aprehensión de Noriega. No se me disipa la imagen de una joven y encoquetada dama cuando, con angustiosos ademanes, vociferaba:

“...esos desgraciados, desde los helicópteros barrían con ametralladoras cada milímetro de la ciudad, sin cesar ni compasión.”

Agradecida por mi enriquecimiento personal durante el tránsito por la escuela del fabuloso mundo de las candilejas, cada vez comprendo menos el por qué de las palabras críticas que, con tono burlón, provenían de la intelectualidad de izquierda. Me resulta absurdo reprochar la democratización del espectáculo, para poner al alcance de todos, transmisiones televisivas de calidad profesional que nada tenían que envidiarle a sus similares realizadas en otros países, incluyendo las del Primer Mundo.

No es poca cosa guiar la carrera profesional de un artista, en un mundo tan difícil y competitivo, sobre todo si entre el manager y el representado hay una inseparable relación afectiva. Es un aprendizaje para ponerlo al servicio del prójimo, el tener que asumir responsabilidades de largo alcance como aconsejar, asesorar o discutir contratos en el complejo universo de los negocios.

Otro aprendizaje de lujo surgió de mi experiencia compartida con mi hija, Charito y sus “socios”, desde el transcurso de sus estudios de Comunicación Social hasta sus prodigiosos tiempos de post graduada. Más aproveché yo su carácter de novata creativa y muy independiente, que ella de las respuestas a cualquier asesoría que me solicitara. No olvido los fructíferos momentos compartidos con tres de sus discípulos: Gustavo Báez, tempanamente fallecido, Yoyiana Ahumada y Raquel Contreras, su par en la investigación de la tesis de pregrado.

Recién diplomada de Licenciada en Comunicación Social se mostró como una profesional que supo combinar su sapiencia académica con su potencial como locutora y presentadora de programas de televisión y, sobre todo, como titiritera comprometida con la justicia social. Acoplada con Sonia González y Andreína Faría -sus amiguitas de todos los días-, aprendió a relucir en la confección y animación de muñecos grandototes como los habitables, o chiquiticos como los que empleaban en la presentación de las obras de teatro infantil emprendidas en la asociación de vecinos de la urbanización donde vivíamos, coordinada y promovida por Elías Santana.

Dos muñecos habitables adornan su hoja de vida. Uno es “El Candidato”, el personaje protagonista de un programa televisivo de contenido político escrito por el gran Laureano Márquez, en el que se parodiaba a un candidato a la presidencia de la República de Venezuela. El otro es la espectacular “*Juana La Iguana*”, que terminó dándole vida a una exitosa pieza para niños que trascendió nuestras fronteras.

El contacto con los mundos de mis hijos, ya crecidos en edad y en triunfantes experiencias, me sirvió para abrir los ojos y poder mirar que más allá de la nariz ¡es mucho lo que hay que aprender para poder andar como ciudadana comprometida con el prójimo! Por ejemplo, las enseñanzas que me penetraron hasta los tuétanos en la travesía Cuba-Corea del Norte-Moscú-Cuba.

**Mi definitiva ruptura con la izquierda:
la travesía de 1988 Cuba-Corea del Norte-Moscú-Cuba.**

A comienzos de 1988, José Rafael Núñez Tenorio, amigo, colega-profesor de nuestra UCV y filósofo dedicado al estudio y la divulgación del marxismo, me estremece con la inusitada noticia de que había sido seleccionada como invitada a visitar la República Popular Democrática de Corea del Norte, en ocasión de las festividades del aniversario del nacimiento de la república.

En mi condición de Geógrafo y de ciudadana del mundo, esta vez se me presentaba la oportunidad de conocer tierras más lejanas y extrañas aún, vinculadas al complejo cosmos del lejano oriente. A pesar de la tentación, sobre todo atraída por el deseo de profundizar más sobre los intrínquilos del socialismo, la duda me acechaba y por varias razones.

La primera razón fue el haber conocido de primera mano la infausta historia de Alí Lameda, militante de izquierda que, a lo largo de muchos años, fue sometido al horror carcelario de los ocho años sufridos bajo el régimen de Kim Il-sun, el autócrata comunista y líder supremo de Norcorea. El drama de su infortunio me lo relató, con mucha serenidad, el mismísimo Lameda durante una visita que nos dispensó en casa de Elena mi hermana, en compañía de nuestro dilecto izquierdista Luis Bayardo Sard (QEPD).

Lameda había llegado a Piongyang en 1966 por invitación del Gobierno para trabajar como intérprete en la sección de español del Departamento de Publicaciones Exteriores del Ministerio de Asuntos Exteriores. Si bien alcanzó a ocupar un sitio tan alto que, inclusive, se reunió con Kim Il-sun, cayó en desgracia cuando comenzó a criticar el sistema norcoreano de vida, en especial las condiciones de pobreza de la población. En 1967 fue arrestado, puesto en prisión en pésimas condiciones bajo severas torturas y sentenciado a 20 años de trabajo forzoso en un campo de concentración, del cual pudo salir en 1974, gracias a un acuerdo logrado por los buenos oficios del gobierno de Carlos Andrés Pérez.

La segunda razón, relacionada con la anterior, refiere a los persuasivos consejos de Moisés Moleiro, quien ya había visitado el remoto país del noreste asiático. Ante sus reiteradas y mortificadas arengas, *“Rosita: no vayas para esa vaina (...) es horrible y peligroso”*, le respondía:

“¿Qué? ¡Estás loco! No puedo perderme ese “premio de los dioses”. Lo más que me puede pasar es que me maten”.

Decidí arriesgarme y viajar a Corea del Norte animada con la noticia de que en la misma delegación iba Fruto Vivas, mi amigo izquierdista, profesor universitario y arquitecto, con una obra reconocida en Venezuela y fuera de sus fronteras.

La tercera razón, que podría ser la primera, radica en las dudas que sobre las maravillas redentoras del socialismo me venían exacerbando desde el viaje que, en 1986, hice a La

Habana para participar en un Congreso de Desarrollo Regional, en compañía del gran Fernando Travieso, tan afín y cómplice como Magaly Iradi, su esposa.

Ni Tarvieso ni yo pudimos soslayar nuestra estupefacción ante la inusitada pobreza de las ponencias presentadas por los delegados de los países soviéticos de la Europa del Este. Ha podido derivar en un insalvable diálogo de sordos cualquier intento de confrontación con la calidad de las nuestras, encuadradas en el debate que sobre los problemas del desarrollo libraba el pensamiento renovador y de avanzada de Occidente.

Al desengaño teórico-conceptual se sumó el desconcierto por los pésimos servicios prestados en el Habana Libre, el hotel donde nos alojaron, ya disminuido a nivel de caricatura del antiguo Habana Hilton. Expropiado y regentado por el Estado socialista/comunista, todavía conservaba los rasgos de uno de los más lujosos exponentes de la célebre Cuba turística de Batista.

El primer sobresalto lo sentí en la habitación que me asignaron. Aparte de que no había sido arreglada para recibir a un nuevo huésped, tampoco la asearon durante mi estadía. Transcurridos tres terribles días, decidí poner la queja a la camarera, una negra espigada, bella, muy simpática y entrometida. En un tono de reclamo provocador, le dije:

“Si, como me dices, tu eres una revolucionaria que cree en la opción del turismo propugnada por Fidel para resolver la crisis económica de tu país, ¿cómo es posible que no hayas limpiado el piso y recogido esa horquilla de pelo abandonada al pie de mi cama por algún huésped anterior, y quien sabe desde cuándo?”

No menos irritante fue el momento cuando observé lo repugnante y peligrosamente contaminada como se mostraba el agua de la piscina, donde por suerte no pude darme el refrescante y reparador baño que deseaba. Asomada desde la ventana de mi habitación detallé estupefacta la gruesa y densa capa verdosa y gelatinosa, a la que se había reducido el agua del fondo de la piscina que estaba en proceso de vaciado.

Las dudas sobre los milagros redentores del socialismo habían comenzado a hacer aguas para convertirse en inquietud, desde 1987, a raíz de una desafortunada experiencia que tuvieron Elena, mi hermana, y su esposo, Héctor, en La Habana. Es la experiencia de dos personas que tienen en la más alta estima al pueblo cubano muy maltratado y sufrido, súper-solidario y amable, además, de muy bien recordado por las Estaba Briceño.

Todo ocurrió durante la prolongada hospitalización de su pequeño hijo, Leonardo, en un importante centro médico de Cuba, al que había sido remitido para continuar el tratamiento de una complicada dolencia traumatológica iniciada en un hospital de Moscú.

Además del tratamiento médico de poco satisfactorio resultado, fueron testigos del mal trato de que eran objeto los pacientes, todos revolucionarios severamente lesionados que provenían de otros países de América Latina. La encargada del piso, llamada la “compañera responsable”, resultó ser casi un verdugo. Como una amargada gendarme, su principal preocupación era impedir que un grupo de hospitalizados burlaran las ordenes propias de un régimen carcelario, antes que de un sitio destinado a atender severos problemas de salud.

La “compañera responsable” era una incisiva enemiga de la diversión de los enfermos. Por ejemplo, les apagaba la música para obligarlos a escuchar los discursos de Fidel, tan largos

y tediosos que eran pocos los que no se dormían. También se oponía al disfrute vespertino de la televisión -por cierto, películas mexicanas viejísimas-, por considerar que tenían que recogerse, con o sin sueño, con o sin prescripción médica.

Los pacientes burlaban, inclusive, la orden de ingerir un medicamento indicado para aliviar el dolor. A escondidas, lo redistribuían entre los compañeros, según fuera la manifestación o intensidad del dolor.

Elena y Héctor terminaron convirtiéndose en los “padres protectores” de varios de los recluidos, hasta en suministradores a escondidas de comida, café, tortas y cerveza. Contraviniendo las órdenes de la “compañera responsable”, todos los días y en compañía de otros jóvenes, sacaban a tomar el sol en la terraza del piso a un muchacho nicaragüense que había sido ametrallado. También lograron imponerse con dos verdaderas hazañas: acompañar hasta la sala de operación a un muchacho sin amparo, o que una humilde madre centroamericana, en vez de dormir en la silla que le habían asignado, pudiera aprovechar la cama que Elena dejaba libre cuando decidía pasar la noche en una residencia a la que sólo tenían acceso aquellos que gozaban de las exclusivas del mundo diplomático.

El veredicto más sencillo y, a la vez, terminante sobre el sistema de salud cubano -léase la sociedad cubana- lo recibí de mi amigo el Dr. Adalberto Gabaldón, ex-ministro del Ambiente de Venezuela, cuando en una tertulia de rutina me dijo:

“Rosita: ¿cómo puede ser exitosa la política de salud de Cuba, si allí no hay ambulancias ni otros automóviles?”

Con todo y mi abrumador cúmulo de dudas, en septiembre de 1988, compinchada con el señor profesor arquitecto Vivas, volé a La Habana, la ciudad desde la que partiríamos para Corea del Norte.

No obstante el interés, nuestra temporal permanencia se enturbió con dos desengaños reveladores de la decadencia de una revolución con casi 30 años de añejamiento.

El inaugural sucedió en el encuentro que sostuvimos con Jesús David Rodríguez, a quien deseaba saludar y entregarle una encomienda que le enviaba su papá, Alí Rodríguez Araque. Durante la cordial conversación sobre sus estudios y estadía en Cuba, de la forma más ingenua, nos ilustró sobre cuánto y cómo se le facilitarían la vida por haber tenido la suerte de conocer al hijo del “Ché” Guevara.

Con sumo abatimiento y desencanto recordé los reproches de fondo que mi papá o Moisés Moleiro le endilgaban a Acción Democrática. Criticaban el tráfico de influencia y los privilegios con los que beneficiaba a ciertos compañeros de partido.

La otra fue el desamparo sin perspectiva alguna de solución, narrado por dos agraciadas cubanas que nos visitaron: la ex esposa del hijo mayor de Fruto y su hijita quinceañera, nieta de Fruto. No pude evitar la maternal angustia que me iba embarazando mientras escuchaba su relato. ¡Estaban condenadas a vivir hacinadas, y en un galpón, para el resto de sus días, porque el edificio donde residían se había derrumbado! Aparte de la ausencia total de privacidad, ¡la madre se espantaba ante la idea de que en cualquier momento alguien intentara abusar de su niña!

Me sacudió una pregunta: ¿cómo es posible que después de tanta propaganda sobre los éxitos de la Revolución, sean muchísimos los cubanos que sufren situaciones tan aciagas?

A los pocos días, de la mano de los otros dos profesores universitarios venezolanos invitados de Kim Il-sun, despegábamos en un vuelo de Aeroflot, la línea aérea de la Unión Soviética que, luego de unas 12 horas, nos trasladó a Moscú, donde pacientemente aguardamos hasta nuevo aviso.

Me es difícil describir mi inesperado recorrido por las tiendas libres de impuesto del aeropuerto de la capital del país más importante de la égida comunista. Me impresionaron, no solamente al compararlas con las escuetas instalaciones del que sirve a la capital cubana, sino con el espléndidamente surtido de Caracas. Allí no había mercancía que no fuera de “marca”. Las vitrinas exhibían piezas de vestir o de adorno de las más exquisitas, lujosas e internacionalmente reconocidas firmas de la moda, el calzado, la perfumería y la joyería.

Después de unas horas de espera, abordamos el avión de la línea Koryo propiedad del Estado de Corea del Norte, que nos transportó al destino final: la capitalina ciudad de Piongyang, situada al otro lado del mundo. Al sumamente prolongado itinerario de alrededor de 11 horas, hay que sumarle el tiempo invertido en dos toques técnicos: uno en una ciudad de Siberia y otro en Pequín.

En la capital de la República Popular China, nos instaron a salir del avión para realizar una limpieza de la cabina. Sin explicación alguna, nos condujeron a una sala aislada del aeropuerto. Durante la prolongada espera, habituada a las costumbres occidentales, procedí a encender un cigarrillo. Distraída y sumamente cansada, me sorprendió una oficial vestida con un uniforme gris distintivo de un cuerpo de seguridad, que se me iba acercando, profiriendo palabras en chino y haciéndome señas. Como no comprendía lo que intentaba ordenarme, en una actitud nada hospitalaria -por el contrario, en exceso agresiva- procedió a arrebatarme y desechar el cigarrillo, y a castigarme con tres enérgicas palmadas en el dorso de mi mano.

Adolorida y muy asustada, en ese instante supe que debía renunciar a uno de los más significativos sueños de mi vida. La aprensión a un tenebroso régimen tiránico me obligaba a desistir de mi fantasía de pasear por la formidable capital depositaria de tres milenios de historia. Ya no fantasearía más viéndome sumergida en el complejo palaciego de las dinastías Ming y Quing conocido como la Ciudad Prohibida, el espacio escogido por Bernardo Bertolucci para rodar “El último emperador”.

Ya no podría despertar en los escenarios de la asombrosa película de 1987 en la que se deja constancia del salvajismo al que fue sometido Puyi, el postrero monarca de China, por los republicanos abolicionistas de la monarquía y más descarnadamente a la llegada de la revolución. Ya no podría llorar en el propio terreno de los acontecimientos, como lo hice en el cine ante el impacto de una historia que me hizo sentir culpable de mi ceguera y mi discurso.

Una vez retomado el vuelo, a medida que nos aproximábamos a Piongyan, me machacaba:

“Tranquila, ten siempre presente que tu eres una guapa y apoyada”

Del desolado y también escueto aeropuerto internacional de Piongyan nos llevaron a un lugar ubicado en un territorio rural muy alejado de la ciudad, una especie de fortín muy moderno que había sido especialmente diseñado y construido para recibir a las distintas delegaciones invitadas.

Felizmente instalada en uno de los numerosos, pequeños y acogedores apartamentos, me anuncian que cada mañana teníamos que asistir en grupo a una conversación sobre la revolución coreana. A los venezolanos nos asignaron un profesor que en perfecto español nos explicó que las conversaciones versarían sobre cualquier tema, pero siempre girando en torno a la *Idea juche* enarbolada por el líder supremo Kim Il-sun para la construcción del socialismo.

Según su lineamiento más grueso, la *Idea Juche* se fundamenta en la fuerza que tienen las masas populares para impulsar la revolución y transformar al mundo. Al considerar que los fenómenos sociales tienen sus propias leyes y no son mero reflejo de las condiciones materiales históricas, propone desarrollar una conciencia ideológica propia que se traduzca en un ente sociopolítico con unicidad ideológica y de dirección, formado por el líder, el partido y las masas.

Sería llover sobre mojado relatar alguno de los encendidos debates que incitaban tales planteamientos, sobre todo los expuestos por uno de los compañeros que era, nada más y nada menos, militante del COPEI, el partido socialcristiano de Venezuela. Valga destacar la sampablera que se armó el día que entramos a discutir sobre la existencia de Dios.

El desencuentro absoluto derivó en el progresivo abandono del estudio de la *Idea Juche* y en una cálida invitación del profesor a comer en su casa. Sentados en el suelo frente a una estupenda mesa de platillos coreanos, el anfitrión nos contó muy afligido que él era el único miembro de su familia que vivía en la Corea del Norte. Los restantes, a los que no volvió a ver, se quedaron represados en la del Sur, desde el 27 de julio de 1953. Después de tres años de guerra, es la fecha en la que se logró la firma del Acuerdo de Armisticio o tratado de no agresión -y no de paz- con Estados Unidos.

El tratado que puso fin al cese de hostilidades y de los actos de fuerza armada en la península de Corea, separó a esa sociedad en dos partes absolutamente incomunicadas. En el rostro del profesor se vislumbraba el abrupto quiebre de la historia milenaria de un pueblo.

Aunque guiada, escoltada y sin comunicación alguna con el exterior, fue mucho lo que hicimos durante las cuatro semanas bajo su tutela.

Entre las más impactantes vale ponderar la incursión por el histórico *paralelo 38* que señala el lindero intercoreano pactado entre la comunista totalitaria Corea del Norte y la capitalista liberal Corea del Sur. La imagen de mi jovencito amigo Ulises Merchán en Nueva York, uniformado de soldado estadounidense, se me mostró cuando tomé conciencia de que me hallaba de pie sobre la línea imaginaria que corre por el hemisferio norte a 38 grados del círculo ecuatorial de la Tierra, y que divide a la península de Corea aproximadamente por la mitad.

¡Soy una persona muy aventajada! Asombrada y a la distancia exigida me descubría en la hostil y casi despoblada Zona Desmilitarizada o barrera neutral de 4 kilómetros de ancho,

celosamente vigilada por un par de interminables filas de soldados, norcoreanos unos y americanos los otros, que la demarcaban, de espaldas entre sí. Las interminables hileras de jóvenes impertérritos que, con fusil en mano, en posición firme y la mirada perdida en el horizonte, me llevaban a imaginar a Ulises, tan alto y robusto como cualquier gringo, desafiando a unos asiáticos muy bajitos y menudos.

Más aventajada aún me juzgué, cuando ante nosotros irrumpieron manifestantes de estudiantes que corrían de sur a norte, demandando a gritos la unificación de Corea, algo a lo que aspiraban -y aspiran- todos los coreanos. El corazón me saltaba al ritmo de la alentadora movilización de nubes de muchachos prestos a retar los mil kilómetros de largo de la península. Sumamente conmovedor fue el ver entremezclados a los del sur vestidos de azul con los del norte de rojo.

Muy aleccionador me resultó el recorrido por los pasillos y salas de un vanguardista hospital de Pyongyang, en el que pudimos constatar como magistralmente se valían de la práctica y los beneficios de la medicina alopática con la acupuntura, terapia milenaria originaria de China. En efecto, a través de una ventanilla circular en forma de ojo de buey pude admirar el parto por cesárea de una joven madre, plácidamente calmada con la aplicación de agujas en puntos específicos de su cuerpo.

En esa apartada nación también conocí interesantísima gente de diversos países del mundo y con multiplicidad de ideologías. Entre tantos con quienes festeábamos y revisábamos críticamente el régimen de Kim Il-sun, recuerdo con nitidez a un senador congresista del estado socialista de Madagascar y a una delegación de funcionarios del mandato del socialdemócrata Alán García, el Primer Magistrado del Perú que se quitaría la vida, años después, inmerso en un escándalo de corrupción.

En mi haber amontono otros tesoros igualmente preciados para mis reflexiones, aunque muy desagradables. El encuentro con una campesina de los entornos del fortín es una de ellas. Una mañana, violentando todas las normas, Fruto y yo abrimos el inmenso y pesado portón que cerraba el paso al exterior para salir a caminar. Muy perpleja y en perfecto silencio, agudicé los sentidos mientras paneaba un paisaje desolado donde me llamó la atención una muchacha en cuclillas que, como en la Prehistoria, intentaba hacer fuego con pequeños palos de madera.

Por excesivamente ingenua y a la cola del progreso, me impactó la exhibición de los tractores que, con tanto orgullo, nos mostraban como “totalmente inventados y fabricados con talento revolucionario endógeno”. Sin saber nada de maquinarias y mucho menos de tractores, me conmovió la “enanez” y simpleza de esos exponentes al compararlos con los que he visto, pocos, pero extra-ordinariamente diversos y complejos, como el que tuve la ocasión de conducir en uno de los trabajos de campo exigidos en mis estudios de Geografía.

Otro mal sabor fue el gran sobresalto provocado por Fruto cuando nos acercaron para recrearnos con la exhibición de los preparativos de la gran parada del día del aniversario del nacimiento de la república. Adosados a una acera de la amplia avenida por donde desfilaban los participantes, de pronto nuestro elogiado y, a la vez, ingenuo personaje provisto con su cámara fotográfica, abrió la puerta de la furgoneta tipo Van para, repentinamente, lanzarse a correr por “la calle del medio” hasta penetrar el parsimonioso espectáculo.

Los desesperados gritos del profesor coreano, rogándole y hasta ordenándole que regresara al vehículo no hicieron mella en su propósito de captar a las mujeres que, con atuendos folklóricos de colores pastel y en un despliegue de elegancia y belleza gentil, se desplazaban al ritmo de danzas de movimientos suaves y refinados. A nuestro incauto arquitecto se le pasó -o no quería reconocer- lo que suponíamos: ¡un visitante en Corea del Norte corría el riesgo de ser detenido o reprimido hasta morir, si se arriesgaba a violentar la norma que prohíbe andar libremente y sin compañía!

Uno de los puntos que a todos nos invitaba a un severo cuestionamiento era el coloso de Kim Il-sun construido sobre una vistosa colina. Aún se me pone la piel de gallina al recordar la estatua de bronce de 20 metros de altura, con un abrigo largo y el brazo derecho levantado en actitud omnipresente.



Kim Il-sun

Tan desbordada omnipresencia superaba con creces el reprochado culto a la personalidad instaurado en torno a los también comunistas Iósif Stalin o Mao Zedong. Me da escalofrío al percatarme que en el mundo hay “salvadores” que merecen ser borrados de la memoria histórica, o recordados como los más destacados estafadores de la humanidad.

A una ciudadana de a pie como yo, consustanciada con los principios de la democracia y negada a aceptar la glorificación de cualquier dirigente político en ejercicio, le era decididamente aborrecible el estatus casi divino que se le concedía al líder de la revolución. Un estatus tan tergiversado tenía que derivar en la monstruosa distorsión que a la postre veríamos atónitos y espeluznados: una población obligada a profesar un culto divino a lo que terminaría siendo la dinastía Kim, la única descendencia monárquica comunista que hoy, a la luz de unas tres décadas, tiene amenazada la paz mundial. Esta amenaza me retrotrae al momento en que el mismo profesor Vivas me señaló una loma en la que suponía se estaba instalando una base secreta de misiles nucleares.

Similar contrariedad tendría en el año 2006 -cerca de dos décadas después- en El Cairo, la capital de un país excepcionalmente rico en patrimonios y de un inocultable nivel de pobreza. No obstante sus envidiables preeminencias, era víctima del régimen dictatorial de Hosni Mubarak, un militar entrenado en una escuela de formación de pilotos en Moscú que ejerció el poder durante 30 años (1981-2011).

Al dictador no le bastó suprimir y reprimir cualquier actividad opositora. Me resultó demasiado grotesca su apabullante imagen en una gigantesca pancarta publicitaria que se hizo levantar sobre el techo del Museo Egipcio de El Cairo, un alargado edificio de dos plantas tendido sobre la gran plaza Midan Tahrir o de la Liberación. Con un desplante retador de la historia e, inclusive, de la máscara funeraria de oro del famoso faraón niño Tutankamon, exhibida en una de las salas, el autócrata podía ser observado, anualmente, por más de dos millones y medio de visitantes interesados en ver una colección de unas 120.000 exquisitas piezas arqueológicas, clasificadas según las diferentes épocas del pasado egipcio.

A diferencia de muchos otros dictadores y para regocijo de la humanidad, Mubarak tendría que presentar su renuncia, tras un movimiento popular multitudinario e inscrito en la Primavera Árabe, el movimiento del pueblo árabe por la democracia y los derechos sociales que se alargó desde el 2010 al 2012. Las numerosas y continuadas revueltas y manifestaciones de protestas, sin precedentes e internacionalmente conocidas como “la revolución egipcia”, recorrieron el país hasta el día de la gran “*Marcha del Millón de Personas*” que partió desde la misma plaza Midan Tahrir hasta el palacio presidencial.

Transcurrido casi un mes de controversiales y agitadas vivencias, Fruto Vivas y yo dejábamos atrás la soledad y el silencio que privaba en Corea, un país anticapitalista y, por tanto, carente de un mercado con establecimientos comerciales, representativos lugares donde concurre la ciudadanía y ocurre la sociabilidad.

El regreso a La Habana lo interrumpimos con una rasante parada en Moscú, esplendorosamente soberbia y, a la vez, solitaria y silenciosa.

Arribando al célebre centro histórico -el mero corazón del imperio socialista/comunista- fui fácil víctima de un estafador callejero que me cambió un billete de cien dólares por un fajo de papeles. Superados el desconcierto y el susto, nos encontramos con Galia Duwroskaia, una encantadora y amable moscovita, militante del PCUS, aliada de los venezolanos residenciados -o de paso- en la capital soviética, en especial de Fruto, a quien había conocido en visitas anteriores. Para completar, Galia había sido el gran puntal de mi hermana Elena, durante su prolongada estancia en el hospital de Moscú donde su hijo fue tratado de una complicada dolencia traumatológica.

Guiada por tan insigne par de veteranos, me deleité con la magnificencia rojiza de la Catedral de San Basilio, la Plaza Roja, el Mausoleo de Vladímir Ilich Uliánov (Lenin) y la inmensa fachada del conjunto de edificios gubernamentales englobados en el Kremlin. Me negué a sumarme a la fila de personas que deseaban “ver” en el Mausoleo la tumba donde se exhibe el cuerpo embalsamado del Jefe de la Revolución Bolchevique.

Luego de deambular por algunas de las muy amplias y pasmosamente vacías avenidas, entramos a la estación del metro más cercana de la Plaza Roja. El vestíbulo ya anunciaba el excepcional tesoro de Moscú: el palacio subterráneo o jardín de las maravillas que, acatando las exigencias de Stalin, más que un óptimo sistema de transporte es un despliegue de mosaicos, frescos, esculturas de piedra o de bronce, cerámicas decorativas y arcos que reflejan los ideales rusos.



Mausoleo de Vladímir Ilich Uliánov (Lenin)

Abordamos un tren para detenernos en unas cuantas del medio centenar de estaciones que abrigan las muestras del atípico y rico museo bajo tierra, perceptiblemente construido con el objetivo de mostrar la revolución al mundo.

Además de las anchísimas escaleras de granito y de las paredes de 20 tipos de mármol, son deslumbrantes los techos de dos de las estaciones. Uno está espléndidamente decorado con ocho mosaicos de esmaltes y piedras preciosas, que simbolizan la lucha del pueblo ruso por su independencia. El otro, engalanado con 34 mosaicos colocados en nichos, empalma con muros decorados con bajorrelieves alegóricos de episodios de combate de la Guerra Patria o Segunda Guerra Mundial.

No menos alucinantes me resultaron los ornamentos diseñados en otras de las estaciones que recuerdo. En la primera, el suelo ajedrezado y las paredes de mármol y estuco rematan tanto los nichos con temática militar, de fondo azul en la sala central y fondo blanco en las dos laterales, como los medallones redondos con perfiles de los soldados del Ejército Rojo y con diferentes insignias de las tropas.

La segunda estación, consagrada a la *intelligentsia* involucrada en la creatividad en pro del desarrollo y la diseminación de la cultura, es una obra en la que se usó cristal para las vidrieras.

A la salida del metro, Galia nos convidó, con desbordado entusiasmo, a degustar un café en una terraza recién inaugurada en una callecita que empalmaba dos amplias avenidas. Nos explicó que ese local, dotado de cuatro mesas y 16 sillas de aluminio para el encuentro de amigos, era una novedad en Moscú.

Lo que más me sorprendió fue su comentario de que la pionera iniciativa había sido posible gracias a la Perestroika.

Escapaba de mi capacidad de razonamiento el que Galia le atribuyera la causa de la crisis a la dispendiosa política estalinista de la carrera espacial, en lugar de reconocer que se originaba en la instauración del revolucionario modelo marxista-leninista. Cuando indagué un poquito más, confirmé que se trataba de un caso que, por mi aprendizaje como asesora en la COPRE, ya conjeturaba que el problema era estructural y no coyuntural.

El sistema socialista/comunista había dislocado completamente el entramado económico, social y político de toda la Unión Soviética, hasta alcanzar una virtual inmovilización. Había fracasado y se desmoronaba el sistema totalitario que adoptó la tesis de acabar con la propiedad privada.

El descalabro fue tal que la invencible URSS desaparecería como estado y como superpotencia mundial del periodo de la Guerra Fría.

La asignación de recursos de acuerdo a un plan central que lo determina todo, hasta la distribución y la fijación de precios, más la colectivización para consolidar la tierra en granjas de explotación colectiva (*koljós*) o de explotación estatal (*sovjós*), sustitutas de las de propiedad individual, no solo terminarían por disparar la escasez, la inflación, la corrupción y el ausentismo laboral. Además de la degradación de la agricultura, se habría constatado una disminución de la producción industrial en un 40 %. Las condiciones de pobreza se agravaron y propagaron, tanto así que los ingresos de una gran parte de la población no garantizaban un nivel mínimo de subsistencia, ni de funcionamiento del Estado.

En efecto, el objetivo principal de la reforma estructural era pasar de un sistema de economía centralmente planificada a otro fundado en la ley de la oferta y la demanda. Para propugnar la liberalización económica, se procedió a suspender los controles de precios y la rígida regulación de los salarios, y a permitir una cierta autonomía local y a las empresas tomar decisiones sin consultar a las autoridades. Muy decisivo a los fines de impulsar la inversión y la entrada de capital extranjero fue el fomento de la empresa privada y de las sociedades conjuntas con un número limitado de compañías extranjeras, así como adelantar un proceso de apertura hacia los negocios internacionales.

También incluyó la conversión del sistema de gestión centralizado en uno democratizador y adaptado al mercado,. Para ello se consintió una cierta autonomía local, y a las empresas tomar decisiones sin consultar a las autoridades, y se puso en marcha de un programa especial dirigido a modernizar la industria de la ingeniería y los modelos de gestión económicos.

Así, poco a poco se iban acercando cada vez más al capitalismo. Poco a poco se introducían actividades económicas privadas, mediante la paulatina admisión de contratos individuales en fábricas y haciendas colectivas y la implementación de medidas, como la venta de un gran número de empresas estatales, reformas de la moneda y un nuevo sistema bancario y financiero. Todo ello acompañado de la implantación de una cierta democratización de la vida política.

Para la década de 1990, el imperio soviético, entonces presidido por Mijail Gorbachov, se encontraba sumido en una profunda crisis económica sin precedentes. Como no existía una teoría o metodología académica de cómo hacer la espinosísima tarea de la transición, todo su complejo entramado industrial y agrícola se dislocó, la inflación se disparó y las condiciones de pobreza se propagaron hasta alcanzar un 50% de la población rusa. Aparte de la sustancial disminución en el nivel de vida, se desencadenaron cambios en la dinámica y estructura de los ingresos, diferenciando regiones y ramas en la remuneración del trabajo e impulsando aumentos de forma vertiginosa en la desigualdad de la población, observada en la concentración del 50 % de los ingresos monetarios en el 20 % de la población más rica.

Prueba irrefutable de la fractura del Estado y, finalmente, el verdadero detonante del colapso de la URSS es el desastre nuclear de Chernóbil, Ucrania, originado en la explosión del

reactor nuclear número 4 de la planta. Como dijera el mismo Gorbachov en un artículo publicado, en El País de España, en 2006:

“De hecho, la catástrofe de Chernóbil fue un punto de inflexión histórica que marcó una era anterior y una posterior al desastre”... ¡Que hasta el ámbito intocable de lo nuclear estuviera podrido era la muestra de que todo el sistema lo estaba!

El reconocimiento del accidente fue tardío y se originó en Suecia, al detectar altos niveles de radiación que levantaron la sospecha de que podría haberse iniciado en territorio soviético. El Kremlin no había emitido una alarma inmediata al país y al mundo, porque el informe inicial que recibió el Jefe del Estado de manos del primer viceministro de Energía y Electricidad, irresponsablemente, concluía que no eran necesarias medidas especiales, incluida la evacuación de la población.

Chernóbil era la muestra de una generalizada y flagrante incompetencia, de encubrimientos a todos los niveles y, lo más terrible, de un secretismo autodestructivo de la cúpula. Chernóbil era la muestra del fracaso de un sistema incapaz de tener preparados ni siquiera a quienes han de enfrentarse a un asunto de tan alta prioridad: la defensa civil, los servicios médicos, los profesionales especializados en medir los niveles de radiación, los bomberos, etc. ¡No era casual el que nadie tuviera idea de cómo enfrentarse al asunto! Era un problema estructural de un hiper-obeso Estado absolutista que hacía aguas.

La liberalización económica contemplada en la Perestroika es similar al llamado “paquete neo liberal”, tan cuestionado por la izquierda y suscitado y adoptado por unos cuantos gobernantes de avanzada: Margaret Thatcher, en el Reino Unido, Ronald Reagan, en Estados Unidos, Augusto Pinochet, en Chile, o Carlos Andrés Pérez, en Venezuela.

Una vez concluida la travesía Corea del Norte-Cuba, en Caracas se me presentó un emisario norcoreano para indagar sobre mi disposición a colaborar con la revolución. Mi respuesta fue: *“me ofrezco para trabajar por la unificación de Corea”*. ¡Nunca más se comunicaron conmigo!

En La Habana ya me había autosermonado. Frente al espejo del baño de la habitación del hotel donde pernoctamos hasta el día de regreso a Caracas, con lágrimas que bajaban por mis mejillas, me dije:

“Rosa M. Estaba, ¿qué haces?, esto no es por lo que has luchado, no es lo que quieres para tu país o para tus hijos. Con el socialismo marxista-leninista, también llamado socialismo real, se buscó construir una sociedad justa para todos, libre y democrática... pero, no funcionó.”

Por sobradas razones, mi travesía Cuba-Corea del Norte-Moscú-Cuba de 1988 fue la gota que derramó el vaso y que minó mi ruptura con la revolución un pasado comprometido con la revolución hasta lo más secreto de mis pasiones.

En 1993, ya asimilada y sedimentada mi renuncia a un proyecto fracasado, surge la tan controvertida candidatura de Rafael Caldera, quien llega al poder con una concepción contraria a mis convicciones. Cuando el presidente Carlos Andrés Pérez, su antecesor, sale del poder, lamenté que Venezuela renunciara a profundizar el inaplazable programa de ajuste macroeconómico, malévolamente llamado *“paquete neo liberal”*, que le había presentado al

Fondo Monetario Internacional (FMI) para afrontar la severa crisis económica que venía arrastrando Venezuela.

Voté por Caldera por dos razones: la primera, para evitar el triunfo de Andrés Velázquez, a quien veía como un izquierdista mucho más peligroso que a los del “chripero” anotado con esta opción. La segunda, porque, ante la ausencia de una opción que me atrajera, preferí acompañar a mis amigos de probada honestidad.

La de 1990, una década milagrosa

En 1994, sobrevinieron dos milagros que me inyectarían la fuerza necesaria para soportar el infeliz derrumbe de nuestra tan joven e inexperta, así como fructífera democracia, que concluiría con el aterrador, más que desventurado, triunfo del militar golpista revolucionario Hugo Chávez Frías, en las elecciones presidenciales de 1998.

El primero fue el 1 de mayo: ¡Germán Ahrensburg -amigo/ compañero de las andanzas en la UCV y en el MIR- y yo descubrimos que nos amábamos!. Desde entonces continué labrando mi camino, amarrada a su sabiduría y, sobre todo, a su natural facultad para percibir, expresar, comprender y gestionar cualquier situación y, por tanto, para auxiliarme en el desafío del otro milagro: la internacionalización de mis retos.

La vida me había obligado a decir NO a la beca para cursar estudios de post grado en el Reino Unido, pero me premió con la posibilidad de involucrarme en la universidad de los negocios televisivos fuera de las fronteras de Venezuela.

En el mismo año 1994, recibo la milagrosa llamada telefónica de Carla Estrada, una de las más prominentes figuras en América Latina, como productora de telenovelas. En estrecha complicidad con Maty Huitrón, su madre y afamada actriz de la época de oro del cine mexicano, requería a Luis José para protagonizar una producción que estaba fraguando.

A la brevedad fui atendida en las oficinas de Televisa, la gran empresa mexicana propiedad de Emilio Azcárraga. En 1995, luego de unas muy cordiales entrevistas con Jorge Eduardo Murguía y con Maximiliano Arteaga, vice-presidentes de Producción y Contenidos y de Operaciones, respectivamente, mi representado entraba por la puerta grande para forjar su brillante carrera en el mercado televisivo más importante de América Latina. Compinchado con nuestra querida Lucero, la popular cantante y actriz, estelarizó la célebre novela “*Lazos de amor*”, el fenómeno en audiencia nacional e internacional con el que logró aumentar su colección de trofeos como actor del año.

La presentación a la prensa del primer capítulo, en un famoso teatro de la ciudad de México, fue todo un acontecimiento, a la que asistió una delegación de Venevisión, presidida por Maite Delgado, nuestra querida animadora estrella de los más grandes espectáculos televisados.

También fue un acontecimiento la boda de Luis José con Marjorie Banch celebrada en Caracas y con la concurrencia de astros de la pantalla chica, inclusive unos varios enviados por Televisa. Me jugué mi “prestigio” como representante artístico en cada una de las negociaciones acordadas con Ricardo Peña, el conspicuo productor de “*Sábado Sensacional*”, con quien había que hilvanar la complicada transmisión televisada de la ceremonia en vivo.

Apenas toqué suelo venezolano corrí a Isnotú, la ciudad natal de José Gregorio Hernández, el doctor del pueblo, recientemente beatificado. Corrí a pagarle una promesa por haberme escuchado y concedido el milagro de la prometedor nueva etapa de Luis José.

Al Dr. Hernández le rogaba con el fervor de una venezolana y, sobre todo, con la devoción familiar que le profesaba mi mamá, María Eduvigis. quien era ahijada de Hercilia Hernández de Briceño, hermana del beato, esposa de su tío Sálvano Briceño y madre de Gustavo Briceño Hernández, su dilecto primo hermano.

En la nueva atmósfera pude cordializar con mucha gente de renombre relacionada con la farándula mundial. Me envanezco al mencionar a Katy Jurado, la inolvidable actriz hollywoodense con quien cordialicé, o a Delia Fiallo, la escritora cubana guionista de telenovelas, de quién aprendí que sus historias se basan en un hondo conocimiento psicológico del pueblo latinoamericano.

También me complace relatar que, por estar insertos en las altas esferas del medio artístico mexicano, fuimos invitados por el General Fernando Ochoa Antich, el entonces embajador de Venezuela en México, a presenciar en el Palacio de Bellas Artes un regio evento suscitado y organizado por el gran pionero y tenaz José Antonio Abreu: ¡un concierto interpretado por las orquestas sinfónicas infantiles de México y de Venezuela!

Más relevante aún fue la iniciativa del embajador de acercarnos a saludar a los presidentes Ernesto Zedillo de México y Rafael Caldera de Venezuela, quien se encontraba acompañado de Sergio Sucre, pariente de Germán, mi esposo. En medio de los cordiales reconocimientos y conversaciones, el Dr. Zedillo rememoró con simpatía el agasajo de despedida que nos ofreció a Carlos Blanco, a Joaquín Marta Sosa y a mí, en los jardines del restaurante San Angel Inn, cuatro años antes, en ocasión de nuestra visita a México en misión oficial.

En la internacionalización de mis retos, acontecida desde mediados de los años 90, además de Germán, mi lucido galán, jugaron especial papel otros dos venezolanos “preciosísimos por dentro y por fuera”: Alexander Rodríguez, el incondicional asistente de Luis José -y mío-, y Eduardo Donzelli, nuestro cómplice representante de artistas. Me colman el espíritu las sugestivas anécdotas que compartimos con ellos Germán y yo.

Mis incursiones en el mundo liberal de los negocios me armaron con más y mejores herramientas para juzgar con mayor certeza lo ocurrido en los países sometidos al yugo del marxismo.

Como antecedente de mi esperanzador futuro, además, en 1990 había nacido Manuela Walfenzao, mi bebita-nieta hija de mi Charito. Manuela resultó ser el amuleto que me regaló Dios para cargarme de brillo y buena suerte, mientras crecía a mi lado y de Germán y se nutría de experiencia de vida para, cual crisálida, salir de su capullo y adentrarse en el fantástico mundo de la belleza y la inteligencia.

El pacífico y casi silencioso desplome de la Unión Soviética (URSS): el detalle que faltaba

Entre los enriquecedores viajes que emprendí con Germán descuellan cuatro visitas clave para comprender el cierre del círculo de mi evolución cuestionadora de la izquierda: Berlín, en 2001 y 2011, Roma, en 2005, y el Monte de Sinaí, en 2006.

Son experiencias acaecidas en el contexto del pacífico y casi silencioso desplome de la poderosísima Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) que, contradictoriamente, coincidiría con el anuncio del movimiento izquierdista de Hugo Chávez Frías en Venezuela.

A la capital de Alemania, el país originario de la familia Ahrensburg, fuimos por primera vez casi 12 años después del 9 de noviembre de 1989, el glorioso día de la caída del Muro de Berlín, el acontecimiento histórico que estremeció al mundo y dio paso al fin de la Guerra Fría iniciada en 1945-1947. El inefable Muro de Berlín se me revelaba como la grieta que se tragaría al imperio sembrado por Lenin y Stalin, luego del destape del desmoronamiento de sus colapsados regímenes socialistas de corte marxista-leninista.

Como es lógico pensar, al no más entrar a la urbe se me interpuso la imagen que guardaba de aquel célebre 9 de noviembre. Una tarde me encontraba muy distraída en mi casa cuando, de repente, boquiabierta y con los ojos desorbitados, advierto en la pantalla del televisor a un pueblo con picos, martillos y cualquier otro instrumento drumbando piedra a piedra una prolongada y elevada muralla.

Mucho más me sobresalté al constatar que se trataba de la siniestra barrera que, desde 1961, separó a la capital germana y al país, en dos sectores: el oriental de la comunista República Democrática Alemana (RDA) y el occidental de la liberal República Federal de Alemania (RFA). En una búsqueda por escapar del implacable totalitarismo y alcanzar la emancipación, ¡las multitudes corrían por encima de los escombros y trepaban la Puerta de Brandenburgo, uno de los principales símbolos de la ciudad y de Alemania!



La población se había incendiado gracias a la desatada crisis de gobernabilidad. El jefe del gobierno de la RDA, Erich Honecker, se oponía a dar respuesta a las crecientes exigencias

de libertades individuales y de circulación, así como a las demandas de transformación mediante reformas políticas y la aplicación de la política de la Perestroika.

La puesta en práctica de la reforma le correspondió a Boris Yeltsin, el inaugural Presidente de Rusia o de la Federación de Rusia, nacida tras la disolución del imperio soviético y del sece forzoso de Gorbachov derivado de las oposiciones internas a su intento fallido de reorganizar el sistema socialista para poder conservarlo. ¡Transformar la sociedad soviética para crear un nuevo sistema económico dentro del mismo socialismo!

El país había entrado en una profunda crisis al ignorar que, para pasar de un sistema de economía centralmente planificada a otro regido por las leyes del mercado, no bastaba con la puesta en marcha de medidas tímidas, como las de permitir una cierta autonomía local o liberar los precios. Se ignoró que para poder conducir a la sociedad soviética hacia la creación de un nuevo sistema económico había que dejar atrás el socialismo y lanzarse sin prejuicios a adelantar una alternativa radical como la aplicada en el proceso de transformación del socialismo chino de los años setenta.

Comprometido con la transformación de la economía socialista en una de libre mercado, el inaugural Jefe del Estado soviético procedió, en 1992, a impulsar una privatización masiva que condujera a difundir lo más ampliamente posible la propiedad de las acciones. Esta medida incluyó la política agraria dirigida a la des-colectivización de los koljoses, como se denominaron a las granjas socialistas dependientes del Estado e impuestas por la fuerza: persecución e, inclusive, bajo la amenaza de fusilamientos. La medida desmontaba el modelo de explotación de la tierra similar a las Comunas, sobre las que se levantó el embaucador Gran Salto Hacia Adelante de Mao.

Sumado a los problemas agrarios, había que afrontar los propios de una industrialización socialista negadora de la participación de la empresa privada. Concentrada en la industria militar, aeronáutica, eléctrica, del hierro, carbón, gas y petróleo, nunca fue capaz de resolver las necesidades básicas de la población, como si lo hacía y con creces la vitalizada por las sucesivas revoluciones científicas y tecnológicas del sistema capitalista.

La caída del muro había acaecido en el marco de la ola revolucionaria (¿contrarrevolucionaria?) ocasionada por los popularmente suscitados derrocamientos de cada uno de los estados de Europa del Este, que se hallaban bajo la égida del bloque soviético.

En Polonia, las huelgas masivas patrocinadas por el sindicato “Solidaridad” instaron al régimen a abrir el proceso de transición democrática que condujo a la elección de la regencia anti-marxista presidida por Lech Walesa, el mismo mundialmente admirado, al que tuve el honor de estrecharle la mano.

En Hungría, los reformistas del Partido Socialista Obrero Húngaro lograron una nueva serie de leyes que permitieron el multipartidismo, la drástica reforma del Estado y la celebración de los comicios que le darían el triunfo al gobernante liberal József Antall.

En Checoslovaquia, la negativa del régimen a asumir la Perestroika, provocó el inicio de las manifestaciones masivas y la huelga general que obligaron a la celebración de las elecciones de las que saldrían vencedoras las fuerzas democráticas, así como el poderoso

movimiento nacionalista secesionista que se traduciría en la posterior división de Checoslovaquia en la República Checa y Eslovaquia.

En Bulgaria, cuando se supo de la caída del Muro de Berlín, el Partido Comunista elige como secretario general a Petar Mladenov, el reformista que iniciaría el camino hacia el final del socialismo y a la celebración de las votaciones que ganó el nuevo Partido Socialista Búlgaro.

La sustitución del régimen fue diferente en Rumanía. Lo atizó la revolución cívico-militar que condujo a la revuelta más violenta de la ola de 1989 y en el juicio sumario y ejecución del gobernante Ceaucescu y su esposa.

A pesar de mis vivencias y la lluvia de noticias, no terminaba de asimilar que, como advertí desde los setenta, se trataba del vuelco paradigmático originado en el colapso del marxismo. Por ejemplo, no reparaba aún en que había sido en junio del mismo año de 1989 cuando la portentosa plaza de Tiananmén de Pequín se convirtió en el escenario de una masacre derivada de la arremetida de las fuerzas públicas del régimen marxista-maoísta contra las manifestaciones de estudiantes y trabajadores. Tampoco tenía mucha conciencia de que los manifestantes demandaban la erradicación de la envilecedora persistencia del desempleo, la inflación y la corrupción.

Berlín se nos reveló como una resplandeciente ciudad renacida de las cenizas derivadas de su destrucción durante la última guerra mundial, y con la idiosincrasia de haber sido la estrella del acontecimiento histórico que dio al traste con la Unión Soviética. Alojados en un hotel del sector Occidental, que se habían reservado los países aliados contra Adolfo Hitler (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia), nos abrimos a digerir la magnificencia de sus hitos urbanos. Aparte de la emoción de poder repasar la céntrica e icónica Puerta de Brandenburgo, nos deleitamos particularizando el antiguo Berlín: la Catedral, el parque Tiergarten y su majestuoso *Palacio Bellevue*, el palacio de Charlottenbourg, con sus pomposas exposiciones de arte de la nobleza, o las ruinas de la iglesia Memorial del Káiser Guillermo, portentoso testimonio de los violentos bombardeos de los aliados sobre Berlín.

Disfrutábamos imbuidos con el colorido de las luminarias de neón del espacio económico que había sobrevivido 28 años encerrado, a manera de enclave, dentro de la anticapitalista RDA. De allí que no paráramos de comentar sobre el ostensible contraste entre el ambiente de alegría que se respiraba en el sector occidental movido por la dinámica del mercado, y el de “tristeza de camposanto” que envolvía al oriental comunista.

En Berlín recordé la línea divisoria temporal que separa a La Habana de ayer de la de hoy. Es decir, la oposición entre la majestuosa urbe capitalista que conocí en los años 50 y la devastada revolucionaria, ¡instaurada desde 1959!

En el rincón más esencial de los recovecos de mi alma conservo en calidad de nítidas fotografías los momentos cuando cruzábamos la frontera inter-germana demarcada por los restos del Muro. No fue poco lo que renegamos en cada una de las lúgubres y solitarias calles del Berlín oriental, que tuvimos que repasar en busca del hogar donde había crecido mi suegro, el padre de Germán. Para resarcirnos, nos deteníamos a mirar con suma estupefacción la agresiva y modernizante avanzada de reconstrucción desde el oeste hacia el este. Además de la densa presencia de las más representativas firmas transnacionales, conté 300 gigantescas grúas en plena actividad.

Nos despedimos del lugar donde se habían detonado todos los motores del mundo marxista, con el firme compromiso de retornar. Y, así fue.

Volvimos a Berlín en el año 2011. De la estación de ferrocarril a la ciudad nos trasladó un taxista elegantemente vestido y ornamentado que conducía un lujoso Mercedes Benz último modelo. En la conversación, el conductor nos dice:

“soy un musulmán revolucionario”

Saltamos en el asiento, espeluznados y en absoluto silencio, cuando en su explicación nos aseguró:

“...nacé en Berlín y mis hijos también, pero no somos alemanes, somos turcos, Alemania es turca...todo el mundo será musulmán.”

En esta segunda oportunidad, nos alojamos en un moderno hotel ubicado en el sector oriental de una ciudad que en diez años había sido objeto de una radical transformación. Se percibían los resultados de una batalla librada contra el aplastante peso dictatorial del nazismo y el comunismo. Por fortuna ¡la terrible amenaza del radicalismo musulmán no se nos volvió a revelar!

La drástica planificación urbanística, dirigida a reunificar y uniformizar las dos Berlín, había servido para reinventar una ordenación diferenciada que se articula respetando y reconstruyendo la red patrimonial de calles, ejes y plazas. Con la restauración del casco central de la ciudad, a partir de la emblemática Potsdamer Platz -totalmente devastada por los aliados durante la guerra mundial- se logró salvaguardar una escena urbana relativamente homogénea y que sugiere un continuum histórico sin interrupción.

La tan impetuosa como ostensible transformación, nos invitó a “viajar por el pasado” de una de las ciudades más atareadas del mundo.

Quisimos palpar algo del mobiliario urbano más representativo del período de 12 años gobernado por el régimen instaurado en 1932, tras el triunfo electoral del nuevo Partido Nacional Socialista Obrero de Alemania, comúnmente conocido como el partido Nazi.

Un día lo dedicamos a pasear por la amplia avenida *Unter den Linden* que recorre desde la Alexanderplatz, pasa frente a la excelsa Universidad Alejandro de Humboldt y llega a la Puerta de Brandenburgo. Luego de recorrer la amplia y larga vía que el nazismo había mantenido distinguido con banderas, pudimos recrearnos en los restaurantes y cafés de los alrededores.

En las cercanías visitamos el *Palacio del Reichstag* o del parlamento alemán, testigo de los primeros días de sistema nazi; el recinto donde, después de haberse deshecho de todos sus opositores, Hitler logró que se aprobara la ley por la que podría decretar leyes sin someterlas a votación. A los pies del parlamento pudimos ver las 96 placas de acero con los nombres de los legislativos opositores asesinados por el régimen.

Era inexcusable dar una vuelta por el Monumento al Holocausto, en homenaje a los judíos asesinados durante el genocidio judío. Es realmente conmovedor, y sugestivo de las torturas y la muerte, verse inmerso en una obra fea, pesada y sin color, formada por 2.711 bloques de hormigón, de desiguales alturas y que ocupan 19.000 metros cuadrados.

Para empaparnos del pasado marxista optamos por hacer el *Tour* del Muro de Berlín, a pie y guiados por una vistosísima berlinesa que vivió los sobresaltos así como las manifestaciones de júbilo que invadieron a la capital germana el día de la caída de la muralla que los separaba de la libertad, el día que los ciudadanos de ambos lados se abrazaron muy exaltados. La chica, además de abundar en menudencias, nos explicaba cómo, durante las semanas previas al histórico acontecimiento, varias ciudades de la RDA o Alemania Oriental habían sido testigos de hechos reveladores de un gran descontento. En Dresde, Leipzig y el propio Berlín se desencadenaron multitudinarias manifestaciones de gente enardecida pidiendo la dimisión del gobierno y la celebración de elecciones. Las organizaciones que se oponían al régimen iban creciendo rápidamente, tanto en el número de simpatizantes como en su capacidad de movilización y de hacerse oír. En Dresde, por ejemplo, una muchedumbre asaltó el cuartel de la Stasi (siglas en alemán del Ministerio para la Seguridad del Estado), el temido órgano de inteligencia de Alemania Oriental, donde se encontraba Vladimir Pútín, el espía que más tarde -entre 1999 y 2008 y desde 2012- sería el presidente de la Federación Rusa.

Caminando nos acercamos al Memorial de *Bernauer Strasse*, el último trozo del paredón original que aún sigue en pie y que se despliega por 1,4 km. a lo largo de la calle del mismo nombre, que servía de línea fronteriza entre la opresión y la emancipación. De repente nos embargó una angustiada sensación. Es realmente sobrecogedor encontrarse en medio de “la franja de la muerte” ante una pared que había sido levantada, a manera de cierre de una gigantesca cárcel, “en las narices” de las ventanas de las sucesivas hileras de casas. Más escalofriante aún es percibir una evidencia de uno de los episodios más atroces de la historia humana convertido en una fantástica obra de arte conmemorativa, inspiración de muchos de diversas nacionalidades, y símbolo para el recuerdo de la Berlín unificada y de la Berlín dividida, con todo el ropaje de las víctimas de la tiranía socialista.

Luego de contemplar gran parte del Muro, la guía nos condujo al centro de documentación donde exhiben una muestra de la humillante historia de su construcción en 1961, y de la situación de la ciudad dividida. En la torre de control nos detuvimos para asimilar todo lo que fuese posible mientras recorríamos una impresionante panorámica de gran parte de lo que se conserva. Allí divisamos varios de los pasos fronterizos que fueron testigos de terribles experiencias de fugitivos del régimen.

Una visita ineludible era la del famoso *Checkpoint Charlie*, o Puesto de Control Charlie, uno de los pasos fronterizos de la infranqueable muralla. Permitido solamente para el paso de empleados militares y de embajadas de los aliados, extranjeros, para trabajadores de la delegación permanente de la Alemania del Este y para funcionarios de la del Oeste, fue escenario de huidas espectaculares, algunas especialmente trágicas como la muerte, en 1962, de Peter Fechter a quien dejaron desangrar ante los ojos de los que habitaban en la Berlín del Oeste.

También pudimos apreciar uno de los capítulos más absurdos del tragedia de la ciudad dividida. Abordamos el metro de una de las líneas que cruzaban de Berlín Occidental a Berlín Oriental, a los fines de pasar por una de las estaciones fantasma que el régimen dictatorial se encargó de alambrar, dejar a oscuras y mantener bajo estricta vigilancia policial para impedir que los ciudadanos escaparan o que los transeúntes bajaran de los trenes. En la

estación fantasma de Nordbahnhof pudimos apreciar una exposición fotográfica sobre el drama de lo que fueron y el porqué y para qué fueron.

La tarea de empaparnos del pasado marxista hubiese quedado muy truncada si no conocíamos la Avenida Carlos Marx, el monumental boulevard neoclasicista en versión soviética que, con sus 89 m. de ancho, se despliega desde la Alexanderplatz, a lo largo de casi 2 Km., en un perfecto ambiente bordeado de edificios para la residencia de obreros, diseñados con el uniformador y frío estilo del realismo socialista de la era stalinista soviética. En su recorrido nos informaron que esa vía, la principal para los desfiles militares oficiales del régimen, en 1952, se había transformado en el centro de una huelga de trabajadores que no pudo poner en peligro la existencia de la misma RDA, porque fue cruentamente sofocada con tanques y tropas soviéticas.

También nos enteramos de que, desde el 7 de octubre, el día del desfile conmemorativo del 40^o Aniversario de la RDA, hasta la caída del Muro, había sido escenario de sucesivas protestas, en especial en la propia Alexanderplatz. Ese mismo día, el todavía presidente soviético Mijail Gorbachov le había advertido al anti-renovador Erich Honecker:

“Quien llega con retraso es castigado por la vida”.

Más aún, de acuerdo a comentarios de algunos de los acompañantes del *tour*, los años previos a la caída del muro de Berlín ya venían marcados por una gran crisis de gobernabilidad. La población no comprendía si la legitimidad y la razón en la forma de comandar la nación descansaban en Berlín o en Moscú.

En esa portentosa avenida tuvimos la satisfacción de poder echarle un vistazo al café donde, en 2006, se filmó *“La vida de los otros”*, realizada por el cineasta alemán Florian Henckel von Donnersmarck. La película, que habíamos visto en una sala de Caracas, transcurre en el Berlín del este durante los dos últimos años de existencia de la RDA. Es una denuncia que desnuda el antidemocrático y férreo control ejercido por el Stasi sobre los círculos intelectuales, mediante una insólita vigilancia sistemática y día a día de la vida de todos. Tras la caída del muro, el vil personaje protagonista que había sido miembro de la policía del régimen, pasa a trabajar como cartero del correo.

El sinsabor derivado de nuestra experiencia por los igualmente infaustos pasados nazista y comunista de Berlín lo aliviamos con la sorprendente alegría y grandeza de un pueblo que supo elegir el camino de un esperanzador futuro por encima de las terribles dificultades. Aparte de la amabilidad mostrada cada día y en cualquier lugar, concurrimos, en un barrio del norte de la ciudad, a una maravillosa muestra de Carmina Burana, la cantata escénica que suele ser presentada con exclusividad en los teatros más prestigiosos del mundo.

Lo revelador no se limitaba al ánimo divertido de los parroquianos, en el bar donde nos tomamos un whisky o en la iglesia donde estaban por celebrarse unas bodas. No salíamos de la impresión al constatar que un espectáculo musical tan exigente en voces había sido montado en el edificio sede de la alcaldía local y con intérpretes elegidos entre muchos voluntarios de la comunidad.

No menos fantástico y alentador nos resultó el paseo dominguero en un barco por el berlinés río Spree. Además de compartir cervezas con los acompañantes, no podíamos creer lo que

veían nuestros ojos y escuchaban nuestros oídos. Al acercarnos al cruce por debajo de uno de los puentes de cualquiera de las antípodas de Berlín, más de una vez divisamos sendos grupos de gente que festejaban sus picnics oyendo salsas y otros géneros caribeños, a todo volumen y en reiteradas ocasiones, interpretados por nuestro gran músico, cantante y compositor venezolano Oscar de León.

Se me derrumbaba el comunismo y me despedía de la izquierda, pero fue una razón casi contemplativa la que transfiguró mi visita a Roma, en 2005, en el remate para el cierre del círculo de mi conversión.

Había frecuentado más de una vez a La Ciudad Eterna, pero en esa estadía de larga permanencia coincidimos con la Semana Santa y con la despedida terrenal del Papa Juan Pablo II.

Sin haber retornado a mi confesional vida de católica, cuatro momentos trascendentales me movieron. El primero fue cuando, junto a una muy conmovida multitud congregada en los 16.800 m² de la Plaza de San Pedro, presenciemos la ovacionada aparición pública del Santo Padre en la ventana del Palacio Apostólico Vaticano, desde donde nos regaló la bendición y el tradicional discurso y rezo dominical. El otro momento de devoción fue la tradicional procesión del *Via Crucis* solemnemente celebrada la noche del Jueves Santo en el Coliseo Romano.

Unos cuantos días después de tan excelsos aprendizajes, sobreviene el mundialmente lamentado y hasta muy llorado deceso del Papa que, para estupefacción nuestra, se tradujo en riadas de muchedumbres que se precipitaban, desde cualquier confín de Europa y por todos los accesos que conducían a Roma, hasta el punto de provocar el colapso y posterior cierre de la metrópoli.

El cuarto fue el momento crucial que me tocó vivir durante la pomposa misa de cuerpo presente ofrecida en la Basílica de San Pedro, por el Cuerpo Cardenalicio en carácter de despedida a Juan Pablo II. No encuentro palabras para expresar mi alucinación ante una ceremonia sin parangón; inclusive, desde la preliminar congregación de nubes de monjas y sacerdotes representativos del catolicismo de todos los continentes que, muy apresurados y a manera de hormigas, atravesaban la majestuosa Plaza de San Pedro.

Aprecié como un llamado a la reflexión o una revelación de quién sería aplaudido como el “Santo Papa Peregrino”, el luminoso instante cuando nos tropezamos con su cuerpo embalsamado, regiamente trajeado y tendido sobre un pedestal de piedra (¿granito?, ¿mármol?). Mientras los invitados confluían en una impecable organización dentro del recinto del egregio templo, mi sobrina Yuri Santos y yo subrepticamente tratábamos de colocarnos en un lugar fuera de la vista de los oficiales de la Guardia Suiza que cumplían con el mandato de evacuar a los turistas del recinto. Germán no nos acompañó. Nos esperó sentadito -y apaciblemente dormido- en el banco colocado frente a la urna de cristal donde reposan los restos de San Juan XXIII, el Papa Bueno.

Es difícil traducir la creciente sensación de libélula libre de toda fuerza de gravedad que me envolvió al paso del desarrollo de la ceremonia. El llamado se me hizo más patético cuando, de repente, a nuestro lado y tras el típico sonido metálico, se abrió una reja tan inmensa y elevada como la misma basílica para dar paso a alrededor de un centenar de cardenales que,

con sus hechiceras sotanas color naranja, iban desfilando hacia la nave central. Es casi que un tema del más reservado nivel del espíritu, traducir el ánimo de encantamiento místico que invadió la atmósfera, desde el instante en que irrumpieron los cantos litúrgicos de las más refinadas corales en compañía del gran órgano del templo. Embargada por un inexplicable éxtasis, a mi ahora tan cercano Juan Pablo le pedí perdón por mis profanas irreverencias.

En mis posteriores meditaciones tomé conciencia de lo sucedido. Me había dejado llamar por el polaco activo protagonista del pacífico y casi silencioso desplome de la Unión Soviética, el acontecimiento que selló el paradigma redentor del siglo XX. Para ultimar, se me había revelado quién le dio 29 veces la vuelta al mundo (más de un millón de kilómetros) en proclama por la paz y contra de la injusticia social y en pro del derecho de los trabajadores. Fueron muy noticiosos sus análisis sobre la evolución de los sistemas socioeconómicos, en especial su severa crítica al capitalismo salvaje.

Antes de abordar cualquier otra narrativa, me es imperativo relatar mi sacudón existencial en un par de ocasiones de nuestro viaje del siguiente año 2006: El recorrido por Petra, la milenaria ciudad del Medio Oriente tallada en acantiados de piedra en el siglo VIII antes de Cristo, y la visita al bíblico Monte del Sinaí.

Arribamos a Petra, la mágica urbe perdida, ungida como una de las 7 maravillas del mundo moderno, luego de una travesía por una carretera que surca las desérticas tierras del suroeste de Jordania y enlaza con un pequeño puerto en el Mar Rojo, donde atracó el yate turístico que nos transportó desde la península del Sinaí.

Para aderezar la escalofriante experiencia vivida frente a las pirámides o la esfinge de Guiza o en medio de los 5 mil años de historia desplegados a lo largo de las ribieras del río Nilo, Petra “me zarandó el piso”. Me estremecí desde el mismo instante en que se nos abrió como una fantasía teñida de escarlata, después de cruzar una estrecha y profunda garganta de roca en una caleza tirada por caballos, para desembocar en el prelude de una inolvidable caminata de largo recorrido. Nos embriagábamos al descubrir una sucesión de apoteósicas edificaciones y esculturas talladas en la piedra de arenisca rojiza que te transportan al remoto pasado de una ciudad muy próspera y rica (¿y moderna?), gracias a su carácter de centro de control sobre una red comercial fundamental en el mundo antiguo.

En el Monte del Sinaí, a más de saberme plantada en el propio sitio donde el héroe bíblico Moisés recibió las tablas con los Mandamientos la Ley de Dios, no salíamos de nuestro fascinación al imaginar, “sin temor a equivocarnos”, que alrededor de “la mitad” de la especie humana profesaba alguna de las religiones derivadas de lo que en el cristianismo conocemos como el Antiguo Testamento. No sólo nos desconcertó el volumen de las multitudes de fieles interesados, sino su origen. Además de cristianos ortodoxos, católicos, coptos, evangélicos, etc., allí nos topamos con hebreos y musulmanes. ¡Nos reunimos con una admirable diversidad de peregrinos provenientes de cualquier lugar de la Tierra, desde las vecindadas más aledañas hasta los más inimaginablemente remotos!

La razón que, en verdad, erigió mi visita al Monte de Sinaí en una clave de mi esencial proceso de metamorfosis es más terrenal. Me refiero al llamado a la reflexión y la sensibilización que sentí en Sharm El Sheikh, la ciudad balneario, emplazada en la costa del Mar Rojo y en las inmediaciones del Monte de Sinaí, famosísima por su esplendor oriental

y por ser sede de varias cumbres internacionales destinadas a promover la paz en el conflicto israelí-palestino.

Me hallaba en la tienda del hotel donde nos albergamos cuando irrumpe un señor con porte de magnate que venía de dejar en el *lobbie* a una comitiva tan numerosa como las maletas que integraban su vistoso equipaje.

El personaje, quien resultó ser un simpatiquísimo moscovita con quién entable conversación en inglés, ante mis reclamos, a grandes rasgos, me contestó:

“¿Me dices que militabas en uno de los partidos de izquierda responsables de la llegada del dictador Chávez al poder? Yo fui miembro de la dirección nacional de la juventud del PCUS, el partido comunista más importante del mundo.”

Ante mi obvia réplica, “¿comunista del PCUS? y, ¿qué haces aquí?”, mi interlocutor explicó:

“Al igual que mis compañeros de partido, soy un ferviente ortodoxo desde mi más temprana niñez. Mi madre nunca abandonó mi formación religiosa diaria y a espaldas del régimen. Para mí y mi familia que venimos de regreso de un viaje a Nueva York, era obligatorio cumplir con un deber religioso.”

Mientras transcurría la conversación, yo cavilaba:

“¿de dónde habrá sacado su fortuna y cómo la habrá amasado este adinerado ruso capitalista si la ruina de la Unión Soviética apenas tiene pocos años?”

Observando su sobrada postura de personaje que ha ejercido el poder, rápidamente conecté con el perverso proceso de privatización contemplado en la Perestroika, la reforma estructural política y económica -impulsada por Gorbachov, desde 1985, y ejecutada por Yeltsin-, que terminó enriqueciendo a una cúpula de oligarcas comunistas.

Para su consecución, Yeltsin lanzó un programa de privatización fundado en la entrega de vales de igual valor nominal a los ciudadanos rusos para la compra de acciones de ciertas empresas estatales escogidas. A los pocos meses la mayoría de los vales acabaron en manos de los más connotados y privilegiados burócratas de la *nomemklatura* del régimen que, actuando como intermediarios, pudieron comprarlos de inmediato y con dinero en efectivo.

Perdida entre tantos y tan encadenados desvaríos, la crítica a la forma se iba transformando en una sólida crítica al modelo marxista-leninista. Ya no era un problema de conducción errada de una propuesta izquierdista para gobernar y redimir al mundo. Mi cuestionamiento hacía crisis a medida que pisaba fondo y, al fin, entendía que se trataba de un problema inherente a un modelo probadamente falaz.

En las elecciones presidenciales de 1998, no sólo le negué mi voto a Hugo Chávez Frías, el candidato revolucionario de izquierda. El día de su triunfo me aterró -y lloré desde lo más adentro- por “el oscuro destino que percibía le esperaba a mi Venezuela y a nosotros los venezolanos”. Mucho más he llorado al comprobar como mis conjeturas se iban cumpliendo una a una.

Mi convencimiento se acrecentaba no sólo con mi cadena de vivencias más allá de las fronteras de mi país, sino con la catástrofe que, desde 1999, nos viene arrasando social e individualmente, día a día, año tras año.

Lo más lamentable y desconcertante es que nunca escuché -y sigo sin escuchar- a algún líder de la oposición política al régimen denunciar la causa fundamental de nuestra desventura o, como mínimo, poner el debate sobre la mesa. CAP fue el único que con denodada lucidez denunció el ataque a la democracia nacida y construida durante los 40 años que corrieron de 1958 a 1998. No obstante, se le quedó en el tintero una profecía que nos alertara sobre la tragedia del proyecto comunista de Chávez -y de Fidel-. Nadie nos “echó el cuento” de “la izquierda: historia de una mentira”, o el de “la izquierda: una fábrica de pobreza”. Como me apunta Conchita Sánchez, mi amiga y esposa de mi amiguísimo Alfonso Quintero:

“Rosita, ¿a ti nunca te alertaron, como a mi, sobre el terror del comunismo?”

En efecto, nadie me echó el cuento completo, y nunca me imaginé que yo iba a poder echarlo y bien contado porque me tocaría vivirla revolución en carne propia.

V. LA REVOLUCIÓN EN CARNE PROPIA



¡Yo lo sabía! ¡Yo lo sabía! ...cantadito y demás... Y, ¡también lo sabía mi Manuela que todavía no había cruzado sus 11 primaveras! En el año 2002, luego de apenas casi cuatro años de Revolución, la había permeado con mi temprana y premonitoria letanía sobre nuestro porvenir bajo el gobierno de Hugo Chávez Frías. En el texto que me dedica y transcribo a continuación, hace referencia al MVR, el Movimiento V República, el partido político izquierdoso que lo llevó al poder y fue disuelto, en 2007, para integrarse al naciente Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV).

Pa´ MamáTita.

MVR no va. Pero, si fue.

Chávez nos va a matar

-No tengo trabajo y el hambre en mi piel, Chávez nos quiere matar, esto es un rancho por cualquier lugar y cada día se mueren 2 más, el hambre anda aquí y allá, ¡esto se va a convertir en una Habana con otro Fidel! Si es así, ¿qué voy a hacer?

Dios mío, ¿qué está pasando?

¡Ojo pelao!

Manuela Walfenzao

Yo lo sabía -o, ¿lo sospechaba? -, desde su reaparición en la escena pública. Me horroricé al percatarme de quién era el teniente coronel Hugo Chávez Frías, el aspirante a la elección presidencial de 1998, que se mercadeaba enarbolando la bandera de Venezuela y la consigna “*tu chi Chávez*”, asociada a la denuncia contra la corrupción que venía socavando los cimientos del estatus quo. Me horroricé no solo por ser el cabecilla del intento de golpe militar del 4 de febrero de 1992 contra mi joven e inexperta democracia.

Mi suspicacia tenía más asideros. Me horroricé al visualizar la amenaza izquierdista que se cernía contra la extraordinaria obra construída por los venezolanos, en democracia, gracias a la democracia y basada en un esfuerzo por domar los traumáticos escollos y vicios heredados de los precedentes 150 años gobernados, en general, bajo regímenes de dictaduras militares caudillistas. Me horroricé cuando supe que el aplaudido personaje era hermano del prvista Adán Chávez, sobre todo, al caer en cuenta que, inmediatamente después de su salida de la cárcel de San Francisco de Yare, el 24 de marzo de 1994, viajó a Cuba para reunirse con Fidel Castro y dictar, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, un inquietante discurso sobre la Revolución Cubana, en el que expresó frases emocionalmente comprometidas como las que siguen.

“El siglo que viene, para nosotros, es el siglo de la esperanza; es nuestro siglo, es el siglo de la resurrección del sueño bolivariano, del sueño de Martí, del sueño latinoamericano.”

“Queridos amigos, ustedes me han honrado con sentarse esta noche a oír estas ideas de un soldado, de un latinoamericano entregado de lleno y para siempre, a la causa de la revolución de esta América nuestra.”

No concebía cómo era posible seguir insistiendo en la promoción del infausto sistema totalitario anticapitalista, que se instauró a lo largo del siglo XX. En 1998, ¡un buen rato tenía el mundo observando su proceso de desmoronamiento desde sus entrañas y sin doliente alguno!

¡El Imperio SSoviético se había disuelto a partir 1991, para dar paso a la Federación Rusa! Se había disuelto para impulsar un modo de producción capitalista primitivo (¿capitalismo salvaje?), como el iniciado en China desde el 18 de diciembre de 1978, mediante el programa de transformación económica llamado "Socialismo con características chinas". El coloso asiático cumplía con lo acordado en el histórico encuentro del 28 de febrero de 1972, entre el primer ministro Zhou Enlai y Richard Nixon, el conservador Presidente de Estados Unidos!

Las mutaciones fueron tan substanciales y profundas que hoy China y Rusia no son comunistas ni en el nombre.

El marxismo se ha ido quedando en el olvido. En Rusia, por ejemplo, ya no subsiste ni el recuerdo, tanto así, que un portavoz del Kremlin, Dimitri Peskov, aseguó

“...no entiendo qué es lo que hay que festejar”.

Peor aún, el líder Vladimir Putin, ex agente de la KGB y de la Stasi -órganos de inteligencia de la URSS, y de la RDA, respectivamente- y actual Presidente de Rusia, el 16 de junio de 2017, declaró públicamente:

“...sería mejor si la Revolución Bolchevique nunca hubiera sucedido...no hay nada que celebrar”.

En efecto, en la Rusia liberal fueron muy pocos los que se agruparon para salir a conmemorar el centenario de la revolución que ese aciago día de 1917 derrocó al imperial régimen zarista e instauró el socialista/comunista que llevó a la creación de la URSS. China, por su lado, es un coloso productor y exportador de bienes que compite en el mercado global con la potencia norteamericana.

No concebía por qué si los sistemas de gobierno apoyados por la izquierda han dejado hambre, miseria y muerte, la fe en esta secular religión de la utopía sigue negándose a morir y encuentra devotos que, como en sus reductos de Cuba, Corea del Norte y Venezuela, están dispuestos a dejársela imponer y a sostener a como de lugar.

A comienzos del 2000, Germán, mi hija Charito y yo, invitados por el ya muy destacado dirigente vecinal de la política venezolana, Elías Santana, habíamos decidido formar parte del grupo fundador de Ciudadanía Activa, la organización no gubernamental centrada en la promoción de la participación y defensa de los derechos civiles y políticos. No podíamos ser

pasivos ante el preocupante ambiente de descomposición y conmoción que se sentía desde la misma instalación del nuevo gobierno y, sobre todo, a raíz de las controversiales 48 leyes decretadas por el Presidente Chávez, bajo el régimen de la Ley Habilitante del año 2000 que le había concedido el Congreso Nacional.

El espíritu transgresor de la vida y del mercado que subyacía en varias de las leyes generó tal rechazo que no solo nació en muchos de sus aliados incondicionales, como el caso de Luis Miquelena, el ancestral luchador izquierdista. El enérgico y público repudio proveniente del sector empresarial y de la clase media no se hizo esperar. Acusaban al Gobierno de antidemocrático y al paquete legislativo de leyes de contravenir lo consagrado en la Constitución Nacional.

Las primeras protestas callejeras se movilizaron bajo el grito “*con mis hijos no te metas*”. La causa era el Decreto 1011 de octubre de 2000, en cuyo texto se modificaba parcialmente el Reglamento del Ejercicio de la Profesión Docente con la creación de los supervisores itinerantes, una nueva figura administrativa con potestad para, soslayando las autoridades respectivas, “entrometerse” en los asuntos de la formación académica de los niños. En medio de la agitación y la angustia, especulábamos:

“¿Pretenden entrometerse -como lo hacen con los pioneros de Cuba- en los asuntos de la formación académica como un primer paso hacia la sustitución de la educación de la familia por la educación de la sociedad?”

El clima de descomposición y conmoción se exacerbó con la arremetida contra Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), la empresa petrolera estatal mejor manejada del mundo, en respuesta a un acuerdo conseguido por la clase política venezolana desde la nacionalización del petróleo en 1975. En cumplimiento a cabalidad con lo establecido en materia de autonomía operativa, respeto a la meritocrática profesionalización interna y protección con respecto de la corrupción, había logrado desempeñarse como una empresa inserta en el mercado internacional, de un éxito comparable al de la noruega Statoil, y probadamente superior a la brasilera Petrobras y la mexicana Pemex.

Anteponiendo lealtades políticas por encima de la materialmente demostrada y reconocida trayectoria meritocrática de la empresa, en febrero de 2002, Chávez asigna una nueva directiva dirigida por el economista de izquierda Gastón Parra Luzardo, en reemplazo a la comandada por el ingeniero General Guaicaipuro Lameda. La intromisión del Ejecutivo desató la protesta de sus empleados que culminó en el paro petrolero y la posterior paralización de las actividades laborales y económicas de carácter general e indefinido, convocada por el empresariado afiliado a FEDECÁMARAS, con el respaldo de los trabajadores asociados en la CTV.

El llamado a un paro nacional previsto para el día 10 de diciembre de 2001 y solo por 12 horas, se prolongó en respuesta a la negativa a dar marcha atrás a dichas leyes y al agravamiento de la situación de PDVSA, a raíz de la alocución televisada de Chávez, en la que despidió a siete altos funcionarios y amenazó de despacharlos a todos. La convocatoria, secundada por la directiva y trabajadores de la nómina mayor de la empresa petrolera, de inmediato hizo eco en los partidos de oposición reunidos en la Coordinadora Democrática, en diversas organizaciones civiles y en medios privados de prensa, radio y televisión.

Fueron días muy severos, aunque esperanzadores. Forjados en la prometedora Coordinadora Democrática, como se denominó a la opositora coalición de partidos políticos, asociaciones civiles y ONG, todavía no sabíamos a ciencia cierta que nos enfrentábamos a un régimen decidido a implantar el totalitarismo de izquierda radical. En mis memorias, nunca desdibujaré el rostro de zozobra del joven Juan Fernández, uno de los líderes de la protesta, cuando, en su encumbrada condición de Director de Planificación de la petrolera estatal, se acercó a la sede de Ciudadanía Activa para exponernos la delicada realidad provocada por el asalto a la empresa y su temor a un descalabro que afectaría a toda la industria, desde sus cimientos. Tampoco olvido los concurrecidos talleres de discusión sobre la crisis y para el diseño de una base de un programa alterno de gobierno, que armamos con ilustrados tecnócratas de PDVSA, entre otros.

A partir de entonces, se iban sumando dirigentes de la oposición que reclamaban la renuncia de Chávez, petición siempre objetada por él y que coronó en la millonaria marcha del 11 de abril de 2002 hacia Miraflores -el señorial Palacio de Gobierno, anclado en el casco central de la ciudad capital-, y la intentona de golpe de Estado, conocida como “El Camonazo”.

Erizada evoco nuestra indescriptible participación a la cabeza de la multitud que demandaba a voces la renuncia del Presidente, y las elocuentes -y fantasiosas- palabras de Yeni Méndez:

“Rosita, estamos haciendo historia”.

Exclamaba, henchida de admiración ante los ríos humanos que descendían por los mezclados accesos que cruzan la ciudad de Caracas, para confluír en la amplísima autopista Francisco Fajardo que nos servía de cauce.

Vale señalar que la derogación de los cuestionados 48 decretos-Leyes había sido contemplada en el Acta de Constitución del Gobierno de Transición Democrática y Unidad Nacional, de efímera existencia y conducido por Pedro Carmona, el entonces Presidente del gremio empresarial.

Fueron de absoluto desconcierto cada uno de los instantes transcurridos entre diciembre de 2001 y febrero de 2002, dos meses que finalmente concluyeron con el agotamiento y terminación del paro, seguido del tan dramático como súbito movimiento de derrocamiento y vuelta al poder de Chávez.

En uno de esos días Germán y yo tuvimos la prerrogativa de intercambiar opiniones con el embajador de un país latinoamericano en Venezuela, amigo de un amigo. Sus palabras finales fueron tajantes:

“Vendan todo lo que tienen y salgan para el exterior; si les parece, para mi país, donde podrían echar raíces. Aquí lo que viene es comunismo, expropiaciones y decadencia.”

Las arengas del diplomático todavía me retumban en los oídos, junto a las sobreexcitadas palabras de Chávez cuando alardeó con la famosa frase “Petróleos de Venezuela (PDVSA) es de todos los venezolanos”, o a cada una de las reiteradas veces que le escuché decir “*Exprópiese*”, dos exclamaciones imbricadas entre sí, tras las cuales se escondían tres “declaraciones de guerra a la iniciativa privada” y a las inversiones nacionales y extranjeras: ¡colectivizar de acuerdo con la doctrina que defiende la propiedad colectiva, social o comunal de los bienes y medios de producción!, ¡estatizar los medios de producción y

servicios explotados por particulares! y ¡centralizar el poder del Estado, con base en la exclusión del poder regional (estadal) y local (municipal) y la combinación vertical del liderazgo central con la iniciativa local!

Aunque en Venezuela la propiedad privada está protegida por la Constitución y la ley, el presidente Hugo Chávez arremetía contra ella.

Todavía recuerdo -y con la misma desazón- a Chávez en el Aló Presidente Teórico No 1 de 2009, cuando anunciaba el programa de transición al socialismo y de radicalización de la democracia participativa y protagónica. Lo recuerdo aplaudiendo la idea de emular la naufragada experiencia de Mao:

“Miren lo que me traje aquí...me traje a la Comuna...la Comuna Popular, la experiencia china. “Rumbo al socialismo”, este libro maravilloso de Orlando Borrego, la Comuna, la Comuna como ente revolucionario, como base territorial, social, política, moral...tenemos que construirla... Yo no concibo que no se esté construyendo la empresa de propiedad social, ¿eh? la propiedad de los medios de producción en manos del pueblo...”

Mientras la oposición iba y venía en su legítima, denodada y controversial búsqueda por desenmascarar e impedir el sumario transgresor, Chávez desempolvaba a Orlando Borrego, un economista, escritor y ex guerrillero cubano que luchó a las órdenes del Che Guevara en la Revolución Cubana. Se empecinaba en impulsar la creación del Estado del Socialismo del siglo XXI, esta vez, precisando que se fundaría en el que dió forma a la tristemente célebre sociedad comunista implantada en China desde 1950.

El propósito (¿velado?) era sustituir el Estado democrático y social de derecho y de justicia, federal y descentralizado consagrado en la Constitución Nacional de 1999, hasta entonces muy promovida y defendida por el mismo oficialismo. Se empecinaba en socavar las bases del Estado establecido con base en la dupla economía de mercado/democracia liberal representativa.

El Presidente se lanzaba a empujar su proyecto y, si fuese necesario, hasta burlando la Carta Magna o Carta Fundamental de la Nación de 1999, aprobada por mayoría oficialista y que suplantó a la “puntifijista” de 1961. No titubeaba al transgredir el régimen que preside todo el cuerpo de las leyes que norman la vida republicana y establece el sistema de gobierno que define y delimita los poderes y funciones de sus instituciones y regula las relaciones entre éstas y los ciudadanos. No vacilaba en irrespetar el desiderátum que vale para cualquier república: ¡una ley que contravenga lo constitucionalmente establecido es letra muerta sin validez jurídica!

En agosto de 2005, cuando Chávez anunció “*PDVSA es de todos*”, me dije: “*Se acabó PDVSA*”. Entreví que con esa declaración se estaba cerrando la órbita del laberinto de desaciertos que, finalmente, conducirían a la ruina de una de las empresas petroleras que brillaba al lado de las de mayor rango en el mercado internacional.

La ruina de “la gallinita de los huevos de oro” al servicio de la vuelta a la sempiterna Venezuela rentista no solo se desató con la nefasta gestión ocasionada por el despido de los tecnócratas que, además de los siete altos funcionarios, alcanzó a los 20.000 trabajadores

selectos y especializados que hicieron de la empresa un innegable referente mundial. Muchos de los despedidos, probablemente la mayoría, emigraron contribuyendo a la exitosa expansión de la producción petrolera de Colombia, Canadá e incluso en el Medio Oriente.

Sin prever el revés que se veía venir, Chávez ordenó diversificar las funciones de la industria para cargarle, entre otras, una serie de programas sociales asistencialistas y paternalistas contra la pobreza, llamados “Misiones Bolivarianas”, más tarde adscritos al Sistema Nacional de Misiones. Por esta vía clientelar, improductiva y dilapidadora del gasto fiscal se intentaba demostrar un reparto equitativo de la inusitada renta proveniente del estelar momento marcado por el “*boom petrolero 2000-2010*”, la década en la que se han mantenido los precios más altos en toda la historia de nuestro “oro negro”, desde los años 1920-1930 cuando se inició su explotación.

El gasto fiscal se elevaba a la par del colosal ingreso proveniente de la escalada de los precios irrumpida a partir de dos crisis consecutivas. La invasión a Irak en 2003 y el conflicto árabe-israelí ocurrido entre 2004 y 2008 catapultaron al petróleo venezolano de 11 dólares americanos por barril en 1998, a 127 en 2011 y por encima de 120 en 2012.

Nos enredábamos en el peligroso reparto “equitativo” del “*excremento del diablo*”, tal y como lo había profetizado Juan Pablo Pérez Alfonzo, nuestro visionario arquitecto-fundador de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), quien llamaba a mantener la estabilidad económica, controlar el gasto público y ahorrar para salirle al paso a los años de las “vacas flacas”.

Con el inesperado “boom petrolero”, cambió la inusualmente comprometida situación que, entre 1993 y 1998, le había tocado desafiar a su predecesor, el Presidente Rafael Caldera, y que terminó poniendo en bandeja de plata la victoria electoral de Chávez.

El gobierno promotor del Socialismo del siglo XXI, durante los 17 años que median entre 1999 y 2013, llegó a recibir y manejar un promedio de 56.500 millones de dólares americanos anuales, que hacen un total de 734.500 millones. Ello sin contar los miles de millones de dólares en ingresos adicionales obtenidos por la vía del endeudamiento externo.

Para no aturdirnos hundidos en números que escapan de nuestra entelequia, baste recordar que el Plan Marshall, la iniciativa de Estados Unidos para ayudar a la reconstrucción de los países de Europa devastados durante la Segunda Guerra Mundial, sólo costó unos 12.000 millones de dólares de la época.

Diametralmente opuesto a la espectacular “Siembra del Petróleo” ejecutada durante la “Gran Venezuela” del primer gobierno del Presidente Carlos Andrés Pérez (CAP), los colosales recursos manejados por Chávez se dilapidaron sin haber invertido en ampliar o mejorar las infraestructuras, los equipamientos o la producción de Venezuela, o en dar continuidad a la formación de generaciones capaces de dar cara a los retos del futuro. Ni siquiera se habían destinado a atajar el pésimo funcionamiento de una empresa petrolera que, poco a poco, se iba arrojando hacia el grupo de las marginales del mundo.

El “boom” de ingresos se erigía en la fuente de financiación de la agenda izquierdista no solo de Venezuela, sino de Hispanoamérica. El país era empujado a andar por la ruta de un

modelo que, desde su emblemática historia durante el siglo XX, ha conducido a la ruina de las sociedades donde consiguió instalarse.

En Venezuela, la ruta hacia la debacle se sembró mediante una guerra contra el liberalismo y las firmas privadas, canalizada a través del colectivismo, el estatismo y el centralismo democrático, tres pilares fundamentales del Socialismo del Siglo XXI...o del comunismo del siglo XX.

¿Resultados? Según ha asegurado el economista Manuel Sutherland, director del Centro de Investigación y Formación Obrera (CIFO), entre el 2013-2020, durante el gobierno de Maduro, en Venezuela se produjo la caída más grande en la historia del capitalismo: ¡un 90% del Producto Interno Bruto (PIB)! ¡un 90% del equivalente a la casi totalidad del valor monetario de la producción de todos los bienes y servicios producidos en el país!

Maduro heredaba una economía sometida al proceso de ralentización iniciado con la caída del “boom petrolero” y la consecuente desaceleración económica, iniciada durante los últimos días del gobierno de su predecesor Chávez.

Con una contracción de la actividad del sector privado y, por ende, cada vez más dependiente de la renta petrolera, el país veía descender sus ingresos. Además de la caída de los precios del petróleo comenzada desde 2008, la producción se reducía de 3,5 millones de barriles al día a sólo 2,4 millones en 2011.

Es oportuno destacar a María Amaré, Coordinadora Local Senior en EsLibertad Venezuela, cuando nos recuerda que, gracias al socialismo, el próspero país que conocimos pasaba a exhibirse como uno donde el 96% de su población vive en condición de pobreza.

La ruta a la debacle: colectivismo, estatismo y centralismo democrático versus liberalismo

En paralelo al sostenimiento de la onerosa administración del Estado Democrático y Social de Derecho y de Justicia, consagrado en la Carta Magna, en Venezuela, se desvían impensados caudales del erario nacional para ponerlos al servicio del sarao, despilfarro y corrupción que mueve el andamiaje de un esquema de Estado Comunal, que solo se ha podido instaurar -o imponer por decretos- en aquellas sociedades en la que la revolución toma el poder por las armas.

A lo fines de empujar el inconstitucional Estado Comunal, por encima de cualquier responsabilidad o compromiso, se le confiere especial prioridad a tres máximas inspiradas en la filosofía de los totalitaristas y hambreadores regímenes de la Unión Soviética y de la China maoísta. Me refiero a tres máximas antiliberales contrapuestas al principio de propiedad privada y a la existencia de clases sociales: el colectivismo fundado en el Poder Popular, establecido a la par y en sintonía con el estatismo o capitalismo de Estado en su concepción marxista y el centralismo democrático leninista.

El colectivismo fundado en el Poder Popular

Se ha calificado como escandalosamente dispendioso e improductivo el proceso de construcción del *colectivismo*; es decir, el conjunto de programas sociales, o de misiones

integrados en el oficialista Sistema Nacional de Misiones -Grandes Misiones o Micro-Misiones Hugo Chávez-, concebido bajo la máxima radical anti clases sociales, ya desechada hasta por la misma izquierda,

“de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”.

Creados por instrucciones de Hugo Chávez como una política de Estado dirigida a garantizar a toda persona, en especial a las más vulnerables, la seguridad de los ingresos y el acceso a los servicios sociales básicos, abarcan programas de educación y alfabetización, culturales, científicos, políticos, derechos indígenas y medioambientales y consultas médicas gratuitas.

El más popular es el famoso programa de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción (CLAP), al que se le confiere la responsabilidad de garantizar la correcta distribución y comercialización de bolsas subsidiadas de alimentos y productos de primera necesidad, incluso con el apoyo de la intervención de la Fuerza Armada Nacional.

Además de este onerosísimo programa, se brindan facilidades en muchas otras áreas. Se dan desde créditos subvencionados para la adquisición de viviendas y distintos bonos monetarios otorgados a los adultos mayores, a familias y a madres parturientas y lactantes, pasando por complementos de sueldos y salarios, hasta ayudas para el pago de servicios básicos como los de telefonía fija, electricidad, aseo y gas.

De acuerdo con la declaración presentada el 10 de junio de 2019 por Transparencia Internacional, capítulo Venezuela -asociación sin fines de lucro dedicada a prevenir y disminuir la corrupción-, los recursos económicos destinados a 37 programas sociales superaban los 131 millones de dólares estimados. Según lo que escuché por algún medio de comunicación, el colectivismo hasta el 2010 se había engullido alrededor de un exorbitante 12% de un PIB calculado por encima de 318 millones de dólares. Las cifras no lucen desproporcionadas si consideramos que el Gobierno asegura tener registrados en el sistema a más de 18 millones de ciudadanos, casi dos tercios de un total de cerca de 28 millones.

Contrariamente a sus objetivos de transformación integral del Estado y la sociedad y de incidir en la reducción de los índices de pobreza, desnutrición y seguridad ciudadana, entre otros, según señalaban desde la misma Transparencia Internacional, han sido promotores de la actual emergencia humanitaria compleja que atraviesa Venezuela. Aparte de cabalgar sobre una creciente burocracia minada de opacidad y corrupción, son la causa del surgimiento de una cultura clientelar que ha contribuido a la dispersión de recursos, el solapamiento de funciones y la segmentación del sistema, con beneficios para algunos grupos y restricción para la mayoría restante.

A la luz de esta política emprendida por el gobierno revolucionario, y mercadeada como la bandera en “defensa de los intereses y las aspiraciones del pueblo”, en 2010 es aprobado un tinglado de instrumentos jurídicos que, contrariando la Constitución de 1999, modificó sustancialmente las bases orgánicas del Estado venezolano. Hasta ese año, apenas se había dictado la Ley de los Consejos Comunales⁶ de 2006, cuando apenas se esbozaban los

⁶ En 2009, es aprobada la *Ley Orgánica de los Consejos Comunales*, que modificó la Ley dictada en la materia en 2005.

primeros intentos para sintonizar la relación del pueblo con la gestión de las políticas públicas.

Se trata de leyes diseñadas en aras de perfilar la arquitectura del Estado Comunal en su expresión social y territorial, con base en organizaciones socio-productivas signadas para la participación ciudadana directa -y no a través de representantes electos-, en el marco de un régimen de propiedad social -negador del libre mercado y de la posibilidad de lucrar individualmente los excedentes-. Entre estos significativos instrumentos⁷, inscritos en una estrategia, de entrada y a todas luces, violatoria de la Carta Magna, destacan la Ley del Poder Popular y, en particular, la de Comunas, dos textos concebidos para dar cuerpo a los programas del Sistema Nacional de Misiones, cada vez más macados por su carácter asistencialista y paternalista.

Conforme a estas leyes, el Poder Popular supone nacer del “ejercicio directo del poder”, a través de las disímiles formas de organización del pueblo.

Concebido de manera alterna y totalmente distinta a la forma de organización del Estado venezolano consagrada en la Carta Magna, el Estado Comunal se fundaría en el ejercicio directo y sobreano del Poder Popular, a través de autogobiernos comunales con competencias en lo político, económico, social, cultural, ambiental, internacional y en todo ámbito de desenvolvimiento y desarrollo de la sociedad.

El estatismo o capitalismo de Estado en su concepción marxista

A la par del colectivismo, el Presidente acelera el sistemático cerco al empresariado que había iniciado desde 2001, casi que inaugurándose en su mandato y mucho antes de su declarada ofensiva jurídica.

Particularmente noticiosas fueron las expropiaciones de latifundios y tierras, “para dárselas” a quienes las quisieran trabajar. En esta acometida se valió de la Ley de Tierras y Desarrollo Agrario de noviembre de 2001, herramienta criticada por empresarios, terratenientes y hasta por los mismos campesinos, especialmente, porque en su texto contempla:

“...el Estado se reserva el derecho a la expropiación por causa pública o social cuando sea necesario establecer un proyecto especial de producción o uno ecológico, o cuando exista un grupo poblacional apto para el trabajo agrario que no posea tierras o las tenga en cantidades insuficientes.”

Jamás olvidaré el mordaz -e irresponsable- regocijo de Chávez cuando, en 2005, alardeaba con la atropellante ocupación de La Marqueseña, un fundo paradigmático de la actividad agropecuaria, desplegado sobre 8.400 hectáreas, pertenecientes al Estado Barinas. Tampoco

⁷ Ley para la Transferencia al Poder Popular, de la Gestión y Administración Comunitaria de Servicios, Bienes y Otras Atribuciones; Ley del Consejo Federal de Gobierno, Ley de Planificación Pública y Popular; Ley de Contraloría Social; Reforma Parcial de la Ley del Poder Público Municipal; Reforma Parcial de la Ley de los Consejos Locales de Planificación Pública y Ley de los Consejos Estadales de Planificación y Coordinación de Políticas Públicas.

olvidaré que, al poco tiempo de haber caído su administración en las manos del Estado, pasó a producir cuatro veces menos que cuando la manejaban sus propietarios.

Desde 2002 veníamos observando al Jefe del Gobierno en su inmisericorde cruzada dirigida a adelantar varios procesos de expropiación/estatización. Pero, no sería sino en 2007, luego de su triunfante reelección en las presidenciales de diciembre de 2006, cuando decidió abordarla masivamente; dos años después de su participación en una reunión del izquierdista Foro de San Pablo realizada en 2005, en la que había decidido confesarse socialista.

Engreído con un incuestionable andamiaje del 63% de los votos emitidos en una contienda en la que participó el 75% del electorado, resolvía dar un impulso hacia el gran objetivo del *estatismo* o el “transitorio” *capitalismo de Estado en su concepción marxista*; es decir, la toma del Estado con la mira puesta en la meta final: la instauración de una revolución social que implante la organización socialista (¿colectivista?), basada en el control colectivo de la producción.

En correspondencia con su hazaña, el "Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación" para los años comprendidos entre 2007 y 2013, se centra en la promoción de un modelo productivo de concepción socialista (¿comunista? ¿anti-propiedad privada?), que desarrolla los lineamientos ideológicos trazados por Hugo Chávez, más de una década atrás.

Ciertamente, en 1996 -tres años después de su intentona de golpe de Estado-, Chávez había expuesto su pensamiento anticapitalista en un documento conocido como la “Agenda Alternativa Bolivariana. Una propuesta patriótica para salir del laberinto”.

Frente a lo que denunció como un Estado sumiso al capital, corrupto y ajeno al pueblo inmerso en una sociedad de explotación/dominación de clases, proponía frenar la agenda neoliberal que le había sido recomendada a los gobiernos venezolanos a finales de los años 80 y durante los 90. Para su consecución, la estrategia bolivariana se plantea no solamente la reestructuración del Estado, sino de todo el sistema político, desde sus fundamentos filosóficos mismos hasta sus componentes y las relaciones que los regulan.

De acuerdo con lo aclarado por su mismo progenitor, el documento surgía como un arma para la contraofensiva total al neoliberalismo, desde “un enfoque humanístico, integral, holístico y ecológico” que incorpora el crecimiento de la economía social. ¿Será que el Presidente y sus asesores no sabían, ni nunca supieron, que, en 1972 -cerca de un cuarto siglo atrás-, Nixon y Deng Xiaoping-Mao se acordaron para transformar a la China comunista en otra de desarrollo capitalista liberal? ¿Tampoco sabían, ni nunca supieron que La Perestroika ejecutada en la Unión Soviética es el mismo “paquete neoliberal” que le aplicó “la derecha” al pueblo venezolano y que tanto y con tanto fanatismo criticaron?

Conforme con este enfoque de la nueva ética socialista, abiertamente explicitada en el Plan de Desarrollo 2007-2013, se supone que, antes que a la reproducción del capital, el modelo productivo debe responder primordialmente a las necesidades humanas. Ello conduce inexorablemente, a la eliminación de la históricamente forjada división social del trabajo (especialización de cada uno de los trabajadores profesionales, técnicos y obreros), de su funcional estructura jerárquica y del laberinto entre la satisfacción de necesidad y la producción de riqueza. Deriva hacia la sustitución de la meritocracia por un esquema de trabajo basado en el “toderismo”, propio de las personas que sin saber nada hacen de todo,

o en el primitivo igualitarismo que, sin considerar destrezas, formación o cualquier otra cualificación, tasa por igual a todas las personas.

Para consumir el enfoque, se trazan las líneas definitorias del sistema estatista de relaciones de producción basado en la propiedad social de los medios de producción. Y, para potenciar la total contraofensiva al neoliberalismo, en el Plan, audazmente, no se duda en decidir que el Estado conservará el control total de las actividades productivas trascendentes y que sean de valor estratégico para el desarrollo del país.

Bajo el desiderátum, a partir del 2007 -el año de inicio del plan- fueron nacionalizadas empresas de distintos rubros. Con el argumento de dar protección al empleo y la incumplida promesa de una buena compensación, pasaron a manos del Estado industrias vinculadas al petróleo, no sólo de las grandes multinacionales, sino también de compañías que suministran transporte de personal y materiales, muelles y puertos e inyección de agua y gas, entre otros servicios, como el caso de una planta de taladros petroleros.

A las empresas relacionadas con el hidrocarburo se sumaron varias emblemáticas de las telecomunicaciones, la electricidad, la construcción, la siderurgia y el comercio, así como otras dedicadas a la agroindustria, los fármacos y la fabricación de vidrios y de fertilizantes, lubricantes para automóviles, envases de aluminio, cartón y ferretería. No se escaparon las estatizaciones de complejos de hotelería, supermercados, cadenas alimentarias y bienes inmuebles, desde edificaciones, viviendas, desarrollos habitacionales y estacionamientos, hasta compañías simbólicas como CONFERRY, que prestaba servicios de transporte de pasajeros y de carga, principalmente, hacia la turística isla de Margarita.

Con las expropiaciones-estatizaciones se iba configurando un capitalismo de Estado en su concepción marxista; es decir, un sistema que combina el capitalismo con la propiedad o el control del Estado. Un sistema nefastamente lacrado con la ideología y la lealtad al régimen y con base en el conglomerado de empresas públicas improductivas, que terminaron devorándose vastos recursos que muy bien podían destinarse a hacer un “buen gobierno”. Se trata de jugosas sumas que han debido emplearse en la gestión de instituciones competentes, abiertas, inclusivas, responsables y capaces de lograr los efectos esperados de su misión: asignaciones eficientes, respuestas a las necesidades del ciudadano y promoción de la equidad.

El pago de expropiaciones/estatizaciones, realizadas entre 2007 y 2009, se acercó a la suma de 23.377 millones de dólares. Una cifra también desorbitante y que seguramente está muy por debajo del monto considerado para los numerosos casos de intervenciones llevadas acabo sin el posterior cumplimiento con las legales indemnizaciones.

Mientras se alimentaba tan aberrante estrategia, en diciembre de 2007, Chávez presenta en referéndum consultivo, una propuesta de reforma a la Constitución a los fines de hacer de Venezuela un Estado socialista. Para su sorpresa, puesta de manifiesto en un disgusto abiertamente p(ú)blico, un poquito más de la mitad de los electores le dijo NO.

El gobierno pretendía avanzar en su propósito, en un momento en el que en la República comenzaban a brizar tiempos adversos.

En 2009, a la destrucción de la estructura de PDVSA, traducida en una reducción de la producción del crudo de 3 a 2,6 millones de barriles diarios, se sumó el estallido de la crisis económica mundial de 2008, que hizo desplomar los precios por barril de 130 dólares a alrededor de 50. En enero 2010, el régimen se ve obligado a devaluar el bolívar en un 90%. ¡El precio del barril de petróleo todavía estaba por encima de 120, pero el chorro de dólares era insuficiente para detener el expansivo y ya considerable déficit fiscal!

Sin fondos previsivamente ahorrados para compensar el colapso de la renta petrolera, el ingreso a la hacienda pública se iba tornando exponencialmente deficitario de cara al cada vez más enorme, ávido e insaciable modelo de sociedad colectivista y de capitalismo de Estado en gestación. Obviando el revés, en junio de 2010, le declara la guerra a la “burguesía”, en una atronadora alocución por radio y televisión. Con su embestida daba muestras de que hacía caso omiso al comentario generalizado de que el colectivismo ya se había engullido alrededor de un exorbitante 12% del PIB. Muy grave fue el haber desconocido el informe del Banco Central de Venezuela de 2010, según el cual la economía ya se había reducido en un 6%, las inversiones de capital fijo habían caído de 7,3 millardos de bolívares en 2008 a 5,02 millardos y la inflación, en el primer trimestre del año, ya había crecido un 11%. ¿Ignoraba que transitábamos por los dos años de dificultades económicas premonitorias de la catástrofe que acusaríamos en 2013-2020?

Lejos de reconocer que la crisis obedecía al insostenible saqueo, despilfarro y corrupción que sellaba la política fiscal, Chávez arremete contra los empresarios afiliados a FEDECÁMARAS y al Consejo Nacional del Comercio y los Servicios (CONSECOMERCIO). Los acusa de esconder los alimentos básicos para aumentar los precios y desestabilizar al gobierno. Instalada y atónita frente a la pantalla del televisor lo vi atacar a la empresa privada, en especial, a Lorenzo Mendoza, presidente de Empresas Polar, la mayor procesadora de alimentos de Venezuela, a quien amenazó con expropiarlo.

En 2011, informaba sobre la expropiación de unos 30.000 kilómetros cuadrados de tierras, equivalentes a más de 3 millones de hectáreas. Al año siguiente, 2012, la Confederación de Industriales Venezolanos (CONINDUSTRIA) denunciaba que el número de compañías entre nacionales e internacionales que habían caído en la redada del jefe de Estado venezolano ascendía a la alarmante cifra de 1.168.

En Julio de 2011, cuando la tasa de inflación anual todavía se mantenía en un 29%, el Presidente decreta la Ley de Costos y Precios Justos. El objetivo era

“...mantener la estabilidad de precios y propiciar el acceso a los bienes y servicios en igualdad de condiciones y, en el marco de un modelo económico y social que privilegie los intereses de la población y no del capital.”

En consonancia con el artero discurso, es aprobado el instrumento legal necesario para *“luchar contra la especulación, incrementar la eficacia económica en la producción de bienes y servicios y construir la economía socialista”*. Como sentenciara el Mandatario:

“...esta Ley de Costos y Precios Justos constituye un nuevo mecanismo en la "transición al socialismo" que busca acabar con los "vicios del capitalismo”.

En su texto se incluye la creación del tan ocioso como engorroso Sistema Nacional Integrado de Costos y Gastos, un método de administración de precios de venta y márgenes de ganancia que obligaba a los empresarios a informar, a través de un registro electrónico, la estructura de costos y precios de sus productos. Para su aplicación, el ejecutivo se valió de la intervención coercitiva de las fuerzas de defensa y seguridad del Estado; incluyendo los colectivos -el brazo armado de la Revolución, según el mismo Chávez- que no son sino los miembros de la organización paramilitar de encapuchados motorizados, un ejército irregular que pasaría a la historia por sus invasivas, represivas y temibles incursiones dirigidas a sofocar cualquier legítima, democrática y pacífica manifestación de protesta de la ciudadanía.

¿Habría sido posible que el gobierno no tuviera idea de la causa de la situación inflacionaria? ¿No sabría que no era más que el resultado de la escasez) de productos disparada por efectos de la perversa política de control de precios aplicada por Chávez, desde 2003, a “aquellas empresas cuyas ganancias fueran excesivas en proporción a las estructuras de costo”? Al control de precios hubo que acompañarlo de su par el control de cambio, un intento por encarar la consiguiente fuga de capitales.

En menos de un par de años, a la devaluación de un 90% del bolívar acometida en 2010 -rápidamente traducida en aumentos sustanciales de los precios de los productos importados demandados por el aparato productivo-, se le sumaba la aplicación de una política de congelación de precios, tan extrema que llevó al empresario a producir a pérdida.

Los efectos perversos de la progresiva estatización de la economía se multiplicaban con los contos causantes de distorsiones profundas en el aparato productivo, incluyendo la interrupción de la inversión y la contracción de la capacidad de producción. En breve tiempo, nos convertíamos en angustiados testigos de la caída en barrena hacia la estanflación, es decir, hacia una recesión económica con inflación, con las secuelas inherentes al infrahumano círculo vicioso desabastecimiento-escasez-escalada de precios.

Para completar el cuadro, la arremetida de 2010-2011 se producía en un ambiente pos “boom petrolero”, ya minado de muchos otros factores entorpecedores de la economía. La ofensiva ocurría en el momento crítico de obstaculización del conjunto de recursos, tecnología, organización e instrumentos necesarios para la producción de bienes y la prestación de servicios, en especial, los demandados por del sector manufacturero, que ya se hallaba prácticamente paralizado.

Además de la escasez de materias primas y de las recurrentes fallas en el suministro eléctrico, causadas por deficiencias en el mantenimiento, el aparato productivo se enfrentaba a la incertidumbre política y económica, a la imposibilidad de las empresas extranjeras de repatriar dividendos y a las dificultades en la entrega de divisas, en una economía rigurosamente controlada desde 2003. A estos factores entorpecedores, se añadieron dos “camisas de fuerza” que terminaron por pulverizar el derecho al libre ejercicio del mercado y, por ende, a la economía.

Por un lado, la aparición de actores de fiscalización y control sobre la economía, tales como los comités de contraloría y la milicia bolivariana, un nuevo componente de la Fuerza Armada Nacional de carácter “popular”. A semejanza de la actuación de los temibles

colectivos, fueron establecidos especialmente para poner en práctica métodos restrictivos apoyados en todo un sistema regulatorio y sancionatorio de la criminalizada actividad productiva. Más de una vez, vimos en nuestras pantallas de televisión alarmantes procedimientos de solicitud de información y visitas a plantas y establecimientos.

La otra “camisa de fuerza” fue la delicada conflictividad laboral ocasionada por la paralizante Ley del Trabajo de abril de 2012, fundada en medidas tan improcedentes como reducir de 44 a 40 horas la jornada laboral semanal, pago doble en el caso de despidos injustificados, cálculo de las prestaciones con base en el último salario y eliminación de la subcontratación. Refrescando palabras que le escuché, por radio, al Primer Magistrado de la República:

“la ley del trabajo es una ley redactada por los trabajadores y no por la burguesía...y...dirigida a superar las formas de explotación capitalista y a poner fin a años de atropello a la clase obrera...Cualquier capitalista dice: mira qué vagabundería es. No, vagabundería no, son derechos humanos.”

*El centralismo democrático leninista:
desmedido centralismo o totalitarismo*

El montaje combinado del colectivismo y del estatismo devoradores de y destructores del empresariado y de la producción privada -léase la producción de Venezuela-, se llevaba a cabo bajo un régimen de desmedido centralismo democrático leninista o totalitarismo, orquestado mediante una planificación central y burocrática. Sin restricción alguna, se echaban por tierra los provechosos avances logrados durante los últimos años de la democracia representativa, mediante las leyes descentralizadoras aplicadas desde finales de la década de los 1980 y que dieron a luz la posibilidad de elegir por el voto popular universal, directo y secreto a administraciones estatales y municipales, presididas por las figuras de los gobernadores y los alcaldes.

La premisa anti autonómica vociferada por el Presidente apenas estrenándose en el Palacio Presidencial, fue la constante que selló todas sus actuaciones. Vale destacar, por ejemplo, el carácter en extremo centralista de la Comisión Central de Planificación, que estableció en 2007, un cuerpo integrado con jerarcas del Ejecutivo Nacional. Según sus mismas palabras:

“...de alto grado estratégico para la esencial, vital, transición del modelo capitalista, dependiente, atrasado, colonizado (...) que ha producido tanta miseria, pobreza, y dolor a nuestro pueblo (...) transición necesaria hacia un modelo socialista que genere y que le proporcione al pueblo la mayor suma de felicidad posible...”

El líder supremo de la Revolución daba rienda suelta a su estrategia para transformar a Venezuela en un Estado socialista (¿comunista?), imponiendo la re-centralización y liquidación de cualquier rasgo autonómico, con un presidencialismo mucho más férreo, marcado y avieso que el duramente criticado como causante de la crisis aparecida durante los años 80, y afrontado desde 1989 a 1999. Lo maquinado en esta oportunidad es el centralismo democrático leninista, o desmedido centralismo o totalitarismo propuesto por Vladimir Ilich Uliánov, alias Lenin, para la organización y funcionamiento del Estado socialista, sirviéndose de una estructura totalitarista que articula el liderazgo central con el

Poder Popular de manera directa y soslayando a las intermediarias instancias de poder regional y local.

En un principio, se había planteado edificar el Poder Popular de abajo hacia arriba y mediante procesos colectivistas de participación popular que, por agregaciones territoriales e intereses comunes, suponían erigirse en los forjadores de los Consejos Comunales y de las Comunas. Una propuesta que soslaya la dilatada experiencia participativa de las Juntas Parroquiales y las Juntas Comunales, los órganos comunitarios auxiliares de la gestión local, que fueron tan útiles durante la era democrática de los últimos 40 años del siglo XX. Contrariamente a lo anhelado, la realidad de un pueblo desentendido del asunto obligó a imponerlo de manera forzosa, de arriba hacia abajo e integrado a una nueva y en sumo centralizada estructura político-administrativa, a la que se le ha encargado la planificación y coordinación de la vida de muchas organizaciones sociales.

El Estado Comunal en la Ley.

La confusión entre igualdad territorial e igualdad social

El Estado Comunal está normado en la inconstitucional Ley de las Comunas aprobada en Gaceta Oficial N o 6.011, el 21 de diciembre de 2010. En sintonía con este contrabando legislativo, la República pasaría a estar regida según una forma de organización político social distinguida por el ejercicio directo del Poder Popular, a través de unos autogobiernos comunales -¿"dictadura del proletariado"?-, que operarían subordinados a un sistema económico comunal -¿socialista?, ¿comunista?-, fundado en relaciones sociales de producción bajo formas de propiedad social o colectiva -y no privada o individual-.

En el contexto de tal desvarío histórico, los Consejos Comunales y las Comunas pasarían a ser las nuevas instancias locales para ejercer la participación ciudadana. Los Consejos Comunales fungirían de instancia de articulación e integración entre las diversas organizaciones comunitarias, a las que se les delegaría la comprometedoras responsabilidades de ejercer directamente la gestión de políticas públicas y proyectos, prioritariamente orientados a "responder a las necesidades de construcción de una sociedad de equidad y justicia social".

Nacida por la agregación de Consejos Comunales, y "copiada al calco" de la ya enterrada fórmula de Mao, según lo ofrecido por Chávez en el Aló Presidente Teórico No 1 de 2009, la Comuna es pensada como la entidad local donde la ciudadanía, en el ejercicio del Poder Popular que se ha de edificar, realizaría el pleno derecho de la soberanía y desarrollaría la participación protagónica, por intermedio de formas de autogobierno sobre las que se fundaría el Estado Comunal.

La Comuna pasaría a ser la célula fundamental del Estado Comunal, en sustitución arbitraria del rol que el artículo 16 de la Constitución Nacional le otorga al Municipio, gracias al histórico recorrido de esta instancia territorial, que se remonta a su antecesor el cantón de los tiempos coloniales y se expresa en las Cartas Magnas de los siglos XIX y XX.

Conteste a lo consagrado en la Ley de las Comunas, la creación de las omunas, del Estado Comunal -y de los los Consejos Comunales-, se concibe de manera voluntarista y de arriba hacia abajo y bajo el criterio que confunde igualdad territorial con igualdad social, de modo

similar a la redistributiva norma territorial infelizmente experimentada según lo formulado en el V Plan de la Nación, 1974-1979.



Con una visión de futuro impuesta con la progresiva intromisión del Estado en todos los intersticios de la vida social e individual, la agenda oculta detrás del colectivismo es imponer el irrealizable modelo que conduciría a la creación de la sociedad administrada de acuerdo con la antes mencionada “dictadura del proletariado”.

El controversial espíritu colectivista de las Comunas se torna mucho más ambicioso al dictaminar la arquitectura de un orden territorial paralelo a la histórica organización político-territorial ratificada en la Carta Magna.

No sólo es transgredido el mandato constitucional en el que reza que el territorio se organiza en Municipios, para arbitrariamente asignarle a la Comuna el carácter de célula fundamental de conformación del Estado Comunal.

Se pretende, por añadidura, soslayar otras dos disposiciones constitucionales que se relacionan con la forma de organización del Estado venezolano.

La primera, consagrada en el artículo 136, establece:

“El Poder Público se distribuye entre el Poder Municipal, el Poder Estatal y el Poder Nacional. El Poder Público Nacional se divide en Legislativo, Ejecutivo, Judicial, Ciudadano y Electoral.”

¡NUNCA SE MENCIONA AL PODER POPULAR!

Y, según se lee en la segunda disposición, contenida en el artículo 16,

“Con el fin de organizar políticamente la República, el territorio nacional se divide en el de los Estados, Distrito Capital, las dependencias federales y los territorios federales...”

Es un discurrir jurídico discernido como si Venezuela fuera un Estado-Nación improvisado. Se pretende concebirla en el contexto de una fórmula ajena a la construcción de los Estados y los Municipios, los entes territoriales que se erigen en las huellas o marcas territoriales de unos gentilicios de patria chica con 150 años de historia que explican los complejos procesos de división político-territorial y comunitaria, y el curso del desarrollo económico-social.

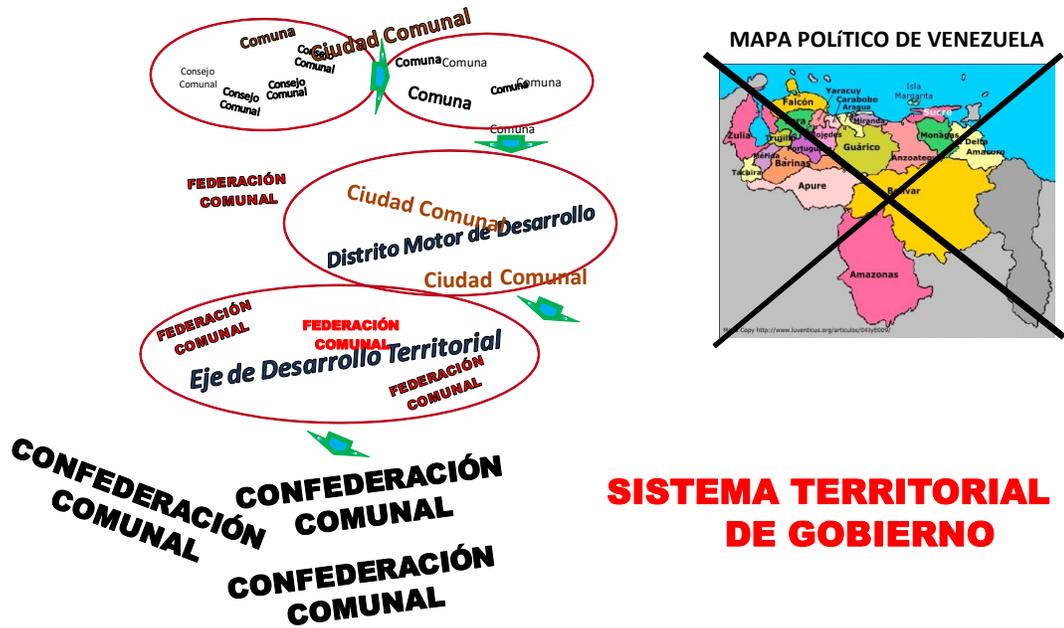
En efecto, a los fines del orden territorial a improvisar, la ley le otorga potestad a las instancias del Poder Popular para constituir sistemas comunales de agregación entre sí, con el propósito de poderarticularse en el ejercicio del autogobierno. El alcance del aspirado paralelismo respecto al orden territorial instituido es tal que se pretende fortalecer la capacidad de acción de cada sistema de agregación comunal, mediante la potestad de otorgar competencias en materias tan diversas y abarcales como las que se reparten las distintas instancias del Poder Público: desde funciones territoriales, políticas, económicas, sociales, culturales, ecológicas, hasta las diplomáticas y las de seguridad y defensa de la soberanía nacional.

Más aún, a cada nivel del sistema de agregación comunal se contempla conferirle la responsabilidad de llevar adelante planes de inversión en su ámbito territorial, atendiendo a los lineamientos y requerimientos establecidos en los respectivos planes comunales de desarrollo, así como asumir las competencias requeridas para la administración y ejecución de obras y para la prestación de los servicios públicos que se le concedan, con el apoyo de las respectivas transferencias de recursos.

En fin, sería de su competencia la tarea de impulsar el desarrollo del sistema económico comunal, propiciando la articulación en redes de las organizaciones comunitarias socioproductivas de propiedad social comunal directa o indirecta, por áreas de producción y servicios y en pro de satisfacer las necesidades colectivas y de reinvertir socialmente el excedente.

El descabellado paralelismo con respecto a la constitucional división político territorial por Estados y Municipios, plasmada en el mapa político, queda más al desnudo al delinear los tipos de sistemas de agregación comunal. Después de definir el Consejo Comunal como instancia de articulación de los movimientos y organizaciones sociales de una comunidad, y a la Comuna como la de articulación de varias comunidades organizadas en un ámbito territorial determinado, se plantea decretar y promocionar la formación de un sistema

territorial de gobierno nuevo y extraño al que opera según el didtórico mapa político de Venezuela.



En efecto, el sistema a decretar y promocionar se inicia con la Ciudad Comunal, constituida por iniciativa popular, mediante la agregación de varias Comunas en un ámbito territorial determinado. La articulación de varias Ciudades Comunaes, en el ámbito de un Distrito Motor de Desarrollo a establecer e impulsar, daría lugar a las Federaciones Comunales. En la cúspide de la pirámide emergerían las Confederaciones Comunales resultantes de la articulación de varias Federaciones Comunales, en el ámbito de un Eje de Desarrollo Territorial también sujeto a decreto y promoción previos.

Es muy difícil digerir una idea tan alejada de la realidad como la propuesta de edificación de enteleguías como el aspirado Sistema de Agregación Comunal y, por derivación, del Estado Comunal. Se olvida que la configuración de las superficies y los límites de cada uno de los componentes políticos del territorio -y de su asociado y jerarquizado sistema de ciudades, con sus respectivas áreas de influencia-, es un complejo y pugnado proceso que varía y se consolida dependiendo de las formas que, en cada período histórico adopten los concomitantes factores o fuerzas de localización.

El actual orden territorial de Venezuela es el resultado, en primer lugar, de la forma como los actores sociales, desde nuestro pasado precolombino y colonial, se han disputado, repartido y defendido los territorios y, en segundo lugar, de la forma como éstos han canalizado en cada región el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas: herramientas, maquinarias, terrenos, insumos, cantidad y calidad de la mano de obra, capacidad empresarial, acceso s la ciencia y la tecnología, etc.

Más difícil de digerir es la quimera de hacer descansar el desarrollo nacional en el pueblo, con la puesta en práctica de multiplicidades de planes comunales -locales, regionales y nacional-. Más que irresponsable, es ingenuo endilgarle al Poder Popular la gestión de las políticas públicas que siempre han descansado, y tienen que descansar, sobre los hombros de los meritorios semilleros de profesionales, técnicos y funcionarios especializados apostados en cada una de las instancias nacional, estatal y municipal del Poder Público, debidamente institucionalizadas y sincrónicamente organizados entre sí.

De modo más mesiánico aún, se ignora que Venezuela arribó al siglo XXI como un país de avanzada en el que la planificación del desarrollo, con inclusión de la respectiva expresión territorial, había evolucionado hasta el punto de formar un sistema nacional desagregado a escala de las Entidades Federales, de las ciudades y de muchas áreas de interés específico: áreas protegidas, litorales costeras, etc. Se ignora el grado de desarrollo alcanzado en nuestro país y puesto de manifiesto en un sistema urbano moderno, resultante de la conjunción de redes de ejes de desarrollo territorial. Un sistema urbano hoy consolidado y dinamizado por efecto de la diversidad de motores de desarrollo nacidos al calor del enriquecedor proceso de crecimiento socioeconómico.

¡NUNCA POR DECRETO!

Se olvida que la pausada, pero firme y eficiente instalación de específicos encadenamientos de la agroindustria, de la industria automotriz, de la manufactura del calzado y la moda o de los servicios especializados, por mencionar algunos, nos había permitido traspasar niveles de desarrollo hasta llegar al estadio de las especializaciones territoriales (know how), que se originan y cristalizan en el curso de concomitantes procesos históricos de localización.

¡NUNCA POR DECRETO!

Un elemento distorsionante del espíritu localista enunciado en “el poder es ejercido directamente por el pueblo”, es la creación del centralista y patrimonialista Banco de la Comuna. Es la institución encargada de gestionar, administrar, financiar y controlar recursos financieros y no financieros, a los fines de impulsar exclusivamente las políticas económicas encaminadas a la construcción del modelo productivo socialista, de acuerdo con lo establecido en los lineamientos del Plan de Desarrollo Comunal.

Aparte de aplicar un subsidio asistencialista y paternalista que desvirtúa la esencia del Poder Popular, desde que lo hace dependiente de la voluntad del provisor Papá Petro Estado, no es nada recomendable para la salud y el buen funcionamiento de la economía y la gobernanza, la instauración de unas Comunas a financiar con un erario ya desbordado gracias a la atención de la complejidad de los responsabilidades asumidas a lo largo de la historia.

Antecedentes del Estado Comunal: “La Nueva Geometría del Poder”

Con la sanción de la Ley de las Comunas, la Asamblea Nacional, siguiendo los mandatos del Presidente de la República y sin escrúpulo alguno, burlaba la negativa del pueblo al referéndum consultivo de 2007 sobre la propuesta de Reforma Constitucional para hacer de Venezuela un Estado socialista, que había sido solicitado por el mismo Chávez.

Apenas corría el tercer año después del evento en el que, con el 50,65% de los votantes, Venezuela no solamente había dicho NO a cualquier condicionamiento o intervención al

principio de propiedad privada y de la libertad económica, así como a pautas impuestas desde el Estado y al cumplimiento de ciertos objetivos sociales.

Los venezolanos también habíamos dicho NO a una maniobra similar a lo considerado en las leyes de las Comunas y del Sistema Económico Comunal y que apunta hacia una reorganización territorial de la República, alterna a e las instancias regionales y locales de poder consagradas en la Carta Magna.

Con la Reforma a la Ley Fundamental, donde se sentaban las bases del proyecto chavista del Estado Comunal, no solo se pensaba atribuir a las Comunas la función del Municipio como unidad política primaria de la organización nacional, tal y como prevalecería en proyectos posteriores. Se proponía la radical y descabellada creación de nuevas figuras de entidades federales: regiones especiales militares, regiones marítimas, provincias federales y territorios federales. Entre otras de las improvisaciones, se bosquejaban las Ciudades Comunales, como entes a constituir cuando en la totalidad de su perímetro, se hubieran establecido las comunidades organizadas, así como las Comunas y los autogobiernos comunales, quedando sujeta su creación a un referéndum popular a convocar por el presidente en Consejo de Ministros.

Si bien se preveía conservar a los Estados en su condición de las históricas y legítimas entidades federales organizadas en Municipios, su autonomía iba a ser sensiblemente disminuida por efecto de ciertas medidas re-centralizadoras. Además de la perversa vuelta al centralismo evidenciada en la denigrante transferencia al Poder Nacional de la competencia de su regulación y de algunos de sus ingresos, se pretendía compartir la partida del Situado Constitucional con los otros entes territoriales a crear. Es decir, la partida calculada en un máximo del 20% de los ingresos estimados anualmente por el fisco nacional iba a ser redistribuida a otros entes, según un prorrateo entre los veintidos Estados y el Distrito Capital, el asiento de las tres ramas del Poder Público Nacional: ejecutivo, legislativo y judicial.

El tratamiento del mapa del territorio -y de la sociedad- como si fuese un trozo de papel sin vida, sin dolientes y en manos de un niño presto a borrar, tachar y dibujar libremente, llega a tal extremo que el Presidente Chávez y sus asesores se planteaban modificar la unidad político-territorial que hoy ocupa el Área Metropolitana de Caracas, sin pensar que en los ámbitos territoriales residen personas con sentido de pertenencia, es decir, “dueños” de hecho y de derecho. Aparte de revertir la figura del Distrito Capital a la del superado Distrito Federal, éste hubiese pasado a absorber los territorios ocupados por los municipios Chacao, El Hatillo, Baruta y Sucre del Estado Miranda que, por desbordamiento de su crecimiento, se conurbaron para formar una unidad dentro de la mancha urbana de la ciudad capitalina de Venezuela.

Un desatino similar a este lo intentaron unos pensadores de escritorio, por los años de 1990. La fórmula propuesta no pudo prosperar ante la furia de grupos de protesta provenientes de distintas ciudades mirandinas, a tal extremo que, en reclamo del posible despojo, se desplazaron hacia el centro de Caracas, en postura amenazante.

No entiendo este sin sentido, sobre todo cuando pienso que a nadie se le ocurre modificar los límites territoriales históricamente establecidos, hoy desbordados ante los procesos de

formación de megalópolis y regiones urbanas. Dos ejemplos, Nueva York conurbada con la vecina Nueva Jersey y Ciudad de México desplegada hacia su fronterizo Estado de México.

Por si fuera poco, se “saca de la manga” las denominaciones de “*Cuna de Bolívar*” y “*Reina del Guaraira Repano*”, para escoger entre ellos un nuevo nombre para la ciudad de Caracas. ¡Cambiarle el nombre a la capital de la República, como lo establece el artículo 18 de la Carta Magna, es atentar contra el nombre identitario, con el cual se bautizó, desde su fundación en 1567, a la que sería la capital de nuestra colonial Capitanía General de Venezuela! ¡Es atentar contra el nombre de la ciudad donde nació y se declaró nuestra emancipación de España, tal y como consta en la firma del Acta de Independencia! ¡Es atentar contra el contenido de los agitadores versos de nuestro himno nacional:

“...y si el despotismo levanta la voz,
seguid el ejemplo que Caracas dio.”

¿Por qué el empeño en borrar nuestra memoria histórica? ¿Por qué renegar de nuestros ancestros españoles, canarios, vascos, catalanes o andaluces? ¿Por qué renegar de otros abuelos, tan nuestros como los indígenas originarios o los negros hijos de esclavos traídos de África?

Una muestra. Un buen día “la Revolución” nos anunció el cambio de nombre del *Parque Nacional El Ávila*”, el área bajo régimen de administración especial que preserva gran parte de la superficie del Cerro El Ávila. La montaña pulmón vegetal, extendida por el borde norte de la capital del país, pasaría a llamarse “*Guaraira Repano*” -“Sierra Grande, según la etnia indígena de Caracas-. La terquedad fue tan inútil como la de los soviéticos en su intento de llamar Leningrado y Stalingrado a dos antiguas ciudades rusas: San Petersburgo y Volgogrado, respectivamente. Pasan los años y los residentes de Caracas seguimos “subiendo El Ávila”. Jamás he oído a alguien decir que “subió al *Guaraira Repano*”. No nos pesa a nosotros los oriundos de esta metrópoli que su nombre, originario de la conquista española, responda al del Alférez Mayor de Campo Gabriel de Ávila, quien era el dueño de esas tierras.

Es oportuno destacar que lo enunciado en la Reforma a la Constitución Nacional se inscribía en el horizonte previsto en la tesis de “La Nueva Geometría del Poder”, la estrategia presentada al país por Chávez, a los fines de modificar la histórica organización territorial, arbitrariamente, considerada como burocrática, ineficiente y, sobre todo, controlada por la clase dominante o burguesía. ¡Modificar el orden territorial ancestralmente establecido para inventar una nueva forma de distribuir el poder político, económico, social y militar!

Esta tesis, que orientaría el subversivo rumbo de la Revolución, es la sostenida, por pensadores como Doreen Massey, geógrafa marxista leninista, miembro de la Academia Británica y profesora de la Universidad Abierta del Reino Unido, quien proponía la creación de un orden territorial que, de manera voluntarista, paternalista y asistencialista, supone permitir arrebatarle el poder a la burguesía para trasladárselo al pueblo. En el caso de Venezuela, la meta se supone debe conseguirse, como también lo ventiló Chávez:

“...borrando de un plumazo el “*injusto mapa de Venezuela*”, por ser...*económica y socialmente desequilibrado*”.

Había que apostar por otro “*equilibrado*”, fundado en la promoción de una nueva división político territorial y un nuevo sistema urbano-regional.

En 2007, tuve la honrosa oportunidad de ventilar mi concepción contraria a la de la Dra. Massey, en un foro auspiciado en la Universidad Central de Venezuela, al que fuí invitada.

A la Dra. Massey le pregunté si veía como una alternativa viable modificar el ancestral orden territorial del Reino Unido, liderado por el poder monárquico instaurado en Londres desde tiempos remotos. No me respondió.

Aunque muy informal y tangencialmente, también pude expresar mi opinión a Jorge Giordani, amigo de la academia universitaria y de la política quien destacaría como el primer Ministro de Planificación del gobierno de Chavez, luego de haber sido su asesor durante los tiempos de la campaña electoral de 1998 por la Presidencia.

A Giordani, en enero de 1999, le había relatado pormenores sobre una acalorada discusión con mis alumnos de la Escuela de Geografía en la que advertíamos la inviabilidad de la propuesta de Chávez de “*revertir un país al revés*”. Como mostraban los panfletos divulgados durante su cruzada proselitista de 1998, se concebía construir (¿fantasear?) un modelo de desarrollo endógeno sustentable, teniendo como soporte un inventado sistema de ciudades.

Desdeñando el modernizante proceso global de hiper-urbanización e interrelación comunicacional y productiva, el sistema de ciudades a construir (¿a fantasear?) incluiría centros pequeños y medianos, surgidos de la unión de Comunas y, diseminados en torno a tres ejes imaginarios, conforme a lo divulgado desde su primera campaña electoral. Trazados en forma de arco contrapuesto a la más desarrollada franja del norte, dos ejes marginales correrían de norte a sur, por las fronteras del oriente y el occidente del país, y se enlazarán entre sí a través del eje fluvial Orinoco-Apure, que surca de oeste a este por las casi inhabitadas tierras del sur.

Ya desde ese entonces, reflexionábamos. ¿Cuánto costaría levantar -y dar mantenimiento- a los tendidos de acueductos, cloacas o electricidad requeridos por las pléyades de Ciudades Comunales a sembrar en los semi-habitados territorios del corazón de Venezuela? Y, para contrastar: ¿a cuánto podría remontar un cálculo de las inversiones realizadas en Caracas, desde su fundación en 1567?

La propuesta de reforma a la Constitución, y el posterior tinglado de leyes anticapitalistas, han sido la treta para perfeccionar el sistemático asedio al empresariado -y, por tanto, a la actividad productiva y al empleo-.

De acuerdo a lo que le escuché decir a Claudia Curiel L., destacada economista, especializada en políticas públicas, hasta 2012 las normas anticapitalistas ya sumaban más de 300 y se aplicaban junto a decisiones de políticas públicas que afectaban la marcha de la economía privada y de la vida de la sociedad en general. De ese total, más de 280 son leyes ordinarias u orgánicas, como las tres anteriormente mencionadas.

Para “meter en cintura” al sector privado, el Presidente Chávez se venía valiendo de 4 Leyes Habilitantes, aprobadas en 1999, 2000, 2007 y 2010, por una Asamblea Nacional mayoritariamente oficialista-. En 1999 y 2000, la ventaja en el parlamento la habían

conseguido por el efecto de arrastre de la popularidad del líder de la Revolución. En 2007 y 2010, la bancada opositora al gobierno casi no existía, gracias a la infortunada decisión abstencionista tomada en 2005, a pesar del monitoreado proceso de desencanto del pueblo respecto de las promesas revolucionarias.

Ciertamente, en los sufragios de las parlamentarias de ese año 2005, el país le había “regalado literalmente” la Asamblea Nacional a la Revolución.

Germán, mi familia y yo participamos muy tristes y enojados. Razonábamos como un gravísimo e inexplicable error el llamado a la abstención emanado de la mayoría de los partidos políticos retadores del caos que se avecinaba.

La infausta dualidad: Estado formal versus Estado Comunal

Ante tal situación, al oficialismo le surge el gravísimo problema de tener que financiar y sostener dos hiper-Estados, dos estructuras hiper-centralizadas y, por consiguiente, hiper-obesas e incompetentes, con las que se pretende someter a todo el sistema productivo a la estricta y obligada pauta de una planificación central.

De un lado, el tradicional Estado formal, obeso, fragmentado y hundido en la caótica pendiente que padecemos los ciudadanos de a pie, luego de la interrupción de su descentralizador proceso de saneamiento. Encabezado por un Poder Central, cada día más burocratizado, débil y movido con criterios populistas, se ha ido ensanchando artificialmente, debido a dos causas principales. La abultada creación de puestos para absorber la desocupación, a la cual se le añade la desviación hacia el sector público de empleos del ahora descolocado sector privado, ya fuera por el repliegue de empresas privadas o bien por las estatizaciones. El ensanchamiento ha sido tan vertiginoso que, solamente entre 2000 y 2010, el número de empleados de la administración pública llegó a incrementarse en un 79,2%.

En paralelo al Estado formal, se ha ido organizando el esquema de poder del Estado Comunal. Inicialmente desarrollado en la Ley Orgánica de Comunas de 2010, tiene como precursor lo ofrecido en “La Nueva Geometría del Poder” antes aludida, es decir, la estrategia territorial revolucionaria contenida en la propuesta de Reforma Constitucional rechazada en la consulta popular de 2007.

El Estado Comunal es diseñado para reemplazar a la democracia jerarquizada y conducida por representantes electos por el voto. La aspirada modalidad de organización del Poder Comunal es la de una estructura corporativa fundada en una relación de dependencia respecto de la Primera Magistratura, de carácter tutelar, vertical y que esquivará cualquier instancia estatal y municipal. Su concepción sugiere que la meta es caminar hacia la “dictadura del proletariado.

Para emprender la marcha hacia la meta, se suscita la fundación de un incierto número de Consejos Comunales y de Comunas o conglomerados sociales de familias y ciudadanos que nutren al Poder Popular y se sostienen con erogaciones tomadas del colosal ingreso proveniente del “boom” petrolero, propiedad de todos los venezolanos.

Sin disponer de una visión de conjunto, suponen asumir las ineficiencias del Estado y cargar con la responsabilidad de ejercer llanamente la gestión de las políticas públicas y proyectos,

desde la planificación comunal -articulada a la regional y nacional y no a la municipal y estatal-, hasta la ejecución y el control de presupuestos. Sin la requerida preparación de quienes las asumen y sin reflexionar sobre arraigos territoriales y potenciales de capital social propios de las comunidades, se delegan responsabilidades a un Poder Comunal, presunta fuerza o medio para el ejercicio directo de la soberanía depositada en el Poder Popular que ha de surgir como la instancia articuladora de todas las formas de organización política y social llamadas a proveer la base para el empoderamiento del pueblo.

En 2008, el año siguiente de instalada la centralista Comisión Central de Planificación, José Guerra, destacado economista y profesor universitario, observaba y denunciaba el estrepitoso fracaso de la estrategia de Chávez para transformar a Venezuela en el Estado del Socialismo del Siglo XXI.

A saber:

“Cada vez se hace más evidente que la economía venezolana ha entrado en un nuevo ciclo caracterizado por la lentitud del crecimiento y la aceleración de la inflación. La fase de expansión acelerada está llegando a su final y cada vez más al gasto público le cuesta impulsar una economía cuya principal restricción para su crecimiento no es la falta de demanda sino principalmente restricciones de oferta. Éstas se manifiestan en una declinación de la inversión privada no obstante la ausencia de cifras oficiales que evidencien lo que ya es una realidad visible. Similarmente, está influyendo en la baja capacidad de generar oferta una política cambiaria suicida basada equivocadamente en el abaratamiento del precio del dólar oficial para contribuir a la disminución de la inflación, cuando tal medida lo que propicia es la destrucción del plantel productivo nacional al tiempo que deteriora al sector externo debido al exceso de importaciones y las salidas de capital que promueve la expectativa de devaluación futura.

Un factor adicional que en Venezuela se añade para achicar el crecimiento de la economía tiene que ver con las estatizaciones y la amenaza a los derechos de propiedad, todo lo cual inhibe la inversión venezolana que se está trasladando a otras latitudes en busca de mejor trato y un ambiente más propicio para hacer negocios.

Las cifras del BCV hablan suficientemente claro para que todo el mundo entienda lo que sucede. En el primer semestre de 2007 la actividad económica (PIB) creció 8,2% en tanto que en el primer semestre de 2008 esa tasa de crecimiento se redujo a 6,0%, con un peligro rezago de la industria y la agricultura, justamente los sectores productores de bienes alimenticios. Por su parte, la inflación que en los primeros seis meses de 2007 alcanzó 19,3% en el mismo lapso de 2008 trepó hasta 28,6%... Acá no hay atenuantes: la economía crece menos con más inflación: el peor de los mundos. Cuando una economía comienza a perder el ímpetu del crecimiento por una conducción errada de la política económica después cuesta mucho reanudarlo.”⁸

⁸ José Guerra. *Venezuela: menos crecimiento y más inflación*. analítica.com. Miércoles, 27 de agosto de 2008.

El Estado Comunal: *hacia la igualdad territorial y social*

Con los mandatos previstos en la negada Reforma a la Constitución, no sólo se persigue sustituir la sociedad liberal, establecida en el constitucional Estado democrático y social de derecho y de justicia, por una socialista fundada en el Estado Comunal a edificar teniendo a la Comuna como su célula fundamental.

Más allá de este designio, se había previsto habilitar al Presidente para, caprichosamente, dinamitar el piso, o los pedazos de piso de patria chica: ¡desdibujar los 23 Estados y 335 Municipios donde se ha anclado la sociedad.

De acuerdo a la tesis que confunde desigual ocupación del territorio con desigualdad social, el Jefe del Ejecutivo quedaba facultado no solo para delimitar territorios y designar autoridades y recursos. También hubiese podido des-estructurar o desmembrar una división político territorial, pausadamente construida por nuestros abuelos y demás ancestros, por nuestros hijos y por nosotros mismos.

El fin último perseguido con la propuesta de Reforma era “borrar” el “desequilibrado e injusto” mapa de Venezuela para “improvisar” otro “equilibrado y justo”. A partir de una tramposa idea que confunde justicia social con justicia territorial, se aspira borrar la social o histórica escrita en el territorio para, mediante la sumatoria indistinta, total o fraccionada de Estados y Municipios, sedes de infinidad de parroquias y barrios, imponer un mapa político-territorial arbitrario, sin historia, creado por decreto presidencial y con entidades centralistamente administradas desde Caracas.

En el nuevo mapa se habrían de dibujar (¿improvisar?) las Provincias Federales y los Distritos Funcionales. Las primeras

“...se conformarán como unidades de agregación y coordinación de políticas territoriales, sociales y económicas a escala regional, siempre en función de los planes estratégicos nacionales...pudiendo agregar indistintamente Estados y Municipios...”

Los Distritos Funcionales podrían ser

“...conformados por uno o más Municipios o Lotes Territoriales de éstos ...conforme a las características históricas, socioeconómicas y culturales del espacio geográfico correspondiente y sobre la base de las potencialidades económicas que desde ellos sea necesario desarrollar...”

Las entidades federales de Venezuela, al igual que las locales, hubiesen quedado sometidos a lo dispuesto por el régimen de la Provincia Federal que los abarcara o dividiera, o de cualquier Distrito Funcional que los fraccionara. De modo que se desconoce su existencia objetiva y se desechan las historias que datan de la época precolombina, la colonial y la republicana, y explican la importancia estratégica de cada estado o Municipio a los fines de andar de manos hacia el progreso y a todos los niveles de gobierno.

Pareciera que, supletoriamente, se tomaron previsiones transitorias para encarar cualquier escollo en el camino hacia el objetivo de sustituir lo establecido por medio de nuevas figuras. Por una parte, al Presidente se le confería la inconstitucional potestad de decretar entidades políticas que no son personas político-territoriales sino delimitaciones administrativas sin

personalidad jurídica, sin autonomía y sin competencias definidas: Territorios Federales, Municipios Federales, Regiones Marítimas y Distritos Insulares.

Por otra parte, se hubiese instaurado la posibilidad de decretar otras similares, pero con dudosas competencias definidas: Regiones Especiales (Militares, en la versión no corregida) con fines estratégicos y de defensa a aplicar en cualquier parte de la República y bajo cualquier pretexto, así como Autoridades Especiales para situaciones de contingencia, desastres naturales y abriendo un etcétera donde es posible sospechar todo tipo de escenario.

Para completar el trasfondo conceptual del nuevo mapa a improvisar, la macro organización territorial descansaría en la Ciudad Comunal y en la Ciudad Federal, que fungiría de centro regional. Si bien los estados suponen continuar organizándose en Municipios, lo que realmente se preve es un demoledor proceso de des-municipalización que le otorga esa condición a unos entes virtuales a crear mediante referéndum popular que habría de convocar el Presidente de la República.

Respetando la sempiterna función de la ciudad de Caracas como capital de la República y asiento de los órganos del Poder Nacional, la propuesta originaria busca el equilibrio en la ocupación del territorio. De allí la ilusa idea de una política integral de Estado dirigida a crear y articular un sistema nacional de ciudades, nuevo, desconcentrado y divorciado del históricamente construido.

El sistema urbano a construir (¿a fantasear?), en concordancia con los propósitos de descentralización y desconcentración de la población, la riqueza y el desarrollo formulados en el Plan de Desarrollo Económico y Social (2001-2007), suponía abarcar la creación de numerosas ciudades pequeñas y medianas, que surgirían y se dispondrían a lo largo de tres ejes territoriales de expansión trazados a manera de arco en contraposición al eje concentrador de población de la franja del norte costero. Tal y como se enunció con anterioridad, los dos primeros ejes son los dibujados de norte a sur por los extremos oriental y occidental del país, para unirse entre sí a través del tercer eje, el Orinoco Apure.

La planificación de la nueva red de ciudades -la imaginada columna de una visión geoestratégica enfilada a alcanzar la meta de un desarrollo territorial desconcentrado- se guiaría por los lineamientos trazados por el Poder Supremo del Estado Presidencialista con sede en Caracas, en materia de la estructuración lógica y razonable de las relaciones entre las ciudades y sus territorios asociados, uniendo y sustentando las escalas locales y regionales en la visión sistémica del país.

La idea de lograr un desarrollo desparramado por el territorio nacional me transporta a los imperdonables errores cometidos de acuerdo con los lineamientos del V Plan de la Nación 1974-1978, formulado durante la primera magistratura de Carlos Andrés Pérez. Uno de ellos fue el caso de los parques industriales que se quedaron sin utilizar, por haber sido construidos en unos “polos de desarrollo” tan esparcidos y alejados de las grandes ciudades, que de nada sirvieron los pródigos regímenes de incentivos.

En este caso, la promesa era más engañosa aún. La nueva red de ciudades funcionaría como impulsora del desarrollo territorial desconcentrado, articulando la construcción y organización espacial de un nuevo modelo socio-productivo endógeno. Un modelo en el cual han de brotar nuevas relaciones sociales a través de unidades de producción de carácter

socialista: empresas de producción social, producción asociativa y cooperativas, con fuerza suficiente para movilizar nuevas potencialidades y capacidades endógenas, vinculadas con actividades económicas del sector público y privado, nacional y extranjero.

En remplazo del concepto de los “polos regionales de desarrollo”, los motores del desarrollo pasaban a ser los Núcleos de Desarrollo Endógeno Socialista, que comenzaron a crearse desde marzo del año 2004. Surgen como una propuesta revolucionaria, basada en la participación de las comunidades organizadas con el apoyo de las Instituciones del Estado: sostén financiero, capacitación para el trabajo y la adopción de valores cooperativos y participativos.

En otras palabras, en un mundo en franco y provechoso proceso de hiper-urbanización, globalización e interrelación comunicacional y productiva, lo planteado es establecer espacios territoriales agrarios (¿feudales?) a los fines de construir un nuevo modelo socioeconómico, en el que la vocación de sus habitantes y las potencialidades agrícolas, industriales y turísticas se unen para generar actividades económicas y desplegar redes o cadenas productivas promoviendo el desarrollo sustentable y sostenible de las regiones.

Según las palabras que le leí a una persona románticamente identificada con el modelo revolucionario:

“Un núcleo de Desarrollo Endógeno se activa cuando la comunidad se organiza y descubre potencialidades que pueden ser aprovechadas en beneficio de la colectividad. Un trapiche abandonado, un campo industrial desmantelado, una tierra sin sembrar, un silo que lleva años sin almacenar un grano, una hermosa playa que no puede ser disfrutada por carecer de vías de acceso, por ejemplo esa conexión de comunidad organizada y posibilidad de desarrollo local hace de una zona un Núcleo de Desarrollo Endógeno, también es necesario que la colectividad tenga conciencia de bienestar común, trabajando unida en beneficio de todos a través de un esquema cooperativo y democrático.”

Se deja de lado la existencia de la base territorial urbana, moderna, ejemplar en el concierto de naciones de América Latina, y construida por la sociedad venezolana, a través de su historia de antier y de ayer, en especial, durante la gestión de los mandatarios que condujeron los cuarenta años de democracia representativa (1958-1999).

Lo que se viene fraguando es un despropósito, comprobado a la luz de los resultados y que desconoce que la geografía y la historia son el fundamento que explica la estructuración del espacio geográfico o territorio, la estructuración de nuestro terruño.

Los ideólogos de la Revolución actúan como si fuese posible deshacer de un plumazo lo cimentado durante siglos por la confluencia de inversiones y talento, y como si suplantar lo deshecho fuese una tarea de plastilina de preescolar. Además, pareciera que conciben a los “caraqueños” o a quienes residen en la capital de la República, como los únicos venezolanos que “sabemos reflexionar y hacer bien las cosas”.

Los ideólogos de la Revolución dejan de lado que en el mundo globalizado de hoy la mayoría de la población vive concentrada en metrópolis, en megalópolis y hasta en regiones metropolitanas. En esas concentraciones se conjugan y acumulan las llamadas “economías

de aglomeración”, que hacen mucho menores y, por tanto, más competitivos los gastos por concepto de la construcción y mantenimiento de las infraestructuras y los equipamientos requeridos por la misma urbanización o para la movilidad urbana, la prestación de los servicios, etc.

A manera de ejercicios prácticos, que escapan de mi capacidad creativa. ¿Podría alguien estimar cuánto valdría un programa dirigido a garantizar la construcción y mantenimiento de las muy prolongadas redes de tendidos de acueductos, cloacas o electricidad exigidas por las numerosas Ciudades Comunes pequeñas y medianas que se distribuirían de manera muy dispersa a lo largo y ancho los semi-habitados territorios del interiorano corazón de Venezuela? Otro ejercicio: ¿existirá—quien se haya paseado por la idea de calcular cuánto podrá ser el monto de las inversiones o del talento que se han requerido para lograr la construcción de la Gran Caracas (sobre los 5 millones de habitantes), durante los más de 500 años que median desde su fundación en 1567 hasta nuestros días?

Un objetivo tan grueso, temerario y contracorriente respecto de las modernas tendencias en el ámbito del conocimiento científico, ha obligado a comprometer enormes esfuerzos y recursos en la constitución de instituciones llamadas a desempeñar nuevos roles del Estado y que, solapándose en una franja difusa, alternan o comparten competencias, y no organicidad, con las estructuras del poder formal.

La gruesa, temeraria y contracorriente propuesta territorial contenida en la rechazada Reforma a la Constitución Nacional de 2007, es repensada en la Ley Orgánica de Comunas de 2010.

Aparte de excluir el extravío de dar potestad al Presidente para desestructurar y reconstruir el territorio, se desdeña la idea de crear por decreto nuevas y preddefinidas entidades territoriales (Territorios Federales, Municipios Federales, Regiones Marítimas, Distritos Insulares, Regiones Especiales o Militares y Autoridades Especiales.

En sustitución, se aprueba la construcción de sistema de agregación comunal. A saber:

“Las instancias del Poder Popular podrán construir sistemas comunales de agregación entre sí, con el propósito de articularse en el ejercicio del autogobierno, para fortalecer la capacidad de acción sobre aspectos territoriales, políticos, económicos, sociales, culturales, ecológicos y de seguridad y y defensa de la soberanía nacional.”

Al abordar el tema, me vienen a la mente y a manera de ejemplo, las afligidas palabras pronunciadas por Freddy Bernal en un pomposo acto celebrado en 2008, en la Plaza Bolívar de Caracas, con motivo de hacer pública la transferencia del poder de la Alcaldía de Caracas:

“Presidente Chávez, quiero pedir disculpas porque mis compromisos con la Revolución me impidieron cumplir con mi deber como Alcalde”.

Otros recuerdos gráficos son los comentarios de amigos funcionarios de la administración pública sobre la reiterada ausencia de los que ocupan cargos de dirección por hallarse cumpliendo con tareas “revolucionarias” fuera de su respectiva institución.

En 2010, impactada con las terribles consecuencias que veía se podían derivar del tan inviable como destructor propósito de “borrar” el “desequilibrado e injusto” mapa de Venezuela para “improvisar” otro “equilibrado y justo”, decidí asumir una investigación dirigida a dejar constancia de la memoria histórica “cincelada” o “escrita” en el territorio. Con la estrecha compañía de mi esposo Germán (QEPD) y con el invalorable apoyo de sus conocimientos como insigne arquitecto especializado en la planificación del desarrollo urbano, a la vuelta de 5 años, en 2015, culminé una obra geo-histórica de unas 500 páginas que titulé “La construcción de un territorio. Venezuela. 1500-2003”.

Para el conocimiento de los venezolanos y del mundo en general, el contenido de esta investigación tengo el honor de que ha sido editada por la Academia Nacional de la Ingeniería y el Hábitat de Venezuela⁹. Es una obra en la que demuestro que en Venezuela si se sembró el petróleo, y con apresurado énfasis, constancia y continuidad planificada durante los últimos 40 años del siglo XX. Sembramos el petróleo, en democracia y gracias a una democracia que exhibíamos como ejemplo y modelo en América Latina; la democracia conducida por cinco grandes hombres estadistas: los presidentes constructores de futuro Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Rafael Caldera, Carlos Andrés Pérez, Luis Herrera Campins y Jaime Lusinchi.

En la introducción del trabajo explico los motivos que me llevaron a asumir tal compromiso. Como hija de Venezuela y como profesional de la Geografía, tenía que salirle al paso a la sistemática y cada vez más visible destrucción de nuestro patrimonio geográfico, por un régimen al que le tocaron los tiempos de la mayor bonanza de ingresos petroleros y que adquirió el mayor endeudamiento externo.

Américo Martín, el mismísimo primo mío, mío de mi corazón, mi hermano, el líder que me cautivó para caminar por el izquierdismo, en el prólogo con el que me enaltece, testifica:

“...debo invitar al lector a analizar con Rosa María Estaba el salto que dio Venezuela en todos los órdenes de la cultura y el hacer administrativo durante los años de democracia (...) La obra de Estaba no se refugia en generalidades ingeniosas. Su aporte principal está en el detalle, el detalle significativo y probatorio (...) No le basta con demostrar la fuerza de soporte de la descentralización de Venezuela, sino que describe la cuestión en el decurso de formación de cada provincia, una a una, incluyendo Municipios y parroquias, todo relatado con exquisitas probidad y sabiduría (...) Una condición para tener éxito en una empresa es saber amarla, y el amor de Rosa María por la Geografía se respira a lo largo de su obra.”

No hay duda del impacto negativo ocasionado en la economía y la sociedad en general, gracias a la implementación de medidas causantes de grandes y crecientes desequilibrios (fiscal y parafiscal, monetario y cambiario), en paralelo a la expansión de la deuda pública, interna y externa, y a la exacerbaron del rentismo, es decir, la política que se apoya

⁹ La obra está disponible en el portal de la Academia Nacional de Ingeniería y Habitat: http://acading.org.ve/publicaciones/libros/pubdocs/LA_CONSTRUCCION_DE_UN_TERRITORIO_VENEZUELA_1500_2033_ROSA_ESTABA.

prioritariamente en el uso de los ingresos provenientes de la venta del petrolero y desatiende el desarrollo de otros sectores.

Sin embargo, más que por la acción, la destrucción ha sido un resultado de la corrupción, el abandono y, sobre todo, del descarrío de esfuerzos en tareas improductivas. Con estas tres calamidades vertiginosamente acentuadas, se cumplía la vaticinada tendencia hacia la situación comprometida que suele aparecer en Venezuela cada vez que merman los recursos fiscales derivados del jugoso negocio del crudo.

Al año siguiente de iniciada mi investigación -todavía con el enemigo del mercado y de los empresarios en el ejercicio de la Presidencia de Venezuela- ya comenzábamos a enterarnos de comentarios como el recogido en la edición del sábado 05 de febrero de 2011 en el diario El Nacional:

“Para los venezolanos la escasez de productos de la cesta alimentaria se ha vuelto crónica en el país. En enero, los anaqueles de los supermercados reportaron fallas en el inventario de leche en polvo, carne de res de primera, aceites comestibles, café, azúcar y margarina. Además de la ausencia de algunos alimentos, los consumidores sufren la falta de marcas de toallas sanitarias, pañales, champú, crema dental, enjuague bucal, papel higiénico y servilletas, entre otros productos de cuidado personal.

Un estudio realizado por Datanálisis entre 800 personas revela que 51,3% de los entrevistados afirma que la situación de abastecimiento de alimentos en los lugares donde realizan normalmente las compras para su hogar es negativa. La medición, que se realiza desde agosto de 2007, reporta picos de escasez de productos.

En febrero de 2008, 76,6% de los entrevistados sostuvo que el abastecimiento de productos era negativo, en septiembre de ese mismo año el porcentaje bajó a 61,2. En julio de 2009 se ubicó en 59,5% y en marzo de 2010 en 68,2%.

Se advierte que, por la devaluación, la falta de productos que dependen de insumos importados, que antes se pagaban a la tasa cambiaria de 2,60 bolívares y ahora se compran en el exterior a 4,30 bolívares, podría acentuarse.”

En ocho años de regulación los precios de los alimentos han subido 663%. Los consumidores reconocen que los controles acentúan la escasez. 51,3% de los encuestados por Datanálisis afirma que hay fallas en el abastecimiento de alimentos.”

El 5 de marzo de 2013, día de mi cumpleaños, nos conmociona la noticia del fallecimiento de Hugo Chávez Frías. Me dije: *“pobre aquel al que le toque afrontar semejante desastre, sea del chavismo o de la oposición”*.

Y no me equivocaba. En breve tiempo constatamos la aciaga herencia del Presidente. Chávez nos dejaba enmarañados en el proceso inflacionario surgido en 2012, cuando el precio del barril de petróleo venezolano todavía estaba en 103 dólares.

A pesar de la bonanza, la administración socialista incrementaba el gasto público de modo desproporcionado con respecto a los ingresos. Más tarde, en la iniciada etapa del pos “boom petrolero”, el gobierno se vio obligado a acrecentar la ya excesiva emisión de dinero sin

respaldo, es decir, sin el correspondiente crecimiento en la producción de bienes y servicios. El aparato productivo, muy distante de su anterior sano desarrollo, se encontraba en franco retroceso, precisamente, como consecuencia, de la política marxista de asedio al empresariado emprendida por Chávez desde el comienzo de su Revolución.

La bonanza había facilitado un desmedido control estatal de la actividad productiva, con especial énfasis en la dedicada a la fabricación de alimentos. En este último sector operaban 256 empresas de las 2.167 expropiadas. Junto a cadenas alimentarias completas y hasta supermercados, se estatizaron complejos hoteleros, bancos, fábricas de vidrios y fertilizantes, compañías de lubricantes para automóviles y fábricas de envases de aluminio, cartón y de artículos de ferretería.

Adicionalmente, fueron confiscadas cerca de 3 millones de hectáreas de tierras cultivables, de las cuales una buena parte fue distribuida entre pequeñas asociaciones comunales.

La avanzada “estatizadora”, no sólo generó pasivos para el Estado. Los recursos gastados cuando hubo desembolsos, en la mayoría de los casos no se tradujeron en reproducciones productivas, sino en grandes fracasos.

Era muy común escuchar comentarios como los que siguen.

“La industria siderúrgica, cementera y minera está hoy día prácticamente paralizada.”

“Las empresas de servicios de electricidad y telecomunicaciones están en estado ruinoso por falta de inversiones y por el enorme rezago en el ajuste de las tarifas.”

“En el sector de alimentos, muchas de las empresas agroindustriales estatizadas están hoy día cerradas y algunas otras, como los centrales azucareros, trabajan en su mínima expresión.”

Al aludir la tragedia de los centrales azucareros me retrotraigo al caso del padre de una amiga que murió de un infarto al corazón cuando lo despojaron de la boyante industria de su propiedad. Más doloroso aún es escuchar las narraciones de sus familiares sobre cómo fue desapareciendo todo, desde las maquinarias elaboradas con tecnología de punta, hasta las siembras y las recolecciones que se hacían con las técnicas de mayor sofisticación existentes en el mercado.

Era ostensible que, durante la bonanza del “boom petrolero”, la mayoría de los venezolanos había logrado hacerse de una porción más pareja de la torta rentista. Pero, también era ostensible que la torta había dejado de crecer, gracias al colapso del precio del petróleo en 2013 y la instrumentación de planes encuadrados dentro de la ruta a la debacle, marcada por la trilogía colectivismo-estatismo-centralismo democrático o totalitarismo.

Con la más espectacular renta petrolera de nuestra historia aplicada a un obsoleto modelo encaminado a abolir la propiedad privada, Chávez le dejaba a su sucesor -y a nosotros, la gente común- una nación acorralada por un gasto público insostenible, una industria petrolera cada vez con más bajo rendimiento combinada con una tendencia a la baja de los precios del crudo, una economía en franco retroceso y una red de infraestructuras y equipamientos arruinada.

La Venezuela de Chávez no aprovechó los tiempos de bonanza para invertir, sino para despilfarrar. No aprovechó la renta petrolera para terminar de dejar atrás el rentismo, profundizando en lo espléndidamente logrado con las políticas instrumentadas durante el período democrático (1958-1999): la firme y continua expansión de la industria manufacturera, la agricultura, los servicios y las infraestructuras y los equipamientos de todo tipo, que podían permitir la definitiva instauración de un desarrollo económico sano y equilibrado.

Bajo su control personal, según lo admitió públicamente, mediante la creación del Fondo para el Desarrollo Nacional (FONDEN, S.A.), en 2005, Chávez manejó más de 100.000 millones de dólares provenientes de las exportaciones petroleras, que, sin control o fiscalización alguna por parte del BCV, se usaron en distintos proyectos dentro y fuera del país. No sólo se permitió comprar deuda soberana de Argentina, Nicaragua, Ecuador y Bolivia, e invertir en instrumentos de Lehman Brothers antes de su quiebra en 2008 y en acciones en una empresa de armamentos en Rusia. Además de adquirir plantas eléctricas y dos satélites de China, también sufragó proyectos en Cuba y la construcción de viviendas inconclusas por parte de Bielorrusia en Venezuela.

Tampoco ahorró para los tiempos de crisis y penalidades que se avecinaban y se ponían de manifiesto con el estallido de la inflación y el derivado agravamiento y propagación de las condiciones de pobreza. Peor aún, entre 2007 y el todavía favorable 2012, el país era testigo del crecimiento de una deuda externa monstruosa y sin control.

Con esta reflexión me quedo corta ante la certera opinión emitida por Milagros Socorro, en su artículo publicado el 23 de febrero 2021, en La Gran Aldea, con el título “El problema con Rodrigo Cabezas”:

“Es absurdo postular que esta tragedia comenzó en 2014. Sí, estalló en 2014, pero venía cocinándose desde 2005, al menos, cuando se puso en marcha un plan de expropiaciones, controles, creación y desviación de recursos hacia el Fonden, así como el brote de proyectos mil millonarios que nunca se empezaron o no se terminaron, el endeudamiento externo masivo, la militarización del Estado y de la sociedad, la persecución política y el desconocimiento de la voluntad popular, entre otros muchos delitos y atropellos.”

¡Chávez no engañó a nadie! No perdía oportunidad para hacer gala de su amistad personal, política e ideológica con Fidel, solía elogiar a la Revolución Cubana, alardeaba con las “enseñanzas” de Mao y el maoísmo y no cesaba de calificar a Estados Unidos de “intervencionista” y de invitar a Latinoamérica a unirse a su cruzada contra el Imperio.

Ahora bien, los oscuros 14 años bajo su régimen realmente se me revelaron con los encuentros, generosamente reportados por televisión, con tres jefes de Estado nacionalistas-antiimperialistas, totalitarios, sanguinarios y manchados por la corrupción.

Los dos primeros encuentros, que terminaron de dispararme todas las alarmas, son los ocurridos con Sadam Huseín, en 2000, y con Robert Gabriel Mugabe, en 2004.

Son imborrables las imágenes de Chávez, en su travesía por el desierto desde Irán y cuando era recibido con alfombra roja y honores por Sadam Huseín, el dictador de Irak. Conservo

nítido su talante retador de las sanciones impuestas por Washington, tras la Guerra del Golfo, culminada en 1991 con la retirada de Irak de Kuwait, la nación que había invadido y que se había anexo.

Me resulta igualmente indeleble la sensación de alerta que me dejaría la escena de Chávez entregándole una réplica de la espada de Bolívar a Robert Gabriel Mugabe, el dictador de Zimbabue. Le rendía honores a quien, desde su virulenta retórica patriótica y antioccidental, se ganaba el título de “la vergüenza de África”, por haber destruido hasta la desolación al “granero de África”, un país que exhibía una economía diversificada, en plena expansión y niveles de educación y salud equiparables a los europeos.

El tercer personaje es Muamar el Gadafi, el mismo ignominioso que, en 1988, había sido acusado de ser el culpable del pavoroso ataque terrorista del vuelo 103 de PanAm. No hallo como describir mi turbación al ver al déspota libio recibir a Chávez, como si nunca “hubiese roto un plato”, en una inmensa carpa beduina que se hizo instalar en el estacionamiento de un hotel muy frecuentado por Germán y por mí: el Hilton de Margarita, la paradisíaca isla situada al noreste de Venezuela.

Los mandatarios se reunían amistosamente en ocasión de la celebración de la II Cumbre América del Sur y África, en octubre de 2009, dos años antes del noticioso fallecimiento de Gadafi, sobrevenido en octubre de 2011, a causa de dos disparos y su posterior linchamiento en manos de las milicias opositoras de la ciudad de Misrata. Es importante acotar que la Corte Penal Internacional ya había ordenado la captura del mandatario libio, por crímenes de lesa humanidad. Se le acusaba de haber respondido con una dura represión, que dejó varios muertos y heridos, a una manifestación popular que demandaba reformas políticas y económicas.

Lo más duro era desvelar al anfitrión venezolano haciendo gala de la amistad y las alianzas cultivadas con los mandatarios africanos invitados; especialmente con sus pares militares que se perpetuaban controlando todos los poderes en sus respectivos países. Más que un desvelamiento era un llamado a recordar que la izquierda, siempre y sin mirar con quién, ha buscado alianzas en cualquier sector revolucionario atrincherado bajo el slogan antiimperialista.

Recurro a esta cavilación no sin antes machacarme algo que comenté con anterioridad de Carlos Andrés Pérez y Luis Echeverría. Para encarar los problemas y buscar soluciones, estos dos comprobados demócratas propulsores del arte de la política, se plantaron como los artífices de la puesta en práctica de una nueva política de Cooperación Sur Sur -léase sin el “Imperio de los gringos”-, basada en relaciones directas y horizontales entre países que enfrentan problemas comunes y que tienen como propósito superar los desafíos del desarrollo, a partir de sus esfuerzos.

Nicolás I: el delfín heredero del trono marxista-leninista-chavista...y su debacle

Hugo Chávez Frías fallece, prematuramente, a los 54 años y es sucedido por Nicolás Maduro Moros, quien venía asumiendo las riendas del gobierno de Venezuela durante la enfermedad que le impidió tomar posesión del cargo ganado, por segunda vez, en las elecciones de 2012.

El 14 de abril de 2013, Maduro es elegido presidente en una muy cuestionada contienda en la que venció con un apretadísimo 50,61% de los votos en un ambiente de desvergonzadas condiciones ventajistas. Henrique Capriles Radonski, el candidato de la coalición opositora reunida en la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), logró un 49,39%, con el cual ponía en evidencia los inevitables efectos de una situación económica heredada que ya acusaba signos de un proceso de estanflación, es decir, recesión con inflación. No olvidemos que el “Comandante Eterno”, designación con la que se ha deseado ungir a Hugo Chávez, ya venía sufriendo un revés: en 1998 había conquistado el trono con un 63,45% de los votos, mientras que en 2012 bajó a 55,07%. Tampoco hay que olvidar que, en 2007, el pueblo le dijo NO a su deseo de hacer de Venezuela un Estado socialista.

Lejos de ser un advenedizo, el nuevo Primer Magistrado de la República, muy bien podría ganarse el título nobiliario de Nicolás I por ser el delfín elegido por Chávez como el heredero del trono marxista-leninista-chavista... y su debate.

Nacido en 1962, venía de transitar por las filas de la izquierda desde sus tiempos de liceísta. En 1992, cuando participó como activista a favor de la liberación de Hugo Chávez, era un dirigente sindical de trayectoria. Había sido militante de la Liga Socialista, el radical partido marxista-leninista dirigido por Julio Escalona y Jorge Rodríguez (padre). Más aún, durante el año 1986-1987 formó parte de la Escuela de Formación Política de La Habana, junto a otros dirigentes revolucionarios de América del Sur, Centro América y África.

Al lado de Chávez, con quién entabló una estrecha camaradería, fue electo diputado de la Asamblea Nacional Constituyente de 1998 y, en 2000, de la Asamblea Nacional, cuerpo que presidió entre 2005 y 2006, cuando fue remplazado por Cilia Flores, su esposa y también comprometida izquierdista de larga carrera.

Además de fogueado político revolucionario, desde dirigente sindical hasta legislador militante del PSUV, es el hombre al que Chávez le confió el Ministerio de Relaciones Exteriores, a lo largo de los seis años que mediaron entre 2006 y 2012, y la Vicepresidencia de la República durante el año 2012-2013. Para coronar en ejercicio de su Primera Magistratura, le correspondió ser presidente pro tempore del Mercosur (de julio de 2013 a julio de 2014) y de la Unión de Naciones Suramericanas (de abril de 2016 a abril de 2017).

En 2018 es reelecto para el período 2019-2025 en un proceso electoral muy cuestionado, no solo internamente, sino hasta bien fuera de nuestras fronteras. La mayoría de la oposición llamó a no participar, hasta lograr elecciones libres, justas, transparentes e internacionalmente observadas. Los resultados dan cuenta de otro revés. Maduro llega a la Presidencia con una abstención de 62% -80%, según proyecciones de observadores independientes- y un írrisorio total de votos de 5.823.728: ¡alrededor de 1.700.000 menos que en el 2013, cuando fue electo con más de 7.500.000!. El descalabro fue tal que los líderes de la Revolución deberían seguir preguntándose ¿qué ocurrió que los nuestros no fueron a votar, a pesar de la persuasión y la movilización aplicadas por los factores de poder?

En esta contienda, así como en las regionales y las municipales de 2017, mi familia y yo participamos, como lo veníamos haciendo en todos los eventos de votación. No creo que este sea lugar para ventilar mis razones, pero, como siempre, quiero expresar que nunca he olvidado la acertada decisión de Acción Democrática de participar en las fraudulentas

votaciones para elegir a los diputados a la Asamblea Constituyente convocadas en 1952 por el dictador Marcos Pérez Jiménez. Repito lo que más arriba manifiesto:

“No obstante la estafa, con el transcurrir del tiempo y, sobre todo, observando el derrocamiento de la dictadura apenas cerca de 6 años después, me convencía de que ¡SIEMPRE HAY QUE VOTAR! O, EN SU DEFECTO, ¡INCORPORARSE AL PROCESO ELECTORAL PARA LUCHAR POR EL DERECHO AL VOTO! Le daba vueltas al argumento de que la abstención es desmovilizadora y desintegradora, mientras que el ejercicio del derecho al voto facilita la posibilidad de organizar, de “vender” un proyecto político e, inclusive, de ser escuchados ante un fraude.”

Además de todo el enmudejado y fraudulento tinglado, el Tribunal Supremo de Justicia, objetado por la dudosa calificación de unos cuantos magistrados oficialistas, en abril de 2018, se había valido de un grosero artificio. Sin pudor o aclaratoria alguna, inhabilitó la tarjeta de la unidad, con la que la coalición opositora reclutada en la MUD había arrasado en las elecciones parlamentarias de 2015, en tal magnitud que se convirtió en la organización más votada de la historia del país.

Cada vez más señalado por las formas dictatoriales de su gobierno, Maduro -al igual que Chávez- será tristemente recordado por una ristra de arbitrariedades típicas de los regímenes izquierdistas. Además de la suspensión del proceso de convocatoria del Referéndum Revocatorio del Presidente de la República iniciado en abril de 2016, son inexcusables dos eventos celebrados con el propósito de sacar del juego a las fuerzas antagonistas, y que se consideraron como una ruptura del hilo constitucional.

El primero es el dictamen del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) de enero de 2016, mediante el cual no solo le extienden a la cabeza del régimen venezolano los poderes para legislar por decreto, según lo contemplado en la ley habilitante de 2013. Desprovisto de medida y de asidero jurídico, declara en desacato a la recién instalada y mayoritariamente opositora Asamblea Nacional (AN), y se atribuye sus funciones, haciendo nulo cualquiera de sus actos.

El otro evento refiere a la Asamblea Nacional Constituyente (ANC), resultante de los comicios de agosto de 2017 en los cuales no participaron las fuerzas opositoras por haber sido ilegalmente convocados por Maduro, al no cumplir con los requisitos estatuidos en la Constitución.

Fue un foro absolutamente oficialista que, en sus tres años de anodina existencia, no auspició ninguna Reforma Constitucional requerida a los fines de construir el Poder Popular y la posterior “dictadura del proletariado”. Además de dedicarse a socavar las bases y funcionamiento de la francamente opositora Asamblea Nacional, más tarde se decidiría asumir posturas reformistas encaminadas a torcer la revolución hacia el liberalismo.

Minuciosamente adherido al desiderátum de Chávez, en su campaña electoral de 2013 Maduro creó uno de los lemas fundamentales de los movimientos de apoyo: “Comuna o nada”. Y, una vez instalado en el Palacio de Miraflores dejó muy en claro su firme propósito de darle continuidad a la infausta política fundada en el colectivismo, el estatismo y el centralismo democrático o totalitarismo, al asegurar:

“Desde ya nos vamos a la calle a construir la fuerza que de continuidad a la Revolución Bolivariana que construyó Chávez”.

Valiéndose de la ley habilitante de noviembre de 2013, concedida por la Asamblea Nacional oficialista, el nuevo primer dirigente de la revolución había retomado el ataque a la propiedad privada, amparado en una lucha contra la corrupción y en la prioridad de encarar, lo que él llamó, una "guerra económica de la "clase dominante". ¡Chávez le había declarado la guerra a la "burguesía"! Maduro también:

"!Vamos a bajar todos los rubros. Por lo menos 50% tienen que bajar todos los precios abultados."!

A la zaga de esta prédica, en febrero de 2014, entraba en vigor la Ley para Control de Costos, Precios y Ganancias. Se vuelve a caer en el error de promulgar un instrumento con el expreso objetivo de "combatir la especulación y la consecuente ola de sobrepuestos", en una economía que venía sumando decenas de empresas paralizadas, estatizadas o no, importantes niveles de escasez de productos y una inflación surgida desde 2012. ¿La causa de la inflación? La forma desproporcionada como la administración socialista incrementaba el gasto público emitiendo volúmenes de dinero inorgánico o fiduciario, es decir, lanzando al mercado una base monetaria sin el equivalente respaldo en el valor de la cantidad de bienes y servicios existentes en una economía cada vez más agredida y debilitada.

También emulando la tan inútil como perversa experiencia practicada durante el mandato de Chávez, se implanta la Superintendencia Nacional para la Defensa de los Derechos Socioeconómicos, un organismo encargado de fijar los precios máximos de las cadenas de producción, importación, distribución y consumo, en beneficio de la población.

Además de fijar precios, a este organismo le asignan la responsabilidad de aplicar sanciones a quienes infrinjeran la ley: desde multas y suspensiones temporales hasta l y ocupación temporal con intervención de almacenes, depósitos, industrias, comercios y transportes de bienes, por un lapso que podría llegar a 180 días. También le correspondía lo concerniente a la confiscación de bienes y la pena de prisión entre 2 y 14 años, de acuerdo con el "delito" cometido.

En paralelo a la inevitable escasez, en 2015, germina el igualmente ineludible fenómeno de los "bachaqueros", como se llamó a las personas dedicadas a la actividad ilegal de revender productos básicos muy escasos y que difícilmente se conseguían en las tiendas. Valga una inquietud: me llamó mucho la atención que los precios de los productos vendidos por ese canal del "*bachaquerismo*" no variaban de un lugar a otro de Venezuela. Deducía que, al no hallarsen regulados ni controlados, operaba la ley de la oferta y la demanda que está detrás de "la mano invisible del mercado".

Los CLAP, creados en 2016, para salirle al paso a la inevitable escasez y crisis económica, incorporaron muy pocos bienes producidos en Venezuela. Contrariamente a lo proclamado por sus precursores y reflejado en la "P" de Producción enunciado en sus siglas, se convirtieron en un negocio de bienes importados y, según se ha ventilado, en una fuente de colosal corrupción.

De nada valió que la Policía Nacional de Venezuela hiciera guardia en las afueras de unos cuantos almacenes o que los militares tomaran ciertas tiendas de venta. De nada valió que, en enero de 2014, nueve meses después de su juramentación como primer magistrado de la Nación, se registraran 19.624 fiscalizaciones, 28.211 medidas de cierre y 15.250 multas. De nada valió que para 2017 ya se hubieran ejecutado 474 procesos, desde ocupaciones temporales, inmediatas y de urgencia hasta rescates de tierras, juntas administradoras, entre otros.

La ya complicada situación arrastrada desde la gestión de Hugo Chávez se enrubaba hacia un peligroso cuadro de una estanflación acelerada, es decir, una situación caracterizada por la combinación de recesión económica con hiperinflación, es decir, inflación incontrolada y que evoluciona rápidamente.

La recesión de la economía fue oficialmente reconocida durante el tercer trimestre de 2014 cuando el PIB cae en 2,3%, luego del descenso de 4,8% del primer trimestre, y al 4,9% del segundo. Mientras tanto, el exorbitante gasto público, que en 2012 ya presentaba un déficit de 17% del Producto Interno Bruto, obligaba a la inyección de dinero inorgánico, de forma tan creciente y desproporcionada que desató la peor hiperinflación de la historia del continente americano.

Con el incremento del dinero inorgánico emitido por el Banco Central de Venezuela (BCV) tenía que aumentar la demanda de productos en volúmenes superiores a la oferta de los existentes en el mercado. La incapacidad de un aparato productivo disminuido y sin capacidad para satisfacer la creciente demanda, velozmente, se tradujo en escasez y escalada de precios.

La completa distorsión de los mercados en Venezuela se iba conociendo por fuentes externas. El BCV, que reiteradamente limitaba la información sobre índices macroeconómicos como inflación y PIB, en 2016 suprimió por completo su publicación. En febrero de 2020 rompe el silencio y reporta un aumento de los precios de 9,585.5%, durante el año 2019. En septiembre de 2020, en solo seis meses, el aumento interanual declarado se montaba en 2.358.49%.

De acuerdo a los análisis ofrecidos por Cipriano Heredia, miembro del Observatorio Venezolano de Finanzas, nuestra patria viene ocupando el deshonroso lugar de registrar el mayor índice inflacionario del mundo, desde el 2014, el año siguiente del fallecimiento de Chávez. En 2013, la tasa anualizada de inflación ya había trepado a 54,3%, una de las más altas del mundo.

La hiperinflación, el más execrable impuesto/castigo al que se puede someter un pueblo, se alimenta con el bolsillo de los trabajadores y pulveriza el Bolívar (Bs). Ante nuestros ojos se revelaba la inminente pérdida de capacidad de compra del conjunto de billetes integrantes del cono monetario emitido en 2018, que hoy reposan en las cajas de recuerdos de muchos hogares.

En sustitución del Bolívar (Bs), la moneda con la esfinge de El Libertador que manoseé desde mi infancia, se establece el bolívar soberano (Bs.S), un nuevo signo monetario creado con base en una tasa de conversión de 100.000. ¡De un solo plumazo 1 bolívar soberano pasaba a ser equivalente a 100.000 bolívares de “los de antes”!

Como la hiperinflación también pulverizaba el bolívar soberano (Bs.S), que entra en una empinada pendiente de devaluación, la economía se va dolarizando de manera espontánea. Se dolarizan los precios y no los salarios, ahora convertidos en sumas grotescas que son pagadas con la moneda de curso legal, mediante operaciones vía digital, al igual que la mayoría del transporte colectivo y de algunos servicios públicos.

Como medidas correctivas a la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores, el Gobierno cae en el círculo vicioso de apelar a los subsidios, por supuesto que subvencionados con dinero inorgánico. En 2016, los salarios fueron e aumentados en un 50%, hasta cuatro veces en 2017 y seis veces en 2018. En añadido, se emitieron bonos de alimentación que rondaron un promedio anual 30 dólares, en 2016-2017, y entre 4 y 7 dólares mensuales, durante 2018-2019.

El economista César Aristimuño, director general de Aristimuño Herrera & Asociados, predijo para 2020 una contracción de la economía de 20,2%. Adicionalmente, subrayó

“La economía venezolana ha perdido 60% de su musculatura y eso se refleja en una mutación económica, en la cual el PIB per cápita es mucho más pequeño que Perú, Ecuador, Colombia, por solo citar algunos ejemplos.

La economía venezolana está registrando un proceso de mutación, cuya expresión más visible es una dolarización «forzosa y desordenada» que, además, «es irreversible», porque el gobierno no tendrá la solidez financiera para fortalecer la confianza en el bolívar, incluso si ocurriera un cambio político.”

La mutación ha sido tan profunda que no solo arrasa con los logros transitorios y cíclicos de los programas de desarrollo social de la Revolución Bolivariana, sino que ha depauperado a la clase media, hasta hacerla desaparecer.

La faz de la potencia petrolera entra en un proceso de “africanización” al modo y niveles de los países más pobres de la tierra, a la par de la pérdida de la verdadera maquinaria del crecimiento comandada por los profesionales y los técnicos.

El consuetudinario acoso al sector privado, sumado al excesivo y distorsionante peso del Estado en la economía, terminó por derivar en el desplome secular de la producción, la productividad y el empleo y en el definitivamente incontenible aumento de los precios de los bienes y servicios.

A ello se añade la progresiva contracción de los subsidios. El Estado se debilita cada vez más, a causa de la acumulada crisis fiscal, inherente a la pesada carga de la deuda externa y la caída de los ingresos petroleros e, inclusive, de los originados en los impuestos al sector no petrolero, erosionado por la destrucción del aparato productivo y la misma hiperinflación.

Los nefastos resultados de sus políticas anti empresariales de nada le valían al gobierno revolucionario para rectificar. Tanto así que Maduro, el 31 de diciembre de 2020, aprueba el decreto de inamovilidad laboral para los trabajadores de los sectores público y privado por un lapso de dos años. No le bastaba la Ley del Trabajo aprobada por Chávez.

¿Consecuencias? Según información emitida por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en mayo de 2021, Venezuela registró una tasa de desempleo de 58,3% en 2020 y 2021,

representando la cifra más alta del mundo, y que supera de lejos a naciones pobres como Suráfrica (29%), Sudán (21,9%) y Armenia (17,5%). Ello se manifiesta en las cada vez más deplorables condiciones de vida.

La Encuesta de Condiciones de Vida (ENCOVID) 2019-2020 conducida por la Universidad Católica Andrés Bello, junto a la Universidad Central de Venezuela y la Universidad Simón Bolívar, nos ofrece con más detalles lo observado por María Amaré sobre la pobreza en nuestra nación. Además de calificar a Venezuela como el segundo país más pobre y más desigual de América Latina y El Caribe, reveló una situación aplastada por una catástrofe que ya adquiere signos humanitarios.

Hemos podido comprobar en carne propia la certeza de la sentencia de Margaret Thatcher:

“El peor enemigo del socialismo no es el capitalismo es la realidad”.

En efecto, desconciertan los alarmantes resultados obtenidos en el sondeo realizado por ENCOVID en un país que tradicionalmente había sido percibido por los habitantes del planeta como uno de los más prósperos y ejemplares. Conforme a los datos, los niveles de pobreza, que entre 2012 y 2013, ya se habían disparado hasta un 35% de los hogares, en 2020, ya en el segundo período de gobierno de Maduro, los estragos tocaban fondo como consecuencia de la hiperinflación y el hambre: la situación de pobreza de ingresos alcanzó el 96%, 54% la de pobreza reciente, 68% la de pobreza de consumo y 41% la de pobreza crónica. En 2021, según la misma encuesta, la pobreza se ubicó en 93,6% y la extrema en 76,6%.

Detrás de estas cifras se esconden otras más dramáticas aún. El rastreo acusa que el 8% de los niños menores de 5 años califican como desnutridos, que al menos 21% está en riesgo grave de desnutrición, que la mortalidad infantil se sitúa en 26 por cada mil habitantes -en vez del 12 por mil estimado por el Instituto Nacional de Estadística en el 2000-. También observa una pérdida de 3,7 años respecto de la esperanza de vida proyectada por el mismo órgano público de estadística.

Una crisis humanitaria tan compleja, como las que sufren las sociedades en bancarrota, se ha traducido en una crisis migratoria sin precedentes. Después de habernos destacado como un país de oportunidades y, por ende, un polo de atracción de inmigrantes, nos erigimos en el centro de un éxodo que ha sido calificado por las Naciones Unidas como una diáspora, no solo por el volumen y la rapidez como se incrementa el descontrolado flujo de los que han abandonado Venezuela, sino por la manera dispersa como los migrantes se reparten por el mundo.

El ritmo de fuga de migrantes de Venezuela ha sido pasmoso. Tiene sus precedentes en el 2003, luego de la expulsión de los trabajadores de PDVSA, y entre el 2005 y el 2008, cuando numerosos empresarios salieron del país, motivados por la persecución política y la nacionalización de empresas industriales y agropecuarias. Pero, realmente se desata en el 2015, a raíz de la crisis económica que ya arrastraba Venezuela.

En ese año 2015, partieron 697.562 venezolanos de clase media, equivalentes al 2,3 % de la población total. En el 2017, los venezolanos en el exterior se situaban por el orden de 1 millón 420 mil personas y, en el 2018, cuando en el país comienza la hiperinflación, el

volumen ascendió a 2,3 millones, representativos de aproximadamente un 7% de la población nacional. De acuerdo con la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), en junio de 2019, los refugiados y migrantes forzosos de Venezuela ya superaban los 4 millones, para erigirse en uno de los grupos de poblaciones desplazados más grandes del mundo. En solo siete meses, el número había aumentado en un millón.

¡Ni en sus tiempos de colonia española, Venezuela fue una tierra expulsora de población! Mucho menos cuando se independizó y nació como una república. Muy por el contrario hasta la llegada de la Revolución, esta Tierra de Gracia había sido muy atractiva para europeos y para muchos de nuestros vecinos suramericanos.

Los migrantes huían del desempleo, el hambre, la inseguridad y la incertidumbre. Abundan las multitudinarias imágenes televisivas de familias enteras con niños de la mano cruzando a pie el puente Simón Bolívar que comunica al suroeste de Venezuela con la ciudad de Cúcuta, Colombia. No me es posible despejar la fotografía del rostro de una de las afligidas madres cuando, camino a Brasil por el sureste de Venezuela, se lamentaba:

“...dejamos todo en Venezuela. No tenemos un lugar donde vivir o dormir y no tenemos nada para comer”.

Es igualmente pasmosa la forma dispersa como los venezolanos se encuentran esparcidos por el mundo. La gran mayoría ha sido acogida por nuestros vecinos: Colombia, Perú, Chile, Ecuador, Argentina, Brasil, México, Guatemala, Uruguay, Paraguay, Bolivia y de América Central y el Caribe. No menos importantes son los flujos hacia España, Estados Unidos, Italia, Trinidad y Tobago, Portugal, Guyana, Canadá, Australia, Suiza, Suecia, Noruega, Grecia, Austria, Hungría e Irlanda.

Si bien es cierto que los países receptores han puesto de su parte para responder a esta crisis, las alarmantes cifras revelan la necesidad urgente de apoyar a los venezolanos con ayuda internacional, según expresa Eduardo Stein, Representante Especial conjunto de la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Es sumamente complejo para una sociedad el tener que dar acogida a grandes volúmenes de personas que irrumpen en la intimidad de una sociedad *“con una mano adelante y otra atrás”*.

La preocupación por la diáspora venezolana ha sido tal que Antonio Guterres, Secretario General de la ONU, la incluyó en su discurso del 24 de septiembre de 2019, advirtiendo que, según cifras difundidas por ACNUR, 4 millones de personas han salido del país, lo que consideró *“uno de los mayores desplazamientos del mundo”*.

En 2020, anuncia que la ONU lanza un Plan Regional para proteger a millones de venezolanos en América Latina. En 2021, informa sobre compromisos por 1.599-millones de dólares dirigidos a apoyar a las comunidades que habían acogido a los migrantes y refugiados.

Tomás Páez Bravo, sociólogo y colega profesor de la UCV, Coordinador del Proyecto Global de la Diáspora Venezolana, revela la existencia de una estampida que en noviembre

de 2020 sobrepasaba los 6 millones de ciudadanos, y que en 2022 ya ronda los 7 millones, cifras equivalentes a alrededor del 20% de la población de Venezuela.

No obstante el revés, asegura Páez que, por el volumen y la dispersión global, la diáspora cambia la noción del territorio de los venezolanos, para convertirse en una valiosa reserva internacional para el desarrollo de las ciudades y países de acogida y para la reconstrucción del nuestro.

La indetenible crisis económica se pone de manifiesto no solo con la persistente falta de alimentos y medicamentos. Es pasmosa la forma como se propaga la angustia, cada vez que somos víctimas de las reiteradas crisis en la prestación de los servicios públicos de electricidad, agua y gas, ocasionadas por el insensato abandono de los modernos sistemas de dotación heredados de los tiempos de la democracia liberal representativa de finales del siglo XX.

La abultada crisis de todo orden -la económica y sus asociadas crisis política, social y migratoria-, disparó las sonadas y continuas olas de protestas del pueblo que han marcado al gobierno de Nicolás Maduro, desde sus inicios. De este continuum destacan las de 2014 y 2017, por su repercusión internacional y su carácter participativo y prolongado, y por la desmedida andanada represiva de las fuerzas militares y policiales.

El 23 de enero de 2014, sin haber cumplido dos meses de ser elegido como Primer Magistrado de la República (19 de noviembre de 2013), la oposición, encabezada por Leopoldo López, María Corina Machado, Antonio Ledezma, entre otros, emprendió la campaña política dirigida a provocar “La Salida” pacífica, democrática y constitucional de Nicolás Maduro. El siguiente 12 de febrero, se materializó con el inicio de la cadena de manifestaciones en contra de la delincuencia, la alta inflación, la crisis eléctrica y de otros servicios públicos, la escasez de productos básicos y la injerencia de Cuba en la política de Venezuela.

Aún me acompaña el desánimo y el nerviosismo que nos embargó a Germán y a mí. Tal y como lo habíamos asumido, luego de varios meses de agitación y disturbios, fracasa el objetivo de “La Salida” de Maduro y dejando un importante saldo de heridos, fallecidos y presos políticos, entre los cuales sobresale Leopoldo López, su líder y promotor.

Gran resonancia tuvo el fenómeno de las “guarimbas”, el nombre con el que se apodaron a las barricadas con objetos y quema de basura para el cierre de vías de tránsito, y con las que se buscaba presionar al régimen.

Como vivimos en un edificio aledaño a la Plaza Altamira de Caracas, donde se prolongó uno de los focos de agitación, con mayor repercusión, tuvimos la oportunidad de pulsar día a día las virulentas arremetidas de militares, policías y *colectivos* armados y en motocicletas, contra los manifestantes que corrían en desbandada hasta lograr guarecerse en cualquiera de los edificios de los alrededores.

Las protestas se habían desencadenado con las denuncias de irregularidades en las presidenciales de 2013, como la de “obligar” a los participantes a votar por Maduro. Mientras los líderes de la oposición denunciaban un fraude, el contendor Henrique Capriles Radonski convocaba, en una rueda de prensa, a una “cacerolazo” con la intención de exigir el nuevo

conteo de los votos que le fue negado. En su defecto, se realizó una auditoría a una selección al azar del 54% de los votos. Después de comparar los registros electrónicos con las boletas físicas, el Consejo Nacional Electoral (CNE) declaró no haber encontrado algún indicio sospechoso.

Disconforme con la resolución, Capriles demanda una auditoría del resto de los votos para demostrar que era el ganador de la elección. Más tarde, luego de calificar como una farsa a todo el proceso de auditoría, exige una auditoría completa del registro de los votantes.

Desde el mismo momento en que se conoció que el CNE se rehusaba a realizar un recuento de todos los votos, aparecen brotes de manifestantes, eventualmente, dispersados con gas lacrimógeno y balas de plástico disparados por miembros de la Guardia Nacional Bolivariana (GNB), con la anuencia de Maduro, quien describió a las protestas como golpistas y culpabilizó a los Estados Unidos. Luego de siete personas muertas y docenas de heridos, Capriles pidió a los manifestantes detener las protestas y no caer en el juego del gobierno.

El 12 de junio de 2013, el CNE ratificó los resultados iniciales y confirmó la victoria de Maduro. El Centro Carter, fundación especializada en observación de procesos electorales y en reforzar sistemas dedicados a la democracia y los derechos humanos, vislumbró la ausencia de acuerdo sobre la calidad de las condiciones de votación en un evento de resultados extremadamente cerrados.

Además de alertar en torno a la desconfianza sobre la garantía de que cada votante registrado pueda votar solo una vez, la fundación creada por Jimmy Carter, ex-Presidente de Estados Unidos, hizo hincapié en las condiciones de las campañas, tan desventajosas que cercenaban la competitividad en el proceso electoral. Era groseramente inocultable el desigual acceso a recursos financieros y a los medios de comunicación, así como la utilización de recursos públicos para apoyar al partido oficialista.

La disputa no solo interrumpía un incipiente consenso nacional sobre la fiabilidad del resultado. También introdujo dudas que todavía ensombrecen la posibilidad de apelar al debate y el diálogo constructivo en la resolución de problemas en cualquier tema de importancia para el país.

Las protestas de 2017 florecieron en varias ciudades del país y del extranjero, tan numerosas y multitudinarias que los medios de comunicación las bautizaron con el epígrafe de la Primavera Venezolana o la Rebelión de Abril. Se activaron bajo el lema "*la toma de Venezuela*" en respuesta a la suspensión de la convocatoria del referéndum revocatorio y con mayor fuerza a raíz de la crisis institucional, cada día más aguda y que derivaría en lo que se calificó como una ruptura del hilo constitucional.

El interés internacional se volcaba en los acontecimientos que sacudían a Venezuela y que agregaban más nombres a las listas de heridos, fallecidos y presos políticos. Rápidamente se conocieron llamados de alerta de organismos como la Organización de Estados Americanos (OEA) y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), así como demostraciones de apoyo a la oposición por parte de gobiernos de países como Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos y Perú.

Los líderes opositores y gran parte de su base de apoyo civil retomaban el argumento esgrimido y sin éxito en 2014: ¡Había que sostener las manifestaciones en protesta hasta lograr “¡La Salida” de Maduro, o hasta que se cumpla una serie de metas con la que ideólogos de la oposición esperan lograr una “transición democrática”!

El 19 de abril, salieron marchas en todas las ciudades del país, en conmemoración de los 207 años del acontecimiento que derivaría en los que condujeron hacia la fundación de la Primera República. La brutal respuesta del régimen se tradujo en más de 300 heridos, la encarcelación de más de 120 individuos y la muerte de 2 adolescentes.

El 5 de abril, la Ministra de Relaciones Exteriores, Delcy Rodríguez, había acudido a la OEA a defender al Gobierno venezolano, asegurando que el objetivo de las fuerzas policiales no era reprimir, sino evitar que se expandiera la violencia.

En todo este devenir que se prolongó por tres meses, se constataba la exigua asistencia a las manifestaciones llamadas en apoyo al ejecutivo poniendo en evidencia el descalabro de la Revolución, sobre todo, si las comparamos con las multitudes que acompañaron a Chávez hasta el fin de sus días.

Podía observarse, así mismo, la recurrencia de ciertas acciones vandálicas por parte de unos pocos individuos que, como si fueran infiltrados, procedían contraviniendo el espíritu pacifista enunciado por los líderes de la oposición. En una ocasión presencié una fuerte disputa entre uno de los manifestantes de la plaza Altamira y otro joven que, quebrantando lo dispuesto por la obvia mayoría de los “guarimberos”, insistía en levantar las alcantarillas para cerrar el tránsito de una de las calles de acceso.

Tal y como lo olfateé y reiteré entre mis allegados, la intensa jornada de manifestaciones políticas se fue desvaneciendo, hasta su extinción, patético escenario que pude constatar en uno de sus últimos días en la simbólica y céntrica plaza Brión de Chacaito. En ese entonces, abogaba por la búsqueda de un diálogo de entendimiento junto a un distinguido grupo de personas interesadas, presidido por tres grades compinches Carlos Raúl Hernández, Jesús González y Egleé González Lobato.

En las regionales del 15 de octubre del mismo 2017, decretadas por la cuestionada Asamblea Nacional Constituyente, se eligieron a los gobernadores de cada entidad federal, luego de la controversia surgida en torno a la fecha de los comicios. Dado los bajos índices de popularidad del partido gobernante, la institución electoral de Venezuela estuvo al borde de entrar en desacato por retrasar la fecha de convocatoria en el lapso de los cuatro años de vencimiento de los mandatos de los gobernadores salientes, establecidos en la Constitución de la República.

Los comicios se realizaron en un ambiente francamente enturbiado por las denuncias. La coordinadora electoral de la MUD incriminó a esa institución por no permitir observación internacional ni acreditar al Observatorio Electoral Venezolano para el acompañamiento durante las regionales.

No fueron pocas las irregularidades cometidas por el CNE y reveladas, en su oportunidad, por Luis Emilio Rondón -uno de sus rectores-, con el apoyo de la oposición y de gobiernos como el de Canadá y Estados Unidos. Según lo expuesto, el órgano electoral aplicó varias

medidas ilegales encaminadas a desmovilizar a los ciudadanos en las zonas consideradas mayoritariamente opositoras.

Por las redes sociales rodaban los reportes de retrasos en la conformación de las mesas y en la llegada a las mismas de los responsables del acto de sufragio, así como de la ausencia en los centros de votación de los testigos de la oposición, muchos de ellos sacados a la fuerza. Además del cierre de las líneas telefónicas para incomunicar a los testigos que lograban asistir, la oposición se quedaba acéfalo de responsables de la vigilancia del proceso y conteo y de la recaudación de las respectivas actas probatorias.

Muy noticiosos fueron los reclamos por problemas técnicos con las máquinas de votación, la transmisión por el canal de la televisión estatal de propaganda proselitista durante el lapso prohibido por la normativa o la toma de un centro por simpatizantes del oficialismo para impedir el voto de los electores.

A nivel de escándalo alcanzó la instrumentación de una técnica diseñada para desconcertar a los votantes opositores, y que es utilizada en Nicaragua por el gobierno izquierdista de Daniel Ortega. ¡A menos de 72 horas de la elección nos enterábamos de la brusca reubicación de más de 250 centros de votación, muchos de ellos en zonas tradicionalmente opositoras y en los que votaban alrededor de medio millón de personas!

Será memorable el comunicado difundido por la MUD en el que enumera diversos abusos desmerecedores del acto de votación. A saber:

- “1. Una población electoral de al menos 1.000.080 electores a la que se le impidió u obstaculizó votar en centros históricamente favorables a la oposición, por máquinas dañadas, mesas que no abrieron o que tuvieron retrasos injustificados hasta altas horas de la noche.*
- 2. Más de 700 mil venezolanos que fueron migrados de sus centros 48 horas antes de la elección e inclusive el mismo día de la elección.*
- 3. Una población electoral afectada de al menos 350.000 ciudadanos afectados por violencia e intimidación dentro y fuera de los centros electorales lo que impidió u obstaculizó el ejercicio libre al voto.*
- 4. Al menos 90.537 votos nulos que debieron haber sido adjudicados a los candidatos de la oposición producto del impedimento de sustitución de candidatos ya retirados en fraude a la ley.*
- 5. Coacción y chantaje a empleados públicos y beneficiarios de programas sociales obligándolos a votar con el acompañamiento de dirigentes del PSUV y a través del carnet de la patria, lo que impide el ejercicio del voto libre.*
- 6. Electores que ejercieron múltiples votos e irrespetando el principio “un elector un voto”, facilitado por la ausencia de tinta indeleble, por primera vez en nuestra historia.*
- 7. Prórrogas irregulares, luego de la hora del cierre legal del proceso electoral.*
- 8. Obstaculización de las auditorías del proceso de verificación ciudadana, lo que impide verificar la consistencia entre los votos emitidos y los resultados transmitidos.*
- 9. Inconsistencia numérica de resultados electorales históricos, así como con todos los estudios, las encuestas y los sondeos a boca de urna realizados.”*

El organismo electoral, sin que le temblara el pulso, eliminó en su portal oficial los números que horas antes confirmaban la victoria de Andrés Velázquez, el candidato de la oposición a la gobernación del Estado Bolívar, quien aseguraba tener las actas demostrativas de su triunfo por encima de Justo Noguera Pietri, el fraudulentamente cantado como ganador.

Interesados en dilucidar la controversia, los gobiernos de Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay y Perú pidieron una "auditoría independiente" de las regionales, que no prosperó.

Pese a las irregularidades y con resultados que dejan entrever contiendas muy reñidas, el CNE termina informando la imposición del oficialismo en 17 de los 23 estados del país. Según el peso de su votación, resultaron ganadores de la oposición: Laidy Gómez (Estado Táchira), Antonio Barreto Sira (Estado Anzoátegui), Alfredo Díaz (Estado Nueva Esparta), Ramón Guevara (Estado Mérida) y Juan Pablo Guanipa (Estado Zulia). A Andrés Velázquez (Estado Bolívar) no se le reconoció el reclamo y se le informó que había quedado fuera con un 49,43% de los votos.

Con excepción de Juan Pablo Guanipa, que se negó a prestar el polémico juramento del cargo ante la cuestionada ANC, los gobernadores opositores restantes han dado muestra de ser grandes magos de la política. Han luchado por el cumplimiento de sus responsabilidades, pasando por encima de la ilegal imposición de gobiernos paralelos, distinguidos como "protectores". Según explicó el mismo mandatario nacional en cadena nacional de radio y televisión: *"La figura de los protectores es para no dejar al pueblo desamparado..."*

Las elecciones municipales del 10 de diciembre de 2017 estuvieron signadas por la infausta división de la oposición y por una alta abstención surgida tras la denuncia de fraude realizada por la coalición opositora en las estatales de octubre. En un contexto obviamente desfavorable para el movimiento opositor, los candidatos oficialistas coronaron como alcaldes en la inmensa mayoría de los 335 Municipios del país. En ese acto también se eligió al gobernador oficialista del Estado Zulia, que se presentó tras la polémica negativa del recién electo Juan Pablo Guanipa a ejercer el cargo.

La coalición opositora vuelve a poner en voz de la opinión pública un comunicado que recoge las irregularidades y la escasa participación que patentaron la jornada electoral. En su texto pueden leerse frases como las que siguen:

"Nuevamente vimos a todo el aparato del Estado abusando de su poder... para someter la voluntad de un pueblo en extrema necesidad".

"Entre los que acudieron a votar hay una parte significativa que lo hizo por presión gubernamental".

"A ellos también les hablamos hoy; entendemos la dramática situación que están atravesando y es para liberarlos del chantaje y la opresión que les tendemos la mano" expresa en el comunicado."

La toma de posesión de los gobernadores se realizó de acuerdo a las respectivas constituciones de los estados ante los parlamentos regionales, precedidos por la polémica juramentación ante la ANC.

Yo seguía perseverando en mi idea de asistir a esta vorágine, desde entonces sin la compañía de mi inseparable Germán. La angustia se multiplicaba con la tristeza de ir contracorrientes, carente del apoyo y el ímpetu de la persona que una vez me encontré para mantenernos en la lucha, mágica y estrechamente unidos por un perfecto *“hasta que la muerte nos separe”*. El 1 de agosto de 2015, Papá Dios decidió arrebatarme a la persona más íntegra y hermosa de mi entorno y del más allá.

Los sufragios dirigidos a elegir al Presidente para el ejercicio del período 2019-2025 se llevaron a cabo en mayo de 2018, también en un escenario desolador. Por juzgar a los comicios como fraudulentos, la MUD había llamado a la abstención, que llegó casi al 54%, el índice más alto en las presidenciales venezolanas de las últimas dos décadas.

Mientras países como Rusia, China, Turquía, Corea del Norte, Irán, Bolivia, Cuba, El Salvador y Nicaragua expresaban su apoyo a los comicios, éstos eran objeto de críticas de envergadura.

Con las tesis de falta de transparencia y de garantías electorales, fue rechazada su convocatoria y, posteriormente, desconocidos los resultados, por organismos internacionales como la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y la Unión Europea.

En marzo de 2018, Zeid Ra'ad Al Hussein, alto comisionado de la ONU para los Derechos Humanos, criticó los comicios presidenciales convocados para el 20 de mayo:

“de ninguna manera cumplen con las condiciones mínimas para unas elecciones creíbles y libres”.

En mismo mes de mayo de 2018, Federica Mogherini, la alta representante de la Unión Europea (UE) para la Política Exterior y máxima autoridad de la diplomacia europea, junto a los partidos de mayor representación en el Parlamento Europeo, denunciaron irregularidades en las elecciones y apostaron por llegar a un acuerdo para celebrar unos comicios con garantías.

En paralelo a la UE, dirigentes de Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y el Reino Unido, países integrantes del “Grupo de los 7” (G7), se sumaron a la posición de la UE ante el resultado de unos comicios marcados por una abstención de 54%. No solo denunciaron que se realizaron sin cumplir con los estándares internacionales, ni asegurar las garantías básicas, sino que aseguraron que no eran representativas de la voluntad democrática de los ciudadanos de Venezuela. Más allá del cuestionamiento, el G7 hizo un llamado al régimen de Nicolás Maduro,

“...para que restaure la democracia constitucional en Venezuela y organice elecciones libres y justas que reflejen verdaderamente la voluntad democrática del pueblo”.

En vísperas de la fecha de toma de posesión de Nicolás Maduro, se emite otra cadena de comunicados en los que se le desconoce como Presidente electo, en respaldo a la oposición y a una parte significativa de las bancadas opositoras de la Asamblea Nacional. Entre los comunicados se destaca el emanado de la OEA.

En el informe de la Secretaría General del organismo regional, encabezada por Luis Almagro, se concluye que, de manera similar a las efectuadas el 20 de mayo del 2018, se habían celebrado sin el debido respeto a los principios básicos de toda elección libre, secreta y universal. De allí la necesidad de repetirlos y en el marco de los estándares internacionales mínimos inherentes a todo proceso de sufragio.

En su texto se afirma que el sistema estaba diseñado para "beneficiar a los candidatos oficialistas" y garantizar una victoria de Maduro. Entre las estrategias denunciadas figuran la instalación, muy próximas a los centros de votación, de 1.400 carpas, conocidas como "puntos rojos" para hacer propaganda oficialista, así como los obstáculos interpuestos para negarle el derecho al voto a millones de venezolanos residenciados en el exterior que no pudieron actualizar sus datos o inscribirse en el registro electoral. Por si fuera poco, a los principales líderes de la Mesa de la Unidad Democrática (MUD) se les impidió la posibilidad de competir, por estar inhabilitados. Tales son los casos del ex-candidato presidencial Henrique Capriles, amonestado por supuestas irregularidades administrativas ocurridas en el desempeño de sus funciones como gobernador del Estado Miranda, o el de Leopoldo López, el líder de "La Salida", que cumplía pena por el llamado a la participación en las protestas ciudadanas contra el Gobierno.

No menos contundente fue el rechazo proveniente del Grupo de Lima, instancia multilateral formada por doce países de Latinoamérica que habían pedido su suspensión por considerarlas ilegítimas, al no contar con la participación de todos los actores políticos, con la observación internacional independiente ni con las garantías necesarias para garantizar un proceso "libre, justo, transparente y democrático".

El Grupo de Lima, con alto peso en la OEA, venía condenando el "régimen autoritario" de Venezuela y asegurando que había violado la institucionalidad democrática, el estado de derecho y el respeto por los derechos humanos. Establecido el 8 de agosto de 2017, en la capital peruana, tras la denominada Declaración de Lima, firmada por Perú, el país anfitrión, más Argentina, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Honduras, México, Panamá y Paraguay. Posteriormente, se sumaron Guyana, Haití, Santa Lucía y Bolivia y fue avalado por Barbados, Estados Unidos, Granada y Jamaica.

Teniendo como objetivo dar seguimiento a la crisis de Venezuela y buscar una salida pacífica, ofrece ayuda humanitaria, critica la ruptura del orden constitucional y exige, entre otras demandas, la liberación de los presos políticos y elecciones libres.

El pulso de la conflictividad, no sólo lo marcaban las incesantes jornadas de protestas con objetivos políticos, que solían ser dispersadas en sus puntos de partida. El 8 de julio de 2018, Florantonia Singer, en uno de sus artículos de El País de España, afirma que Venezuela era escenario de 30 protestas diarias. La periodista -que en 2006 me escuchó y me ayudó a divulgar mi denuncia pública sobre los desmanes que se escondían detrás de "La nueva Geometría del Poder"-, llama la atención sobre la generalización del conflicto, más allá de las multitudinarias marchas convocadas por la dirigencia opositora. Según sus palabras:

“La conflictividad de baja intensidad marca la vida cotidiana de los venezolanos frente a la virulencia del pasado. En lo que va de 2018 se han contabilizado más de

5.000 manifestaciones, el 80% de ellas para exigir derechos sociales como comida, agua y salarios dignos.”

Se hablaba de un colapso del Estado con la consecuente emergencia humanitaria, similar a la que puede derivar de un desastre natural o una guerra. Las calles de Caracas, que es la que vivo y sufro, hervían. Trascendiendo el convulso 2017, expresaban sus molestias los pensionados, los ancianos, los trabajadores de los hospitales, de los sectores de electricidad y telecomunicaciones, de las universidades, los colegios, los vecinos, los enfermos crónicos, ¡en fin...! Se peleaba, fundamentalmente, por el aumento de los precios, la escasez y el desabastecimiento de alimentos, las crisis de los servicios y los bajos salarios.

Dejando a un lado las irrefutables objeciones, participé en las presidenciales apoyando la candidatura de Henri Falcón, por suscribir la irrefutable sentencia que le escuché a él y a Eduardo Semteí, en sendas entrevistas periodísticas: *“Al chavismo se le gana masificando el voto”*.

Y, yo agrego:

“¡si nos hacen trampa, con un pueblo organizado y movilizado tendríamos músculo para cantar fraude, hacernos escuchar en todo el planeta y encontrar el respaldo necesario para la acción!”.

“Nos jugaron sucio” dijo Henri Falcón cuando ventiló una serie de irregularidades. La denuncia fue escuchada fuera de nuestras fronteras, pero la organización conseguida no alcanzó suficiente robustez para lograr el objetivo.

El desolador escenario del día de las elecciones se correspondía con la grave situación de las violaciones de derechos humanos con las que el Gobierno venía castigando al pueblo de Venezuela. A nadie le había sorprendido las bienvenidas palabras pronunciadas el 10 de septiembre de 2018, por Michelle Bachelet, en su condición de Alta Comisionada para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

La connotada figura de la izquierda que exhibe una gestión de excelencia en las dos ocasiones cuando ejerció la Primera Magistratura de Chile, en su alocución abogó no sólo por Venezuela sino también por Nicaragua. Luego de pedir que se abordaran las razones por las que miles de personas huían de ambos países, instó a tomar todas las medidas disponibles para abordar las graves violaciones de los derechos humanos, recientemente documentadas.

Recalcando la magnitud del movimiento transfronterizo de Venezuela, sin precedentes en la historia reciente de las Américas, hizo hincapié en las informaciones que seguía recibiendo sobre casos de transgresiones de los derechos sociales y económicos: muertes por malnutrición y enfermedades prevenibles, detenciones arbitrarias, malos tratos y restricciones a la libertad de expresión, así como otras violaciones de los derechos civiles y políticos.

La crisis presidencial: un peregrinaje digno de detallar

El 10 de enero de 2019, Nicolás Maduro se juramenta para su segundo mandato, ante la espuria Asamblea Nacional Constituyente (ANC). Ese mismo día, la Asamblea Nacional,

controlada por la oposición y todavía declarada en desacato por el Tribunal Supremo de Justicia, actúa en defensa de la Constitución, la Democracia y el Estado de Derecho; con el beneplácito de organismos internacionales y de muchos países, y en coincidencia con mi imperecedera lucha por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

Luego de impugnar la victoria del recién juramentado, con el argumento de que era fruto de un proceso fraudulento, la Asamblea lo declara usurpador de la Primera Magistratura y decide que el diputado Juan Guaidó, en su condición de Presidente del Legislativo, tome juramento como Presidente interino del país.

El 12 de enero comienza un peregrinaje digno de detallar. Guaidó anuncia que asumirá el interinato, con la aprobación de la Asamblea Nacional y de un nutrido cabildo abierto celebrado en unas calles de Caracas, muy aledañas a mi residencia. Como argumento legal se esgrimieron los artículos 233, 333 y 350 de la Constitución que establecen que, en caso de ausencia absoluta del jefe de Estado, corresponde al titular del Legislativo ocupar de forma temporal el Ejecutivo y convocar elecciones.

Ese día se me exacerbó la curiosidad. ¡No entendía la inacción de un régimen que no daba tregua a sus violentas arremetidas contra cualquier manifestación opositora!

Con arreglo a la promesa de su primer mensaje, su interinato quedaba atado a una tríada de objetivos centrales: cese de la usurpación, establecimiento de un gobierno de transición impulsado por la Asamblea Nacional y celebración de unos comicios ajustados a la ley.

En contraste con el pobre apoyo a Nicolás Maduro, de países, como Cuba, Nicaragua, Rusia, China, Irán y Turquía, el designado Presidente encargado fue reconocido por el Secretario General de la OEA, el Parlamento Europeo y los gobiernos de más de cincuenta países. A los miembros del Grupo de Lima, con la excepción de México, se sumaron Estados Unidos, la mayoría de integrantes de la Unión Europea, Canadá, Australia, Japón e Israel, entre otros. A la vuelta de un año, en el 2020, el gobierno interino no solo sería avalado por más de sesenta países, sino que ya contaba con muchas embajadas y consulados diplomáticos.

A raíz de la entrada de Guaidó en la escena política de Venezuela, la crisis se profundiza y se pone de manifiesto en un ambiente de agitación permanente y que nos lleva de sorpresa a sorpresa y de incógnita a incógnita. De la esperanza el país saltaba a la desesperanza y viceversa.

Para desconcierto de todos, el día siguiente de su proclamación, las fuerzas represivas del Estado intervienen de manera sospechosa. Guaidó es interceptado por agentes del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN), detenido y liberado minutos más tarde, cuando se trasladaba para asistir a un cabildo abierto convocado en La Guaira, ciudad satélite de Caracas. La condena del Grupo de Lima y del secretario de la OEA, Luis Almagro, no se hicieron esperar, entre una ola de pronunciamientos, como los emitidos por la Unión Europea, la ONU, Uruguay, España y Estados Unidos¹⁰.

¡Más inusitado aún! El Gobierno le atribuye el hecho a una acción unilateral por parte de los funcionarios del SEBIN y emite una orden de captura al Comisario señalado como uno de

¹⁰ https://es.wikipedia.org/wiki/Crisis_presidencial_de_Venezuela - cite_note-119

los responsables. Guaidó replicó con una declaración en la que advertía que el hecho demostraba que había un quiebre en la cadena de mando de las Fuerzas Armadas. en un ambiente de desvergonzadas condiciones ventajistas,

En la víspera del 23 de enero, fecha conmemorativa de la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez y el nacimiento de la democracia en 1958, Guaidó llama al cambio y a realizar manifestaciones a nivel nacional bajo la consigna de “*¡Sí se puede!*”

El llamado lo hace en un ambiente recalentado. En Lima y en algunos sectores de Caracas se habían registrado protestas en contra de la juramentación de Maduro.

Las protestas desarrolladas el propio día del 23 de enero, semana y media después de la proclamación de Guaidó, se hicieron sentir en todo el país y en diversas ciudades del mundo como Bogotá, Santiago, Madrid y Washington.

En los primeros días de las ocurridas en Venezuela se registraron 16 muertos en el bando de los manifestantes, numerosos heridos y 470 detenciones. Según el comunicado presentado el 29 de enero por la vocería del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, se registraron alrededor de 850 detenidos (650 en el capitalino barrio popular de 23 de enero) y 40 fallecidos, una veintena de ellos en las protestas, a manos de las fuerzas de seguridad.

El propio día de las protestas, Maduro objeta el inmediato reconocimiento de Guaidó por parte del gobierno norteamericano y con el especial soporte del liderazgo de su Presidente republicano, Donald Trump. Además de ordenar la ruptura de relaciones, le da 72 horas a todo el cuerpo diplomático estadounidense para abandonar Venezuela. Juan Guaidó, en su condición de Presidente interino, le replica y emite una declaración en la que aseguraba que Venezuela continuaría manteniendo relaciones con Estados Unidos.

El 24 de enero, Guaidó establece como prioridad solicitar al gobierno norteamericano el envío de ayuda humanitaria para asistir a cientos de miles de venezolanos que, conteste a una declaración de la ONU, “*se mueren de hambre, se ven privados de medicamentos esenciales y tratan de sobrevivir en una situación en caída libre sin un final a la vista*”.

A la oferta norteamericana de enviar 20 millones de dólares, se sumaron los gobiernos de Canadá, Alemania, Suecia, Argentina, Chile, Colombia, Puerto Rico y la Comisión Europea. El 14 de febrero, 25 países anunciaban su compromiso de entregar 100 millones de dólares, a través de los centros de acopio establecidos en lugares cercanos de las fronteras venezolanas: Curazao, Cúcuta y Roraima.

Se comenta que la asistencia humanitaria, que alcanzó a rondar una cifra por el orden de los 656 millones de dólares, se manejó a través de organizaciones privadas y se destinó en gran parte a asistir a los migrantes repartidos por América Latina.

A la luz de la continuada permanencia en el poder por parte del señalado como ilegítimo régimen de Nicolás Maduro y sus colaboradores, y de la violación de los derechos humanos, en agosto de 2019, el mandatario de los Estados Unidos determina una orden ejecutiva:

“Todos los bienes e intereses en bienes del Gobierno de Venezuela que se encuentran en Estados Unidos (...) quedan bloqueados y no se pueden transferir, pagar, exportar, retirar o negociar con ellos de otra manera”.

Las sanciones, adicionalmente, prohíben a los ciudadanos y a la mayoría de las empresas con sede en Estados Unidos hacer negocios con PDVSA, o con CITGO. Cualquier dinero que vaya a PDVSA será movido a las cuentas a las que tiene acceso el gobierno presidido por Juan Guaidó.

Según John Bolton, el asesor de Seguridad Nacional, se esperaba que, por efectos de las medidas, fueran bloqueados US\$7.000 millones en activos, además de más de US\$11.000 millones por pérdidas de exportaciones a lo largo del próximo año. El 29 de enero, bajo la tesis de “resguardar los activos para el beneficio del pueblo venezolano”, el Departamento de Estado le entrega a Guaidó el control de bienes, propiedades y activos del gobierno venezolano en cuentas bancarias en Estados Unidos. La lista de activos hace mención específica de las cuentas del gobierno de Venezuela o del Banco Central venezolano que están en el Banco de la Reserva Federal de Nueva York, y que el cambio de control es aplicable para cuentas similares en cualquier banco que esté asegurado o respaldado por las autoridades estadounidenses.

Las sanciones contra el gobierno revolucionario de Venezuela no eran una novedad y las decisiones no provenían solo de la “derecha” norteamericana.

Ya desde 2008 -cuando Chávez y el demócrata Barack Obama contrapunteaban como presidentes-, el Departamento del Tesoro se pronunciaba contra tres altos personeros del régimen: Ramón Rodríguez Chacín, ex-ministro de Interior, Hugo Carvajal, ex-director de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM), y Henry Rangel Silva, ex-ministro de la Defensa, Jefe del Comando Estratégico Operacional de la Fuerza Armada y ex-gobernador del Estado Trujillo. Con base en una declaración, con evidencias de apoyo material a las actividades de narcotráfico de las guerrilleras Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), la autoridad ordenó congelar cualquier cuenta bancaria o bienes que pudiesen tener bajo jurisdicción estadounidense.

En 2014, el Congreso de Estados Unidos aprueba la Ley de Defensa de Derechos Humanos y Sociedad Civil de 2014 de Venezuela (*Venezuela Defense of Human Rights and Civil Society Act of 2014*). El objetivo es imponer sanciones específicas a determinados individuos que fueron señalados como responsables de violaciones de los derechos humanos durante las manifestaciones antigubernamentales de ese año 2014.

En febrero de 2015, el Departamento de Estado de la misma Nación impone restricciones de visado a varios funcionarios venezolanos -extensivas a sus familiares- que, además de vincularlos a actos de violaciones de los derechos humanos, fueron inculpados de corrupción política. El siguiente mes de marzo, el Presidente Barack Obama ordena al mismo Departamento del Tesoro congelar los bienes y activos de siete funcionarios, entre los cuales destaca el Mayor General Gustavo González López, ex-director general del SEBIN y ex-Ministro del Poder Popular para el Interior, Justicia y Paz. Se les inculcaba estar incurso en la erosión de las garantías de derechos humanos, persecución de opositores políticos, restricciones a la libertad de prensa, violencia y abusos a los derechos humanos en las

arremetidas represivas contra las protestas antigubernamentales, arrestos arbitrarios y detención de manifestantes antigubernamentales y corrupción pública. Me es difícil no retrotraerme a las palabras vociferadas por Chávez, contra las contestatarias manifestaciones estudiantiles de 2009:

“Doy la orden de una vez, me les echan gas del bueno”.

En 2017, son agregadas tres disposiciones, de conformidad con la amenaza del Donald Trump de aplicar sanciones económicas si el gobierno continuaba en su propósito de implementar la Asamblea Nacional Constituyente (ANC). Un día después de los recusados sufragios, el ente que dirige las finanzas federales de Estados Unidos congela todos los activos de Nicolás Maduro sujetos a la jurisdicción de esa Nación y de ocho funcionarios engranados con el impugnado órgano colegiado: Adán Chávez, Francisco Ameliach, Érika Farías, Hermán Escarrá, Darío Vivas, Carmen Meléndez y Bladimir Lugo, además de Tania D’ Amelio, señalada como rectora complaciente del Consejo Nacional Electoral.

En 2018, las autoridades estadounidenses divulgan otras tres medidas más. Donald Trump firma una orden que impide a los ciudadanos norteamericanos, y a las personas dentro del territorio norteamericano, a realizar transacciones con cualquier tipo de moneda digital - incluido el Petro- emitida por, para o en nombre del gobierno de Venezuela.

En apoyo a esta sanción, el mismo Departamento del Tesoro adelanta las otras dos disposiciones. Por una parte, crea la *Lista de Nacionales Especialmente Designados y Personas Bloqueadas (Specially Designated Nationals And Blocked Persons List)*. En el inventario aparece Diosdado Cabello, el número dos del chavismo, integrante de la ANC, junto a miembros de su familia: su hermano José David Cabello, Presidente del Servicio Nacional Integrado de Administración Aduanera y Tributaria (SENIAT) y Marlenys Contreras de Cabello, su esposa y ex-Ministro de Turismo. También incluye a Rafael Sarría, un empresario con propiedades en los Estados Unidos y supuesto testaferro de Diosdado Cabello.

En conjunto con la Oficina de Control de Activos Extranjeros (OFAC), aprueba medidas que afectan a figuras tan importantes como Cilia Flores, esposa del Presidente Maduro, Vladimir Padrino López; Ministro de la Defensa; y los hermanos Delcy Rodríguez, Vice-Presidente de la República, y Jorge Rodríguez, Ministro de Comunicaciones.

El 8 de enero de 2019, en la víspera de la auto proclamación de Guaidó, la misma OFAC ya había emitido nuevas sanciones dirigidas a impedir cualquier vínculo entre empresas o ciudadanos estadounidenses y venezolanas relacionadas con un esquema diseñado para tomar ventaja de las prácticas de cambio de divisas del gobierno de Venezuela. En este paquete aparecen siete figuras concernidas con el oficialismo: Claudia Díaz y su esposo Adrián Velásquez, ex-enfermera y ex-guardaespalda de Chávez, respectivamente; Leonardo González, ex-Presidente del Banco Industrial de Venezuela; Raúl Gorrín, Presidente del canal de televisión Globovisión; Gustavo Perdomo, director ejecutivo de Globovisión, junto a su esposa Mayela Tarascio de Perdomo y a María Perdomo. Adicionalmente, la OFAC sanciona a otros cinco individuos y a 23 entidades, incluyendo a la empresa Globovisión.

Estados Unidos no actuaba en solitario. La Unión Europea (UE) venía secundando sus acciones. En 2017, aprobó un embargo de armas y de material susceptible de ser utilizado para la represión contra el pueblo de Venezuela. En enero de 2018, fueron sancionados siete altos funcionarios del Estado venezolano, a quienes se les prohibió hacer transacciones con personas o entidades y la entrada a cualquiera de las naciones integrantes de la comunidad política. Sumado a Diosdado Cabello, quien ejercía el cargo de Vice-Presidente del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), fueron incluidos Maikel Moreno, Presidente del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), Mayor General Gustavo González López, ex-director general del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIM) y ex-Ministro del Poder Popular para el Interior, Justicia y Paz; ya sancionados por Estados Unidos. También aparecen Néstor Reverol, Ministro de Interior, Justicia y Paz, Antonio Benavides Torres, ex-comandante de la GNB, Tibisay Lucena, Presidenta del Consejo Nacional Electoral y Tarek William Saab, Fiscal General de la República

Panamá y Suiza se habían sumado desde 2018. El gobierno de Panamá aplica una cadena de sanciones a 55 funcionarios públicos venezolanos, a personas de la alta esfera política oficialista y a 16 empresas que operaban en ese país y que eran propiedad de los Malpica Flores, la familia de Cilia Flores, “primera dama de la República”. El Consejo Federal de Suiza les congela los fondos, y les prohíbe la entrada al país a siete ministros y altos funcionarios, a quienes inculpaban por violaciones a los derechos humanos y por el deterioro del Estado de derecho y de las instituciones democráticas.

Ese mismo año, el Senado Mexicano había aprobado un Punto de Acuerdo en el que se puntualiza, entre otros asuntos, el rechazo a las elecciones presidenciales programadas, la congelación de bienes a funcionarios del gobierno de Maduro y la prohibición de entrada al país de éstos.

El 28 enero de 2019, cinco días después de su proclamación y de su ruptura de relaciones con Venezuela, Estados Unidos anuncia las sanciones que funcionarían como un embargo petrolero en contra de la empresa estatal Petróleos de Venezuela S. A. (PDVSA) e insta a los militares a aceptar la transición en el poder impulsada por Juan Guaidó.

Además de cancelar las órdenes de compra a PDVSA, el Departamento de Estado y el Departamento del Tesoro le cedían al gobierno de transición el control de las cuentas bancarias del Estado venezolano existentes en su territorio, y de CITGO (Texas Petroleum Corporation), la empresa subsidiaria de nuestra petrolera, con sede central ubicada en el área del Corredor Energético de Houston, Texas, y que comprende un grupo de refinadoras. El 5 de abril, hacían del conocimiento público la aplicación de sanciones contra 34 embarcaciones reservadas por PDVSA para transportar petróleo venezolano a Cuba.

¿Objetivo? Asegurar que Maduro y sus aliados no se beneficiaran de las operaciones ilegales de minería de oro o de los negocios de la petrolera estatal, ni de cualquier otra transacción comercial que permitiera financiar actividades criminales del régimen o abusos a los derechos humanos. ¿El fin último? ¡Dejar al gobierno usurpador sin efectivo y sin monedas extranjeras!

El 8 de febrero, Maduro se opone públicamente a la entrega de la ayuda humanitaria, la califica como

“...precursora de una invasión dirigida por Estados Unidos”.

Y declara:

“...con la ayuda humanitaria nos quieren tratar como mendigos...en Venezuela tenemos la capacidad de cuidar a nuestros niños y mujeres. Aquí no hay crisis humanitaria”.

Ya desde el 6 de febrero, la GNB había bloqueado el Puente Internacional *Las Tienditas*, que une a Colombia con el suroeste de Venezuela, para impedir la entrada de los camiones cargados con ayuda humanitaria. El 22 de febrero, el empresario inglés Richard Branson, con el apoyo de numerosos cantantes de los más célebres, organiza en Cúcuta, el internacionalmente divulgado concierto benéfico, denominado Venezuela Aid Live.

El 9 de marzo acompañamos a la gran toma de Caracas, nutrida manifestación convocada después del apagón más extenso y prolongado de nuestra historia de Venezuela, que nos dejó sin electricidad hasta siete días continuos, en Caracas y en varios estados del interior. Por primera vez en sus cincuenta años de vida, se presentaba una falla severa en la Central Hidroeléctrica Simón Bolívar que surte al Sistema Interconectado Nacional (SIN), una red de alcance nacional que fue construida entre 1960 y 2003.

Amaneciendo el 30 de abril del mismo agitado año 2019, el día anterior al 1 de mayo, cuando se montaba la manifestación en honor a los trabajadores, me despierta Coral Lombana, mi muy querida huésped-compinche. En sumo inquieta y, entre contenta y alarmada, me dice

“Me acaban de hablar por teléfono. En las afueras de La Carlota se encuentran Juan Guaidó y Leopoldo López. Nos llaman a manifestar para deponer a Maduro y les exigen a los militares unirse a la causa. ¡Vístete y vamos!”

Me preparé, y animada por la curiosidad me sumé de la mano de Coral al torrente humano que avanzaba hacia La Carlota, como es coloquialmente conocida la Base Aérea Generalísimo Francisco de Miranda, ubicada a cuatro escasos minutos de mi residencia y adosada, en paralelo, a la gran autopista capitalina Francisco Fajardo. No habíamos terminado de alcanzar la concentración, cuando se desató la andanada de bombas lacrimógenas que nos obligó a dispersar y a retroceder en huida.

En medio del desconcierto, conseguimos divisar la autopista bloqueada con grandes vehículos de las Fuerzas Armadas de Venezuela y a Guaidó sobre una tarima y con un micrófono en la mano, en compañía de oficiales militares y policiales, principalmente del SEBIN, la GNB, la Policía Nacional Bolivariana (PNB) y la Fuerza Aérea. Para más asombro, a su lado también se encontraba Leopoldo López, quién había sido rescatado de su residencia, donde cumplía arresto domiciliario, después de su confinamiento de tres años en la cárcel militar de Ramo Verde.

Coral y yo estábamos sumamente asombradas. ¡Habíamos irrumpido en las inmediaciones del meollo de los acontecimientos! Más tarde, ya refugiadas en el “hogar dulce hogar” -o en las afueras-, por fin nos enteramos que se trataba de una insurrección cívico-militar. ¡Se hallaba en pleno desarrollo la “Operación Libertad”!, la emblemática denominación con la que bautizaron a un golpe de Estado que se revelaba con focos paralelos en varias de las

grandes ciudades de Venezuela: Maracaibo, Barquisimeto, San Cristóbal, Mérida, Coro, Punto Fijo, Barcelona-Puerto La Cruz, Ciudad Guayana, Valencia, Maracay y La Guira.

Corrían muchos rumores. Se decía, por ejemplo, que era un golpe respaldado por los Estados Unidos y que la oposición había mantenido reuniones secretas con cuadros medios de la oficialidad militar, inclusive con unos cuantos de alto rango que respaldaban a Guaidó como presidente interino. No faltaban los rumores en torno a unas supuestas deserciones de miembros de la GNB, que habían salido en un vehículo blindado para Colombia.

También recuerdo algunas noticias provenientes del exterior. Se informaba sobre unas medidas de arresto y contrainteligencia tomadas por el Gobierno para salirle al paso a las posibilidades de levantamiento militar y deserciones en los cuarteles, donde se alojaban tropas de rango medio y bajo, que sólo ganaban alrededor de seis dólares al mes.

La confusión mayúscula me invadió cuando, una vez disipada la concentración, veo a Guaidó y a López en el terreno de los acontecimientos. En marcha pausada y rodeados de partidarios transitaban por la Avenida Miranda, que corre a 50 metros de mi residencia. Cuando se enfilaban hacia el “prohibido” centro de la ciudad fueron interceptados por nubes de motorizados que disparaban contra la multitud. Una vez sofocada la avanzada, unos cuantos líderes se refugiaron en embajadas extranjeras. Leopoldo López se asiló en la de España

Se disipaba la marcha que se dirigía al casco central de Caracas, pero los focos de enfrentamientos entre las fuerzas disuasivas del Estado y los opositores se propababan por la ciudad y surgían en otras, durante unos cuantos días y, otra vez, con un importante saldo de fallecidos, heridos y detenidos.

La crisis de todo orden se agravaba a tal extremo que, Michelle Bachelet decide visitarnos del 19 al 21 de junio, alrededor de sesenta días después del levantamiento del 30 de abril y a pocos meses del mensaje de 2018, en el cual había instado a tomar todas las medidas disponibles para abordar las graves violaciones de los derechos humanos. Según afirmó ante la prensa, la visita le sirvió para constatar que

“...la situación humanitaria se ha deteriorado de forma extraordinaria...”

En posterior ocasión, ya en Europa, declaró:

“Durante mi visita a Venezuela, pude conocer directamente los relatos de quienes han sido víctimas de la violencia del Estado y sus peticiones de justicia. He transmitido con exactitud sus opiniones y las de la sociedad civil, así como las violaciones de derechos humanos documentadas en este informe, a las autoridades competentes”.

En un recorrido de tres días, sostuvo entrevistas con una amplia y representativa gama de figuras políticas, desde Nicolás Maduro y Juan Guaidó, hasta altos funcionarios del Gobierno. Mucha preponderancia le concedió a sus encuentros con miembros de la sociedad civil, empresarios, profesores y otros interesados, así como con víctimas y sus familiares.

El 4 de julio hace público un demoledor informe del período comprendido entre enero de 2018 y mayo de 2019, que se puede consultar en línea¹¹.

El documento, elaborado a petición del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, se basa en 558 entrevistas con víctimas y testigos de violaciones de derechos humanos y de la deteriorada situación económica, además de otras fuentes. En su contenido se afirma que

-en la última década, y sobre todo desde 2016, el Gobierno de Venezuela y sus instituciones, han puesto en marcha una estrategia para “neutralizar, reprimir y criminalizar a la oposición política y a quienes critican al Gobierno”,

-se insta al Gobierno de Venezuela a adoptar de inmediato medidas específicas para detener y remediar las graves vulneraciones de derechos económicos, sociales, civiles, políticos y culturales que se han documentado en el país

-se advierte que, si la situación no mejora, continuará el éxodo sin precedentes de emigrantes y refugiados que abandonan el país, y empeorarán las condiciones de vida de quienes permanecen en él.

Una vez extendidas la solicitud y la advertencia, despliega una pléyade de demoledoras denuncias. A saber:

-existe un conjunto de leyes, políticas y prácticas, que ha reducido el ámbito democrático, ha desmontado el sistema de control institucional sobre el poder ejecutivo y ha permitido la reiteración de graves violaciones de derechos humanos

-persiste una repercusión de la profunda crisis económica, que ha privado a la población de los medios necesarios para satisfacer sus derechos fundamentales en materia de alimentación y cuidados médicos, entre otros

-se evidencia una paulatina militarización de las instituciones del Estado durante la última década

-las fuerzas civiles como militares son responsables de detenciones arbitrarias, malos tratos y torturas a críticos del Gobierno y a sus familiares, violencia sexual y de género perpetrada durante los períodos de detención y las visitas, y uso excesivo de la fuerza durante las manifestaciones

-los grupos armados civiles progubernamentales conocidos como *colectivos* han contribuido al deterioro de la situación, al imponer el control social y ayudar a reprimir las manifestaciones. De 66 muertes documentadas, durante las protestas realizadas de enero a mayo de 2019, 52 son atribuibles a las fuerzas de seguridad del Gobierno militares y civiles.

-ha sido sorprendentemente elevada la proporción de presuntas ejecuciones extrajudiciales cometidas por las fuerzas de seguridad, en particular por las Fuerzas de

¹¹https://www.ohchr.org/EN/HRBodies/HRC/RegularSessions/Session41/Documents/A_HRC_41_18_SP.docx

Acciones Especiales (FAES), en el contexto de las operaciones de este comando de a. En 2018, el Gobierno registró 5.287 muertes, supuestamente por “resistencia a la autoridad” en el curso de sus operaciones. Entre el 1 de enero y el 19 de mayo del presente año, otras 1.569 personas fueron asesinadas, según las estadísticas del propio Gobierno. Otras fuentes apuntan a que las cifras podrían ser muy superiores

-hasta el 31 de mayo de 2019, había 793 personas privadas arbitrariamente de libertad, entre ellas 58 mujeres

-en lo que va de año, 22 diputados de la Asamblea Nacional, incluido su presidente, han sido despojados de su inmunidad parlamentaria

-la mayoría de las víctimas de vulneraciones de derechos humanos no han tenido acceso real a la justicia ni a una reparación adecuada. “Según los entrevistados, son pocas las personas que presentan denuncias, por miedo a las represalias o por falta de confianza en el sistema judicial”, expresa el informe. Quienes sí lo hacen, en su mayoría mujeres, se enfrentan a obstáculos omnipresentes y, en la mayoría de los casos, a investigaciones que se estancan. *“El Ministerio Público ha incumplido con regularidad su obligación de investigar y llevar a juicio a las personas responsables de los hechos y el Defensor del Pueblo ha guardado silencio ante las violaciones de derechos humanos.”*

-el espacio para los medios de comunicación libres e independientes se ha reducido, mediante la prohibición o la clausura de medios de comunicación, y la detención de periodistas independientes

-el Gobierno ha tratado de aplicar una hegemonía comunicacional, imponiendo su propia versión de los hechos y creando un ambiente que restringe los medios de comunicación independientes”.

La Alta Comisionada acogió con beneplácito la reciente puesta en libertad de 62 presos políticos, y reclamó a las autoridades la libertad de todas las demás personas detenidas o privadas de libertad, por haber ejercido de manera pacífica sus derechos fundamentales. Además, agregó:

“El Gobierno se comprometió con nosotros a solucionar algunas de las cuestiones más espinosas -entre otras, el uso de la tortura y el acceso a la justicia- y a facilitarnos la entrada ilimitada a los centros de reclusión. La situación es compleja, pero este informe contiene recomendaciones claras sobre las medidas que pueden adoptarse de inmediato para frenar las violaciones actuales, impartir justicia a las víctimas y crear un espacio para discusiones significativas. Estamos dispuestos a colaborar con todas las autoridades competentes y a seguir promoviendo los derechos de todos los venezolanos, cualesquiera sean sus afiliaciones políticas”.

Si bien en el informe se recalca que la economía de Venezuela estaba en crisis mucho antes de que se le impusieran sanciones, se afirma que las vinculadas a la exportación de petróleo agravan aún más la situación.

En el documento se habla del incumplimiento del Estado con su obligación de garantizar los derechos a la alimentación y la atención sanitaria. Con relación al primer caso, se subraya

como la creciente escasez de alimentos, y con precios cada vez más altos, se han traducido en un número menor de comidas con menos valor nutricional, elevados índices de desnutrición y una repercusión especialmente adversa sobre las mujeres, algunas de las cuales informaron que, en promedio, pasan 10 horas al día en las colas para comprarlos. Si bien se acepta que el Gobierno ha realizado esfuerzos para afrontar esta situación mediante programas sociales, se afirma que amplios sectores de la población carecen de acceso a la distribución de comida, entre los que destacan los excluidos por no ser partidarios del gobierno.

Al referir a los derechos a la atención sanitaria, las reflexiones apuntan hacia la grave situación en un país donde los hospitales carecen de personal, provisiones, medicamentos y electricidad para mantener en funcionamiento los equipos. Valiéndose de una cita de la Encuesta Nacional sobre Hospitales de 2019, denuncia que, de noviembre de 2018 a febrero de 2019, en los hospitales se registraron 1.557 fallecimientos por falta de suministros.

Aparte del diagnóstico, el informe incluye un conjunto de recomendaciones dirigidas al Gobierno con respecto a las principales violaciones de derechos humanos documentadas por la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. En palabras de Bachelet:

“Espero sinceramente que las autoridades examinen con detenimiento toda la información contenida en este documento y apliquen sus recomendaciones. Todos deberíamos estar de acuerdo en que todos los venezolanos merecen una vida mejor, sin miedo y con acceso a los alimentos, el agua, la atención médica y la vivienda adecuados, así como a otras necesidades básicas”.

“Un sacerdote católico me dijo en Caracas: ‘No se trata de política, sino del sufrimiento de la gente’. Este informe tampoco trata de política, geopolítica, relaciones internacionales o cualquier otra cosa que no sea los derechos humanos a los que todo venezolano tiene derecho”.

“Exhorto a todas las personas con poder e influencia -tanto en Venezuela como en el resto del mundo- a que colaboren y contraigan los compromisos necesarios para solucionar esta crisis que está arrasándolo todo. Mi Oficina está lista para seguir apoyando”.

Como apuntara Guillermo Olmo, corresponsal de BBC News Mundo en Venezuela:

“...la Comisionada habló y habló claro”.

Más aún, a petición suya, un equipo de dos oficiales de la Oficina permaneció en el país, en el marco de un acuerdo que les permitió prestar asesoramiento y asistencia técnica, y monitorear la situación de derechos humanos.

Cumplido un año del interinato presidencial del Diputado Juan Guaidó, arrancan tiempos mucho más marcados por la arbitrariedad y el abuso.

El 5 de enero de 2020, el oficialismo intenta impedir a Guaidó, su equipo y demás diputados partidarios, cumplir con el reglamentario nombramiento de la nueva directiva de la Asamblea Nacional. En el recorrido hacia el Palacio Federal Legislativo, se encontraron con una barrera de efectivos de la GNB y de la Policía Nacional Bolivariana (PNB) que les

obstaculizaban el paso, sin respetar la potestad y la majestad de los miembros del legislativo, uno de los tres poderes autónomos e independientes que integran el Estado democrático representativo de Venezuela. Luego de varios intentos fallidos por ingresar al Capitolio, la bancada opositora, de diputados principales y suplentes, decidió instalarse en la sede de El Nacional, un prestigioso diario de la prensa de alcance nacional.

Comprobado el quórum necesario para iniciar la sesión, sin necesidad de acudir al voto electrónico a distancia, procedieron a consumar el acto de votación -que vi en vivo a través de las de redes sociales-. El Presidente de la AN resultó reelecto, con la anuencia del total de los parlamentarios presentes.

Mientras transcurría la sesión, otro grupo de parlamentarios opositores se congregó en el hemiciclo sede de la Asamblea y, con el apoyo del oficialismo, impone una directiva presidida por el diputado Luis Parra. Como no había conseguido el quórum exigido, no pudo entregar las pruebas demandadas por el TSJ, el máximo tribunal del país.

Sin importar el escándalo que se armó hasta trascender confines, los fraudulentos empiezan a sesionar con gran desfachatez, y sin incumbirles que, en las afueras del edificio, la GNB seguía impidiéndoles el acceso a Guaidó y a los cien diputados opositores que lo respaldaban. Cuando, finalmente, logran forzar y franquear varios cercos militares y policiales, deciden sesionar, superando todo tipo de obstáculo, como el de la bochornosa vez que le cortaron el suministro de energía eléctrica al hemiciclo.

Ante tan tamaña torpeza, la gesta de Guaidó gana el reconocimiento de nuevos países como México o Argentina, y consolida importantes apoyos. Por ejemplo, el Grupo de Lima da a conocer un comunicado conjunto en el que reza:

"...condenamos el uso de la fuerzas militares y policíacas por el régimen dictatorial de Nicolás Maduro para impedir que los diputados de la Asamblea Nacional puedan acceder libremente a la sesión, convocada para hoy 5 de enero, para elegir democráticamente a su Mesa Directiva".

Parra y sus seguidores, recibieron el parco espaldarazo del oficialismo y de Rusia.

Una vez desafiada la impresentable toma de la Asamblea Nacional, el Presidente encargado de Venezuela reta por segunda vez la prohibición de salida del país impuesta por el Gobierno. El 20 enero de 2020 viaja sorpresivamente para emprender una gira por Colombia y Europa.

El mismo 20 asiste a la III Conferencia Ministerial Hemisférica de lucha contra el Terrorismo, celebrada en Bogotá, con la asistencia de delegados de más de 25 países. Durante la Cumbre en la que se ratificó el compromiso de continuar contra el terrorismo y su financiamiento, sostuvo reuniones bilaterales con el Secretario de Estado de Estados Unidos, Mike Pompeo, y el Presidente de Colombia, Iván Duque.

Pompeo declara:

"Irán con su brazo armado Hezbollah, está en Venezuela y eso no es aceptable, en momentos de alta tensión entre Washington y el régimen islámico de Teherán".

Duque confirma la presencia del grupo libanés en Venezuela y subraya que esa situación para nadie ha sido un secreto durante los últimos años. Y, al aseverar que América Latina ha

sido afectada por el terrorismo y por el accionar de diferentes organizaciones criminales transnacionales, afirma:

“Hemos visto la presencia de células de Hezbollah en países como Venezuela, con la anuencia y la connivencia de la dictadura de Nicolás Maduro”.

Guaidó asiente

"El terror lo genera el Estado, a sus ciudadanos, pero también a la región"

Su propósito era acordar acciones a favor de la democracia y denunciar la presencia de grupos terroristas criminales en Venezuela y sus vínculos con el régimen de Maduro.

En su meteórica gira por Europa, un reto que se había planteado para *“reforzar la presión a la dictadura”*, le fue reiterado el respaldo como Presidente interino de Venezuela. La inicia el 21 de enero en Londres, Inglaterra, donde se reunió con el canciller británico Dominic Raab y con el primer ministro, Boris Johnson.

Raab expresó:

“...asegurar una resolución pacífica y democrática ante la inestabilidad política en Venezuela es fundamental para que el país avance y alcance su potencial”.

Además de insistir en que lo que más desean ver es una transición pacífica y democrática en Venezuela, le dejó saber la preocupación de su país por la crisis humanitaria en la región latinoamericana a causa de la situación en Venezuela, así como por los abusos de derechos humanos, y prometió que trabajará

"...con todos nuestros socios europeos para asegurarnos de terminar con la crisis y de que se rindan cuentas por ello".

Al Primer Ministro Boris Johnson, le expresó su agradecimiento por el respaldo a Venezuela. En su cuenta de *twitter*, escribió:

“El Reino Unido nos ayudó en nuestra primera lucha por la libertad, la lucha de independencia. Ha sido y será un socio fundamental para el pueblo venezolano.”

El 22 es bien acogido en Bruselas, la capital de Bélgica, por diputados del Parlamento Europeo, entre ellos Josep Borrell, Vicepresidente de la Comisión Europea, y Margaritis Schinas, vicepresidente de la Comisión von der Leyen del Comisionado europeo. De entrada, afirmó:

"Estoy aquí hoy en nombre de esos venezolanos que no tienen voz (...) Por eso estamos hoy en Bruselas, para ponerle fin y buscar las herramientas para poner fin a esa tragedia, tragedia que hoy no es solamente venezolana".

De seguidas, solicitó

"apoyo para lograr unas elecciones libres y justas y para luchar contra la dictadura en Venezuela”.

Borrell le reiteró el compromiso de apoyar un *"proceso genuino"* que conduzca hacia una solución *"pacífica y democrática"*, *"basada en elecciones presidenciales y legislativas creíbles y transparentes"*. Y, Schinas, en su cuenta de *twitter* exteriorizó:

"Europa siempre por la democracia y la libertad".

En la búsqueda de esa solución, el Parlamento Europeo

"pide a (...) los estados miembro que reconozcan de forma inequívoca la continuación constitucional de la legítima Asamblea Nacional de Venezuela elegida en 2015 y al Presidente interino legítimo de Venezuela, Juan Guaidó"

Y, aprueba una Resolución en la que sostiene que

"la "única solución" a la crisis en Venezuela debe incluir elecciones presidenciales, parlamentarias, regionales y locales que sean creíbles, inclusivas, libres, justas y transparentes".

El documento funde varias propuestas. Luego de saludar las decisiones de la Unión Europea, de desconocer el resultado de las legislativas, celebradas el 6 de diciembre de 2020, y de ensanchar por un año el plazo de aplicación de las sanciones económicas a Venezuela, sugiere presionar ampliandolas contra miembros del gobierno en disputa, encabezado por Nicolás Maduro. También refiere a unas denuncias de corrupción contra emisarios de Guaidó en diversos países, y hace

"un llamado a la legítima Asamblea Nacional y a su Presidente Juan Guaidó a asegurar transparencia total en el uso de fondos".

El 23 de ese mismo diciembre, Guaidó participa en el Foro Económico Mundial, que reúne cada año en Davos, Suiza a la élite política y económica global. Su intervención la centró en pedir ayuda al mundo con palabras como las que siguen:

"Estoy hoy aquí para buscar que ninguno de ustedes deje fuera a Venezuela. Estamos construyendo un futuro juntos".

Después de esbozar problemas como los intentos del Gobierno de Venezuela por impedir el acceso de los diputados al parlamento, el propio Guaidó clamó por apoyo de la Unión Europea para sacar al régimen de Maduro del poder, e hizo un llamado a detener el comercio ilegal de oro y ayudar en el Acuerdo de Paz en curso, dirigido a frenar a ciertos grupos que trataban de desestabilizar a América Latina.

Muy relevantes fueron las entrevistas bilaterales del líder emergente con Tony Blair, ex primer ministro británico, con Angela Merkel, Canciller de Alemania, y con los primeros ministros de Austria, Sebastian Kurz, de Grecia, Kyriakos Mitsotakis, y Mark Rutte de Holanda. El siguiente 24 que anuncia llegada del Niño Dios, se entrevista, en París, con Emmanuel Macron, Presidente de Francia, con Jean-Yves Le Drian, su ministro de Asuntos Exteriores, y con representantes del Senado. El Presidente Macron calificó de "constructiva" la conversación en la que Guaidó le manifestó:

"Hemos hablado de actuar, de la necesidad que tenemos hoy en Venezuela de contener una potencial catástrofe que hoy es ya una emergencia humanitaria sin precedentes en América Latina. Europa está haciendo y va a hacer más, sin duda".

Macron, quien en el seno de la Unión Europea se venía distinguiendo como uno de los más críticos de Nicolás Maduro, le respondió

“Francia apoya la organización rápida de una elección presidencial libre y transparente”.

Y, a través de su cuenta de *twitter*, añadió:

"Respetamos la soberanía y la libertad del pueblo venezolano y nos mantenemos a su lado ante la crisis humanitaria que padece."

El siguiente día navideño del 25 de diciembre, nuestro peregrino viaja a Madrid. Aun cuando el gobierno de España fue el primero en reconocerlo como Presidente encargado de Venezuela, no tuvo un encuentro con Pedro Sánchez, el Presidente de Gobierno de España. Se reunió con la Ministro de Asuntos Exteriores de España y con muchas otras autoridades, entre otros con Pablo Casado, del conservador Partido Popular, que criticó a Sánchez. De cualquier manera, recibió la Llave de Oro de Madrid, su presencia produjo toda una tormenta política que desembocó en un nutrido acto con el exilio venezolano en la Puerta del Sol de Madrid y, lo más importante, Sánchez, desde Valencia donde se encontraba, aclaró:

“Siempre hemos apoyado a la oposición venezolana y lo que queremos es que celebren unas elecciones rápidas”.

La cima de la gira se materializó en Norteamérica el 2 de enero de 2021 en Canadá, donde conversó con Justin Trudeau, el primer ministro, quien le manifestó:

“Canadá apoya al pueblo de Venezuela en su búsqueda de elecciones libres y justas, y derechos humanos”.

A través de su cuenta personal en Twitter, elogió el trabajo de Juan Guaidó durante su interinato.

En Estados Unidos, contó con el espaldarazo de Donald Trump y de toda la plana político-legislativa del país. Los congresistas republicanos y demócratas, unidos y como un solo bloque, lo ovacionaron de pié y con calurosos aplausos, durante la presentación del discurso del Estado de la Unión (State of de Union) ofrecido por Trump. El Jefe del Ejecutivo de los Estados Unidos lo había invitado, con todos los honores que merece otro gobernante de su nivel, al acto de la exposición del mensaje anual sobre el estado del país ante al Congreso.

En su discurso arengó:

“La tiranía de Maduro va a ser destruida...Estados Unidos está encabezando una coalición diplomática de 59 naciones contra el dictador socialista de Venezuela Nicolás Maduro...Maduro es un dirigente ilegítimo, un tirano que trata con brutalidad a su pueblo. Pero su mandato de tiranía quedará aplastado y roto...Guaidó es un hombre que lleva con él las esperanzas, los sueños y las aspiraciones de todos los venezolanos. El socialismo destruye a las naciones. Pero recuerden siempre, la libertad une las almas...Estamos apoyando las esperanzas de cubanos, nicaragüenses y venezolanos para restaurar la democracia”.

Guaidó no sólo sostuvo conversaciones privadas con Trump. También abordó la situación de Venezuela en reuniones con autoridades de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, con Mike Pompeo, secretario de Estado estadounidense, con

Nancy Pelosi, Diputada de la bancada demócrata y Presidenta de la Cámara de Representantes, y con Luis Almagro, Secretario General de la OEA.

Luego de concluir una apretada jornada y proclamar una victoria política contra Maduro, anuncia su regreso a Venezuela con la promesa de continuar con las protestas y la presión internacional, asegurando estar dispuesto a

“...hacer todo lo que tenga que hacer para alcanzar estos objetivos, a pesar de los riesgos que conlleva regresar al país...”

El 11 de febrero de 2020, Alonso Moleiro reporta en El País de España:

“Juan Guaidó, líder de la oposición y reconocido Presidente interino de Venezuela por más de 50 países, ha anunciado su retorno al país sudamericano. El político venezolano volverá tras una exitosa gira de casi un mes por Europa, Canadá y Estados Unidos que ha apuntalado su legitimidad política y ha acallado temporalmente a sus críticos.”

En un video que se hizo público, el Presidente interino declara:

“Tenemos el respaldo y el respeto de todo el mundo. Ahora nos toca la tarea más poderosa, la que nos trajo hasta aquí: unirnos para poder afirmar que la virtud, el honor y la libertad, cubren cada rincón de Venezuela...Regreso a mi patria con el compromiso de nuestros aliados internacionales, con acciones y medidas, que se irán ejecutando, y con el llamado a nuestro pueblo para que reactivemos la lucha y la movilización popular. Yo asumo mi rol y mi responsabilidad, con todos los riesgos que eso implica. Los invito a ustedes a hacer lo mismo, como lo han hecho siempre”.

La gira de Juan Guaidó, seguida con gran interés en Venezuela, serenaba en algo a la encrispada sociedad opositora a Maduro. Sin embargo, en medio de recriminaciones mutuas y de una desconfianza creciente, se le exigía escoger objetivos muy concretos y presentar un mensaje muy convincente que permitiera superar un claro reflujo popular.

Fueron muchas las voces que reprocharon la solicitud de apoyo fuera de nuestras fronteras. Yo tenía mis dudas porque creo en nuestras fuerzas ciudadanas y en la salida electoral, sobre todo al recordar que en 1816 el Gral. Alexander Pet Petión recibió a Simón Bolívar para atender su solicitud de ayuda a los fines de emprender desde Haití su expedición libertaria contra el colonialismo español.

Por las redes sociales circulaban comentarios adversos, reseñados en la prensa internacional. Algunos ejemplos:

“Maduro sigue sentado doce meses después en el sillón presidencial del Palacio de Miraflores”; “Juan Guaidó había logrado ser reconocido por más de 50 gobiernos como el jefe de Estado legítimo en Venezuela, pero no había podido cumplir ninguna de sus promesas de entonces: derrocar al Presidente Nicolás Maduro, crear un gobierno de transición y convocar elecciones; “el líder opositor venezolano no ha logrado nada hasta ahora”; “Maduro sigue sentado doce meses después en el sillón presidencial del Palacio de Miraflores”; “Mientras Maduro y Guaidó luchan por el

poder en el Palacio de Miraflores, muchos venezolanos luchan cada día por sobrevivir”.

El 21 de febrero de 2020, casi nueve meses después de la protesta popular del 30 de abril contra Nicolás Maduro, Guaidó llama a los venezolanos a una marcha, el 10 de marzo, hacia el Palacio Federal Legislativo, con el objetivo de retomar el control de la sede de la Asamblea Nacional. Su mensaje en Twitter:

“Nos vemos a las 10AM en la Plaza Juan Pablo II. Estaremos al frente junto a los diputados y líderes de todos los sectores.”

“Recuerden las instrucciones: unión, organización y disciplina. Atentos a la información oficial a través de @AsambleaVE, @Presidencia_VE, Diputados y mis redes. ¡Continuamos con fuerza! Hoy, demostremos que no nos acostumbramos.”

“La dictadura actúa de manera predecible. Sabíamos que enfrentaríamos el despliegue de lo único que les queda. Hagamos que cada policía, cada guardia, cada esbirro vea y escuche que somos más y vamos pa’ encima y juntos.”

El siguiente 10 de marzo, la calle se recalienta y se reaviva la presión contra el gobierno de Nicolás Maduro. Miles de personas con banderas de Venezuela y alguna enseña blanca, convergieron en la plaza Juan Pablo II del este de Caracas, desde donde partieron rumbo a la Asamblea Nacional, con Guaidó a la cabeza y en compañía de dirigentes y del resto de los legisladores.

Cuando la multitud había recorrido unas pocas cuadras, una barricada de agentes policiales y militares con equipos antimotines le cortó el paso, la dispersó con disparos de gases lacrimógenos, tendió un cordón más amplio y levantaron sus escudos. Mientras el grueso de los participantes se alejaba rápidamente, y algunos jóvenes con el rostro cubierto lanzaban piedras y palos contra los efectivos, Guaidó, en un esfuerzo por dialogar con miembros de la GNB, les asentaba:

“Pónganse del lado de la gente, de sus familias. Hoy la dictadura cree que puede detener a Venezuela. Ese miedo que siente la dictadura es el miedo que siente la madre al no poder darle de comer a sus hijos.”

El clima de violencia se fue exacerbando hasta derivar en enfrentamientos entre los manifestantes y la policía nacional que avanzaba en motos sobre los manifestantes y reprimía con disparos de perdigones

Las movilizaciones convocadas se repetían en todas y cada una de las entidades federales de Venezuela.

En Caracas, Guaidó arenga a continuar en las calles e invita a los legisladores de la Asamblea Nacional a sesionar en la Plaza Alfredo Sadel, también ubicada en el este de la Ciudad. En su cuenta de twitter, precisaba:

“Sabíamos el plan de la dictadura y estábamos preparados. El objetivo de hoy se ha cumplido: en todo el país demostramos que no hay miedo y vamos a aprobar el Pliego Nacional de Conflicto. La Asamblea es donde están sus ciudadanos: nos vemos en la Plaza Alfredo Sadel.”

El Pliego Nacional de Conflicto, presentado para debatir en la sesión y aprobado por los manifestantes, fue un documento en el que se unificaban todas las peticiones y reclamos de los distintos sectores de la vida nacional que exigen un cambio de modelo y de gobierno por la vía de las elecciones presidenciales justas, libres y transparentes.

En el oeste de la capital, simpatizantes del gobierno se concentraban para dirigirse en una “contramarcha” hacia la Asamblea Nacional Constituyente, en manos del oficialismo y en funciones en un hemiciclo contiguo al de la Asamblea Nacional. Vestidos en su mayoría de rojo y con el grito “*las calles son del pueblo, no de la burguesía*”, cientos de oficialistas respondían a la invitación para defender la "soberanía" de Venezuela, ante las "agresiones" económicas atribuidas al gobernante estadounidense, Donald Trump.

El 16 de marzo, sin haber cumplido una semana después de la gran marcha, el Gobierno decreta la cuarentena a los fines de protegernos de una peligrosa pandemia llamada *Covit19*, una enfermedad completamente desconocida y generada por un nuevo coronavirus. No obstante la restricción y la prohibición del Ejecutivo para realizar manifestaciones públicas, según Marco Ponce, director del Observatorio Venezolano de Conflictividad Social, hasta septiembre de 2020, en Venezuela se habían registrado cerca de 7.000 manifestaciones.

La conflictividad social se agudizaba. La añorada Venezuela petrolera ahora se desnudaba como un país desangrado por la corrupción, la indolencia, el abandono y la ausencia de un adecuado mantenimiento de la infraestructura históricamente construida. Es alarmante la falta de alimentos, patentizada con los niños esqueléticos, semidesnudos y harapientos que se me atraviesan en la autopista que ha sido escenario de más de dos décadas de protestas contra el Socialismo del Siglo XXI. A ello no sólo se le suman un sistema de salud al borde del colapso, una nación golpeada por la aguda escasez de agua y gas doméstico y regularmente interrumpida por las interrupciones en el suministro de electricidad.

Se ha convertido en una verdadera tragedia nacional el racionamiento de combustible (gasolina y gas), producto de las sanciones que profundizan la crisis de la ya golpeada empresa estatal de hidrocarburos.

Somos testigos de las interminables filas de automóviles que se arman enfrente de las estaciones de servicio -y hasta por más de dos semanas-, para cargar gasolina. También somos testigos de la azarosa importación de petróleo desde el lejano Irán, a 12 mil kilómetros en línea recta de Venezuela, para suplir una demanda que nuestras arruinadas plantas apenas pueden producirlo.

Mucho más dantescas son las hileras de hombres y mujeres humildes a la caza de la llegada incierta de un camión cargado de bombonas de gas para cocinar.

En ese preocupante ambiente de conflictividad social -y de cuestionamiento político- son convocados los comicios que se formalizaron el 6 de diciembre, a objeto de elegir a los diputados a la Asamblea Nacional para el período 2021-2026.

Ya desde el 27 septiembre, Guaidó convoca a acompañar a las manifestaciones y protestas de la sociedad civil, reitera su llamado a no convalidar las elecciones e invita a realizar una campaña contra el fraude y por unas elecciones democráticas. Ponía sobre el tapete un Pacto Unitario, ratificado por 37 partidos políticos, con inclusión de los cuatro principales: Acción

Democrática, Primero Justicia, Un Nuevo Tiempo y Voluntad Popular. El bloque opositor acordaba la línea de la abstención, con el apoyo de denuncias en torno a irregularidades en la planificación de los comicios y a la perspectiva de un proceso fraudulento.

A más de insistir en el reclamo de transparencia en las condiciones del sufragio, se criticaba la usurpadora designación de los integrantes del Consejo Nacional Electoral (CNE), por parte del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), una competencia que es exclusiva del poder legislativo. No menos cuesta arriba resultaba aceptar la intervención judicial de, al menos, siete partidos políticos, en especial, los históricos Acción Democrática, Primero Justicia y Voluntad Popular, el denominado Grupo de los Cuatro (G4). La Sala Constitucional del mismo TSJ ordenó la intervención de las directivas de estas organizaciones e impuso nuevas autoridades, con potestad para encabezar procesos de reestructuración interna y para usar las respectivas tarjetas electorales.

Como era de esperar, volvimos a escuchar voces de repudio provenientes del mundo de las democracias.

Vale destacar la crítica a la renovación del CNE en unas condiciones que socavan la confianza y la credibilidad del proceso, emanada del Grupo Internacional de Contacto por Venezuela, promovido por la Unión Europea con países latinoamericanos y encabezado por Uruguay. La OEA, por su parte, rechazó la designación ilegal de la directiva del ente rector del Poder Electoral y recordó que para celebrar unas elecciones justas, libres y transparentes se necesitan unos organismos independientes.

Igualmente enérgico fue el pronunciamiento de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, dirigida por Michelle Bachelet. Fue muy categórica su alerta sobre las menguadas posibilidades de construir escenarios para eventos electorales creíbles y democráticos con decisiones como la asumida por el TSJ: nombrar nuevos rectores del órgano electoral sin el consenso de todas las fuerzas políticas, e interferir en la organización interna de los partidos políticos del G4.

Con una participación de apenas el 31% del registro de votantes, el oficialismo cantó victoria tardíamente y sin mucho entusiasmo. Había arrasado la abstención en una jornada que pasará a la historia por el pesado silencio de las calles y de los centros de votación. Fue tan contundente que me siento tentada a dar crédito al menguado 16,1% de participación estimado por el bloque opositor reunido en torno a la línea crítica del proceso electoral.

Venezuela observaba una jornada en solitario, además, empañada por graves denuncias de irregularidades. En adición a las prácticas ilegales de propaganda y proselitismo político en las inmediaciones de los centros, se reiteraba sobre el uso de recursos públicos -inclusive a las Fuerzas Armadas- para movilizar electores, así como el asedio de *colectivos* armados y las amenazas a los votantes.

El nuevo parlamento (2021-2026) que sucedió al presidido por Juan Guidó -el bastión institucional de la oposición al régimen chavista-, quedó conformado por una mayoría del oficialismo, tan avasallante como la derivada de las elecciones de 2005, cuando la generalidad de los contrarios decidió no participar. Parcamente logró reunir el 32,4% de los escaños, el grupo de partidos de la oposición minoritarios y desligados de la coalición de la Mesa de la Unidad Democrática. Al hemiciclo llegaban los diputados que desde 2019 habían

tomado la decisión de sentarse con el gobierno en la muy desacreditada Mesa de Diálogo Nacional, con el propósito de avanzar en el debate y el acuerdo de diversos temas de interés para el país.

El descrédito de la recién instalada Mesa, mordazmente apodada la Mesita, obedece a su pobre representatividad popular, a su actuar contracorrientes al llamado a no participar en el proceso electoral, y al fracaso de los preliminares intentos de negociación entre el gobierno y las fuerzas opositoras que se remontan casi que desde el estreno de la revolución.

En 2001, había naufragado una mesa de diálogo entre FEDECÁMARAS y el gobierno de Chávez, porque, contraviniendo lo acordado, el ejecutivo siguió trabajando en las polémicas 48 leyes decretadas en 2000.

Tampoco llegó a buen puerto el Grupo de Boston, una comisión de parlamentarios de la Asamblea Nacional de Venezuela y del Congreso de Estados Unidos, creada después del fallido golpe de Estado de 2002 a los fines de tratar temas neurales para ambas naciones. Muchas de las leyes aprobadas por la Asamblea durante este período, incluida la Ley Resorte, hicieron caso omiso a los planteamientos argumentados en las mesas de trabajo del Grupo.

Durante las protestas de 2014, el gobierno convocó a diversos sectores de la sociedad a participar en la "Conferencia Nacional por la Paz. La Mesa de la Unidad Democrática (MUD) anunció que para entonces no asistiría por considerarla un simulacro de diálogo, desconocer la agenda planteada por el gobierno y creer que se debía discutir sobre el desarme de grupos armados, la liberación de estudiantes detenidos, la separación de poderes y la liberación de Leopoldo López, entre otros puntos.

Muy decepcionante resultó el encuentro entre representantes de la oposición e integrantes del gobierno nacional llevado a cabo en el mismo año de 2014, en el Palacio de Miraflores y transmitido por radio y televisión, con la mediación de los cancilleres de Colombia, Ecuador y Brasil y el Nuncio Apostólico

Las protestas de 2017 también se señalaron como motivo para que el gobierno y la oposición iniciaran las negociaciones realizadas en Santo Domingo, República Dominicana. La iniciativa se frustró cuando la Mesa de la Unidad Democrática desmintió la declaración del Ministro de Interior de haber obtenido en las mesas de diálogo la información para el operativo de las fuerzas de seguridad -ejecución extrajudicial- en el que murieron los disidentes Óscar Pérez y sus compañeros.

2019 fue un año marcado por una ilusoria esperanza en la búsqueda de soluciones. Desde sus inicios, se elevaron voces clamando por la necesidad de propiciar el diálogo a los fines de reducir las tensiones y evitar una escalada de violencia. Después del llamado de México y Uruguay, se pronuncian Antonio Guterres, Secretario General de la ONU, el Papa Francisco y Federica Moguerini, Vicepresidenta de la Unión Europea, con su anuncio de la creación del "grupo de contacto por Venezuela".

El 15 de mayo de 2019, tras los sucesos del levantamiento contra el régimen impulsado por Juan Guaidó, Maduro anuncia lo que después reportarían los medios de comunicación. En Oslo, Noruega, se iniciaba el diálogo de paz entre Jorge Rodríguez, Ministro de

Comunicación, y Héctor Rodríguez, Gobernador del Estado Miranda, en representación del gobierno, y por la oposición liderada por Juan Guaidó: Stalin González, Vice-presidente de la Asamblea Nacional, acompañado de dos asesores políticos: Gerardo Blyde y Fernando Martínez.

Stalin González, junto al Grupo de Contacto en Noruega, calificó el acercamiento entre las dos delegaciones como una “fase exploratoria”, en la que nunca hubo las necesarias reuniones directas. Su delegación suspendió el viaje a la tercera ronda de conversaciones, debido a la muerte del capitán de corbeta Rafael Acosta Arévalo, víctima de una desaparición forzosa y de una acusación de conspiración, al calificar como un intento de golp el pronunciamiento del 30 de abril.

El 9 de julio se reinicia la mesa de negociación en Barbados, de igual forma auspiciada por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Noruega, y con la recomendación de tomar la máxima precaución en sus comentarios y declaraciones respecto al proceso.

En septiembre, Diosdado Cabello, dirigente oficialista que no participó en la mesa, en su programa de televisión asegura “*de estas negociaciones no saldrá ningún llamado a elección presidencial*” y Jorge Rodríguez informa la culminación del diálogo en Barbados. De la otra parte, tras la ausencia del oficialismo en las mesas de negociación durante 40 días, Juan Guaidó anuncia que la oposición daba por finalizado el diálogo, como medida de protesta debido a nuevas sanciones de Estados Unidos.

La Casa Blanca se había pronunciado desde febrero para rechazar

"cualquier mediación de diálogo que mantenga en el poder a Nicolás Maduro”.

Juan Guaidó declara, por el mismo tenor, que la Asamblea Nacional no participaría en algún diálogo dentro o fuera de Venezuela, en privado o en público, sola o con acompañantes internacionales, porque si Maduro realmente quisiera conversar, liberaría a los presos políticos y no se haría cada vez más represivo. Rafiriéndose a una carta en la que Maduro le pide ayuda al Papa Francisco, rechaza la oferta del Vaticano para servir de mediador, califica la tentativa de “diálogo falso” y sugiere que se le aliente para dar paso a una transición ordenada del poder.

Detrás de la crisis presidencial y del fallido peregrinaje iniciado en enero de 2019, se agitaba el dilema entre economía de libre mercado versus la Ciudad Comunal.

VII. EL DILEMA: ECONOMÍA DE LIBRE MERCADO VERSUS LA CIUDAD COMUNAL

¿Hacia una economía de libre mercado?

El 5 de enero de 2021, la inaudita e inusualmente objetada Asamblea Nacional se instala y designa como presidente del cuerpo a Jorge Rodríguez, el mismo que había participado en las frustradas mesas de diálogo de Oslo y Barbados, y hermano de Delcy, la Vicepresidenta, mano derecha de Nicolás Maduro. ¡La cúspide del poder compartida con la prole de mi lejano “pana” Jorge Rodríguez!

El nuevo parlamento se establece haciendo caso omiso al veto de la Unión Europea, el Grupo de Lima, Estados Unidos, República Dominicana y Japón. Juan Guaidó reitera su contestataria condición de Presidente interino y de Presidente de la Cámara electa en 2015 por 14 millones de venezolanos, y apunta:

“Aquí estamos de pie con nuestra gente y vamos a luchar hasta lograr la democracia y la libertad de Venezuela”.

Buscando salvar el contexto adverso, el Jefe del Poder Legislativo de Venezuela, en su discurso inaugural, ofrece diálogo y asienta:

“La nueva Asamblea Nacional será el epicentro de la reconciliación nacional...”

Invoca la reconciliación, aunque empañada con una airosa amenaza:

“...no podemos olvidar...Reconciliación sí, pero sin amnesia”.

Según su contradictorio llamado, los diputados miembros de la Asamblea Nacional que acompañaban la gesta de Guaidó habían cometido crímenes imperdonables que deben ser juzgados: corrupción y traición a la patria, entre otros. Omite, no obstante, las constantes y reiteradas violaciones a los derechos humanos denunciadas en los informes de Michelle Bachelet.

A los pocos días de inahugurada la Cámara, el 26 de enero, Jorge Rodríguez designa a la Comisión Especial de Diálogo, Reconciliación y Paz e informa sobre la agenda de encuentros dirigidos a negociar y llegar a acuerdos, con partidos políticos, empresarios, trabajadores, medios de comunicación, asociaciones religiosas y movimientos de mujeres y de diversidad sexual.

El 27 de enero, también por iniciativa de Rodríguez, la recién investida Comisión se traslada a la sede de FEDECÁMARAS, la cúpula del sector empresarial del país, para celebrar una primera reunión, en la que se nombró una comisión de diálogo permanente gobierno-empresariado. Teniendo como antecedente el espíritu revisionista inherente a la “Ley Antibloqueo” de 2020, el régimen resuelve tender puente con la institución más despiadadamente vetada y devastada por Chávez a lo largo de su prolongada gestión.

Como réditos destaca la creación de una Sub-Comisión de seguimiento de las propuestas que se formularan, integrada por tres emblemáticos legisladores. Al lado de Luis Eduardo Martínez, académico, ex-gobernador y representante del segmento del partido Acción Democrática impuesto por el oficialismo, figuran Nicolás Maduro Guerra y Francisco

Torrealba. El primero es el hipotético delfín o “heredero” político de su padre el Presidente de Venezuela. El segundo, que públicamente calificó a la reunión de “altamente positiva, es el beligerante dirigente sindical, “el más revolucionario de todos los revolucionarios”, el intransigente enemigo de la élite empresarial y, en general, de la “explotadora y hambreadora burguesía”,

Ricardo Cusanno, abogado y, entonces, presidente de FEDECÁMARAS, invita a dejar de satanizar el diálogo y la negociación. Luego de decir que la última oportunidad no es la última y con la esperanza de que “...*la reunión puede convertirse en un primer paso para nuevamente generar confianza...*”, aclara que, con el encuentro gobierno-empresariado, no se busca favorecer a un sistema político o a otro, sino favorecer la paz, la negociación, el diálogo y que nos reinserte en el camino de las plenas libertades políticas, económicas y sociales establecidas en la Constitución.

El líder empresarial enarbolaba la voluntad de diálogo que ha expresado y procurado durante años en el marco de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la agencia de las Naciones Unidas que reúne a **gobiernos, empleadores y trabajadores** de 187 Estados Miembros y se especializa en las cuestiones relacionadas con el trabajo en el mundo. Con la misma voluntad, exhorta a la Comisión a facilitar el diálogo tripartito gobierno-empresarios-trabajadores y a incitar al Gobierno Nacional a que lo convoque, con la incorporación de las organizaciones sindicales de trabajadores, pieza clave en la reactivación económica, y con la asistencia técnica de la OIT durante el proceso.

Como contexto de un diálogo tripartito, se plantea la necesidad de explorar acuerdos que permitan insertar a Venezuela en el concierto de las naciones, en la economía mundial y en la globalización en favor de nuestros ciudadanos. En esta línea de corte netamente liberal, se entiende a la economía como un área de atención común que puede convertirse en una herramienta, un espacio, un vehículo articulador, para mejorar la situación del país, para y por los venezolanos, sin olvidar el aspecto político e institucional.

Los términos positivos de la reunión no fueron óbice para ratificar la visión que durante años ha sostenido el organismo empresarial sobre cómo el ordenamiento legal venezolano hace punitivo el hecho económico del libre mercado y asfixia a la actividad productiva. El empresariado ratificaba su propósito de continuar alzando la voz para que se respeten las prerrogativas económicas y regrese la seguridad en igualdad de condiciones requerida por la inversión nacional e internacional.

En el mismo orden de ideas, Cusanno presentó la inquietud sobre dos aspectos cardinales a objeto de lograr la atracción de la inversión y la reactivación. Por una parte, la transparencia de los procesos en cualquier nueva iniciativa de participación privada que se genere, indispensable para garantizar el orden jurídico. Por otra parte, procurar un mayor esfuerzo de simplificación de trámites administrativos.

Para culminar, reafirmó el carácter independiente y autónomo de la institución gremial que preside e insistió en la necesidad de alcanzar los acuerdos políticos que permitan avanzar en salidas al drama humanitario, económico, político e institucional que vive el país- Propone lograr acuerdos conforme a una serie de preceptos constitucionales: desde los que garantizan los derechos a la salud, la alimentación, la educación, el trabajo y la vida, así como a los que

abonan la libre iniciativa empresarial, la propiedad privada y el derecho a elegir, para sustentar una Venezuela inclusiva, con crecimiento económico, empleo productivo y plenas libertades que afiancen tanto Mercado como sea posible y tanto Estado como sea necesario.

Ante las dudas surgidas de los intentos fallidos que han llevado a los ciudadanos a no confiar en estos procesos, alega:

“...más allá de las diatribas institucionales, el principal beneficio es que la organización más representativa de la empresa privada venezolana se está sentando con quien ostenta el poder y reitera su disposición de mantener sus mejores esfuerzos y ofrecer todas sus capacidades. Sería una buena señal si pudieran construirse soluciones en materia de salud y de reactivación de los procesos económicos, que sirvan para aniquilar la suspicacia y restituir de garantías políticas”.

Según enunciara el presidente del Parlamento, surgieron propuestas concretas de leyes enfocadas en las libertades económicas, así como en la investigación y la tecnología y la simplificación administrativa y en una ley marco para el sector de la construcción, así como otras relacionadas con la polémica “Ley Antibloqueo” o Ley Constitucional Antibloqueo para el Desarrollo Nacional y la Garantía de los Derechos Humanos, que había sido aprobada con anterioridad, el 8 de octubre de 2020, por la objetada Asamblea Nacional Constituyente.

La “Ley Antibloqueo”, con la que el régimen intentó endilgarle el origen de la bancarrota a las sanciones aplicadas por Estados Unidos, es concebida y políticamente mercadeada según el acomodaticio argumento de la izquierda: *“la culpa la tiene el enemigo externo”*.

De allí, la exclusión de la sociedad civil venezolana -empresarios, empleados, trabajadores y sociedad en general- y la cesión absoluta de las capacidades jurídico-institucionales al Gobierno, en cualquier materia relacionada con el propósito de dar alternativas al país para enfrentar el bloqueo que, *“como política de Estado ha aplicado el Gobierno de Estados Unidos para asfixiar al pueblo venezolano”*. Entre sus aspectos esenciales, la Ley tiene por objetivos:

- generar recursos a la Nación para impulsar la economía productiva, proteger los activos del país y blindar la economía
- buscar fórmulas para poder comerciar libre y legalmente con el mundo, así como también recuperar los ingresos del país
- activar mecanismos financieros para restituir progresivamente el valor de las prestaciones sociales, beneficios acumulados y ahorros obtenidos por los trabajadores
- aplicar una gestión dinámica y estratégica de activos y de pasivos de la República para incrementar el flujo de divisas al país
- articular medidas para estimular la participación del sector privado nacional e internacional en el desarrollo de la economía, incluyendo garantías para la inversión productiva
- afianzar la plena estabilidad laboral y garantía del disfrute de los derechos laborales y sociales de los trabajadores de sectores que participen en los proyectos a desarrollar a partir de su aplicación.

Conforme a lo pautado, los controles jurídicamente sancionados corresponderían directamente al Consejo de Estado y quedarán sometidos a la posterior vigilancia por parte de la Controlaría General de la República.

Desdeñando lo legalmente previsto, según las alarmantes noticias reportadas el 22 febrero 2021, por Ana Uzcátegui, en La Prensa, Diario de Lara,

“...en Vzla avanza una cadena de ‘privatizaciones’ de empresas con total discrecionalidad, sin proceder a oferta pública y sin tener como objetivo atraer inversiones nacionales y extranjeras, para sacar de un saldo rojo las empresas estatales. Se trata de organizaciones que pasaron por un proceso de estatización también de nula transparencia, que inició el gobierno en 2007 y que, según CONINDUSTRIA, en 2017 ascendían a 1.359, entre industrias, comercios y fincas agrícolas y pecuarias.

Similarmente comprometedoras son las denuncias ampliamente detalladas en un estudio titulado “Empresas Propiedad del Estado”, también reseñado por Uzcátegui y que presentó el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico para la Libertad (CEDICE, Libertad). En su contenido, resultante de investigaciones efectuadas en notarías y registros o en consultas personales, se afirma que, desde el 9 de octubre de 2020, al día siguiente de la aprobación de la Ley Antibloqueo, no habían parado las transferencias de empresas públicas a manos de inversores privados o aliados comerciales del gobierno. También revela

“...la privatización de 23 propiedades en los últimos 4 meses de 2020, sin que ello represente mejoría económica para el país, ni el repunte de nuevos empleos”.

Cabría averiguar: ¿cómo habrá sido el proceso de selección?, ¿qué relación tendrán con las inventariadas en el informe presentado, en 2018, por la Organización no Gubernamental (ONG) Transparencia Internacional Capítulo Venezuela?

El aludido informe recoge una exhaustiva indagación llevada a cabo desde 2016, en la que se concluye:

“Del análisis y de los sectores y empresas particulares hubo varias características que resultaron relevantes, a veces, comunes a todos, y que retratan la realidad de las Empresas Propiedad del Estado (EPE) hoy.

Las EPE con mayor peso se gestionan con base en relaciones autoritarias y economía dirigista, acompañadas de un discurso de izquierda con promesas de reivindicación social para los pobres y promoción del ‘hombre nuevo’... El modelo cleptocrático...ha encontrado los mecanismos legales para las compras sin procesos licitatorios y cometer numerosos actos de corrupción de los que se han beneficiado funcionarios públicos, intermediarios y empresas proveedoras...

...La implantación del modelo del Socialismo del Siglo XXI, y el año 2008 en particular...(léase desde y durante el mandato del Presidente Chávez)..., es identificado como un hito en el declive de las capacidades de producción de las EPE, con la excepción de los productos cárnicos, debido a sus características particulares.”

La “Ley Antibloqueo” había dado lugar a una reacción anticipada por parte del empresariado. El mismo Cusanno, en entrevista reseñada el 4 de octubre de 2020 en el estímulo.com, había prevenido:

“Sobre la llamada ‘Ley Antibloqueo’, que está a punto de aprobar el gobierno de Nicolás Maduro, ...en principio es muy bueno que le devuelvan a quienes les fueron expoliadas sus propiedades, sus tierras y empresas... Pero, ¿en qué condiciones se las devuelven y con qué garantías jurídicas?”

“Esa ley en ciernes proviene de una Asamblea Constituyente que tiene...falencias en términos jurídicos y de legitimidad.”

La advertencia la hace junto a su manifiesta preocupación sobre los frecuentes cambios en las decisiones de quienes ostentan el poder. También hace saber una serie de agudas reflexiones en torno a la difícil situación económica de Venezuela y al escenario poco alentador que, acertadamente, atribuye a problemas estructurales que se han venido profundizando por efecto de más de dos décadas de políticas públicas contra la producción nacional, a tal extremo que en solo siete años se han traducido en una contracción acumulada de más de 80%.” A saber:

“...Hay capacidades empresariales sobredimensionadas para el tamaño que existe, con pérdida del 60% de las empresas del sistema. Y las que quedan trabajan al 30% de su capacidad.

...la economía venezolana, que antes de la era chavista fue la cuarta más poderosa de América latina detrás de Brasil, México y Argentina, hoy es una de las más pequeñas y débiles. De acuerdo a cifras del Banco Mundial, ya se comparada en tamaño a la de algún país centroamericano.

Pero el mayor drama que hay en Venezuela, en estas cifras, en cada cifra, es un drama social, un drama humano. Al final todo se correlaciona con el poder de compra del ciudadano, la condición del ciudadano está totalmente depauperada.

Sin crédito, el sistema productivo se ve severamente afectado, posiblemente sea una de las primeras necesidades. A eso súmame la pérdida de consumo del ciudadano y después vayamos a la condición humana...

Venezuela ha perdido cien años, hemos retrocedido un siglo...

En Venezuela no existen las tarjetas de crédito para financiar el consumo personal, no hay créditos para financiar los ciclos de siembra del sector agropecuario, mucho menos para la compra de bienes duraderos como automóviles, apartamentos y casas, maquinarias y equipos o electrodomésticos.

No es solo el sistema productivo, es la movilidad social”, ...sin un sistema de crédito como herramienta es inviable tener una nación que funcione y ofrezca oportunidades a la ciudadanía en torno a sus capacidades y ambiciones para que haya ciudadanos de éxito.

Venezuela tiene severamente comprometida la institucionalidad de la República.”

A la interrogante de cómo recuperar el país, Cusanno replicó:

“La esperanza...es que Venezuela pueda dar un giro de 180 grados hacia un país donde se respeten los preceptos constitucionales, tan básicos como el derecho a la vida, a la salud, a la educación, a la propiedad privada y a la libre iniciativa y el derecho a elegir. Pareciera que la política de quienes han ostentado los símbolos del poder en los últimos 20 años no está abocada a dar esa posibilidad...”

Primero, diseñando el país que queremos entre todos: ¿volvemos al estado rentista con el papá estado controlador? ¿O es una oportunidad de apalancamiento de la economía para su diversificación y redimensionamiento de un Estado que sea promotor, generador de incentivos, un diseñador de marcos legales que permitan la sana competitividad y sano desarrollo? ¿O queremos seguir con un estado que sea controlador, vendedor de paradas, aerolíneas y petróleo?

El problema venezolano de como rescatar la industria pasa por algo más complejo que es rescatar la nación, y esto se logra con acuerdos políticos inclusivos donde la justicia exista no para mancillar ni vejar al ciudadano pero tampoco para la venganza.”

Tres días más tarde, el 19 de octubre, conocimos un comunicado de la Confederación Venezolana de Industriales (CONINDUSTRIA), presentado por Juan Pablo Olalquiaga, su presidente y también vicepresidente de la Asociación de Industriales Latinoamericanos (AILA). En su contenido se habla del rechazo a la “ley antibloqueo” por parte de industriales y comerciantes, porque no la ven como una vía para recuperar la actividad económica, reducida en 80 % entre 2013 y 2020. Además de denunciar la discrecionalidad que se les confiere a las autoridades al otorgarle facultades muy superiores a las ya adjudicadas por vía de un estado de excepción por emergencia económica, se insiste en que fue la inestabilidad política, económica y social lo que alejó a los inversionistas y convirtió a Venezuela en uno de los países más pobres de la región con una producción petrolera llevada de 3,3 millones de barriles diarios en 1998 a un mínimo de 360.000.

La política de Chávez dirigida a alinear a PDVSA en su estrategia de cambio, condujo a la pérdida de productividad y la consiguiente declinación de la producción del crudo. “La Nueva PDVSA, revolucionaria, roja rojita, chavista”, como el mismo la llamaba, pasaba a ser subordinada a sus decisiones y a su designio de usarla como instrumento operativo y financiero para construir el Socialismo del Siglo XXI.

En el mismo orden de ideas, en el comunicado de Olalquiaga se recuerda que, a través de otras regulaciones de carácter legal, impositivo y fiscal, se ha ido incrementando la hegemonía sobre el sector productivo. También se recuerda el discurso de enfrentamiento sostenido con el sector empresarial por el gobierno de Chávez y también de Maduro, así como la expropiación de empresas que ya se acercaba a las 5.500, entre nacionales y extranjeras. Muy importante es la denuncia que se hace respecto a la privatización de empresas mixtas o estatales contemplada en la ley, olvidando la existencia de instrumentos, como la Ley de Licitaciones.

En noviembre de 2019, tuve la oportunidad de felicitar a Francisco López, el entonces Presidente de la Cámara Inmobiliaria de Venezuela para el período 2019-2022, por las

palabras propositivas que pronunció en el acto de su juramentación. Aplaudí y aplaudo su disposición e iniciativa para dar una dura pelea por un cambio económico, haya o no un cambio político.

El 30 de enero de 2021 -tres días después de la reunión Gobierno-empresarios-, el diputado José Guerra manifestaba:

“¿Por qué ese acercamiento al sector empresarial en estos momentos? Reuniones ha habido y muchas, buena parte de ellas para hacer catarsis como aquellas emprendidas por Nelson Merentes en marzo de 2014, sin que hubiese resultados tangibles. Esta vez la situación es distinta debido al hecho que Venezuela está en bancarrota: su industria petrolera está destrozada, la hiperinflación no se detiene, la actividad económica está en el subsuelo, las reservas en divisas se ubican en el mínimo histórico y el acceso al crédito internacional es inexistente desde noviembre de 2017, cuando Maduro declaró la moratoria unilateral de la deuda externa.”

La verdad es que no se nos han escapado unas cuantas señales que sugieren el inicio de un viraje en la política económica oficial, mantenida por veinte largos años y que forman parte del bagaje ideológico del nefasto proceso iniciado por Chávez. La “Ley Antibloqueo”, junto al proceso de diálogo gobierno/ empresariado, aparece a la par de la liberalización de precios y de tasas de cambio, y del uso de facto de moneda extranjera en transacciones comerciales y en operaciones de financiamiento.

Más aún, a pocos meses de sancionada la Ley, ya se tenían noticias sobre el interés mostrado por lobistas y ejecutivos del sector petrolífero, para atender al llamado de Maduro, que fue difundido por los medios el 19 de febrero de 2021:

“Quiero decirles a los inversionistas de Estados Unidos y de todo el mundo que las puertas de Venezuela están abiertas para la inversión petrolera.”

Es de suponer que la renuncia del régimen socialista al paquete chavista para caminar en pro del libre mercado -¿neoliberalismo?-, genere discrepancias en el seno de las distintas agrupaciones que le dan sostén.

Sin embargo, también es de suponer que es abligante salirle al paso a la creciente amenaza de los impactos catastróficos de la crisis económica sobre la población y, por ende, sobre la posibilidad de los revolucionarios de mantenerse en el poder, o de retomarlos en una eventual salida.

La alta dirigencia oficialista se ve obligada a afrontar una crisis que derivó del “mal manejo” -¿manejo revolucionario?- de los cuantiosos ingresos petroleros extraordinarios que recaudó la nación por más de una década. La desviación y el derroche de recursos, el gasto improductivo e ineficiente, la malversación y la corrupción explican el desvanecimiento de millones de dólares, así como la inexcusable destrucción de los tesoros que con orgullo exhibíamos a comienzos del siglo XXI: los servicios públicos, los salarios, la alimentación, la salud y, de manera prácticamente irreversible, el aparato productivo y la institucionalidad.

Al oficialismo le resulta imperativo asumir una posición pragmática dirigida a garantizar su supervivencia; a semejanza de las experiencias históricas protagonizadas por los dos grandes enemigos de la propiedad privada.

Me refiero a la liderada por Deng Xiaoping en la China maoista, luego del monumental revés de *El Gran Salto Hacia Adelante*.

La otra experiencia es la impulsada por Mijaíl Gorbachov con su Perestroika, la reforma estructural diseñada para sacar a la Unión Soviética de la profunda crisis económica en que se encontraba sumida.

En pocas palabras, lo que se imponía era volver a hacer de Venezuela una economía competitiva, a partir de la privatización en masa de empresas públicas expropiadas y la consiguiente liberalización de las fuerzas movidas por las leyes de la mano invisible del mercado y su integración con el sistema económico global. Una interrogante:

¿será que pretenden caminar hacia una economía de libre mercado, bajo las reglas que rigen en regímenes autoritarios de “derecha”?

La Ciudad Comunal: el gran tropiezo

“*Patriotas de Venezuela, rodilla en tierra*” exclamaría Chávez como con mucho arrojo lo hizo en ocasión de la dolencia que le arrebataría la vida. “*Un revolucionario no se rinde*”, apuntaría el “Che” Guevara, y mucho menos, ante los escollos que enfrenta un proceso que, al decir de Maduro,

“...aún no ha podido enterrar “lo viejo” para dar paso al nacimiento de “lo nuevo”.

Un revolucionario debe tener claro que el camino por delante está lleno de albures. Refresquemos, por ejemplo, las palabras de Carlos Marx, al referirse a la *Comuna de París*, el gobierno municipal que asumió el poder de la ciudad de París, de 1789 a 1795, durante la Revolución Francesa:

“Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables.”

En el marco del mismo pensamiento izquierdista, el Primer Magistrado persiste en la utopía del Estado Comunal, siempre apegado al lema “Comuna o nada” y dispuesto a burlar, y con el mismo arrojo, la negativa del pueblo a la propuesta de construir Ciudades Comunales, contenida en la Reforma Constitucional de 2007.

Al tiempo que se intenta dar el viraje hacia una economía de libre mercado, contradictoriamente y en medio de los típicos “estira y encoge”, persiste en una quimera semejante a las ineficientes y hambreadoras experiencias autoritarias y colectivistas de China y de la URSS.

Se empeña en poner en práctica una ruta retrógrada que, por las modificaciones de forma y de contenido que ha sufrido, pareciera hilvanarse a partir de la improvisación y los deseos de “revertir un país al revés” y erigir el alterno Estado Comunal y la Ciudad Comunal, en su expresión territorial.

Su misión es seguir arando en pro del insaciable para-estado colectivista que, desde los albores del gobierno de Chávez, se ha venido montando al lado del tradicional Estado formal, cada día más marginado, centralizado, obeso, burocratizado, débil y aplastado por el caos de los servicios públicos, que padecemos los ciudadanos de a pie.

Por cierto, a una amiga de mi hija que, muy consternada, calificaba a Maduro como un mal administrador, le argumentaba:

“¡Estás equivocada! ¡Maduro es un buen administrador, y muy bueno! ¡Lo que ocurre es que él está allí porque Chávez lo escogió para darle continuidad a la fallida política socialista marxista por la que luchó toda su vida y con base en una estrategia de largo aliento!

¡Él está comprometido con el espejismo del proyecto de construcción del Estado Comunal que destruye a la propiedad privada y sus funciones indispensables para la sociedad!

¡Él no está allí para gobernar según las reglas de un sistema capitalista, sujeto a un Estado de derecho regulador de la toma de decisiones y que ensambla la democracia liberal representativa con la economía de libre mercado!”

Alienado por la anquilosada ideología de izquierda, el Presidente nos amanece con tres iniciativas diametralmente opuestas a lo que se venía trabajando en el diálogo entablado entre el gobierno y el empresariado, desde enero de 2021. Nos amanece con decisiones contrarias al propósito de revertir el estatismo a los fines de avanzar hacia el liberalismo y sacar a Venezuela de la bancarrota.

La primera iniciativa, enarbolada como parte de la conmemoración del Bicentenario de la Batalla de Carabobo, fue imponer la providencial creación de 200 Ciudades Comunales y 1000 bancos comunales durante el año 2021.

Por añadidura, introduce dos pliegos jurídicos en la Asamblea Nacional: la Ley del Parlamento Comunal Nacional y la de las Ciudades Comunales, que sumadas al tinglado de instrumentos aprobado en 2010, completan el sustento legal requerido para dar paso al nacimiento progresivo del Estado Comunal. Dos leyes que dan piso a la nueva institucionalidad jurídico-política adoptada en la transición hacia el Socialismo Bolivariano, en la que se contempla que el poder es ejercido directamente por el pueblo con base en un modelo económico de propiedad social.

Con la anuencia de estas leyes socialistas se reitera en la violación absoluta de lo pactado en la Constitución Nacional:

“Venezuela se constituye en un Estado democrático y social de Derecho y de Justicia” (artículo 2),...que...”promoverá la iniciativa privada...” y en el que... “Todas las personas pueden dedicarse libremente a la actividad económica de su preferencia” (artículo 112)

Según este mandato, Venezuela no debe constituirse en un Estado Comunal, de carácter transitorio hacia el Socialismo Bolivariano (comunismo) con un modelo económico de propiedad social, tal y como es definido en la Ley Orgánica del Parlamento Comunal Nacional:

“Estado Comunal: Es la nueva institucionalidad jurídico-política adoptada en la transición hacia el Socialismo Bolivariano, basada en la democracia participativa, protagónica y decisoria, en la cual el poder es ejercido directamente por el pueblo

mediante las Asambleas de Ciudadanos y Ciudadanas, instancias y expresiones del Poder Popular, con un modelo económico de propiedad social y de desarrollo endógeno sustentable y sostenible, que permita alcanzar la suprema felicidad social de los venezolanos y venezolanas en la sociedad socialista. El núcleo fundamental de la conformación del Estado Comunal son los Consejos Comunales y la célula es la Comuna.”

Lo medular de la propuesta de una nueva institucionalidad jurídico-política es que destruye el modelo político administrativo jurídicamente en vigencia, desde la promulgación de la Ley de División Político Territorial del 28 de abril de 1856.

La Ley de las Comunas apunta a reforzar la quimérica construcción de una arquitectura política y territorial que esquiva la estructura del Poder Público distribuido entre los poderes Municipal, Estatal y Nacional, consagrada en el anteriormente invocado artículo 136 de la Ley Fundamental de la Nación.

Más arbitrario -y retrógado- aún es el procedimiento centralista de “arriba hacia abajo” empleado para la formación de lo local, así como la relación de dependencia tutelar de este nivel territorial respecto del Ejecutivo Nacional.

La Ciudad Comunal es definida en el art. 5 de la Ley del Parlamento Comunal, como

“...un sistema de agregación de las comunas que se constituye para el ejercicio de la soberanía por parte del pueblo organizado, en un área geo-humana que comprende el territorio de varias comunas con continuidad territorial, rasgos histórico-culturales comunes, características geográficas compartidas, potencialidades económicas y actividades productivas similares o complementarias que le sirven de sustento, a los fines de armonizar políticas y maximizar su eficiencia para el surgimiento de un nuevo modelo de convivencia en la Ciudad Comunal, en el marco del desarrollo endógeno sustentable en el ámbito sectorial y espacial en la escala local necesario para el impulso de procesos productivos, democratizar el acceso a la ciudad, el Plan de Desarrollo Económico-Social de la Nación, construir el Estado Comunal y avanzar hacia el Socialismo Bolivariano.”

En la supuesta construcción de una nueva institucionalidad jurídico-política, ajena a los Estados y los Municipios, en el artículo 16 de la Ley Orgánica de las Ciudades Comunales, sujeta a discusión en el Parlamento, se hace una tangencial y confusa referencia al Poder Público Municipal, Regional (en vez de Estatal) y Nacional:

“...la Ciudad Comunal, desarrollará el espíritu constitucional expresado en las leyes respectivas, con la finalidad de asumir y promover como práctica, la interdependencia, la complementariedad, la reciprocidad y la corresponsabilidad con respecto al relacionamiento con las comunidades familiares, los Consejos Comunales, las Comunas en lo interno, y el Poder Público Municipal, Regional y Nacional en lo externo, en el ejercicio de sus atribuciones y ejerciendo todas las funciones que le competen de conformidad con su naturaleza y fines.”

La Comuna en la Ley de las Comunas de 2010 ya había sido establecida como la célula fundamental de conformación del Estado Comunal, en sustitución del Municipio consagrado en la Carta Magna. En la misma Ley del Parlamento Comunal es declarada como

“...un espacio geo-humano, definida por la Agregación de consejos comunales con una memoria histórica compartida, rasgos culturales, usos y costumbres que se reconocen en el territorio que ocupan y en las actividades productivas que le sirven de sustento y sobre el cual ejercen los principios de soberanía y participación protagónica como expresión del Poder Popular, en concordancia con un régimen de producción social y el modelo de desarrollo endógeno y sustentable contemplado en el Plan de Desarrollo, Económico y Social de la Nación.”

La cimentación de la inconstitucional nueva forma de organización política y territorial presupone ser adaptada a los fines del ejercicio directo la soberanía del pueblo en el ámbito local, es decir, la ficción de una democracia directa y sin intermediarios o representantes, atribuida al Poder Comunal. Ajustado a lo expuesto en la exposición de motivos de la Ley del Parlamento Comunal:

“...se está prefigurando la ascensión del Pueblo Organizado a la institucionalidad del Poder Comunal para que libérrimamente ejerza de manera directa las atribuciones desde la “SOBERANÍA POLITICA”, que en él se hace intransferible.”

Para completar el quiebre con el orden establecido, se diseña una Ciudad Comunal con una estructura política completamente extraña a cualquier experiencia social. En efecto, en el Artículo 17 de la Ley de las Ciudades Comunes, se afirma:

“La ciudad comunal, gozará de autonomía legislativa y ejecutiva; como proceso constituyente comunal establecido en la presente Ley. Su Gobierno estará organizado en cinco (5) instancia de gobierno, estas son: Ejecutiva, Legislativa, Justicia y Paz, Contraloría, Electoral y Moral.”

Con un ámbito de actuación en lo referente a los poderes ejecutivo, legislativo, judicial, electoral y moral, la Ciudad Comunal se ha de regir por un sistema de administración descentralizado, desconcentrado y autogestionado con la participación del resto de los gobiernos comunitarios, y que podrá recibir y administrar aportaciones de la hacienda pública municipal, regional y nacional, a través de la banca comunal.

El Poder Ejecutivo del Gobierno de cada Ciudad Comunal sería tan inéditamente poderoso y complejo como el que se ejerce a nivel nacional. A la cabeza de semejante absurdo estaría un Consejo de Gobierno con autoridad ejecutiva sobre el funcionamiento de siete Sistemas o Consejos de Gestión Comunal (planificación, economía y finanzas, desarrollo social, hábitat, infraestructura y servicios, cultura; seguridad y defensa integral del territorio), a su vez integrado por los Comités de Gestión de la Ciudad Comunal, las instancias encargadas de articular con los comités de las Comunas de su respectiva área de trabajo y con las otras organizaciones sociales de la Ciudad Comunal.

La planificación del desarrollo nacional descansaría de modo extremadamente disperso en el Consejo de Planificación de cada Ciudad Comunal, y en el respectivo Plan de Desarrollo Económico y Social de la Ciudad Comunal. Sería, a su vez, altamente centralizado, al quedar

sujeta su promoción en manos del Consejo de Economía y Finanzas, en tanto que integrante de los planes comunales de desarrollo del Plan de la Patria de las Comunas y los demás planes de interés colectivo, articulados con el sistema nacional de planificación público y popular y sistema de planes del Plan de la Patria.

A la postre, se trata de un sistema que, a semejanza de los regidos por el leninista centralismo democrático, integra de modo hiper centralizado a una serie de planes superpuestos y subordinados a las pautas fijadas en Caracas por el Ejecutivo Nacional. Un sistema de piezas de un único gobierno homogéneo en lo ideológico, que asfixia los espacios constitucionales con autonomía política representados por los Estados y Municipios, así como las esferas sociales de libre participación comunitaria. Los ciudadanos en cada escala de planificación deben fomentar los valores necesarios para la construcción del socialismo.

Retomando el concepto de los sistemas de agregación comunal contenidos en la inconstitucional Ley de las Comunas de 2010, las Ciudades Comunales serían entidades territoriales constitutivas e integrantes del Sistema Nacional de Agregación Comunal del Poder Popular, una estructura paralela y absolutamente distinta a la político-territorial tradicional división en Estados y Municipios y al sistema urbano local, regional y nacional que le da vida. En esta reconfiguración del orden político-territorial, lo “local” no es ya lo “municipal”, ni lo regional es lo estadual. ¡Asistiríamos a la desmunicipalización y la desfederalización de Venezuela!

La ley del Parlamento Comunal, fase final de la arremetida legislativa dirigida a instaurar el Estado Comunal, copia al pie de la letra los prefabricados distritos motores del desarrollo y ejes estratégicos de desarrollo territorial normados en la Ley de las Comunas, e incluye dos figuras: la Federación Comunal y la Confederación Comunal. Sus definiciones me remiten a una imagen de máxima arbitrariedad que había visto por televisión. No olvido la imagen del providencial Presidente Chávez cuando, en un vuelo en helicóptero sobre dos de las entidades federales de Los Andes venezolanos, le decía al piloto de la nave, algo así como:

“¿Sabés qué?: pensamos unir estos estados para formar el gran estado andino”

La Federación Comunal -equiparable a la provincia federal en la negada propuesta de reforma constitucional- sería la instancia de articulación de dos o más Ciudades Comunales que correspondan al ámbito de un Distrito Motor de Desarrollo. El “mapa” de la Federación Comunal se montaría sobre el “mapa” de los Estados y los Municipios, para constituirse en el

“...desarrollo político-territorial del Poder Popular en una sub-región con continuidad territorial para armonizar planes de desarrollo creadores de un nuevo tejido socio-territorial que armoniza su especialidad económica, vertebra los planes de inversión y los actores en la escala respectiva a los fines de potenciar ciclos económico- productivos de la sub-región y articular actividades económicas en circuitos económicos y productivos en el marco de la corresponsabilidad con el Poder Público Nacional, el Plan de Desarrollo Económico-Social de la Nación, la creación del Estado Comunal y del Socialismo Bolivariano.”

La Confederación Comunal destacaría ´ como una instancia de articulación de Federaciones Comunales en el ámbito de un Eje Territorial de Desarrollo.

“...es una instancia político-territorial del Poder Popular que se conforma como un espacio geo- histórico, con potencialidades económicas afines, variables físico-naturales similares y ventajas geo-estratégicos para articular circuitos económicos y productivos en el marco del desarrollo espacial y sectorial integral capaz de contribuir eficazmente a diversificar la esfera económico-productiva, en coordinación con el Poder Público Nacional, de una región en función del Plan de Desarrollo Económico-Social de la Nación, la creación del Estado Comunal y del Socialismo Bolivariano.”

Sumado al ejercicio de sus competencias, con la autonomía relativa reconocida y tutelada por las leyes respectivas y la Constitución, al gobierno de la Ciudad Comunal no sólo se le concede la facultad de solicitar las transferencias de competencias, administración, gestión de bienes y servicios. Puede, asimismo, procurar y gestionar la desconcentración y descentralización de los organismos de la administración pública municipal, distrital, regional y nacional, a fin de asegurar su asiento en los territorios comunales.

El proceso de transferencia de las competencias, administración y gestión de servicios, bienes, recursos y otras atribuciones del Poder Público puede tener como destinatarios no sólo a las Comunas y las Ciudades Comunales. También pueden ser las Federaciones y las Confederaciones Comunales.

Lo más grave de esta Ley es que en paralelo al Poder Legislativo Nacional, constitucionalmente desagregado a tres niveles -Asamblea Nacional, Consejos Legislativos de los Estados y los Consejos Municipales-, se prevee la institucionalización de un Parlamento Comunal Nacional paralelo y sustitutivo, que habría de funcionar en las diferentes escalas del Sistema Nacional de Agregación Comunal: Parlamento Comunal de la Comuna, Parlamento Comunal de la Ciudad Comunal y Parlamento Comunal de la Federación Comunal.

Más allá de sustituir el históricamente conquistado modelo de poder legislativo, cerrilmente se contraría el espíritu democrático de lo establecido desde la Constitución de Venezuela de 1947. Por una parte, exige que para ser miembro del Parlamento Comunal se requiere *“...estar comprometido con la construcción del nuevo modelo de la sociedad socialista comunal de igualdad, equidad y justicia social.* Para colmo, se recurre a la elección de segundo grado.

Mientras tenemos casi tres cuartos de siglo escogiendo a los diputados o a los consejales mediante el voto universal, secreto y directo, la ley establece que los parlamentarios de las diferentes instancias del Sistema Nacional de Agregación Comunal del Poder Popular, serán elegidos por votación de los diferentes Consejos Comunales en el caso del Parlamento de la Comuna; de las diferentes Comunas cuando se trate del Parlamento de la Ciudad Comunal, y de las diferentes Ciudades Comunales para constituir el parlamento Comunal de la Federación.

El Parlamento Comunal de la Confederación Comunal se integraría por Parlamentarios elegidos en cada una de las Federaciones Comunales bajo su jurisdicción, en este caso, por votación universal, directa, personalizada y secreta con representación proporcional, según

una base poblacional del uno coma uno por ciento (1,1 %) de la población total del ámbito de la confederación.

La grave contraposición del Parlamento Comunal respecto de la Asamblea Nacional se observa, asimismo, en la extremadamente compleja estructura de las comisiones permanentes referidas a los sectores de la actividad nacional. Aparte de las 20 especializadas en problemas como desarrollo comunal; consolidación de la democracia participativa y protagónica, movimientos sociales, justicia, transparencia y tutela efectiva y comunicación e información, se incluyen otras como la de relaciones internacionales o la del sistema de defensa y de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana.

Con estas leyes el Presidente busca dar forma jurídica al centralista y antidemocrático Plan de la Patria 2019-2025. Además de omitir la autonomía y el significado constitucional de los Estados y Municipios, así como el papel fundamental de estos entes en la promoción de la participación ciudadana y comunitaria en la gestión pública, el Plan enfatiza en un Sistema de Planes a diferentes escalas jerárquicas integradas a nivel nacional, superpuestas y subordinadas a la superior: la local, que parte de la Comuna como unidad base, quedaría subordinada a la ciudad, la ciudad a la subregión y esta a la región.

Es sin lugar a dudas un descarrío la edificación de la Ciudad Comunal y del sistema al que supone integrarse, a través de la interacción de mecanismos de producción de las diferentes Comunas. Es un descarrío que atenta contra el buen funcionamiento del sistema político administrativo que da soporte al Estado formal establecido en la Constitución de 1999. Basta recapacitar sobre lo que le ha costado a la Nación el subsidio otorgado durante años a una diversidad de conglomerados sociales de familias y ciudadanos con la creciente inyección del inflacionario dinero inorgánico.

Es, a todas luces, evidente el fracaso del Estado Comunal iniciado con un incierto número de Consejos Comunales y de Comunas que reciben financiamiento directo del Ejecutivo Nacional y operan bajo su tutela centralista. En 2004, es creado el Ministerio para la Economía Popular, mediante el que se impulsó el otorgamiento de pequeños créditos a organizaciones populares para una “nueva forma de producción”. En 2005, se funda el Ministerio de Participación y Protección Social, con el objeto de promover la participación del pueblo en la propuesta, diseño y ejecución de las políticas públicas. En 2009, por fusión de estos dos organismos, nace el Ministerio para las Comunas, al cual se le encarga dirigir y coordinar la ejecución de las políticas de formación y desarrollo comunal.

En 2014, el gobierno estimaba en más de 1.300 a las Comunas y a los Consejos Comunales en más de 40.000. En 2020, reportaba 3.230 Comunas y 45.095 Consejos Comunales, de los cuales, 27.508 ya formaban parte de alguna Comuna. Paradójicamente y como era de esperar, en el 2020, la producción nacional era cada vez más menguada y seguía en manos de la también menguada empresa privada. El destruido aparato productivo no tenía músculo para salirle al paso a la tan insondable y compleja crisis.

La expulsión de venezolanos de su tierra natal, inicialmente la integraban profesionales y técnicos de alta calificación y que salían vía aérea. Poco a poco fue derivando en la fuga de desposeídos que se desplazan cruzando las fronteras terrestres. Una encuesta de la empresa

Consultores 21, difundida en 2018, indicaba que al menos 33% de los sectores populares quería ir a vivir en el exterior.

¡Venezuela dejaba de ser aquel país de oportunidades del que nadie deseaba irse y en que los pobres de Suramérica deseaban echar raíces!

Se evaporaban los deseos revolucionarios exteriorizados por Chávez: *“La Comuna debe ser el espacio sobre el cual vamos a parir el socialismo.”* La edificación de la entelequia del Estado Comunal se traducían en una carga que se añadía a la dramática fragmentación y caos del Estado formal y al trágico hundimiento de la economía. Copio las descarnadas palabras escritas el 25 de enero de 2021, por Ramón Peña, otra dilecta amistad cultivada desde los “revolucionarios” años 60:

“Arranca el año económico en la misma penumbra que reina desde hace siete años. No hay una decisión o promesa oficial que la alumbre. La única medida significativa que podemos vislumbrar este nuevo año, es la de rasurarle otros seis ceros al agónico Bolívar. Es lo que podemos esperar del cenáculo de nuestra política económica, de su llamado “estado mayor”, cuyas torpezas se imponen con estilo castrense. La desaparición en curso del Bolívar y la hiperinflación, que cerró en 6.500% en 2020, son los emblemáticos signos de una economía que navega como barco que perdió el timón en medio del océano. Es así desde 2005, cuando Chávez se autoproclamó comandante en jefe del Banco Central de Venezuela.

La dictadura se escuda en la peregrina excusa de las sanciones del imperio como causa de nuestros padecimientos. Veamos qué cuenta la memoria. En estos 22 años, el país recibió ingresos por más de un billón (con doce ceros) de dólares. Pero entre expropiaciones, confiscaciones y asedio a la producción privada, devastación de la PDVSA de 3.2 MMBD, ocaso de las “socializadas” empresas de Guayana, control de cambios como botín de millardos para marrulleros públicos y privados, financiación de la economía cubana, gigantescos negocios turbios con progres latinoamericanos y corrupción a manos llenas, se despilfarró ese billón, esos años de vacas gordas, de desmesurados precios petroleros. Anclados en ese despropósito, el tamaño de nuestra economía se ha reducido hoy a 25% de lo que era en 2014. Algo solo imaginable en un país en guerra.

Si hiciéramos el ocioso ejercicio de reponerle los ocho ceros que festivamente le han quitado al Bolívar, y comparamos la tasa de cambio actual con la de finales de 1998, el valor de nuestro signo monetario sería unos 290 millardos de veces inferior al de hace 22 años. Aún no se han inventado sanciones que tengan el poder de provocar semejante debacle.”

La tempranamente agotada estrategia de la Ciudad Comunal puede palpase en cualquier experiencia escogida al azaar. Un ejemplo emblemático es Ciudad Caribia, la Ciudad Comunal casi muerta, luego de cerca de una década de fundada en un lugar de las adyacencias de Caracas, también caprichosamente seleccionado por el providencial Presidente Chávez, desde otro sobrevuelo en helicóptero, que con la misma curiosidad seguí por televisión.

Más caracter de proyecto de contenido social es cualquiera de las portentosas obras ejecutadas por el Banco Obrero, la institución creada en 1928, bajo la dictadura liberal de Juan Vicente Gómez, a los fines de encarar el problema de la vivienda. Más “Ciudad Comunal” es cualquiera de la serie de modernas urbanizaciones planificadas y erigidas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, con el expreso propósito de facilitar la adquisición de viviendas a una gran masa de población de escasos recursos.

Una de las que podrían exhibirse como una auténtica “Ciudad Comunal” es la urbanización “23 de enero”, construida en el centro oeste de Caracas a inicios de los años 50, durante la también liberal dictadura de Marcos Pérez Jiménez. La emblemática Unidad Habitacional es un denso conjunto residencial de edificios de apartamentos, dotado de áreas de esparcimiento y de todos los servicios, que había sido diseñado en el Taller de Arquitectura del Banco Obrero, teniendo como arquitecto consultor al maestro de maestros, Arquitecto Carlos Raúl Villanueva.

No menos desalentadora es la idea de “convetir a Caracas en una Ciudad Comunal”, para satisfacer la delirante aspiración socialista de Maduro:

“Caracas será la Ciudad Comunal del siglo XXI”.

Es impactante descubrir que los residentes de mi ciudad natal ignoren -al igual que yo, mis familiares y mis amigos- que las urbanizaciones o barrios donde residen han sido declarados como Comunas. Más impresionante es que quienes si tienen alguna noción de la novedosa transformación revolucionaria, relatan que el beneficio se reduce a la distribución y entrega de las bolsas CLAP, y a la puesta esporádica de farmacias ambulantes muy deficitariamente surtidas.

Se quedó como un vago espejismo la “justiciera” red urbana concebida en “La Nueva Geometría del Poder”, propuesta por Chávez y a integrar por series de pequeñas y medianas ciudades diseminadas en las despobladas tierras provincianas del interior de Venezuela, a lo largo de los tres ejes de desarrollo alternos al densamente poblado del centro norte costero. Los Consejos Comunales, las Comunas y las Ciudades Comunales, como es de prever, quedaron “insertados” (¿superpuestos?) en los barrios de las portentosas ciudades metropolitanas tradicionales, donde confluyen y se conjugan las concentradoras economías de urbanización.

Sospecho que la realidad se impuso y obligó a desviar una empresa tan descabellada. Conjeturo que algún sensato habrá tratado de responderse una pregunta:

¿cuánto valdría levantar y cuidar los tendidos de acueductos, cloacas o electricidad requeridos por las pléyades de Ciudades Comunales a sembrar en los vastos territorios del corazón de Venezuela, yermos y carentes de las atractivas economías de aglomeración?

Por ejemplo, en 2012, por abandono de sus integrantes había desaparecido la Comuna Gual y España, punta de lanza pionera de lo que sería el nuevo Estado Comunal, constituida en 2008, en los alrededores de Caracas y por el mismo Chávez, como ejemplo de un núcleo desarrollo endógeno, especializado en la producción agrícola.

Otra de las alucinaciones socialistas es la de los núcleos de desarrollo endógeno, los “innovadores” motores del desarrollo que reemplazarían a los clásicos “polos de desarrollo regional”.

Concebidos como estructuras que debían catapultar la economía nacional mediante el impulso de la producción y las potencialidades de cada territorio del país desde una perspectiva socialista, los núcleos de desarrollo endógeno, aparte de su inviabilidad operativa, terminaron convertidos en nichos de corrupción. De acuerdo a lo reportado por *informe25.com*, en diciembre de 2019,

“...en 2006, el informe de la Contraloría General de la República denunciaba un perjuicio de USD 1.448 millones por “sobrepuestos en la adquisición de máquinas, equipos e insumos para dotar los talleres de elaboración de textiles y confección de calzados del Núcleo de Desarrollo Endógeno Fabricio Ojeda”, según refiere una nota del portal KonZapata.

Casi una década después, un general activo...para el momento jefe del Núcleo de Desarrollo Endógeno Bejarano (estado Miranda), denunciaba la corrupción imperante y la falta de apoyo del estado a estos proyectos.

...en el Informe Anual de la Contraloría General correspondiente al año 2007...se expuso una situación irregular en el “Núcleo de Desarrollo Endógeno Tácata (NDET), ubicado en la Comunidad Indígena Santa Rosa de Tácata, Municipio Pedro María Freites del estado Anzoátegui”.

Otra calamitosa experiencia fue el voluntarista uso del cooperativismo a modo de apoyo de los núcleos de desarrollo endógeno.

Las cooperativas en Venezuela, que en los años 90 comenzaban a sedimentarse como resultado de un difícil pero firme proceso autogestionario, en 1997 llegaban a 766 donde confluían 201.306 afiliados. Para el año 2001, iniciándose el gobierno revolucionario, las cooperativas auspiciadas y financiadas por el “Petro Estado” ascienden a 1.336 y los afiliados a 232.907, un crecimiento desmesurado y, a la vez, desordenado que hizo de las nuevas cooperativas unas agrupaciones vacías de cooperativismo. En 2009, corrió un lamentable comentario:

“Chávez construyó el mayor cementerio de cooperativas del mundo”.

Como venía ocurriendo con cada una de la sucesión de improvisaciones disparatadas, el desengaño de la estrategia del Estado Comunal estaba cantado desde su enunciado principista

“La célula fundamental de conformación del Estado Comunal es la Comuna.”

Basta escudriñar las sentidas palabras de Gloria Cuenca, amiga, periodista, docente universitaria y como ella misma dice,

“...una de las pocas personas vivas que tuvo el ¿privilegio? de visitar una comuna popular, en la China de Mao Tse Tung en 1976”.

“...Mi padre, Humberto Cuenca, había visitado China en 1959...y había visto el lanzamiento del Gran Salto Adelante, (que denominó, sin ningún temor: gran salto atrás). Lo principal era transformar a China en comunista, haciendo las comunas y transformándolas por la fuerza en potencia industrial. Obligaron a todo el mundo a derretir, sí como lo leen, derretir todo metal, a fin de lograr hacer una industria pesada capaz de competir con la Unión Soviética y Estados Unidos. Ambos propósitos fracasaron. Al decretar las comunas se produjo una hambruna en la que los chinos para salvar la vida de los niños y jóvenes se transformaron en antropófagos; hay documentales de abuelos cortándose las piernas para dar de comer a los nietos pequeños. No es amarillismo. Esto ocurrió y hay documentación al respecto.

Las comunas se decretaron en 1959 y fueron eliminadas 17 años después, apenas ocurrió la muerte de Mao, en septiembre de 1976, para salvación del pueblo de China: que empezó a comer un tazón de arroz, rebosado con una salsa de mariscos, de cochino o de pollo, (a ellos no les gusta mucho la carne roja) y una taza de té caliente. Esto para los mil quinientos millones de personas que conformaban ese inmenso país, es una meta, una proeza y una tranquilidad saber que cuentan dos veces al día con ese tazón de arroz. Los banquetes de 20 platos son para los invitados y para la camarilla que gobierna. (¿Ahora han reducido la población? No me lo creo mucho, pero eso dicen ellos).”

...Cuando nosotros, mi esposo (QEPD) y yo llegamos a Pekín en 1976, nos llevaron a visitar una floreciente comuna. No hablamos chino, de manera que oímos lo que decían los comuneros de boca del intérprete...hice de inmediato un análisis de las divergencias entre lo que decían y la postura de su cuerpo. Llegué al extremo de la confusión, cuando una señora empezó a hablar y terminó llorando...Salimos apesadumbrados y cabizbajos de la visita a la Comuna Popular y bastante convencidos de que todo era una gran farsa. Cuando regresamos en 1979, muerto Mao, acabada la Banda de los Cuatro, no había rastro de comunas. Preguntamos, así nos dijeron: ‘¡... no sirvieron para nada!...Nos arruinaron.’ Solo dejaron hambre y desolación. Fue de las primeras medidas que impulsaron el gran avance de China en el planeta: eliminar las comunas. ¿Y eso es lo que quieren implantar aquí?”

Vale subrayar que la “Banda de los Cuatro” integrada por un grupo de altos dirigentes del Partido Comunista Chino y promotores de la maoísta Revolución Cultural de 1976, tenía la feroz tarea de eliminar -¿purgar?- los restos de tradiciones y de capitalismo que impidieran “garantizar la pulcritud” del proceso revolucionario.

Habría que preguntarle a los gobernadores y alcaldes, los genuinos y legítimos jefes de las sociedades intermedias y locales, cuan entusiasmados se sienten con una oferta que los borraría del mapa.

Preguntarles a los que se encuentran en funciones de gobierno -o a aquellos otros con aspiraciones- si permitirían que les deformen los límites de sus respectivas entidades territoriales o el arrebató de sus autonomías, de su creatividad y de sus atribuciones y recursos conquistados y por conquistar.

VIII. DEL ESCEPTICISMO A LA ESPERANZA

El escepticismo

A pesar de las alentadoras noticias, todavía se percibía como muy difícil ver luz al final del túnel. Mientras el venezolano común exige sus derechos y trata de sobrevivir o de escapar de nuestro maltratado y arruinado país, Maduro se mantiene en el poder, y convertido en un presidente *Sui Generis*.

Ostenta el mayor índice de protestas de la historia republicana! y logra el “triumfo” con la abstención más alta de nuestra historia! Mientras propicia el diálogo con el empresariado “neo liberal”, a favor de un cambio de timón, sigue empeñado en la opción del Estado Comunal, un modelo probadamente utópico y, a la vez, nocivo, gracias a su pecado original: ¡moverle el piso a la propiedad privada!

Pareciera que bracea solo, cómodo y sin cargar con el peso de 21 años de la aciaga seducción “chavista”. Sus opositores no logran confluír en un camino eficaz para devolverle la democracia a Venezuela.

El 7 de diciembre, al día siguiente de las elecciones parlamentarias, se había llevado a cabo la Consulta Nacional de Venezuela de 2020, convocada por la opositora Asamblea Nacional y el gobierno interino de Juan Guaidó. Las preguntas para responder eran las siguientes:

¿Exige usted el cese de la usurpación de la presidencia de parte de Nicolás Maduro y convoca la realización de elecciones presidenciales y parlamentarias libres, justas y verificables?

¿Rechaza usted el evento del 6 de diciembre organizado por el régimen de Nicolás Maduro y solicita a la comunidad internacional su desconocimiento?

¿Ordena usted adelantar las gestiones necesarias ante la comunidad internacional para activar la cooperación, acompañamiento y asistencia que permitan rescatar nuestra democracia, atender la crisis humanitaria y proteger al pueblo de los crímenes de lesa humanidad?

Según sus organizadores, tomaron parte más de cinco millones de venezolanos mayores de edad y poseedores de cédula de identidad o de pasaporte vigente o vencido: la participación digital fue de 2.412.354 y la presencial en Venezuela de 3.209.714.

Si bien la asistencia al llamado no fue constatada por observadores, somos muchos los que podríamos atrevernos a dar fe a las palabras de Guaidó:

"La participación que faltó el 6 de diciembre, hoy sobra".

Aparte de los datos de rechazo al gobierno de Maduro, que arrojaban -y siguen arrojando- los sondeos de opinión, por lo que vimos en las calles y por televisión: era demasiado evidente la masiva presencia de personas en alrededor de 3.000 puestos instalados en plazas y avenidas del país.

El 4 de enero de 2021, el Gobierno de Estados Unidos, todavía presidido por el republicano Donald Trump, le da un espaldarazo a la Consulta Nacional de Venezuela de 2020, al

desconocer a la Asamblea Nacional elegida el 6 de diciembre, y reiterar su respaldo al líder opositor venezolano. Por añadidura, la Oficina de Control de Bienes Extranjeros (OFAC) emitió la Licencia General 31A, que

"...autoriza las transacciones y actividades que involucran a Guaidó como presidente interino de Venezuela", a la Asamblea Nacional vigente y "a su Comisión Delegada, incluyendo sus respectivos miembros".

El 22 de enero 2021, Joseph R. (Joe) Biden, el candidato demócrata, asume la presidencia de los Estados Unidos. Contrariamente a la expectativa de cambio respecto a la política hacia el gobierno de Maduro, se pone al descubierto la existencia del punto de coincidencia entre demócratas y republicanos, que advertimos con la asombrosa ovación que recibió Guaidó en el Congreso de los Estados Unidos. Ambos sostienen que Venezuela bajo el gobierno en disputa de Nicolás Maduro atraviesa una crisis humanitaria, política y económica sin precedentes, y que la única salida a la vista es que los venezolanos puedan tener unas elecciones presidenciales libres y democráticas.

De entrada, califica a Maduro de “dictador brutal” y deja claro que seguirá apoyando a Juan Guaidó como Presidente Interino de Venezuela.

A mediados de febrero se conocen 3 modificaciones en las relaciones con América Latina:

- ejercer mayor presión por la democracia y los derechos humanos, y contra la corrupción;
- establecer una política para detener el flujo de migrantes hacia Estados Unidos;
- .-revisar las sanciones a Venezuela, en la idea de lograr apoyo para llegar a algún acuerdo sobre la celebración de elecciones libres y justas.

A más de mantener las sanciones a individuos por corrupción y abusos de derechos humanos, el 3 de febrero, la nueva administración estadounidense emite una licencia que permite tratar con el Instituto Nacional de Espacios Acuáticos de Venezuela, o cualquier entidad que este posea para la operativa portuaria y aeroportuaria ordinaria. ¡El levantamiento de la sanción exceptúa expresamente las actividades de exportación de diluyentes a Venezuela, indispensables para refinar el crudo!

El Consejo de la Unión Europea anunció no aprobar las elecciones parlamentarias de diciembre 2020, desde el mismo 7 de diciembre, cuando se cerraba el evento electoral. En desmedro de la Asamblea Nacional surgida de esos comicios, sigue reconociendo a la presidida por Guaidó. El 22 de enero, amplía las sanciones contra Venezuela y centra la acción contra 19 altos funcionarios, entre jueces, políticos y militares, señalados como implicados en el “fraudulento” proceso electoral del 6 de diciembre y en la "violación de derechos fundamentales" en el país.

Con esta nueva ronda de sanciones, que incluye la prohibición de entrar al territorio comunitario y la consiguiente congelación de los activos y bienes financieros, la 'lista roja' de la UE pasa de 36 a 55 individuos, entre ellos: Delcy Rodríguez, Vice-Presidente de Venezuela, Diosdado Cabello, hombre de confianza de la Administración de Nicolás Maduro, Indira Alfonzo, Presidente del Consejo Nacional Electoral, Omar Prieto Fernández,

Gobernador de Zulia, y Bernabé Gutierrez, diputado electo por la opositora Alianza Democrática, que incluye a las fracciones de AD y Copei unidas por el régimen.

A la par de las sanciones, la UE reitera su disposición a continuar

"trabajando y colaborando con todos los actores políticos y de la sociedad civil de Venezuela para promover un diálogo pacífico y democrático"

El líder opositor Juan Guaidó pasa a ser un interlocutor más a los fines de buscarle salida a la crisis venezolana.

El 28 de marzo de 2021, el Consejo de Administración de la Organización Intenacional del Trabajo (OIT) falla en contra del régimen de Maduro. Apenas habían transcurrido dos meses desde la celebración de la reunión gobierno-empresariado, en la que el Presidente de FEDEMÁMARAS, Ricardo Cusano, instó a la Asamblea Nacional a facilitar y convocar el diálogo tripartito gobierno-empresarios-trabajadores.

La agencia de las Naciones Unidas encargada de las cuestiones relacionadas con el trabajo, toma la decisión de acusar al gobierno de Maduro por incumplimiento de los convenios números 26 (libertad para fijación de salarios mínimos), 87 (libertad sindical) y 144 (promover el tripartismo y el diálogo social).

Anteriormente, había deplorado la respuesta del régimen de Maduro pronunciada el 10 de agosto de 2020, en la que no acepta las sugerencias de la Comisión de Encuesta, encargada de averiguar todos los hechos concretos que permitan precisar alegatos y recomendaciones. El régimen no aceptaba, entre otras cosas, la solicitud de *"...cese inmediato de todos los actos de violencia, amenazas, persecución, estigmatización, intimidación u otra forma de agresión"* contra las organizaciones de empleadores y trabajadores no afines al Estado y la adopción de medidas *"para garantizar que tales actos no se repitan en el futuro"*.

El mencionado Consejo de Administración de la OIT de igual forma instó a establecer y convocar para el siguiente mes de mayo un foro de diálogo social y solicitó a la organización a colaborar con Venezuela en el reconocimiento y plena implementación de las recomendaciones de la Comisión de Encuesta y en la aplicación efectiva de los convenios incumplidos.

Entre las recomendaciones, dirigidas a encarar problemas de suma gravedad, destacan las siguientes:

- cese inmediato de actos de violencia, amenazas, persecuciones y vulneración de libertades civiles
- no utilizar los procedimientos judiciales y medidas cautelares y sustitutivas para coartar la libertad sindical
- detener la práctica de someter civiles a la jurisdicción militar y la liberación inmediata de empleadores o sindicalistas que estén en prisión por el ejercicio de las actividades legítimas de sus organizaciones
- establecer criterios objetivos verificables y plenamente respetuosos de la libertad sindical

- pleno respeto de la autonomía de las organizaciones de empleadores y trabajadores
- someter a la consulta tripartita la revisión de las leyes y normas como el decreto con rango, valor y fuerza de la Ley Orgánica del Trabajo, los Trabajadores y las Trabajadoras.

Adicionalmente, se decidió mantener la presión para el cese de la persecución contra el movimiento sindical y de la violación de los derechos de empleadores y trabajadores, y para garantizar la libertad sindical, la libre asociación, la contratación colectiva y la participación tripartita.

Como era previsible y en abono del desparramado ánimo de escepticismo, el Presidente se aleja de la posibilidad de tomar en consideración las recomendaciones de la Comisión de Encuesta. En efecto, decide echar al cesto de la basura los logros conseguidos en los encuentros de la Comisión Especial de Diálogo, Reconciliación y Paz de la Asamblea Nacional y FEDECÁMARAS.

Enredado con sus ideas revolucionarias -o presionado con los reclamos del sector más radical de sus copartidarios-, Maduro resuelve darle la “*patada a la mesa*”, a 19 años de los sucesos protagonizados el 11 de abril de 2002 por la millonaria marcha que, enarbolando la solicitud de renuncia de Chávez, se dirigió a Miraflores y culminó con el fracasado “Camonazo”.

Reeditando el acento berligerante empleado por Chávez, se valió de una cadena nacional de radio y televisión, para aseverar:

“FEDECÁMARAS nunca abandonó sus planes de conspiración, incluso, ahorita, ahí está el nido de víboras...El 11 de abril fue el primer golpe de Estado mediático de la historia. Estuvo precedido de una campaña brutal de FEDECÁMARAS...”

No escatimó, sin embargo, en el efímero intento de emular exitosas experiencias reformistas (¿revisionistas?), como la política de las zonas económicas especiales adelantada en China desde la década de los años 1980. Se llegó a plantear, por ejemplo, la creación en Venezuela de un cierto número de regiones, en las que quedaban suspendidas las leyes socialistas de alcance nacional que entorpecieran los objetivos encaminados a mejorar la economía y fomentar su desarrollo, mediante la producción de bienes y servicios de exportación. Dotadas de un régimen jurídico orientado en mayor medida a una economía de libre mercado, el objetivo final de este intento que se quedó esbozado en el camino, era atraer inversiones de capitales nacionales y extranjeros

“...en uno de sus momentos más críticos desde el punto de vista económico como resultado de las terribles consecuencias de las sanciones económicas, que de manera ilegal y brutal nos impone el gobierno de los EEUU.”

El proyecto, que data de 2014, había arrancado con los levantamientos de campo necesarios para el desarrollo de dos zonas económicas especiales: Paraguaná, en Falcón, y Ureña, en Táchira. Con la primera se pretendía estimular el aprovechamiento de la energía eólica, inherente a la alta potencia de los vientos de la Península para la generación de electricidad. Con la de Ureña se buscaba incentivar la industria textil, así como la del calzado y la industria metalmecánica, las actividades que hasta los años 1990 habían logrado especializar y dinamizar a la subregión.

El 2021 se nos presentaba, desde sus inicios, como un año muy desconcertante. Con una Asamblea Nacional netamente oficialista, prevelece la percepción general de estar más lejos del cambio que cinco años atrás. Angustia la idea de que no hay regreso para un país cada día más hambriento, empobrecido, saqueado y destruido por quienes lo gobiernan, un país que sufre una diáspora estimada en unos 7 millones de compatriotas, conteste a los resultados ofrecidos por Tomás Páez Bravo en *“La diáspora venezolana: “Políticas públicas y desarrollo”*.

Si bien se divisaban síntomas de reconciliación y cambio, también son palmario los alertas sobre las amenazas advertidas por el diputado Rodríguez:

“...no podemos olvidar... Reconciliación sí, pero sin amnesia”.

Ciertamente, el 11 de marzo de 2021, Michelle Bachelet durante la actualización de su informe sobre la crisis en Venezuela, expresaba que veía con inquietud la persecución del régimen de Nicolás Maduro contra ONG's, periodistas, defensores de DDHH, líderes sindicales y diputados de la legítima Asamblea Nacional:

“Me inquieta la reducción del espacio cívico en Venezuela. Mi Oficina ha documentado al menos 66 casos de acoso y criminalización de periodistas, medios, defensores, trabajadores humanitarios, líderes y oposición.”

Pese al desparramado ánimo de escepticismo, pareciera que, gracias a la “necesidad” y a la “irrebatible realidad”, se había decidido cambiar el rumbo de los acontecimientos.

Me brotan varias incógnitas esperanzadoras: ¿avanzamos hacia una salida electoral?, ¿lograremos la recuperación de la ruta del voto?, ¿nos movemos hacia una reactivación económica?, ¿conseguiremos recuperar el mercado?

**La esperanza: ¿hacia una salida electoral?
¿La recuperación de la ruta del voto?**

El 19 de enero de 2021, la semana previa a la de la conformación de la Comisión Especial de Diálogo, Reconciliación y Paz, la Asamblea Nacional, en el mismo esfuerzo conciliador, había resuelto asumir su responsabilidad de designar el Comité de Postulaciones Electorales, integrado por 10 representantes de la sociedad civil y 11 diputados a los que se les encomienda la selección de los nuevos rectores del CNE. El 25 de marzo, la prensa informa la lista de los candidatos, en la que aparecen nombres de personas muy calificadas y limpias de sospecha, como es el caso de León Arismendi, uno de mis amigos miristas de siempre.

Con la designación del Comité de Postulaciones Electorales y la siguiente selección de los candidatos para presidir el CNE, se logró crear el ambiente de confianza requerido para el buen desarrollo de la convocatoria a los eventos electorales por venir.

Ya desde el 21 de enero, mucho antes de la aparición en escena de tan confortadoras noticias, había entrado en circulación un documento, que se dio a conocer como: *“Volver al voto”*. Se trata de un manifiesto de opositores para rescatar a Venezuela, en el que se demanda que el voto, la bandera política de los demócratas, vuelva a ser una herramienta fundamental de la lucha democrática por el cambio político.

El documento, suscrito y celebrado por mí y por el que me empeñé en sumar apoyos, es auspiciado por mi amigo el acucioso historiador y político Pedro Benítez, junto a otros ciudadanos venezolanos, dedicados a diversas actividades de la cultura, la academia, la política y el activismo social. Entre sus defensores destacan personalidades de gran prestigio, como el empresario dirigente de FEDECÁMARAS Jorge Roig, a quien, en un foro al que asistí en 2019, le había rebatido su postura abstencionista.

En el espíritu de la propuesta subyace lo que con angustia he reiterado: la recuperación de la ruta electoral, un proceso que lejos de reducirse al acto de votar, exige dotarnos de un plan de acción y organización orientado a potenciar y darle coherencia a la presión social. Se trata de superar los errores cometidos, acordarnos y unir propósitos, sin la camisa de fuerza de objetivos de cambio inmediato o atajos y sin la posibilidad de ser presas de una frustración ante las arremetidas del régimen para provocar suspicacia y decepción y para no cumplir con todas las condiciones electorales legítimas y constitucionales.

Celebro la iniciativa porque siempre he sido una convencida de que una ruta electoral eficaz hay que pelearla y construirla, sobre todo en tiempos del autoritarismo hegemónico de izquierda revolucionaria, intencionadamente generador de un ambiente hostil al ejercicio de las principales organizaciones partidistas y de la política en general. En un camino cada vez más empedrado de dificultades interpuestas por la acción del régimen opresor y violador de la separación de poderes, la lucha por el voto permitiría multiplicar voluntades para retomar la tarea de inducir el cambio político y el rescate de lo perdido, siempre y cuando parta de una energía permanente y centrada en la recuperación y activación a fondo del tejido de la sociedad democrática.

Enrique Márquez, eminente y comprometido dirigente opositor, es otra de nuestras muchas personalidades que han marcado distancia respecto a las políticas abstencionistas que han predominado en Venezuela. Me entusiasmaron unas palabras que le escuché en una entrevista realizada en enero de 2021:

“Estamos viviendo un momento excepcionalmente malo, es necesario soslayar errores, pedir perdón y volver al voto”.

Como titula una nota de El Independiente de España:

“Reinventarse o desvanecerse: la oposición venezolana en el desafío de 2021”.

El igualmente comprometido dirigente opositor José Guerra, diputado de la abstencionista Asamblea Nacional, tampoco escatima en rectificar. En una declaración brindada a la prensa el 2 de marzo, afirma:

“No hay otra manera de acceder al poder que con el voto”.

El 9 de enero de 2022 es la fecha que marca un hito en nuestra historia política reciente. Es el día cuando se repitió la elección a gobernador en el Estado Barinas, que se había celebrado el 21 de noviembre de 2021. En respuesta a un recurso de amparo interpuesto por un exdiputado, el Tribunal Supremo de Justicia, en un polémica decisión había suspendido la totalización de los votos con los que habría resultado ganador Freddy Superlano, de la Mesa de la Unidad Democrática.

En el histórico bastión chavista, se celebró una contienda masivamente participativa en la que resultó ganador Sergio Garrido, diputado estatal por Acción Democrática, apoyado por la Plataforma Unitaria y enfrentado a Jorge Arreaza, yerno de Chávez, exministro de Industrias y Producción Nacional y canciller entre 2017 y 2021. Con Garrido lográbamos ganarle al candidato designado por el presidente Nicolás Maduro y, groseramente, apuntalado desde Caracas por los factores del poder nacional.

¡Por primera vez desde las elecciones regionales de 1998, vencía un gobernador ajeno al oficialismo y a la familia Chávez!

Luego de los resultados electorales y de la victoria de Garrido, la oposición llama a movilizar a todo el país para promover un referéndum revocatorio del Presidente Nicolás Maduro. Cómo era de esperar el evento fue sabotado por el mismo CNE, al imponer un acto de recolección de firmas en tan breve tiempo que era imposible de realizar.

El 21 de noviembre de 2021, el chavismo había consolidado su poder en Venezuela, en unos comicios en los que solamente votó el 41,8% de los electores los 21 millones de electores llamados a las urnas, y que, por primera vez en 15 años, contaron con una Misión de Observación Electoral de la Unión Europea.

¡La división de la oposición le da una gran victoria al chavismo! Con una oposición peregrinamente fragmentada y en la mayoría de los casos con proporciones muy por debajo de la mitad de los votos, el régimen se hacia de los gobiernos de Caracas y de 20 de los 23 Estados del país.

Ahora, lo que se avisa en el panorama son las elecciones presidenciales de 2024. ¡Dos escasos años para subir la cuesta y lograr un candidato de unidad, una alternativa sólida y capaz de construir un discurso prometedor! Hay que luchar para superar el traspié de la falta de unidad y de un lustro llamando a la abstención que ha sembrado la semilla de la desconfianza.

La esperanza: ¿hacia la reactivación económica?

¿La recuperación del mercado?

En 2021 y a la par del encuentro Gobierno-FEDECÁMARAS, la reactivación de la economía nacional apenas comenzaba y con muchos tropiezos. “*Después de haber perdido cien años, de haber retrocedido un siglo*”, el reto era atacar problemas estructurales que se han venido profundizando por efecto de más dos décadas de políticas públicas enfiladas contra la empresa privada nacional. No es poca cosa levantar una producción de bienes y servicios que, en solo nueve años (2012-2021), sufrió una pérdida acumulada por encima del 75%, de acuerdo con el Indicador de Actividad Económica elaborado por el Observatorio Venezolano de Finanzas.

En su búsqueda por facilitar la reactivación económica, el gobierno no solo decide renunciar a la emisión de dinero sin respaldo y a los aumentos del salario en cifras astronómicas. Resuelve, al mismo tiempo, ajustar las tarifas de las empresas estatales y de los servicios y llevar adelante la política de apertura de la economía interna, que permitió la libre importación sin aranceles y sin pago de IVA.

No obstante la liberalización, según pronosticara el 27 de junio de 2021, nuestro brillante y joven economista Asdrúbal Oliveros, asesor empresarial y Socio-Director de Ecoanalítica:

“Después de una contracción de más del 80 por ciento en siete años (2014), diría que la economía venezolana está en el foso. Habría que hacer una evaluación de los sobrevivientes y de cómo operar, después de una contracción de esa magnitud. No creo que la economía siga cayendo pero la recuperación va a ser extremadamente lenta. Diría, además, que hay unos cambios que afectan las dinámicas de los ciudadanos, de las empresas y del sector privado. La definiría como una economía de sobrevivientes, lo que va quedando después de una devastación similar a la que produce una guerra, si cabe el término. Lo que estamos viendo es cómo esos sobrevivientes se adaptan a ese nuevo entorno, a partir del año pasado y con más fuerza este año.”

También es muy significativa la acotación que hace Oliveros con relación a la imposibilidad de una certera recuperación sin apoyo internacional. A más de subrayar sobre la impostergable necesidad de una reconstrucción institucional y sin contar con el apoyo de aquel petro Estado todopoderoso y rico, alerta sobre lo que sigue.

“A cualquier país, después de una contracción como la que ha tenido Venezuela, que es la peor después de la Guerra Federal, y la peor de América Latina en los últimos 50 años, le es imposible que se pueda recuperar por sus propios medios. No los tiene, no los tienen ni los ciudadanos, ni las empresas, ni el Estado. Al finalizar va a necesitar una profunda cooperación internacional por distintas vías -organismos multilaterales, gobiernos, instituciones, un marco legal que atraiga inversión extranjera,... va a necesitar una profunda cooperación internacional por distintas vías -organismos multilaterales, gobiernos, instituciones, un marco legal que atraiga inversión extranjera-...”

Nosotros calculamos que, de darse ese proceso de reconstrucción, Venezuela necesitaría, en los primeros cinco años, alrededor de 233 mil millones de dólares. Eso es el equivalente a seis veces el tamaño -40 mil millones de dólares- de la economía venezolana hoy.”

Un año más tarde, el mismo Oliveros expresa:

“Ya han pasado 4 meses de 2022. Y la dinámica en Venezuela sigue movida.”

Además de reiterar que “estamos estabilizados en el foso y que falta mucho para una recuperación plena...”, entre otros aspectos apunta:

“...la economía venezolana tendrá crecimiento. Débil. Pero crecimiento y eso impacta al sector privado...”

...el gobierno tendrá casi el doble de ingresos en divisas de lo que tuvo en 2021...

...el uso transaccional del bolívar crecerá ligeramente...

...el consumo privado va a crecer...

...el crédito seguirá siendo escaso y caro. Así que el músculo propio y el crédito comercial seguirán vigentes.”

De modo que, para encaminarnos hacia una verdadera reactivación económica se hace necesario pensar en grande. Además de apoyar el otorgamiento de facilidades e incentivos para la marcha de empresas privadas, una primera exigencia es el complejo rescate de la hoy disminuida industria petrolera. Para su despegue se requieren grandes inyecciones de capital y una gerencia eficiente y concentrada en el logro de los objetivos que le son propios. Una recuperación similar demandan las industrias básicas de Guayana y las empresas estatizadas.

El problema grueso es *¿cómo sufragar la reactivación?* Aún superando el tema de las sanciones, la posibilidad que tiene el país de acceder a los recursos financieros que esta exige, es bastante limitada. Es casi inviable incrementar la deuda externa, en un país que ya detenta calificación de “alto riesgo” y situaciones de incumplimiento de su compromiso, que obligan a intentar trámites preñiminales de refinanciamiento o cualquier otro arreglo con sus acreedores. Por otro lado, la opción con los organismos multilaterales está negada, y la de China se encuentra cerrada y pareciera que sin perspectivas de reactivación.

Según opinión de varios expertos, la opción más expedita sería la captación de inversiones, sea por venta de activos estatizados o por la participación privada en empresas mixtas.

En correspondencia con esta última opción, más por obligación que por convicción, el chavismo termina de dar el salto cualitativo hacia el neoliberalismo, tan radicalmente vilipendiado por la izquierda. De la promoción y defensa de las expropiaciones y del monopolio centralista de la economía, dos principios enarbolados por su predecesor, el Presidente de Venezuela decide afrontar la peor crisis económica en la historia del país con la venta de acciones de empresas estatales.

El 5 de mayo de 2022, no sólo autoriza la privatización de empresas públicas, sino que anuncia la puesta a disposición del público, las acciones de varias compañías, incluidas las petroleras, de telecomunicaciones y gasíferas, a través del mercado financiero local manejado por la Bolsa de Valores de Caracas.

Para cerrar la propuesta, les pidió a los inversionistas nacionales e internacionales estar atentos de la oferta a instrumentar desde el lunes 16 de mayo, que incluirá de un 5% hasta el 10 % del paquete accionario de las compañías seleccionadas.

Maduro optaba por borrar el legado de Chávez, invitando a dar el “gran viraje”, la propuesta intrínsecamente calcada de las que tuvieron que liderar Gorbachof-Yelsin y Zhou Enlai, en los autoritarios estados comunistas de la URSS y de China, respectivamente. A Maduro le llegó la hora de repetir la traumática aplicación del paquete de medidas económicas impuestas en la Venezuela democrática de 1989 a 1994, durante el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, a través de Miguel Rodríguez, su ministro de Planificación al que la maledicencia izquierdista apodó “*Paquertico Rodríguez*”.

Colocando a un lado muchas de las críticas de orden económico que se han ventilado, vale destacar algunas de mis interrogantes en torno a una oferta de privatización que pareciera haberse quedado como un mero tanteo improvisado, en el contexto de un ambiente con profundas distorsiones macroeconómicas. Me pregunto:

La venta de acciones de empresas estatales, ¿formará parte de un proceso de reprivatización total, ordenado, transparente y que no privilegie a “amigos del gobierno”?

¿Quién podrá interesarse en aportar su capital con una participación minoritaria en unas empresas que seguirán siendo manejadas por los ineptos que las quebraron?

¿Quién se atreverá a arriesgar su capital en empresas que, en su mayoría, presentan un altísimo grado de deterioro, y que, en muchos casos, están cerradas o funcionando a mínima capacidad de producción?

¿Quién elegirá ser un accionista de unas empresas caracterizadas por la opacidad, incluyendo los estados financieros que no se publican desde hace más de 10 años?

¿Qué ocurrirá con las empresas que están en litigio porque no les pagaron a sus dueños?

Maduro termina de dar el paso hacia el neoliberalismo, después de desandar el empedrado camino durante tres años. El Gobierno había comenzado con unos pasos muy significativos desde 2017, antes de la aprobación de la Ley Antibloqueo de 2020 y de las privatizaciones que le siguieron.

De acuerdo a lo informado por Rodrigo Agudo, jefe de la Red de Alimentos de Venezuela, el gobierno, entre otras decisiones, había otorgado licencias de importación y llamado a invertir en empresas públicas, mediante asociaciones o alianzas estratégicas que comenzaron a formarse silenciosamente para funcionar con plazos, generalmente, de cinco a 10 años: ¿arrendamientos?, ¿licencias?, ¿comodatos?

Más aún, términos de asociación similares se habían establecido con anterioridad en la industria petrolera. PDVSA otorgó a empresas locales más control sobre activos estatales como petróleo y plantas de compresión de gas para operar y aumentar la producción.

Cualquiera que sea la fórmula para empujar la reactivación, hay que reflexionar y de manera prioritaria sobre como abordar la situación en extremo caótica en que se encuentra la prestación de los servicios básicos, y la institucionalidad en general.

Un país no puede funcionar sin agua ni electricidad, abarrotado de basuras y confrontando una peligrosa escasez de combustible. Y, recuperar la operatividad de los organismos que prestan los servicios no solo pasa por superar los problemas de administración y de corrupción. Hay que sufragar las reparaciones necesarias a los fines de revertir los graves daños ocasionados en las modernas instalaciones construidas durante los gobiernos democráticos de las cuatro últimas décadas del pasado siglo XX.

No menos relevantes son las graves limitantes derivadas del severo proceso de desinstitucionalización. Un país no puede funcionar sin instituciones que den respuesta expedita a las necesidades y procedimientos demandados. Y, la Venezuela de la Revolución adolece de inseguridad jurídica y pública, deficiencia y altos costos de intermediación en la prestación de los servicios, dificultades para desarrollar procesos y transacciones económicas, así como del todavía presente intervencionismo oficial. Lo más preocupante es

el muy precario nivel del gasto público; sin precedentes en nuestra historia, a tal extremo que limita la capacidad del Estado para satisfacer las necesidades de la población.

Es, asimismo, indispensable rescatar dos aspectos que se contemplaron en las exitosas reformas liberales llevadas a cabo en China o en la Unión Soviética.

En los dos casos la descolectivización de la agricultura, la apertura del país a la inversión extranjera y el permiso a emprendedores de iniciar empresas se emprendieron durante una primera fase. La privatización y contratación de la mayor parte de la industria estatizada, así como el levantamiento del control de precios y de las políticas proteccionistas y las regulaciones se llevaron a cabo durante la segunda fase.

El otro aspecto es la imperiosa necesidad de crearle un ambiente amigable a las inversiones de capital, piedra angular de la economía. La reestructuración económica de la *Perestroika* de la Unión Soviética, por ejemplo, tuvo que ser acompañada de la *Glásnost*, la política dirigida a crear confianza, liberalizando el sistema político y los medios de comunicación y otorgando la libertad para los presos políticos.

¿Soplan vientos de cambio?

¿Soplan vientos de cambio? Cuando me disponía a responderme tan delicada pregunta, se me interpusieron dos acontecimientos que zarandearon mi intelequia. El 16 de febrero, exactamente diez años después de la triste partida de mi cómplice-maestro Moisés Moleiro, fallece Américo Martín, mi mentor, el mentor de este recordar por escrito. El 24 del mismo mes de febrero, estalla la guerra Rusia-Ucrania.

Aun cuando heredé a Nancy Hernández, su viuda, ahora mi estrechamente hermanada compañera, la repentina partida de Américo me dejó desprovista de la coraza de la que me he valido para no dejarme arrastrar por la nostalgia.

Superando el desamparo, echo mano de su aliento y particular sabiduría, y me inyecto fuerzas para culminar este remembranza que me había pedido “supervisar” antes de darla a conocer. Más que la pérdida de un hermano, de un amigo, es un infortunio que llora el país. Su grandeza la exalta nuestro Alonso Moleiro en la reseña periodística que hace de su funeral en un diario local.

“Este viernes 18 de febrero de 2022, Américo Martín fue despedido por sus familiares y, especialmente, por dirigentes políticos gestados en la Venezuela que antecedió a la llegada del gobierno revolucionario al poder.

En medio del pesar por el fallecimiento de Martín, exguerrillero, abogado, escritor y dirigente político, quienes asistieron a sus exequias, en el Cementerio del Este, coincidieron en destacar su aporte para la construcción de la democracia en el país, lo que abarcó su propia lucha política, la amplitud de pensamiento, así como la visión clara sobre el Estado y el respeto a las diferencias.”

Sin la rutinaria conversa con Américo, me tocará deshojar la margarita para asumir con frialdad la cruenta y muy peligrosa guerra librada entre Rusia y Ucrania y , sobre todo, para continuar dándole vueltas al tan enigmático mañana de mi país.

En relación con la guerra Rusia-Ucrania, considero obligatorio subrayar que el ejército ruso invade a Ucrania por decisión del Vladimir Putin, el temible policía de la Stasi, que se ha perpetuado en el poder de la Federación de Rusia, a pocos años de la caída de la URSS: en el ejercicio de la Presidencia, de 2000 a 2008 y de 2012 a 2022, y como Primer Ministro, durante los períodos intercalados 1999-2000 y 2008-2012.

No deseo desviarme hacia la discusión en torno a la pertinencia o no de poner en marcha la aspiración de Ucrania de valerse de su derecho a solicitar su integración al mundo occidental de la Unión Europea y, por tanto, a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la alianza militar intergubernamental o sistema de defensa colectiva que hoy reúne a 30 países miembros, de Europa y de América del Norte. Eso lo aclaro con mi amigo el experto politólogo hermano Carlos Raúl Hernández.

Solo me limito a confesar que no sospeché cuan vivas se mantenían las tradiciones imperiales del Zarato, ejercido por los zares desde 1547 a 1721, del imperio ruso que se extendió por dos siglos más, de 1721 a 1917, y de la expansionista Unión Soviética que perduró como una superpotencia de 1917 a 1991.

Mucho menos, había reparado en dos asuntos de trascendencia que descubrí con asombro.

El primero es saber que la piedra angular del régimen de Putin son los oligarcas rusos, nacidos durante los años 1990. Es decir, los inecrupulosos nuevos empresarios que se enriquecieron muy rápidamente, luego de sellar con el presidente Yeltsin, la funesta alianza que les ha permitido participar hasta en el diseño de la política rusa.

Tanto es el exabrupto que no son solo contra el gobierno de Rusia las sanciones económicas con las que Occidente -Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Europea-, ha respondido al ataque a Ucrania con misiles y artillería. Incluyen golpes financieros dirigidos a un selecto grupo de magnates multimillonarios, integrantes del círculo cercano de Putin, que han sorprendido al mundo con inversiones en bienes raíces, bancos, equipos deportivos y propiedades en ciudades como Londres o Nueva York y, sobre todo, con el boato derrochado en sus numerosas propiedades.

A la luz de los acontecimientos, me surge una duda: ¿será uno de estos trepadores, aquel ostentoso ruso con el que crucé unas palabras en el hotel de Sharm El Sheikh, ubicado en la península egipcia del Sinai? No es una conjetura descabellada, pues entre 1991, año de la desplome del Imperio Soviético, y el 2008, ya tendría alrededor de una década amasando con privilegios una fortuna, lo suficientemente jugosa como para darse el lujo de disfrutar, en compañía de una numerosa familia, el intercontinental itinerario Moscú-Nueva York-Sharm El Sheikh-Moscú.

El segundo asunto refiere a la vigencia de la ya olvidada Guerra Fría. No capté la tajante contradicción existente entre los intereses de Rusia en el marco de la geopolítica mundial y la soberanía de Ucrania, su vecino y hermano de cuna.

Por razones de supervivencia de la especie humana, jamás me pasó por la mente un Putin capaz de amenazar con una escalada atómica. No solo intimida con la presentación televisada de espeluznantes simulacros de ataques puntuales a ciudades de Europa. Chantajea con una arremetida que sin duda derivaría en una conflagración mundial en la que no habría ganador.

Se me hiela el cuerpo y, sobre todo, por las generaciones que vienen detrás de mí, al cavilar que no quedaría quien de cuenta de la Tercera Guerra Mundial y su devastación, porque sería la final.

Sólo deseo destacar cuanto me ha conmovido y me conmueve ver por televisión los bombardeos genocidas y destructivos de un patrimonio de extremado valor para la memoria histórica de la humanidad. Me perturbam las columnas de niños desamparados y de madres que con sus hijos a cuesta escapan del horror imperante en ciudades en escombros, dejando atrás a los varones comprometidos con la defensa de la patria.

Me aturde comparar esta estampida con la diáspora que ha desolado a mi país, una tierra donde la guerra es el hambre, la oscuridad. Me aturde escuchar la noticia internacional que da cuenta de una gigantesca caravana de unos 4.000 o 5.000 personas, en su mayoría venezolanos, que cruzan el territorio de México en dirección hacia la frontera con Estados Unidos.

Para darle vueltas al tan enigmático mañana de mi país, de entrada, recordemos la mejoría del PIB en 2021 observada por Asdrúbal Olivero, entre otros especialistas, así como la advertencia que hizo, en abril de 2022. A saber:

“Si hay oportunidades para los negocios en una Venezuela como la de hoy, que es pequeña y pobre, solo hay que evaluarlas en el contexto actual y no en el del país que fuimos, ...en estos momentos, muchas empresas siguen ancladas a un pasado que no volverá, por lo que necesariamente se impone adecuarse a lo que hoy representa la Venezuela del momento, en la cual aún persisten muchas dificultades, pero donde puede haber oportunidades, para lo cual hay que aguzar el ingenio.”

El especialista advierte:

“En estos momentos, muchas empresas siguen ancladas a un pasado que "no volverá, por lo que necesariamente se impone adecuarse a lo que representa la Venezuela del momento, en la cual aún persisten muchas dificultades, pero donde puede haber oportunidades, para lo cual hay que aguzar el ingenio.”

De manera que los vientos de cambio aparecen al ritmo de una economía pequeña y pobre, que asciende del cuarto sótano al segundo y de modo extremadamente lento. El ascenso se produce por efecto rebote, antes que por la resolución de los serios problemas estructurales, suscitados gracias a la aplicación del modelo del *Socialismo del Siglo XXI* y, finalmente, anidados a lo largo de ocho años continuos de desplome. Más que a una recuperación, nos enfrentamos a una economía de sobrevivientes de una contracción, que se ha calificado como la peor de Venezuela después de la Guerra Federal, y la peor de América Latina en los últimos 50 años.

Nos enfrentamos a una economía de supervivientes que tienen que actuar con autonomía, con independencia respecto del hoy colapsado y destruido *Papá Petro-Estado*. Por primera vez en casi un siglo, ya no contamos con el todopoderoso financista y proveedor de bienes y servicios públicos. Contamos con las remesas y su incidencia en la capacidad de gasto, el negocio del oro extraído de Guayana y el exiguo incremento ya logrado en los niveles de producción petrolera. A la venta del crudo, de forma subrepticia para burlar las sanciones

impuestas por Estados Unidos, se suma el aumento de sus precios ocasionado a raíz de la guerra entre Ucrania y Rusia.

Las tímidas señales de reactivación descansan en la actividad comercial, las importaciones y los servicios profesionales. Muy relegados quedan la banca, los seguros, la construcción y la industria manufacturera, cuatro sectores de relevante importancia en la dinámica general y que florecieron durante los últimos cuarenta años del siglo XX.

Según declaraciones de Luigi Pisella, el entonces presidente de Conindustria, la falta de financiamiento y la baja demanda explican el muy mediocre desempeño de una industria manufacturera, que opera con apenas algo más de un cuarto (27,6%) de la capacidad instalada del parque industrial nacional. Mucho más grave es el caso de la pequeña y mediana industria que, en su conjunto, escasamente emplea menos del 20% de su capacidad operativa. A tal deterioro se suman las deficiencias en el suministro de energía eléctrica, que obligan al sector a autogenerar lo requerido para llevar a cabo sus procesos productivos.

Atrás va quedando el parque industrial construido en los tiempos previos a la Revolución y erigido como el motor del desarrollo del resto de la economía. Además de haber avanzado significativamente en la fabricación de equipos y maquinaria para el conjunto de la economía, conocimos un país inundado de una gran variedad de productos elaborados internamente: desde los clasificados en las ramas de alimentos, bebidas y de tabaquería, muebles, textiles, prendas de vestir y calzado, hasta otros rubros de mayor exigencia tecnológica: productos químicos y farmacéuticos, de hierro y acero, materiales de transporte automotor y autopartes, caucho, plásticos, productos de minerales no metálicos y metálicos. A la par de las tímidas señales de reactivación, pareciera que, después de la tormenta económica remontada desde 2013, Venezuela llega al fin de la hiperinflación, tal y como lo aclara Alonso Moleiro.

“El índice de precios al consumidor registra sus cotas más bajas en años, después de haber vivido una de las tormentas de precios más descontroladas y agresivas de la historia moderna.”

La hiperinflación ha llegado a su fin en Venezuela. El país ha vivido una de las tormentas de precios más descontroladas y agresivas de la historia moderna. La tendencia se está revirtiendo por la dolarización de la economía y la apertura al mercado. El índice inflacionario de Venezuela en el pasado mes de febrero fue de 2,9%, el promedio más bajo registrado en la economía local en varios años, y el comportamiento de los precios rondará 36% en 2022. Este es el cuarto mes consecutivo en el cual el aumento de los precios registra promedios de un solo dígito.

El descenso se ha concretado de un mes a otro. En los últimos 12 meses, el índice de precios al consumidor ha estado por debajo de 50% intermensual. Y desde septiembre, por debajo de 10. El precio del dólar lleva varios meses estabilizado en torno a los 4,5 bolívares, luego de la tercera reconversión monetaria adelantada en Venezuela en poco más de diez años. El año pasado, el Índice de Precios al Consumidor llegó al 686%. En 2020, fue de 2.900%. En 2019, de 7.300%.”

De acuerdo al análisis del economista Luis Bárcenas de Ecoanalítica, la dolarización y la contracción del crédito y del gasto público han generado que los precios no crezcan con la

misma rapidez, por lo que estima que esta no será superior a 180% en 2022, muy por debajo del 500% que proyectó recientemente el Fondo Monetario Internacional.

Un estímulo determinante del crecimiento proyectado será la franca reactivación de la producción petrolera, una vez que se culminen los trámites adelantados por el gobierno para el regreso de las empresas petroleras que dejaron de operar en Venezuela, desde la aplicación de las sanciones.

La iniciativa, ya adelantada con la entrega de varias licencias para la producción de gas y petróleo, tiene como antecedente un anuncio hecho, a mediados de mayo, por el gobierno norteamericano. Se ofrecía levantar algunas sanciones económicas, entre ellas la prohibición a la petrolera estadounidense Chevron para negociar con la estatal venezolana Pdvsa. A cambio se pedía la reactivación del diálogo entre el Gobierno de Maduro y la oposición, iniciado en México, en 2021, poco después del entablado entre el gobierno y el empresariado. Las conversaciones se habían suspendido por la decisión unilateral del oficialismo, en carácter de protesta por la prisión en Estados Unidos de Alex Saab, el presunto testaferro del gobierno de Maduro acusado por delitos de blanqueo de dinero.

Otras cuatro razones me llevan a avivar la esperanza en que cada vez han de soplar más y mejores vientos de cambio.

La primera razón refiere a lo sumamente preocupante que les debe resultar la decisión, finalmente, tomada en marzo de 2022, por la Corte Penal Internacional (CPI) de investigar a Nicolás Maduro sobre posibles crímenes de lesa humanidad cometidos por funcionarios, exfuncionarios y civiles venezolanos desde al menos abril de 2017, cuando se llevaron a cabo las multitudinarias marchas de protesta contra su gobierno.

Vale acotar que en mayo de 2021, Tarek William Saab, Fiscal General de Venezuela, había admitido dos gravísimas faltas. No solo reconoció que Fernando Albán, concejal de Caracas que, en 2108 se encontraba detenido en la sede del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN), no cometió suicidio como había sido reportado inicialmente por funcionarios gubernamentales, sino que fue asesinado. También reconoció el asesinato del estudiante Juan Pablo Pernalet, con una bomba lacrimógena que le disparó un miembro de las fuerzas de seguridad, durante las protestas desplegadas en Caracas en 2017.

También es bueno anotar tres asuntos en sumo reveladores. Antes de la denuncia hecha por la ONG PROVEA, sobre una "campana de ataques" por parte del gobierno contra la CPI, Saab había acusado de "falta transparencia" en el proceso de la CPI y Delcy Rodríguez, en su condición de Vice-presidente de Venezuela, lo había calificado como una "gran farsa".

Independientemente del curso y conclusión de la investigación, nuestro Presidente de la República pasó a formar parte de la lista negra de inculpados por crímenes de guerra, contra la humanidad y genocidio: Milosevic (Yugoslavia), Gaddafi (Libia), Al-Bashir (Sudán), Gbagbo (Costa de Marfil) y Kambanda (Ruanda).

La segunda razón refiere al tan esperado Foro de Diálogo Social Tripartito, un proceso de conversaciones que quedó instalado el lunes 25 de abril en Caracas. Además de una comisión de alto nivel de la OIT, de dirigentes sindicales y empresarios, contó con la participación de autoridades del gobierno de Venezuela, que se ve obligado a sentarse a hablar con las

centrales sindicales y el patrono empresario, y a rectificar su reiterada actitud de desprecio a los convenios laborales emanados de la Organización.

El encuentro se produce en respuesta a la insistente queja presentada ante la OIT, por delegados empleadores, desde 2015, y por las centrales sindicales venezolanas, desde 2017. Los primeros alegan las reiteradas violaciones a la libertad gremial empresarial. Los trabajadores denuncian el desconocimiento permanente a los derechos laborales en el país.

Luego de su instalación, se procedió a evaluar varios asuntos. Por una lado, se consideró la aplicación de los convenios 26 sobre salario mínimo y 144 consulta tripartita, evadidos por el gobierno de Maduro al momento de definir salarios durante sus 9 años de gestión. Con similar prioridad, se reflexionó en torno a la situación del convenio 87 sobre libertad sindical, violentado por el régimen al suspender los contratos colectivos, perseguir y apresar a dirigentes sindicales, y bloquear la renovación de las elecciones sindicales por las trabas impuestas por el Consejo Nacional Electoral y el Ministerio del Trabajo.

Guy Ryder, director mundial de la Organización, quien participó vía digital, celebró la realización del Foro y exhortó a las partes involucradas a mantener una relación que

“...se base en la transparencia y consenso, para avanzar en la búsqueda de un futuro mejor, llegar a resultados concretos y tangibles en el corto plazo”.

Y, agregó:

“Tengo la fe y esperanza de que sabremos aprovechar esta oportunidad única para que el gobierno y los interlocutores puedan establecer una relación de confianza mutua para la reconciliación nacional basada en la transparencia y el consenso de la búsqueda de un futuro mejor.”

Asimismo, destacó que con el evento se busca dar cumplimiento a la decisión del Consejo de Administración de la OIT,

“...para tratar las cuestiones pendientes sobre la aplicación de los convenios 26 (fijación de los salarios mínimos), 87 (libertad sindical) y 144 (consulta tripartita), tanto en la legislación como en la práctica.”.

Haciendo caso omiso que el gobierno, mediante la resolución 2792 de 2018, suspendió de facto la discusión de los contratos colectivos en el sector público, la misma defensora de los imposible,

La Vice-presidente Delcy Rodríguez no escatimó en argumentar que, a diferencia con otros países, en Venezuela el derecho a la contratación colectiva es fundamental, así como el derecho a la negociación colectiva y la obligación a celebrarla, establecido en el artículo 96 de la Constitución y ratificado en el artículo 431 de la Ley Orgánica del Trabajo. Ignoraba que el gobierno, mediante la resolución 2792 de 2018, suspendió de facto la discusión de los contratos colectivos en el sector público.

Ante tal postura, considero pertinente subrayar que, en caso de que el gobierno desconozca lo que acuerden las mesas de diálogo social, como usualmente lo ha hecho, ello pasaría a ser una prueba más de infracción para la Corte Penal Internacional (CPI), que pudiera derivare en la separación de Venezuela de la OIT.

No menos elocuentes son las posturas de los gobiernos de Venezuela y de Estados Unidos ante el anuncio de la Casa Blanca de no invitar a los gobiernos izquierdistas y aliados de Vladimir Putin -Venezuela, Cuba y Nicaragua- a la Novena Cumbre de las Américas, reunión de Jefes de Estado celebrada en Los Angeles entre el 5 y el 10 de junio, a los fines de tratar temas de importancia continental.

Alberto Fernández -el Presidente de Argentina que, por solicitud de Maduro, es la voz de Venezuela en la Cumbre- invita al Presidente Joe Biden a participar en una reunión alterna con los países de América Latina y el Caribe. E Másste último no responde a la solicitud y se comunica con Juan Guaidó, a quien, entre otros asuntos, le habla sobre la urgencia de retomar al interrumpido proceso de diálogo en México.

Para colmo de males, el régimen se siente acorralado al constatar su desprestigio. Cada vez corren más noticias sobre el temor de que podría convertirse en una realidad permanente, la sensación de que vivimos entre los escombros, derivados de la catástrofe económica, que destruyó el aparato productivo, el empleo y los sueldos. Más grave aún, wa que cada vez cuentan con menos seguidores en una sociedad estructuralmente pobre sin fuerza para crecer, una sociedad visiblemente marcada por el grosero contraste entre una minoría con “éxito” y las grandes mayorías de depauperados.

No se me disipa la ilusión de ver un Estado que asuma con responsabilidad el reto que tiene enfrente y que el empresariado logre reconfigurarse y adaptarse a la nueva situación. Sobre todo, confío en que aquí no se impondrá la sobre explotación de la mano de obra infantil y femenina como ocurre en China y Rusia. Esa atrocidad no podrá instaurarse en el país donde todavía perdura la cultura sembrada por la Confederación de Trabajadores de Venezuela, la famosa CTV, baluarte defensora de los derechos de los trabajadores durante nuestros tiempos de ejercicio pleno de la democracia.

Es impostergable prevenir para no reproducir la experiencia de Rusia, país heredero de los males de la revolución, donde, según informa el propio organismo oficial de estadística, Rosstat, a finales de 2018, casi el 23% de los rusos menores de 18 años eran de familias con un nivel de ingresos monetarios por debajo del de subsistencia.

Anhelo, y con mayor ímpetu, que la reactivación no se disipe en el olvido, y seamos capaces de atacar la pobreza y luchar para que los nuestros no sigan siendo niños de familias en situación de sobrevivencia. ¡Batallar para poner fin a la tragedia de los niños que escarban en la basura para mitigar el hambre!

Tengamos “*entre ceja y ceja*” que la pobreza en la infancia es un fracaso de vida, no solo del individuo. El futuro es incierto en una sociedad minada de niños pobres con un mal desempeño en la escuela o de adolescentes imposibilitados de obtener una calificación y un trabajo bien remunerado.

Me niego a aceptar que Venezuela termine por afianzarse como una tierra enferma que ha expulsado al 15% de su hijos, como le ha ocurrido a Cuba. Es casi que una pesadilla, saber que luego de 63 años de la redentora revolución de Fidel y el Ché, se produce un nuevo gran éxodo de ciudadanos desesperados que huyen de los cortes de electricidad, de la falta de

libertades civiles y, muy específicamente, de la inflación desmedida unida a la peor escasez de alimentos y medicinas en décadas.



Foto tomada de Encuesta de Condiciones de Vida (ENCOVID) 2019-2020.

Es sumamente duro visualizar a los miles de venezolanos que atraviesan el territorio mexicano en manos de redes criminales de tráfico de personas, que cobran miles de dólares por un ¿paso seguro? hasta Estados Unidos.

En la misma onda esperanzadora, me hago eco de lo medular de la reflexión que manifiesta mi primo, Américo Martín, en su artículo “El atolladero”, del 14 marzo del pasado año 2021:

“Entre la falta de voluntad del oficialismo y la precaria imaginación de la oposición -dos aceras del hacer político venezolano- no terminan de diseñar medidas para inducir un cambio significativo.

Dinamizar la abulia en unos e iluminar la imaginación en los otros. No son, sin embargo, dos los factores que pesan a la hora de los cambios, son tres, pues la comunidad internacional es insoslayable. Maduro no parece entender lo que le conviene, pero la mayoría opositora, legal y legítimamente reconocida, no logra avanzar en lo concerniente a la unidad. Más certera luce la comunidad internacional. Por ejemplo, ratificó que no se valdrá de su fuerza militar para doblarle la mano a Maduro. Tómese semejante declaración como implícita adhesión a la vía pacífico-electoral.”

Me hago eco de una reflexión que reafirma mi obstinada invitación a la masiva y entusiasta participación electoral. En particular, invito a derrotar al oficialismo en la próxima contienda por la presidencia de la república.

No se nos puede escapar que ya han transcurrido más de tres años desde aquel 23 de enero de 2019, cuando Guaidó, al frente de la Asamblea Nacional, emprendió una gesta movida con la promesa de “La Salida” de Maduro.

Es cierto que, luego de un ascenso meteórico, el nuevo paladín de la lucha democrática llegó a contar con el apoyo de más de medio país y a ser reconocido como Presidente interino por buena parte de la comunidad internacional, empezando por Washington y Bruselas. También es cierto que, pese a los impensados apoyos, su proposición se evapora al tomar conciencia que los gobiernos no existen si no detentan el control territorial y el uso legítimo de la fuerza.

Confío en que los vientos de cambio soplen con la fuerza necesaria no solamente para superar la crisis de los partidos opositores y de los liderazgos individuales.

Confío en el buen desenvolvimiento de las conversaciones en México u otras, y en que podremos derrotar el escepticismo, el desencanto y el pesimismo instalado en un amplio sector de los electores. Una experiencia a tener en la mira es el triunfo de la oposición en las amañadas elecciones a la Gobernación del Estado Barinas.

Confío en que podremos proclamar un candidato de unidad, alentado con el apoyo de una oposición unida en torno a un programa de consenso. Un programa detallado con un abanico de proposiciones sencillas que expliquen que si es posible sacar a Venezuela y los venezolanos del atolladero.

El mercadeo del programa no debe dejar de lado la aleccionadora denuncia.

Es la gran oportunidad para denunciar la inconstitucional, nociva y farsante propuesta del Estado Comunal que se ha pretendido montar sobre la destrucción de los Estados y los Municipios. Es la oportunidad para denunciar la oferta de la creación de un Poder Popular que, contrariamente a lo prometido, aleja cada vez más al ciudadano de la posibilidad de participar en las decisiones del Estado. Es la oportunidad para denunciar la mentira escondida detrás de la creación de la Comuna y la Ciudad Comunal, dos ilusiones que se esfuman ante la realidad.

Es la oportunidad para denunciar y combatir la trilogía colectivismo-estatismo-centralismo democrático o totalitarismo, la causa fundamental de la crisis de todo orden que sacude al pueblo de Venezuela.

Es la oportunidad para aclarar que la catástrofe de la "Revolución Bolivariana" no es culpa de Trump, ni del Departamento del Tesoro, ni de la Unión Europea.

Es la oportunidad para avanzar "a paso de vencedores" hacia la toma del poder y la democracia.

Es la oportunidad para convocar a batallar por la defensa del federalismo y de toda la institucionalidad republicana.

IX. “¡TE LO DIJE, MOISÉS!”

“¡Te lo dije, Moisés!”... “¡Te lo dije, Moisés!”... “¡Te lo dije, Moisés!”

Es la frase que me repito una y otra vez, con los dientes apretados y también a voces. Es el *ritornello* que se me atiza con el recuerdo de mi acalorada y fraternal discusión con el “Ronco” Moleiro, poco antes del 6 de diciembre de 1998, la fatídica fecha en que se celebraron los comicios que llevaron a Chavez al poder.

Lo confronté sin lesionar ni un ápice mi extremada admiración y amor por el filósofo, poeta, historiador, brillante erudito y aplaudido tribuno del Congreso Nacional. Confronté al hermano/compinche, con quien compartí encuentros y desencuentros, en el campo de la política y de mi Geografía, en la gesta de la vida misma y en la misión de la toma del cielo por asalto. Arrimados en una esquina de un lugar público, donde asistíamos a un acto político, lo precisaba:

“Moisés: ¡no votes por Chávez! Te vas a arrepentir, sobre todo por que tu voto no es a favor de su propuesta, sino como una porfiada decisión en contra del puntofijismo o de los adecos. ¡Es una conjura contra la democracia, contra la maltrecha que tenemos y contra la que aspiramos!”

Habrían transcurrido unos tres meses de haber despegado el año 1999, cuando Venezuela comenzó a recibir sus aireados artículos periodísticos, especialmente dedicados a enfilas la artillería para desnudar “lo malo” que era el régimen de Chavez.

Criticaba al régimen, pero sin ceder ante sus convicciones fundadas en el marxismo-leninismo. Así lo demostró en el libro que publicó en el mismo 1999, con un muy elocuente título: *“El ocaso de una esperanza. La tragedia de los bolcheviques rusos”*. ¡Qué vaina; ¡Seguía apegado a la idea de que la de Chávez no era una revolución!

Como a todos los suyos, este texto me lo devoré, y con particular emoción por la dedicatoria con la que me emperifolló la primera página:

“Para Rosita, la de siempre, la misma, la de todos los días.

Su amigo,

Moisés.

23-3-2000”.

Es una obra en la que, con un terco y erudito esfuerzo intelectual por reivindicar el marxismo y exponer el por qué del fracaso de la Revolución Bolchevique, Moleiro pone sobre la mesa cavilaciones como la que copio.

“Hay... donde hurgar en esta cadena de hechos deformados o comprendidos a medias. Se asimila la idea del cambio social a la hipertrofia abusiva de la intervención del Estado y a la existencia de un plan económico único vinculado a una rígida centralización, como en los más agudos momentos de la deformación stalinista. Se olvida el contenido original del planteamiento de Marx que nos remite al control de la producción por los productores mismos; esto es, quienes trabajan y originan con

su esfuerzo cotidiano ganancias, proventos y utilidades para otros, no sometidos a semejante obligación, al menos en los mismos términos.”¹²

Todavía se me humedecen los ojos al imaginarme a Moisés, un ateo empedernido, pero, merecidamente sentado a la diestra del Señor, leyendo una misiva que le envió con mi Ángel de la Guarda:

“Mi muy especial y perdurablemente presente, Moisés: perdona que no respete tu desaparición física, llorada desde ‘las entretelas de mi corazón’ y tanto como la de mi entrañable Germán y la de Américo. Pero, en este recordar por escrito me siento obligada a replicarte mi desacuerdo con lo que llamas la deformación stalinista. Te replico sobre un tema que ha trascendido las discusiones de la academia o de la alta política.

La dantesca experiencia del socialismo real lacrada durante todo el siglo XX nos ha dejado un legado que, a mi modo de ver, más que a una crítica de forma, llama a una revisión teórica sobre el marxismo y sus supuestas bondades.

Ha sido una constante, la aparición de cementerios de empresas privadas que han quebrado una vez que pasan a manos del Estado socialista, para operar bajo un severo régimen de planificación centralizada. Es también inocultable el fenómeno de empresas ineficientes y hasta tiradas a la quiebra, desde el momento en que son controladas “por los ‘productores mismos’. Más aún, ¿por qué no invitar -o ‘ayudar’- a los ‘proletarios’ a crear sus propias empresas?, ¿por qué no auspiciar en las esferas de ‘los condenados de la tierra’ iniciativas nacidas del seno de cada individuo o colectivo y sin la intervención del Estado, tales como el cooperativismo, el emprendimiento o el multicapitalismo, que lucen como opciones cada vez más confiables para ‘dar la pelea’ en el seno de una sociedad liberal?

Tu amiga,

Rosita

Junio de 2022.”

Un reparo por el mismo orden de ideas y de excélsio cariño le haría llegar al cielo a mi también respetado Alí Rodríguez Araque, mucho más amigo de Moisés que mío. En esta ocasión comienzo echando mano de una conclusión a la que arriba en su libro, “*Servir al pueblo*”:

“...hoy existen las condiciones favorables para la elaboración de un Nuevo Proyecto Nacional como concreción de lo que fuera una de nuestras primeras formulaciones en 1979, esto es, que el movimiento revolucionario venezolano padecía de tres carencias como eran: la ausencia de una teoría, el desconocimiento de la realidad nacional y la desvinculación con el pueblo.”¹³

¹² Moisés Moleiro, 2000. p.11.

¹³ Alí Rodríguez Araque, 1988, p. 7.

Echo mano de esta conclusión para decir lo que pensé, en 1988, cuando asistí a su presentación. En aquel momento no me atreví a cuestionarle su disonante planteamiento, sin sospechar que podría servir de faro iluminador del debate en torno a conceptos como los de Comuna, Poder Popular y muchos otros que han fundamentado el desastre económico-social que hoy padecemos.

Es a todas luces disonante, por extemporánea, cualquier proposición agrarista y, por derivación, antiurbana como las que siguen.

“La producción agropecuaria como el eje de una política económica de contenido popular.

Una estrategia que conduzca eficazmente hacia una economía armónica tiene que partir de una concepción global en la cual nuestra agricultura se convierta en el primer y principal mercado para la industria y a la inversa.”¹⁴

Quizás haya sido un planteamiento considerado como válido hasta inicios de los años setenta, cuando cursaba mis estudios de Geografía. Pero, hoy no cabe duda alguna de cuán anacrónica es una fórmula ajena al mundo de la era digital, de la informática o de la Internet, desencadenada al calor del enfrentamiento de la Guerra Fría, que siguió a la Segunda Guerra Mundial.

Aparte de contraproducente, no es viable pretender mantenerse al margen del acontecer durante la era de la globalización, como se ha denominado al actual período de la historia de la humanidad marcado por el desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC`s) y su impacto en el acelerado proceso de interacción, interdependencia e integración entre personas, empresas y gobiernos de todo el mundo. Es un error obviar que ya ha transcurrido más de medio siglo desde que superamos tecnologías precursoras en el campo de los medios de comunicación de masas, como el teléfono, la radio o la televisión, para dar paso a la sociedad del conocimiento, sustentada en el manejo y utilización selectiva de la información digitalizada captada por cualquier individuo que desee potenciar sus destrezas.

En la era de la globalización, finalmente patentizada en el siglo XXI, el rol decisivo como motor del desarrollo no descansa en la agricultura, sino en un par de actividades netamente urbanas e impulsadas por el indispensable uso de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TIC`s): la industria manufacturera, transformadora de materias primas en bienes de consumo, y los servicios, en especial los financieros de la banca y los seguros.

La industria manufacturera articulada a los servicios se consolida como motor del desarrollo y de la irreversible tendencia a la proliferación de florecientes metrópolis, megalópolis y regiones urbanas -y no de aldeas rurales-. La formación y consolidación de un sistema global de gigantes urbanos industrializados y tecnológicamente relacionados entre sí, ha permitido conseguir o repotenciar las economías de aglomeración generadoras de la riqueza derivada del ahorro logrado gracias a la concentración territorial de la vida humana.

¹⁴ Ibidem, Pp. 117 y 126.

Cada vez son más y mayores los beneficios obtenidos por las empresas productoras de bienes o prestadoras de servicios por localizarse en las cercanías de otras. Es mucho menos oneroso construir y financiar una red de electricidad en un conglomerado urbano que un tendido que enlace poblaciones dispersas. En una ciudad, antes que en el campo, es mucho más eficiente la provisión de cualquier bien o servicio o el reparto de encomiendas.

Más aún, lejos de caminar hacia la deseada *economía armónica*, con la instrumentación de la Revolución lo que se consiguió fue el inevitable abandono y destrucción de un legado que no es tomado en cuenta en “*Servir al pueblo*”. Se ignora que, durante los últimos cuarenta años del siglo XX, logramos construir la moderna Venezuela, tan “envidiada” por el resto de América Latina, y que se levantó sobre el progresivo e interrelacionado desarrollo tecnológico aplicado a la agricultura, la industria manufacturera y los servicios especializados.

El hoy catigado desarrollo agrícola se pudo instalar asociado a una firme expansión agroindustrial y del consumo final, y a la par de dinámicas cadenas de producción y de valor crecidas en varios de los ramos en los que se diversificó al notable progreso manufacturero agenciado por el emresariado privado. Nos destacamos, por ejemplo, no solo con las acopladas en torno a las fábricas de alimentos, del vestido o del calzado. Despuntamos con muchas otras cadenas, como las ligadas con las industrias automotriz o de maquinarias, o las dedicadas a la producción de derivados del hierro, el acero o el aluminio.

Me asombro cuando se reclama la construcción de

*“...un vasto proceso de electrificación de nuestros campos...que sirva para un poderoso proceso de irrigación...”*¹⁵

Es asombroso que en la obra no se contempla la existencia del Sistema Interconectado Nacional (SIN), la extraordinaria malla nacional de electrificación, que fue cimentada en democracia y gracias a la democracia instaurada desde 1960 hasta 2000: Se omite la existencia de una malla con un alcance que desbordó toda la red de ciudades, para penetrar los pueblos y campos más escondidos del país e, inclusive, para vender energía a los vecinos países de Brasil y Colombia.

Mi extrañeza se acrecienta al constatar que también se soslaya la exitosa explotación de nuestros limitados suelos agrícolas, con base en la planificación y puesta en operación de los sofisticados sistemas de regadío y de control de inundaciones que sirvieron de base material al impulso y la diversificación coronada en materia de la agricultura de los últimos cuarenta años del siglo XX.

Sumados al sistema de riego del río Guárico, heredado de la dictadura de Pérez Jiménez, y a muchos otros de menor alcance que se fueron construyendo a lo largo y ancho de nuestra geografía, la Venezuela de 1998 disfrutaba de varias portentosas obras de ingeniería hidráulica: los sistema de riego Cojedes-Sarare en cento occidente, y de Guarapiche y Unare, en oriente, más la vasta sucesión de diques planeados para el saneamiento de las extensas tierras pantanosas del sur del Lago de Maracaibo.

¹⁵ *Ibidem*, p. 126.

Me resulta inadmisibile pensar el futuro sin considerar sistemas que como estos forman parte de un valioso grupo de proyectos rigurosamente ejecutados de acuerdo a lo pautado en el Plan Nacional de Aprovechamiento de los Recursos Hidráulicos formulado en 1968. Era impostergable atender una demanda tan extremadamente necesaria como compleja.

Con la propagación del progreso por las ciudades y los campos, aumentaban las exigencias que pulsaban la construcción de la extraordinaria obra de ingeniería de punta que, poco a poco, fue regulando el recurso agua tan desigualmente distribuido en el territorio, no solamente para satisfacer la agricultura. Junto a las enumeradas, podemos exhibir como fenomenales emprendimientos, los sistemas de dotación de agua potable que transportan el vital líquido desde fuentes muy lejanas a los portentosos conglomerados urbano-industriales que se explayan en de la región capitalina del centro norte, a las metrópolis y ciudades del nororiente, incluyendo las de la isla de Margarita, o al muy árido litoral falconiano de noroccidente.

Alí, con el inmenso respeto y admiración que siempre me inspiraste, te digo:

“La tan erróneamente vapuleada democracia puntofijista no sólo gastó en electrificar, sanear y regar. Atiborró a nuestra patria de vías de comunicación, escuelas, liceos, universidades, puentes, aeropuertos, hospitales, ambulatorios, etc., etc. ¡Sembró el petróleo!”

**X. ¡NI DE IZQUIERDA, NI DE DERECHA!
¡SOY DE CENTRO!**

La aclaratoria de este dilema la hago muy entregada y complacida al pie de mi ventana, catando el paisaje de las guacamayas de plumajes azul y amarillo, rojo y verde, amarillo, azul y rojo, y verde, con destellos rojos y azules en sus alas, que cruzan el cielo de mi siempre primaveral ciudad de Caracas.



Caliento motores con un llamado a Olga, mi hermana de la vida:

¡Hay que despertar y abandonar la religión de la izquierda! ¡Dejémos atrás experiencias tan insólitas como la que vivimos en 1980, durante el venturoso viaje que hicimos a Nueva York!

A veces con una vergonzante sonrisa recogida, otras con recato y desagrado, hoy recuerdo a un par de incautas revolucionarias siguiendo y con aplausos una manifestación de agitadores que recorría la quinta Avenida de Manhattan, vociferando: *“The people united will never be defeated”*.

¿Cómo no adherirnos a una marcha alentada con la habitual bandera de lucha en el MIR?:

“¡El pueblo unido jamás será vencido!”

Me es difícil expresar nuestra impresión al descubrir que se trataba de seguidores del Ayatollah, el líder de la anacrónica Revolución Islámica iniciada en Irán en 1979, con la que no sólo se derrocó al sha Mohammad Reza Pahlevi. Interrumpió un transcendental proceso de occidentalización democrática que separó la política de la religión, para en sustitución instaurar un Estado fundamentado en la ley islámica, contenida en el libro sagrado del Corán. ¡Se liquidó la democracia para imponer una régimen anacrónico fundado en una ley religiosa! Las personas dejarían de ser ciudadanos para regirse por unas máximas que, trascendiendo la definición de los fundamentos morales de la comunidad, sirve de guía en muchos aspectos como la política, las finanzas, la economía, los asuntos sociales, etc.

Una de la experiencias que mas enriquecieron mi ya larga y tendida reflexión son las digeridas en los encuentros que, en 2002, tuvimos Germán y yo con Joaquín Villalobos y

Ana Guadalupe Martínez, ex comandantes guerrilleros del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), uno de los cinco grupos armados de izquierda revolucionaria que conformaron, en 1980, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) de El Salvador.

Tuve el privilegio de conversar con dos líderes protagonistas de la cruenta y larga confrontación armada salvadoreña que se extendió de 1979 a 1992, con un saldo calculado en 75.000 muertos y 15.000 desaparecidos. Lo más importante es que, en su condición de comandantes del ejército insurgente, Joaquín y Ana Guadalupe también habían sido parte de la comisión Internacional del FMLN que participó en las negociaciones que llevarían a la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec, México, el 16 de enero de 1992.

Muy aleccionadoras fueron las conversaciones con Villalobos, entonces convertido en un crítico abierto de todos los movimientos de izquierda latinoamericanos cercanos al presidente Hugo Chávez, y erigido en un prominente asesor en seguridad y resolución de conflictos en distintos países como Sri Lanka, Filipinas y Bosnia. No menos edificantes nos resultaron los intercambios con Ana Guadalupe, ya graduada de médico y, junto a Villalobos, transformada en una activista política de la socialdemocracia. Ellos asimilaron una máxima:

“Cuando el hecho no cumple con la teoría, entonces, abandona la teoría”.

No pierdo la esperanza de disfrutar en Venezuela un desenlace como el pacífico y casi silencioso desplome de la Unión Soviética. Oro por la reanudación y feliz término del diálogo gobierno-oposición. Sobran ejemplos de situaciones mucho más complicadas, como el caso de las negociaciones exitosas como las bregadas para poner fin a la guerra de El Salvador.

Desde hace algún tiempo me vengo repitiendo:

“A Marx le faltó escribir un último libro en el que describiera y dilucidara el por qué la fulana búsqueda de la liberadora dictadura del proletariado terminó siendo lo contrario...le faltó explicar ¿por qué las sociedades cobijadas por la revolución son más clasistas?...¿por qué son pueblos sometidos que ven la transformación de sus líderes en oligarcas ostentadores de fortunas acumuladas en breve tiempo?”

Al calor de esa reflexión germina mi afirmación

“¡Ni de izquierda, ni de derecha! ¡Soy de centro!”.

Me pregunto:

*¿Será que me estoy autoproclamando como una activista de la socialdemocracia?
¿Será que me estoy identificando con los principios de Acción Democrática, “el partido del pueblo” y de mi papá?*

Aunque no soy de izquierda, sigo defendiendo las ideas que apuestan por un Estado republicano democrático representativo, respetuoso de la separación entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, y con potestad y capacidad para actuar más allá de sus obligaciones convencionales: corregir fallos en los mercados, asumir el vigilancia y

garantizar el buen desempeño de los denominados bienes públicos (educación, salud, ambiente, defensa).

Creo imperativo ostentar un Estado con autoridad para garantizar el derecho a disfrutar de beneficios superiores a la capacidad económica de cada persona, mediante la adopción y ejecución de las medidas que sean necesarias a objeto de alcanzar la redistribución del ingreso y la regulación de la economía.

Suscribo dos principios consagrados en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV):

“Venezuela se constituye en un Estado democrático y social de Derecho y de Justicia, que propugna como valores superiores de su ordenamiento jurídico y de su actuación, la vida, la libertad, la justicia, la igualdad, la solidaridad, la democracia, la responsabilidad social y, en general, la preeminencia de los derechos humanos, la ética y el pluralismo político.” (Artículo 2)

“La República Bolivariana de Venezuela es un Estado federal descentralizado en los términos consagrados en esta Constitución, y se rige por los principios de integridad territorial, cooperación, solidaridad, concurrencia y corresponsabilidad.” (Artículo 4)

Además de lo implícito en el derecho al disfrute de beneficios superiores a la capacidad económica de cada persona, el valor de la igualdad lo entiendo según es expresado en otros tres preceptos constitucionales:

“Todas las personas son iguales ante la ley.” (Artículo 21)

“Todos los ciudadanos y ciudadanas tienen el derecho de participar libremente en los asuntos públicos, directamente o por medio de sus representantes elegidos o elegidas. La participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública es el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo. Es obligación del Estado y deber de la sociedad facilitar la generación de las condiciones más favorables para su práctica.” (Artículo 62).

“El sufragio es un derecho. Se ejercerá mediante votaciones libres, universales, directas y secretas. La ley garantizará el principio de la personalización del sufragio y la representación proporcional.” (Artículo 62).

Hoy, más que ayer, soy una convencida de que, además de votar y elegir a sus representantes para que ocupen cargos en el gobierno durante los plazos jurídicamente establecidos, hay que asegurar la participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública. Para lograrlo es imprescindible propiciarla por intermedio de los gobiernos y organizaciones de la sociedad civil apostados en cada una de las entidades territoriales que integran la nación. En vez de las artificiosamente concebidas en el distorsionante Estado Comunal, nos referimos a las históricas que derivaron del proceso de transformación territorial transcurrido desde el período colonial y el posterior republicano, cabalmente reconocidas en la Carta Magna:

“Con el fin de organizar políticamente la República, el territorio nacional se divide en el de los Estados, el del Distrito Capital, el de las dependencias federales y el de los territorios federales. El territorio se organiza en Municipios.” (Artículo 16).

Tampoco soy de derecha. Defiendo la iniciativa privada y el derecho de propiedad, con el mismo razonamiento establecido en la Carta Magna:

“Todas las personas pueden dedicarse libremente a la actividad económica de su preferencia, sin más limitaciones que las previstas en esta Constitución y las que establezcan las leyes, por razones de desarrollo humano, seguridad, sanidad, protección del ambiente u otras de interés social. El Estado promoverá la iniciativa privada, garantizando la creación y justa distribución de la riqueza, así como la producción de bienes y servicios que satisfagan las necesidades de la población, la libertad de trabajo, empresa, comercio, industria, sin perjuicio de su facultad para dictar medidas para planificar, racionalizar y regular la economía e impulsar el desarrollo integral del país.” (Artículo 112).

“Se garantiza el derecho de propiedad. Toda persona tiene derecho al uso, goce, disfrute y disposición de sus bienes. La propiedad estará sometida a las contribuciones, restricciones y obligaciones que establezca la ley con fines de utilidad pública o de interés general. Sólo por causa de utilidad pública o interés social, mediante sentencia firme y pago oportuno de justa indemnización, podrá ser declarada la expropiación de cualquier clase de bienes.” (Artículo 115).

Con la misma convicción con la que preservé la necesidad de instrumentar intervenciones estatales para promover la justicia social en el marco de una economía capitalista, rechazo el intervencionismo. Es necesario impedir la exacerbación de responsabilidades del Estado, como las que siguen.

- Aplicar retenciones por la posesión de determinada cantidad de bienes o de determinado monto de sueldo en relación de dependencia que supere un rango de valores establecido.
- Estipular el monto de un salario mínimo, en base a un índice de pobreza.
- Establecer condiciones específicas de trabajo.
- Controlar y regular los precios de productos, desde los de los alimentos y los medicamentos hasta o los de las viviendas.
- Moderar la devaluación de la moneda local respecto a su respaldo en moneda extranjera.
- Aplicar retenciones a los productos o servicios adquiridos desde el exterior.

La Venezuela revolucionaria es un vivo ejemplo de cuán nefastos son los inevitables resultados de la aplicación de políticas impuestas por un Estado hegemónico que, con el apoyo o no de leyes y normas, controla y vigila las actividades económicas y sus agentes.

También soy promotora de las libertades individuales y económicas, la meritocracia y la competencia como los grandes motores de promoción y crecimiento de una sociedad, pero

no sin antes condenar el fundamentalismo de libre mercado. Aparte de que no obedece a la casualidad, el que no exista ni ha existido sociedad alguna en la que el sistema económico no esté normado, es una utopía creer que las economías sin trabas tienden hacia un equilibrio natural. Es errado calificar al liberalismo económico como proveedor de la mayor equidad y prosperidad posible, y admitir que el bienestar social disminuye con cualquier interferencia en el proceso económico.

Si bien repruebo cualquier postura anti liberalismo -ahora llamado neoliberalismo-, es tramposo hacer creer que los problemas económicos y sociales se resuelven al permitir una economía con libertad plena o con poca o ninguna regulación supervisada. ¡No existe en el planeta economía alguna que no esté normada!

La búsqueda de la justicia social en el marco de una economía capitalista lo que exige es la intervención de un Estado que actúe de la manera más equilibrada posible entre lo público y lo privado. Por un lado, el sistema o medio que utiliza el Poder Público para cumplir con sus atribuciones o realizar sus cometidos, y por otro, requerimientos del sistema reservado al empresariado privado. Un Estado en el que se respete la propiedad privada y que los precios de los bienes se rijan por la dinámica de las leyes de la oferta y la demanda.

De no existir tal equilibrio, podemos estar en presencia de dos situaciones extremas. Por un lado, un Estado absolutista que controla y gestiona la fuerza productiva, el gasto público y la propiedad privada. O del otro, un Estado precario en el que se corre el riesgo de que las actividades económicas se rijan por los grandes monopolios.

Así como refuto el fundamentalismo de libre mercado, no comparto el “anti imperialismo” a ultranza y erróneamente basada en la influencia política, cultural, militar y económica que ha ejercido Estados Unidos de América a escala mundial.

Ahora bien, dejaría de ser una demócrata defensora de la autodeterminación de los pueblos para decidir, elegir y determinar su ordenación jurídica, organización política y forma de gobierno, si no condeno situaciones inexcusables. Condeno, por ejemplo, la cadena de los cruentos golpes de Estado que el “Coloso del Norte”, amparado en la Doctrina de Seguridad Nacional, impulsó en América Latina desde la década del 50 y en el marco de la Guerra Fría. Fue una política movida por el firme propósito de detener el avance del comunismo.

Me es imposible no repudiar casos como las abominables dictaduras militares impuestas en Cuba en 1952, en Guatemala en 1954; en Brasil, en 1964, en Chile, en 1973, en Argentina en 1976, o en El Salvador, a inicios de la década de 1980.

En este recordar por escrito, deseo dejar claro que, precisamente por mi convicción de demócrata, hay que rechazar cualquier desliz que se emparente con alguna forma de régimen dictatorial, en especial con la embaucadora ruta a la debacle: colectivismo, estatismo y centralismo democrático o totalitarismo.

Quiero extender un comentario final a mis lectores, a quienes me han acompañado como personajes en este recordar por escrito y a mis compinches de dos grupos. Por un lado, a Elizabeth Zarzalejo, Pedro Delfín, Daniel Aché y Wilfredo Acosta, colegas profesores de mi Escuela de Geografía de la Univesidad Central de Venezuela. Con igual deferencia, a mis

muchachonas Elsy Manzanares, Raquel Gamus, Cara Frassine, Pricila Guevara y Marlene Salazar.

También me es muy grato destinar mis palabras a cuatro dilectísimos amigos encontrados en mis ya no tan recientes andanzas por los estudios de la historia de Venezuela: mi maestro el joven Pedro Benítez, y María Luisa Morassuti, Miguel Gómez Mussi y Alfredo Ruíz, quizás un tanto ajenos a la vivencia del largo y pantanoso *ritornello* del pasado izquierdista que atracaría en la aciaga revolución.

Sería un desatino mayor omitir a otras dos personas que la vida me puso en el camino para volver a reencontrarme con la memoria histórica de mi país: Virginia Betancourt Valverde e Iván Castro, su esposo y compañero de vida.

Tengo la distinción de haber disfrutado de sus enriquecedoras compañías, desde los prodigiosos días que le dediqué al Diplomado de la Historia Contemporánea de Venezuela, coordinado por la Fundación Rómulo Betancourt, a cargo de la propia Virginia, su organizadora y garante desde su creación el 23 de abril de 2020.

Virginia, la hija del presidente Rómulo Betancourt y de la siempre recordada Doña Carmen Valverde, es muy reconocida en su condición de promotora de la lectura para formar ciudadanos. Se ha distinguido por sus servicios en la comunidad bibliotecaria internacional y por su comprometida gestión dirigida al desarrollo progresivo e interinstitucional de un Sistema Nacional de Bibliotecas e Información, durante cinco períodos presidenciales sucesivos.

Así como destaco a Virginia Betancourt, debo reconocer mi también bonita amistad con Sonia Gallegos, la hija de nuestro ilustre novelista y primer presidente de Venezuela elegido por el voto universal, directo y secreto. Virginia y Sonia, más de magníficas personas, son dos joyas que exhibo como la gran muestra de sencillez y honestidad que caracterizó a los gobernantes de la engrandecida era de la democracia venezolana.

Vaya mi comentario final a todos ellos y a mi familia, con especial pasión a mis nietas Manuela y Andrea y a mis sobrino-nietos Luis Carlos y José Miguel, juntito a su papi, mi mado José Carlos Herrero, y a mis cuñados, Héctor y Leandro. A todos ellos deseo impregnarlos de solidaridad y sensibilidad social, la marca de fábrica con la que me guiaron mi papá y mi mamá para luchar por la defensa del derecho a la justicia, la libertad y la democracia.

A todos ellos deseo expresarles cuanto me entusiasma el sueño de llegar hasta los tuétanos de todo líder desprevenido y de ciudadanos expuestos a cualquier oferta tramposa, enrevesada y tan difícil de combatir como la que intento desenmarañar en este recorrido.

Hoy, finalizando el crispado año 2022, declaro que, por encima de la incertidumbre, me siento muy entusiasmada por haber cumplido, una vez más, con mi deber de ciudadana comprometida y, muy esencialmente, con mi contrato vital como profesora de la autónoma Universidad Central de Venezuela, mi casa, la casa que vence las sombras y que pugna por enriquecer el pensamiento crítico. Extendiendo sobre la mesa mi modesta reflexión a los fines del debate, aprovecho la ocasión para enaltecer a la institución tricentenaria que desafía

la inculficable situación de acoso y destrucción a la que la ha sometido el Socialismo del Siglo XXI.

Principales obras consultadas

Abreu, José Vicente. *Guasina. Donde el río perdió las siete estrellas*. (1969). Editor José Agustín Catalá. Caracas, Venezuela.

Collins, María Antonieta. *Fidel y Raúl, mis hermanos. La historia secreta. Memorias de Juanita Castro*. (2009). Aguilar, Editorial Santillana USA Publishing Company, Inc, Segunda Edición. ISBN13:978-1-60396-701-3. Doral, Florida, USA.

Engels, Federico. *La situación de la clase obrera en Inglaterra 1845*. (2019) Lawrence & Wishart. En línea: <http://www.maxists.org>

Engels, Federico y Carlos Marx. *El manifiesto comunista*. (2011) Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx, México. En línea: www.centromarx.org

Estaba, Rosa M. *Efectos espaciales de la empresa transnacional en Venezuela*. (1979). Mimeo. Universidad Central de Venezuela. Escuela de Geografía. Caracas, Venezuela.

-----, *La construcción de un territorio*. (2022). Editorial Academia Nacional de la Ingeniería y el Habitat. Caracas, Venezuela.

Irwin, Domingo e Ingrid Micett. *Logias militares venezolanas y conspiración 1972-febrero de 1992*. (2011). Argos V.28 N. 54. Caracas, ene. 2011 ISSN 0254-1637

Martín, Américo. *La terrible década de los 60. Memorias II. 1960-1970*. (2013). Editorial Melvin. Caracas, Venezuela.

Moleiro, Moisés. *El ocaso de una esperanza. La tragedia de los bolcheviques rusos*” (1999). Vadell Hermanos Editores. Valencia, Venezuela.

Pérez Marcano, Héctor. *Piara*. (1971). Ediciones La Draga y El Dragón, Mérida, Venezuela.

Pérez Marcano, Héctor y Antonio Sánchez García (2007). *La invasión de Cuba a Venezuela. De Machurucuto a la Revolución Bolivariana*. Los Libros de El Nacional. Editorial CEC, SA.-Caracas, Venezuela.

Rodríguez Araque, Alí. *Servir al pueblo*. (1988). Talleres tipográficos de Miguel Ángel García & Hijo. Caracas, Venezuela.

Valsalice, Luigi. *La guerrilla castrista en Venezuela y sus protagonistas. 1962-1969*. (1975). Ediciones Cantauro. Caracas, Venezuela.

Torres-Rivas, Edelberto y Enrique Gomáriz Moraga *¿Qué significa ser de izquierda en el siglo XXI?* (2007) CUADERNO DE CIENCIAS SOCIALES 147 © Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Académica Costa Rica Apartado 11747-1000, San José, Costa. Rica Web: <http://www.flacso.or.cr> Primera edición: Junio 2007. En línea:

<http://www.albedrio.org/htm/documentos/Cuaderno147Izquierda.pdf>

Venezuela. *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. (1999) Caracas, Venezuela.